
3 1761 04944589 3

HISTORIA CRÍTICA

DE LA LITERATURA URUGUAYA

Desde 1885 hasta 1898

CARLOS ROXLO

HISTORIA CRÍTICA

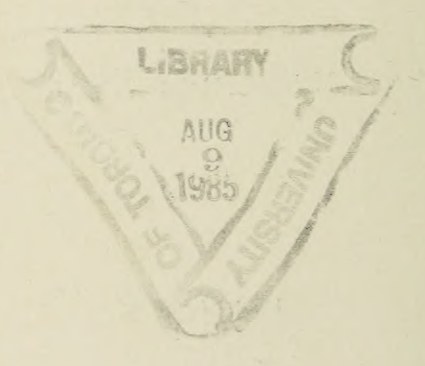
DE LA

LITERATURA URUGUAYA

LA INFLUENCIA REALISTA

TOMO V

MONTEVIDEO
A. BARREIRO Y RAMOS, Editor
Librería Nacional
1913



Montevideo. — Talleres A. BARREIRO y RAMOS: Bartolomé Mitre, 1467

CAPÍTULO VII

Pérez Petit y los modernistas

SUMARIO:

I. — La escuela simbólica. — Lo que dicen Vannoz y Lacuzon. — El ritmo y el pensamiento. — Párrafos de Piazzi. — De algunos poetas modernistas. — Lo que sobrevivirá de lo decadente y de lo simbólico. — Más citas de Piazzi y algunas citas de La Bruyère. — El dolor verdadero. — Escuelas transitorias. — Lo que Manuel Ugarte acertó al hablar de nuestra literatura. — Nuestro ambiente republicano y la aristocracia intelectual. — La retórica de lo porvenir.

II. — Los excepcionales. — *Belkiss.* — Los dos femeninos. — El justificado y el que contraría á la naturaleza. — Un error gravísimo de la mujer moderna. — Un derecho triste. — Hauptmann y Leroy Beaulieu. — La cuestión social. — El lujo. — La igualdad absoluta. — Un folleto de Zeboglio. — Mis ideas. — Preparad el futuro. — *Ruben Darío.* — Homero. — *D'Annunzio.*

III. — El pobre Lelian. — Clemencias malsanas. — Una vida que asquea. — Los errores del genio también son errores. — La infancia. — Su juventud. — Los primeros versos. — La musa verde. — Proyectos regicidas. — Un amor puro. — El sueño del hogar. — Nuevo derrumbe. — Cóleras de alcohólico. — *Sagesse.* — Estética y cambios de Verlaine. — Obscuridad é imprecisión. — Influjo pernicioso. — De otras páginas de *Los Modernistas.*

IV. — *Joyeles bárbaros.* — Su parnasianismo. — Sonetos como exige la métrica castellana. — Numen é imitación. — Un poco de artificio. — Aciertos de la musa. — La forma del soneto. — Lo que es para mí. — Conclusión.

I

Continuemos.

En resumen, ¿qué fué y qué pretendió la escuela simbolista? Nace, como la decadente, del romanticismo. Tiene su estética. Tiene sus cánones calológicos expuestos, defendidos y vulgarizados por los estudios de Adolfo Lacuzon, Sebastián Leconte, Cubelier de Beynac y Adolfo Retté. León Vannoz ha condensado, en algunos artículos, las ideas estéticas substanciales de estos preceptistas y estos combatientes, cuyo modo de ver aclara y aprueba la filosofía sólida y resistente de Bergson. ¿Qué dice Vannoz? Vannoz dice que las leyes del universo y de la naturaleza humana le imponen al arte la obligación de colar la realidad fluida en un molde que le dará su forma. La realidad, en sí misma, es inaferrable, no puede asirse, no se deja embargar y no nos permite que conozcamos, sino en apariencia, la representación simbólica que de ella tenemos. Cuando el músico, el pintor ó el poeta, sienten una emoción de carácter estético, no pueden traducirla en su estado puro y se ven obligados á servirse de un símbolo para comunicársela á los demás, símbolo que no viene á ser otra cosa que una generalización del pensamiento por la imagen. El valor de la obra artística dependerá, pues, de la belleza y del significado y del poder evocador que la imagen tenga. El criterio racional de la hermosura nace del símbolo, de la imagen generalizadora del pensamiento. La obra del pintor, del músico y del poeta, psicológicamente considerada, es el producto de una emoción estética. Esta primera emoción es como el embrión de la obra, y se desenvuelve en la conciencia de los creadores como un niño en el seno

de su madre. En torno de este punto central, la emoción primitiva, las ideas se asocian por contigüidad y por semejanza. Toda la vida de la conciencia tiende á agruparse en torno del punto central, la emoción primitiva, ó más exactamente, este punto central atrae hacia sí á todas las ideas y á todas las sensaciones que rozan nuestro espíritu ó pasan por el cielo de nuestras almas. Este trabajo de agregación, que es á un mismo tiempo consciente é inconsciente, se propone y se empeña en hacer que coincida el alma individual con el alma del universo, con el alma del todo, integrando en un símbolo la suma de este esfuerzo hacia el conocimiento total. Adolfo Lacuzón dice: "En el poeta es necesario que el alma pase, dinamizándose, del estado efectivo al estado activo, que esto y no otra cosa es la inspiración. Para que haya creación poética es necesario que el estado de alma, convirtiéndose así en noción de alma, sea inscripto en su símbolo. Esta inscripción simbólica es una integración. Más todavía y mejor aún: es una integración de función, porque las palabras y las frases, representativas del pensamiento, representativas del sentir y del emocionar, son valores y valores de función, desde que la mutabilidad de una sola de ellas requiere y trae consigo la mutabilidad de las otras. Que el ritmo intervenga y la obra nacerá." León Vannoz, que acepta como bueno lo dicho por Adolfo Lacuzón, sostiene después que cada época debe conocer lo material del arte. El alma humana tiende perpetuamente á salir de sí misma, á espaciar sus límites, á nacionalizarse en la ciudad colectiva y solidaria de los creadores, á ponerse en íntimo contacto con el misterio último. Servirse de todo lo conocido para penetrar en lo más allá de lo conocido, en la gran noche del total ignorado, es el método á que el arte debe tender; pero el arte no

conseguiría ninguno de sus propósitos sin la ayuda del ritmo. El poeta, sólo por el ritmo, entra en relaciones con lo que hay de más universal y de más inteligible en la creación. El alma, por el ritmo, coincide con el movimiento cósmico, se convierte ella misma en movimiento é individualiza por un instante la fuerza universal. Todas las almas individuales, todas, se desenvuelven siguiendo un ritmo que les es propio; pero en tanto que este ritmo es mediocre, débil y banal en los seres rudimentarios, este ritmo es largo, potente y novedoso en los hombres de genio Los simbolistas, como los decadentes, aceptan y admiran la concepción pitagórica de que el alma es un número que se desenvuelve y el universo es un número en movimiento. Lacuzón acierta cuando dice que el ritmo es el gesto del alma. La emoción estética, la simpatía, la admiración, no son sino el encuentro, el choque, las nupcias estelares del ritmo individual del lector con el ritmo individual del poeta. Hay comprensión cuando estos ritmos concuerdan, como hay júbilo calológico, es decir puro y desinteresado, cuando un ritmo más débil se siente transportado por un ritmo más fuerte hacia una perfección más alta. Y Vannoz afirma: "Un alma pequeña, arrastrada por el entusiasmo de un gran poeta, es parecida á un arroyo que un río potente arrastra hacia el mar." Desaparece, gracias al ritmo, la incomunidad que existe entre los hombres. Si el universo se nos aparece como una vasta orquestación de ritmos, si vemos á cada alma individual á modo de fórmula que puede entrar en combinaciones con las fórmulas de las otras almas, nos será forzoso reconocer que existe un vínculo de sociabilidad entre las criaturas. Ese vínculo se halla en el ritmo que no es otra cosa que el movimiento con que la imagen generaliza el modo de ser de la emoción

primera, del embrión de la obra desde su despertar hasta su plenitud. Y no es despreciable, sino muy racional, lo sostenido por Vannoz y Lacuzón. Hay mucho de bueno y de útil en su estética. ¡Lástima que las exageraciones la desvirtúen al practicarla, olvidando que estos preceptistas del simbolismo no separan el ritmo del pensamiento, la forma del fondo, ni dicen que la originalidad sea el obligado producto de la ignorancia! Por el contrario, Lacuzón y Vennoz sostienen, y sostienen con verdad, que el arte debe servirse de todo lo conocido, de todo lo que nos proporcionan nuestros estudios y nuestras reflexiones y nuestros ensueños, para ascender hasta "la región ignota medio iluminada por una luz que ya no es la luz de la ciencia." No son ellos, no, los que han tomado al pie de la letra los versos de Verlaine:

De la musique avant toute chose....
De la musique encore et toujours!

Piazzi nos dice en el segundo tomo de *El arte en la muchedumbre:* — "El arte decadente se encuentra siempre en un retorno á las formas anteriores, combinado con una investigación de emociones secundarias, y con una gran perfección: mejor dicho, refinamiento de los medios de expresión. Toda verdadera decadencia artística presenta este carácter: la esencia del arte tradicional, la forma alambicada; la novedad de los decadentes no consiste en hallar nuevas actitudes, nuevas relaciones de la verdad, en descubrir nuevas relaciones intelectuales ó sociales y dejarse llevar inconscientemente por ellas, sino en presentar la vieja esencia en hermosas formas, nobles expresiones y apariencias agradables y difíciles. Es el caso del Alejandrinismo y de Licofronte." — "El hombre es arrastrado por su propia naturaleza á la admi-

ración de todo esfuerzo: todo lo que le parece difícil es para él elevado, y el acrobatismo es siempre una manifestación genial que tiene sus fanáticos admiradores. Tales preferencias crean una forma de arte regresivo, que alcanza alturas vertiginosas en la investigación de los medios subsidiarios y de los coeficientes estéticos; pero que queda en la parte de afuera de la sociedad, de la que no refleja las necesidades, y á lo más constituye un placer superficial y de lujo." — "El poeta regresivo no vive, no piensa, no sueña más que en tornear fatigosamente un verso, y se considera feliz al encontrar una nueva combinación de palabras que presenten hermosos contrastes de sonidos y de matices. Hace estilo por el estilo; poco le importa si este estilo tiene un alma; su mente acartonada sólo da sonidos, sólo tiene vibraciones para imágenes sensibles, para colores sugestivos por sí mismos é independientes de la forma, para perfumes penetrantes y embriagadores." — "El poeta regresivo suda, se afana, se martiriza y ruge de entusiasmo, cuando sale de sus manos un hermoso verso, un hermoso contraste de matices, una hermosa y aguda disonancia. De seguro que no sentiría tanta alegría si llegara á descubrir, por casualidad, una verdad profunda, porque la esencia del pensamiento no tiene valor alguno para él; su simbolismo es una petrificación de abstracciones, aspectos indeterminados que hacen más confusos indeterminados conceptos, lo individual que absorbe lo universal, porque este último no cabe en la pequeña mente del poeta. La esencia del arte regresivo es la tradición, es un retorno á conceptos muertos, es la resurrección de un cadáver; y las imágenes que han de producir este milagro son imágenes de orden inferior, puramente relacionadas con los sentidos; la imaginación artificial está toda en el campo de las

excitaciones fisiológicas, sensaciones olfatorias, sobreexcitaciones sexuales, refinamientos y perversión."

El juicio es cruel; pero verdadero. Casi todos los númenes del decadentismo se adaptan al molde cortado por Piazzi.

No faltará quien piense que abuso de las citas en mis modestos libros; pero, ¿por qué expresar como cosa propia lo que otros han dicho antes y mejor que yo? Mi probidad literaria, que es mi única riqueza, me lo reprocharía, y es preferible que los descontentadizos me acusen de pedante á que me acusen de poco honesto. Desde que mis observaciones personales apenas difieren de las observaciones personales de los que me han precedido y encaminado, no sé con qué derecho alardearía mentirosamente de originalidad, vanagloriándome de adivinador de las ideas y de las doctrinas que los libros de otros me sugirieron. Nunca me asocié á los que devastan los frutales del prójimo, y le doy á Guyot lo que es de Guyot, á Brunetière lo que es de Brunetière, á Vaz Ferreira lo que es de Vaz Ferreira, á Piazzi lo que le debo á Piazzi, y á Pérez Petit lo que es de propiedad de Pérez Petit. Confío en que algo me quedará, aun cuando no pase lo que me quede del empeño que pongo en coadyuvar á la cultura de mis conciudadanos, que es de creer que responderán al que les hable de lo modesto de mis orígenes y de la falta de filiación universitaria de mis estudios, la republicanísima frase de Voltaire: "El que sirve á su país no necesita abuelos ni ejecutorias."

Concluyamos con lo que ya cayó en desuso y casi en olvido. Si insistí en la estética del simbolismo, es porque parecióme que esta estética no se hallaba tan detallada como debiera en las páginas admirables del capítulo primero de *Los Modernistas*. Por lo demás, comparto en un todo las opiniones que Víctor Pérez

Petit nos da á conocer sobre los soles del decadentismo que se apellidaron Verlaine, Rimbaud, Rodembach, Laforgue, Kahn, Rambosson, Dubus, Mazade y todos aquellos que hicieron suyo el célebre verso:

Pas la Couleur, rien que la Nuance.

Creo, como Víctor Pérez Petit, que "Jean Moréas es un griego de la decadencia, un adorador de los mármoles de Scopas, que al cruzar bajo los vidriales de los templos decadentes, lleva aún, en sus pupilas, la blancura de la Afrodita, y en sus oídos, la vibración sensual de la lira de Catulo; y como una teoría de sirenas jónicas, sus versos revuelan perezosamente sobre la gloria inflamada de un sol que agoniza en occidente." — Yo también pienso así. Yo también he admirado la perfección rarísima y la discreta sensibilidad de aquel que cantaba:

"La rose du jardin que j'avais méprisée
A cause de son simple et modeste contour,
Sans se baigner d'azur, sans humer la rosée,
Dans le vase, captive, a vécu plus d'un jour,

Puis lasse, abandonnée à ses pâleurs fatales,
Ayant fini d'éclore et de s'épanouir,
Elle laissa tomber lentement ses pétales,
Indifférente au soin de vivre ou de mourir.

Lorsque l'obscur destin passe, sachons nous taire.
Pourquoi ce souvenir que j'emporte aujourd'hui?
Mon cœur est trop chargé d'ombres et de mystère;
Le spectre d'une fleur est un fardeau pour lui."

Pérez Petit está en lo justo cuando nos dice que "Pierre Quillard, alma encendida por el paganismo, navega sobre una galera cargada de opulentos escla-

vos hacia los archipiélagos de púrpura del mundo heleno, donde apura las delicias carnales; y después de haber visto marchitarse los días como rosas breves, parte, en pos de otras fantasmagorías, para lejanos países." — También está en lo cierto Pérez Petit cuando nos asegura que "Ferdinand Herold, viviendo en las leyendas olvidadas y en las historias remotas, vislumbra entre nimbos ambarinos y claridades de gemas, las Damas de Lys y las Reinas rubias, Anfélize, Marozie ó Aélis, subyugando nuestro corazón con su poesía dulce y suave, con su poesía perfumada y pura." — Y no se engaña tampoco Víctor Pérez Petit cuando nos afirma que "Tristán Corbière, el marino bretón que dialoga con las cóleras del Océano y se embriaga con las auras salinas, desliza en sus versos, en frases cortadas y bruscas, risas y lloros, burlas y quejas, asustándonos con las contradicciones de su alma y conmoviéndonos con sus chispazos de genio."

Yo también pienso así. Hay lirismo, hay arte, hay una potencia intelectual enorme en aquella legión de poetas quiméricos que nos profetizaban orgullosamente el pronto amanecer del siglo de Pericles. Borrachos de ensueño, absortos en los sones de su música interna, á solas con la visión confusa de sus idealidades, despreciando los gozos del materialismo, con la frente hundida en el etéreo azul, todos esos poetas forman como un himno difícil de entender si se le fracciona, pero cuyas partes se unen y se completan, impregnándonos con suavidad en sus melancolías de amor y de alejamiento. Todos ellos dicen como dice Vannoz:

"La Vie en fleurs rêve toujours: Tout dans les choses
N'est que reflet léger ou symbole émouvant:

Ce sont poussières d'or que transporte le vent,
Ce sont couleurs, désirs, ce sont métamorphoses;
Mais il n'est rien qui dure et la vie elle-même
N'est qu'un jeu très subtil, d'un intérêt suprême
Où tout ce que l'on voit entre comme élément,
La lumière et la nuit, la joie et le tourment...."

No me extraña, pues, que Víctor Pérez Petit nos sostenga que "Jules Laforgue es el ironista delicado ante la pequeñez del hombre, lo irremediable del destino y la insuficiencia de las cosas, que va cantando sus trovas con la muerte que lleva en el corazón y las hondas tristezas que llueven sobre su alma", como no nos extraña que Víctor Pérez Petit nos sostenga también que "Gustave Kahn, extraviado en un oasis del Sahara, ve alzarse sobre las lejanías de las arenas una ciudad ideal, esos palacios nómades que refulgen sobre el cielo como una visión de esperanza hasta que el aliento abrasador de los vientos nubios los derrumba implacablemente ante los ojos atónitos." — Sería absurdo imaginar que todas aquellas musas emplean un lenguaje tan obscuro y caótico como el lenguaje intraducible de Renato Ghil, que nos da como versos muchas líneas de esta extraña naturaleza:

"Et cendres d'elle-même qui germaient le Feu et
des soleils s'étaient éteints: planètes que tait
la gangue en heurt des pesanteurs. Et, le tollie
et rouge nuit qui sur sa mort se pleut emplie
du monstre inséparé des éléments! et seule
des seules mathématiques de la totale
gravitation qui repère l'Espace...."

Adolfo Retté, á quien no puede acusarse de adversario de los decadentes y de los simbolistas, criticó los excesos de la musa de Ghil. No todos los com-

parten ni los justifican en el grupo inmortal. Leed, en revancha, este soneto de Fernando Gregh:

"La vigne, aux vieux treillis du balcon vermoulu,
Tresse un jeune entrelacs traversé de lumière,
Sur un fond plus massif de frondaison première,
Sombre et glacé de bleu comme s'il avait plu.

En bas, dans le gazon mouvant et chevelu,
Un cri semble jaillir d'une rose trémière;
Et je suis là, devant la table coutumière,
Gardant un livre en main que je n'aurais pas lu.

La chaleur, où défaille un souffle qui circule,
Fait s'énerver des jeux d'enfants, au crépuscule;
Sur le gravier, des pas traînent, irrésolus.

Et l'ombre s'épaissit aux branches des érables;
Et c'est un soir pareil à des soirs innombrables
Où je ne vivais pas, où je ne vivrai plus."

Leed igualmente este otro soneto de Jorge Pioch:

"L'océan est la forme éternelle du rêve....
Voici que sur sa face ont fleuri des îlots
Et qu'en une langueur il étire ses flots
Vers un matin limpide étendu sur la grève.

Une vague suprême accourt, scintille et lève
Sa plainte vers le ciel où l'azur est éclos;
Son écume est de chair et se rosit de sève:
Aphrodite surgit du plus doux des sanglots.

Elle marche à la terre, aussitôt consciente
Du charme impérieux qui la sacre l'amante
Où tendront la douleur et l'ivresse des temps.

En vain l'onde la suit et l'adule et l'appelle:
Elle fuit.... Et soudain, ranimant ses antans,
La mer pleure à jamais sa vague la plus belle!"

Y no sigo, porque me basta lo que antecede para poder afirmar con resolución que lo que vivirá, de lo decadente y de lo simbólico, no es lo que loan los fanáticos del simbolismo y de la decadencia, sino lo que las musas de la escuela integral nos dijeron clara, precisa, y también melodiosa y románticamente. El todo á media luz, los matices difusos, la imagen que no debe ser imagen y sí como un ligero brochazo de impresión, la música atendida con solicitud y la idea abandonada á todos los vientos, el diletantismo orquestal y las sonrisas de color de topacio, es decir, lo quintaesenciado de la quinta esencia de la sensibilidad artificiosa, enfermiza, extraña y no siempre pulcra, no son prendas que el futuro debe recoger como granos de oro. El futuro en cambio recogerá con amor, y hará bien recogiéndolo, la fiebre de ideal, la sed de azul, el culto de ritmo, el ansia de sentir, las melancolías otoñales, el panteísmo apasionado, las trémulas ternuras, las noches de insomnio, las languideces consoladoras, la meditación larga, la clarovidente piedad, el ensueño dulce y columpiador que todos admiramos y todos compartimos al recitar las salves de la musa de Alberto Samain.

Oid de nuevo á Piazzi: — "La verdadera ciencia es muy sencilla, pero exige atención y sinceridad: la falsa se contenta con la sugestión de un nombre ó de un sonido, del ruido de una teoría, del fascinador oropel de la falsedad y del engaño." — "El arte superior no *da lugar á sugestiones,* excepto para quien no le comprende y le sufre por influencias externas: sin ser comprendido es aceptado y admirado; la admiración consciente exige todas las energías de la psiquis, y la sugestión las elimina y reduce la concepción artística á un sonido prolongado, á un color predominante, á un rayo deslumbrador. Será tal vez un medio

de difusión del arte; pero prueba siempre la ineptitud ó debilidad de quien de este modo se lo explica." — "Por esto todos los elementos de que se sirve el arte regresivo tienen este carácter inferior, *infer-humano,* permítaseme la palabra; son en apariencia idealistas, y explotan los bajos instintos y los apetitos inferiores del bruto, siendo una gran verdad que la forma mística se confunde con las excitaciones sensuales más violentas, y toda hiperestesia encuentra su equivalente patológico en una anestesia." — El modernismo es un arte enfermo. Es la regresión á la credulidad romántica, superaguzada en el culto de la forma que distingue á los clásicos. Muchas veces es el producto neuropatológico de una hipnosis alucinatoria producida por el alcohol, el éter ó la morfina. Su complejidad de ritmos es artificiosa, es una astucia métrica y se obtiene por los mismos medios, con los mismos útiles y con una labor que en nada sobrepuja á la labor que exige la sencillez leal, mucho más durable y mucho más artística La claridad es el más alto de los dones concedidos al genio. La Bruyère dice en el primer capítulo de *Les caractères:* — "Todo el talento de un autor consiste en el bien definir y en el bien pintar. Moisés, Homero, Platón, Virgilio y Horacio no sobrepasan á los otros escritores sino por sus expresiones y por sus imágenes: es fuerza transparentar lo verdadero para escribir natural, viril y delicadamente." — "El escritor, para escribir con claridad, debe sustituirse á sus lectores, examinando su propia obra como si le fuese desconocida, como si la leyese por primera vez, como si no tuviese parte alguna en ella, como si la hubiesen sometido á su crítica desinteresada, y persuadirse de que uno es entendido no sólo por el hecho de enten-

derse á sí mismo, sino porque en realidad uno es inteligible." — "Se escribe para ser entendido; pero es necesario, por lo menos, escribir expresando cosas bellas. Son indispensables, sin duda alguna, la pureza de la dicción y la propiedad de los términos; pero es necesario que los términos apropiados expresen pensamientos nobles, vividos, sólidos, y que encierren no poco sentido común." — La sencillez, la naturalidad y la nítida traducción de nuestras ideas son condiciones del bien escribir para La Bruyère. El arte modernista, el que tiene por musa á las excitaciones sensoriales quintaesenciadas, el que prefiere los sonidos á las ideas, es un arte retrógrado, que vale mucho menos y que no merece la estima que se merece el arte superior, el arte considerado como función social, el arte de que nos hablan La Bruyère y Piazzi.

Sigamos, después de espigar en *Les caractères*, escuchando al último: — "El simbolismo usurpa un carácter superior del arte que, se puede decir, es todo simbólico, puesto que el genio generaliza por naturaleza propia, y el simbolismo verdadero se parece en último término á una generalización. El simbolismo de las naturalezas vulgares, de los intelectos limitados, es cosa muy distinta; es precisamente todo lo contrario del simbolismo superior. Consiste en reducir á un solo signo todo un conjunto de fenómenos y de causas; en atribuir efectos inmediatos á causas inmediatas; en ocuparse de modos de sentir personal perdiendo de vista los principios y las generalizaciones. Es el simbolismo del indio que atribuye caracteres misteriosos á las letras del alfabeto y se las come para participar de aquel carácter; del niño que cree, cuando truena, que los ángeles juegan á los bolos; del noble, lleno de deudas, que cifra su honor en su título; en

una palabra, es el simbolismo de las inteligencias pequeñas que honran cualquier tontería, unos adornos, las fórmulas, sin preocuparse de su significado, ni de la razón tradicional de tales símbolos."

Y Piazzi agrega implacable, pero muy acertadamente:

"Los pseudo simbolistas se valen, como hemos dicho, de la sugestión, que quita al fenómeno artístico toda la esencia intelectual; creyendo elevar la mente á los campos de la abstracción ideal, se sirven en gran cantidad de asociaciones inferiores y fisiológicas; abusan de imágenes mixtas, de sensaciones sobrepuestas como, por ejemplo, de las que emanan del color de los sonidos, estando este fenómeno muy lejos de poder ser considerado como un fenómeno superior de la inteligencia, pudiendo por el contrario considerársele tanto más general cuanto menos elevado es el grado de inteligencia y de cultura." — "La audición coloreada tiene lugar por asociaciones inferiores que nada tienen que ver con el arte, y lo demuestra el haberse hecho estas experiencias precisamente sobre niños. Así es que de los párvulos de la escuela de Boston, (en donde se hicieron las experiencias), cerca del cuarenta por ciento describían el color de ciertos instrumentos; pero el color variaba en cada niño, resultando claramente demostrado que es la asociación de las ideas lo que provoca el fenómeno." — "La asociación coloreada tiene caracteres infantiles, y depende de la tendencia de los niños á vestir con imágenes brillantes las impresiones de los sentidos. Tal carácter es también confirmado por Sully, el cual se inclina á suponer que cuando la audición coloreada y otros fenómenos semejantes persisten después de la infancia, pueden ser considerados como restos de la fatiga cerebral de los primeros años de la existen-

cia. De este modo queda todo el arte pseudo simbolista reducido á un pasatiempo de muchachos."

Ya reduciré lo que antecede á su justa expresión cuando me ocupe del decadentismo en nuestro país. En substancia y en tesis general, me parecen ciertas las apreciaciones críticas de Piazzi, que no es más duro de lo que lo han sido Gener y Guyau.

El pesimismo y la melancolía son caracteres comunes á la escuela simbólica y á la decadente. Esos caracteres se encuentran también en todas las llamadas escuelas modernistas, como ya observaba en 1906 la gallega ilustrísima, la prodigiosa doña Emilia Pardo Bazán. Es que lo simbólico y lo decadente son desviaciones que han ido á aumentar su dosis de amargor en las aguas de la filosofía de Nietzsche. No siempre la amargura cantada es real y sincera. Cuando se goza en presentarse entre exotismos y obscuridades, podéis asegurar que tiene mucho de artificiosa. El dolor verdadero no busca palabras, fuera de uso, en las hojas menos leídas de los diccionarios. El dolor verdadero tiene un lenguaje que es de este mundo, y no del país de las extrañezas, porque si hay algo humano y universal, ese algo es el dolor. No es dudoso, como dice Víctor Pérez Petit, que decadentes y simbolistas deben lo que son á más de una influencia de las distintas modalidades del romanticismo. Esto explica su pesadumbre y su orquestalidad. Escuchemos á Víctor Pérez Petit: — "Leconte de Lisle les presta su acento épico y su impasibilidad, su amor á lo exótico y á lo raro; Teófilo Gautier les enseña la magia del estilo y el arco-iris del idioma; Baudelaire les da su satanismo, sus rebeldías, sus extraordinarias flores del mal; Banville les dicta las reglas estéticas y les revela el secreto de las rimas; y de todos ellos tomando algo y exagerándolo, los

decadentes forman su credo. Y de este maridaje, precisamente, resulta también la confusión en que han incurrido algunos críticos al pretender buscar el antecesor de los nuevos poetas en Leconte de Lisle, ó en Banville, ó en Baudelaire. No, mil veces no. No es un poeta solo el que ha inspirado á estos modernísimos: es toda la generación de Apolos fenecida, es la escuela romántica, en una palabra. Pero el decadentismo es un momento en el arte. Su sol declina también al horizonte. Los últimos arpegios agonizan en las distancias." — Mejor. Nos felicitamos sinceramente que así suceda. Adivinábamos que así sucedería. Las dianas de la última victoria no pueden ser el patrimonio de los clarines de lo artificial. Los iniciadores del decadentismo en nuestro país no se dieron cuenta de que acogían con júbilo á un cadáver, ya sepultado en las necrópolis literarias del mundo europeo. ¿Para qué quiere muertos esta tierra de vida? ¿Qué aire de sabiá esperáis que salga del sacudimiento de los sudarios de lo decadente y de lo simbólico? ¡Si después de ellos han pasado ya, para no volver, los integralistas y los visionarios, á pesar de la favorable opinión que sobre los últimos manifestó el espíritu selecto de Anatole France! Si el modernismo quiere decir, como quiere decir, avance, remozamiento, armonía entre el arte y el alma de nuestra edad, ¿cómo creéis que lo decadente y lo simbólico, la música superpuesta á las ideas y la soledad superpuesta al consorcio humano, á la fraternidad de los hombres, es decir, lo anormal y lo no modernista, puedan ser el decálogo poético de este país y de esta centuria? Nuestro mundo es un milagro que sólo espera para surgir en forma de belleza, como dice Manuel Ugarte, que la pluma describa sus maravillas. No hay razón alguna, como dice también Manuel Ugarte, para que

nuestra literatura siga siendo exótica, cuando tenemos territorios y costumbres y pensamientos que no son parisinos. Pero todo ello, como igualmente nos dice Manuel Ugarte, "ha de venir en forma sencilla y accesible. El arte complicado no puede tener pretexto en las tierras nuevas, donde toda aristocracia resulta artificiosa y falaz. No somos el producto de una larga elaboración y de selecciones múltiples. No componemos un conjunto de hombres refinados por los siglos. No pesa sobre nuestros hombros la herencia de frivolidad de las cortes y las capitales históricas. Somos más bastos, más duros, más sólidos y más sanos, y necesitamos un arte en consonancia con nuestras naturalezas silvestremente rústicas, donde tejen todavía su nido los deberes, las bondades y los entusiasmos de la primera edad. Somos democracias indómitas y revolucionarias, compuestas de elementos que han venido de los cuatro puntos cardinales, atraídos por nuevas probabilidades de felicidad ó de riqueza, y no podemos adoptar las palideces y los escepticismos de las razas seculares, cuya fatiga hace brotar extrañas flores de invernáculo. Así como entre los individuos cada edad tiene su traje, cada etapa de la vida de un pueblo trae una manifestación artística que concuerda con ella. Estamos en plena juventud, y hay que expresar ideas simples y saludables en formas espontáneas y cristalinas."

El decadentismo y el simbolismo se preciaban y se precian aún de ser una aristocracia intelectual. No son, por lo tanto, formas de arte que puedan arraigar en países democráticos é igualadores como los nuestros. No es posible vivir aislado donde todo se sabe y siente con solidaridad en la labor común. Á nadie le es permitido, en un mundo nuevo, mantenerse á las márgenes del movimiento que crea lo aun inexistente,

como el alma de la raza y lo característico de la verba. Si ésta ha de enriquecerse con nuevas voces y nuevos ritmos, las nuevas voces no pueden ser caducas y exóticas, sino productos naturales de una nueva zoología y una nueva botánica, como los nuevos ritmos no pueden ser los ritmos ya abandonados por un mundo viejo, sino los ritmos que nos sugieran el chispeo de la lluvia en las ramazones endardadas de los árboles vírgenes y el paso de los soplos crepusculares por los claveles que cuajan sus ambrosías entre los huecos de los pedruscos de nuestras sierras. Esta es la retórica que hay que predicar. Esta es la retórica de lo porvenir. Esta es la retórica charrúa, la buena y la santa y la fecundadora y la permanente al través de los tiempos. Buscad líneas en nuestra estructura orográfica, ritmos en el músico caer de nuestros arroyos por sus declives de orillas leñosas, colores fuertes en lo fuerte rosado de nuestros durazneros, y colores tiernos en la tierna blancura de nuestros guayacanes, perfumes no sentidos en el aromático respirar de nuestros tembeteríes y de nuestro gracioso jazmín diminuto, porque en verdad os digo que vuestra inspiración no es inspiración sino se anima y si no se caldea puesta en contacto con las languideces femeninas del sauce, con el parlero silbar de la calandria y con las pupilas melancólicas de los vacunos de manchada piel. ¡Vivid para nosotros, que recogimos vuestro primer vagido y que recogeremos vuestro suspiro último, oh soñadores que pasáis sin ver á ese solitario y á ese soñador de las cuchillas patrias, al ombú que sabe viejas leyendas y en donde brilla el copete purpúreo, el penacho guerrero del cardenal arisco! ¡Salve al país del pitanga y del molle, del hornero y del mirasol, del tucutuco y del aguarí, de las amatistas salteñas y de los helechos tacuarem-

boenses! ¡Salve al país de la mulita resignada y el ñandú bravío, del yaribá altanero y el ñangapiré dulce, de la achira flexible y el culantrillo medicinal, salve cien veces y que todas las musas, que rezan sobre la herbácea vegetación de sus llanadas con perfume á trébol, no canten otro canto que el himno fervoroso de su belleza, de su juventud, de su laboriosidad, de su gallardía y de su porvenir! ¡Eso es lo nuevo, eso es lo útil, eso es lo hermoso y eso es lo grande, oh Patria!

II

Víctor Pérez Petit abandona después al decadentismo, "que fulguró en estos últimos años en el cielo del arte como una aurora boreal", para ocuparse con acertado conocimiento de algunos excepcionales como Haupmann, D'Annunzio, Tolstoy, Verlaine, Castro, Strindberg, Darío, Yakchacof, Mallarmé y Nietzsche. — No seguiremos á nuestro crítico en toda su larga é interesante peregrinación, contentándonos con loar nuevamente sus retóricas galas, su mucho saber y su constante acierto. Si las dos primeras de estas tres condiciones échanse de ver en toda su obra, la última resalta también en toda ella, como obsérvase en el estudio de los autores menos conocidos de que nos habla de un modo magistral, pues magistral es el modo como nos habla de Eugenio de Castro, el que evoca y reanima la beldad de Belkiss, la enamorada de Salomón. El vuelo de una noche de orgía en el palacio de Jerusalén le bastó para desilusionarse, para conocer los secretos del doloroso hastío, á la fabulosa reina de Saba. La muerte de su ensueño la matará. Lo que empezó en romance de honda lujuria termina en tragedia de lágrimas amarguísimas. El gran des-

encanto sólo puede esconderse en la sombra sin fin, en la sombra sin voces y sin latidos. La que entró en la ciudad de las alcobas donde se canta el cantar salomónico, que huele á sándalo y huele á mirra, cubierta de púrpura y sobre un elefante tan blanco como su tentadora virginidad; la que vió danzar voluptuosamente, entre ritmos de arpas y sones de sistros, á las esclavas desnudas y de color de ébano que tenían anillos de flores en torno de las sienes; la reina, á la que angustia el afán de darse ávida y totalmente, sale de los brazos del rey profeta, cuando amanece sobre las cumbres la sonrisa del sol, lívida, exangüe, lúgubre, tediosa, con los ojos sin brillo, con el pecho lacio, pronta para morir. Belkiss es el símbolo del placer que precede á la vaciedad y de la vaciedad que sigue al placer. Oigamos á Víctor Pérez Petit: "El sensualismo del poema de Eugenio de Castro tiene todos los caracteres de una religión. Es un sensualismo fino, delicado, con refinamientos y delicadezas orientales, que no tiene el torpe erotismo moderno. Cada gesto de la lujuria es allí solemne como una imposición teúrgica; cada espasmo de placer es harmonioso como una teoría de ondinas. Aun los transportes más candentes lucen una serenidad augusta que los equilibra y ennoblece. Y he aquí por qué, también, el sensualismo de *Belkiss* no tiene, aun en sus períodos más álgidos, nada de común con el erotismo que sella, como una lápida de mármol, las obras avanzadas del naturalismo. Los sueños eróticos de la reina de Saba no excitan nuestros sentidos, sino que caen sobre nuestro sensorio como un blando revoloteo de flores deshojadas, en una maravilla de perfumes. Y cuando la enamorada, ardiente como un sol, se entra á la alcoba de Salomón, lo mismo que cuando sale de ella, cubiertos sus deseos por un sudario de nieve, hollando

un sendero de lirios salpicados con sangre, no flotan ante nuestra vista las ponzoñosas visiones que flotaron ante el santo inmortal de Flaubert, sino que, por el contrario, vemos bañarse nuestro espíritu en las claras linfas del idealismo — una verdadera lujuria dorada, un revuelo de cantáridas en una mancha de luna."

Oigamos todavía al crítico que tiene aún más de retórico que de censor. Ese crítico nos dirá que Belkiss no es la torpe, la brutal, la prosaica sacerdotisa del espasmo violento y la exótica satisfacción. Belkiss es la eterna engañada, la mujer eterna, la niña eternamente amante y curiosa. "Belkiss es el ensueño, la ilusión, la poesía, lo intelectual de la lujuria. Es símbolo é idea, fuerza y abstracción, norma y virtud de la universal religión del placer. No habla á la carne, aun en medio de sus refinamientos, porque no es más que una representación del *eterno femenino*. Su lujuria es legal é hija de la más grande de las leyes de la naturaleza. Es la poesía del instinto, la deificación del sexo, el símbolo de la creación.... Y por eso sus refinamientos carnales, sus lascivias inmensas, sus caricias más ardorosas, sus besos frenéticos y devoradores no hacen de ella un vil hacinamiento de carnes femeninas, sino una diosa del placer, una virgen del deseo, una mártir del celo — trémula, desmayada, inquietante como Atys — fugitiva, ideal, soñadora como las enamoradas de Luhit. Y por eso, en fin, su sensualismo tiene todos los caracteres de una religión, y es cada gesto de la lujuria solemne y hierático como una imposición teúrgica, y tienen todos sus espasmos una augusta serenidad que los equilibra y ennoblece, y caen sus besos sobre nuestro sensorio como un blando revoloteo de flores deshojadas, en una maravilla de perfumes...."

Conformes, muy conformes, oh crítico y poeta. Belkiss, cuando termina su primera y última lección de placer, es como la lámpara de plata, en que la luz falta y el nardo ya no humea, que lleva entre sus manos la dolorosa de los amores al salir de los aposentos del hijo de David y de Betsabé. Salomón puede mucho: Salomón puede extender sus dominios hasta el rojo Egipto y llevar sus dominios hasta la cálida Palestina; Salomón puede construir el templo de Jerusalén y levantar una ciudadela sobre una cumbre próxima á Sion. Salomón puede mucho; pero no puede, oh crítico y poeta. impedir que el hastío acompañe á la saciedad como la sombra al cuerpo y la angustia á la desesperanza. ¡Eso no lo puede, á pesar de las infinitas ebriedades de sus versículos voluptuosos, el rey Salomón!

Víctor Pérez Petit se ocupa luego de Augusto Strindberg. La Suecia es una gran productora de obras fuertes y revolucionarias. En Suecia el feminismo es casi una verdad. En Suecia las escritoras florecen entre endiosamientos, formando una legión que sigue las huellas de Federica Bremer y Rosaura Carlen. Strindberg miró con ceño á las sublevadas, á pesar del escándalo á que daba lugar la múltiple idiología de sus propios libros. Es un desordenado, un agitador, un utopista, un formidable, un temperamento; pero es, también, un misógeno empecatado é impenitente. Casóse mal, el odio le separó de su compañera y escribió un libro en que nos revelaba todas las pútridas lacras de su hogar. Strindberg sostiene, como nos dice Pérez Petit, que "la mujer, necesaria al hombre para el amor, se convierte en un ser peligroso y perverso cuando pretende equipararse á su esposo ó á su amante, en la inteligencia y en el goce de los derechos civiles. La mujer vive para la reproduc-

ción de la especie; posee todos los atractivos, debilidades y cariños para conquistar al hombre; está exenta de las tareas pesadas y rudas de la vida; es mantenida y cuidada por su padre primero y por su marido después: ¿qué otra cosa puede desear en su existencia? ¿más libertad, acaso? Pero, ¿no la obtiene suficiente cuando se aleja del hogar paterno para convertirse de niña en mujer bajo el techo conyugal? Es cierto que el hombre es considerado intelectualmente como un ser superior á ella; mas este leve sacrificio de libertad individual, ¿no está compensado con las atenciones, cuidados y cariños de que es objeto? Las opiniones de Strindberg, como se ve, no son las que le dan sus detractores: él no ataca á la mujer en general, sino á aquellas que pretenden igualarse al hombre. Y tal y no otra es la tendencia y fin de sus libros." Y Víctor Pérez Petit agrega: "Sin tener para nada en cuenta el hecho de la inferioridad intelectual de la mujer respecto al hombre y de sus innatas pretensiones de superioridad y predominio, bueno es recordar á los que atacan ciegamente al dramaturgo de Stockholmo que dos eminentes escritores franceses, por citar los más admirados, han manifestado desde hace tiempo ideas parecidas. ¿Quién no ha leído *Las mujeres de artistas,* de Alfonso Daudet, y *Manette Salomón,* de los Goncourt? ¿Y cuál es la idea que se desprende de tales libros, sino la misma que anima el drama de Strindberg? ¿No es siempre el mismo caso, el *eterno femenino* minando arteramente una inteligencia superior, descomponiendo lentamente su organismo, corrompiéndolo pérfidamente por el dolor, la crueldad, las asechanzas y las desilusiones, hasta aniquilarle completamente? ¿Y por qué, siendo esto así, se aplaude á Daudet y los Goncourt y se reprueba á Strindberg?" Y Víctor Pérez Petit

añade: "Á otra razón obedecen aún las obras del autor de *Les Camarades,* y ésta no es otra que la lucha sostenida hace algún tiempo en los países escandinavos por la emancipación de la mujer. Los que tanto atacan á Strindberg, debieran enterarse de la historia social de Suecia y Noruega. En ninguna nación europea se ha luchado como en aquellos países por la igualdad de los dos sexos, ni se han producido tantos odios, ni se han escrito más audacias. Los más ardientes defensores de la mujer en las regiones meridionales, las más decididas Luisas Michel, son niños de pecho si se les compara con los emancipadores del Norte. Allí sus pretensiones no han conocido vallas ni restricciones, y las mujeres han llegado al extremo de exigir al hombre en la cámara nupcial la virginidad que nosotros, en nuestros países, les exigimos á ellas."

Esta exigencia no nos parece que sea tan de recriminar como imagina Víctor Pérez Petit. Si la mujer no pretendiese otra cosa que recibir lo mismo que ella nos entrega, — la pureza del cuerpo y la del alma, — la mujer tendría razón, como la tendría si la mujer quisiese que sus derechos de madre no fuesen inferiores á los derechos que van unidos á la paternidad, y como la tendría si nos exigiese que cultivásemos su inteligencia ó su carácter con la misma solicitud con que cultivamos nuestro cerebro, armándola, como nosotros nos armamos, para las rencorosas luchas de la vida. El hombre no es el amo, sino el compañero. La mujer no es la sierva, sino la aliada. En tanto el hombre reclame el uso y el abuso de su libertad, negando á la mujer el abuso y hasta el uso de ella, existirá una parte del sexo femenino, la menos digna de adoración, que viva con el hombre en lucha terrible y traidora de rivalidades; pero Augusto Strindberg, que fué un rencoroso, un apasionado, un frenético y un anormal que

varió de ideas como el camaleón cambia de colores cuando se le irrita, — á pesar de su estilo maravillante y su maravillante fecundidad y su saber no menos maravillante, — es el escritor menos á propósito para entregarse á estudios reflexivos y moralizadores sobre el hogar y sobre la mujer. Lo que no obsta para que aplaudamos, — aunque como literatura y no como sociología, — lo escrito para el teatro y para la novela por Augusto Strindberg, reconociendo que, en este sentido, tiene razón sobrada para alabarle nuestro Víctor Pérez Petit.

Observo y anoto cierto antagonismo entre mis ideas y las ideas del autor de *Los Modernistas*. No es de extrañar si se tiene presente que la segunda edición de dicho volumen fué publicada en 1903. Es muy posible que desde entonces el autor de aquellas hermosas páginas haya rectificado algunas de sus opiniones, como yo he rectificado muchas de las mías. Sólo los brutos no se transforman. Los intelectuales se metamorfosean incesantemente hacia la perfección. El feminismo, si le limpiais de exageraciones, está muy lejos de ser una delictuosa amenaza. Nace en la Francia del siglo XVII y se extiende en la Francia del siglo XVIII, pasando á florecer, en el reino alemán, hacia el año de 1850. ¿Qué es lo que reclama? El absurdo, el mal entendido, el vesánico y el molieresco, reclama la igualdad de todos los derechos y la igualdad de todas las actividades para el hombre y la mujer. ¿Triunfará? No, pues se opone á su triunfo la naturaleza, desde que la completa igualdad de vidas es imposible y es ilusoria ante la desigualdad de funciones sexuales. La mujer, que ejerce la soberanía en los dominios azules del sentimiento, no puede ejercer la soberanía en los dominios grisáceos de la acción. El acto de sentir requiere una energía espiritual que

en nada se parece á la energía espiritual que requiere el acto de pensar. La energía de la voluntad consciente dirige y activa los actos de la existencia práctica, en tanto que los actos de la existencia del sentimiento traban y anulan la energía motriz de la voluntad razonadora. Podéis estar seguros y convencidos de que siempre, siempre y siempre, suceda lo que suceda y legíslese lo que se legisle, las actividades del hombre y de la mujer tendrán la aplicación especialísima que les corresponde dentro de lo creado bajo las estrellas. Así lo sabe el feminismo ecuánime y no aparatoso, el no arlequinesco y no paradojal, que lo que pide y quiere son los mismos derechos ante las cunas, la misma libertad para ganarse probamente la vida dentro de la organización que la naturaleza le dió á cada ser, y la cultura educacional precisa para convertirse en esposa y madre en toda la amplitud de estas nobles palabras. ¿Triunfará? Sí, porque todas las aspiraciones legítimas se imponen saltando por encima de los prejuicios con que tratamos de detenerlas y aprisionarlas. Voy más lejos aún, mucho más lejos. Á mí las abogadas, las médicas, las electricistas, no me parecen mal, á condición de que sepan y sirvan lo mismo que los electricistas, los médicos y los abogados. La igualdad de aptitudes reclama é importa la igualdad de prerrogativas y de servicios. Lo que encuentro antinómico y perturbador es que, á pretexto de que las mujeres ilustradas son excepcionales, se exija menos y se gloríe más á las abogadas, á las médicas y á las electricistas que á los electricistas, á los médicos y á los abogados. ¿No quieres ser madre como todas las madres, ni esposa como todas las esposas, ni hija como todas las hijas? Perfectamente; pero en ese caso, pequeña mía, aíslate y reconcéntrate y sufre y batalla y rómpete contra la realidad como

aquellos á quienes te proclamas igual y de cuya protección alardeas de prescindir. ¡Á correrla, muchacha! ¡Á iguales destinos, iguales dolores! ¡Á los mismos empeños, las mismas angustias! Encarado así el problema del feminismo, — pues no hay para que ser galantes ni bondadosos con las desdeñosas de la bondad y la galantería, — ¿qué resultará? Pues resultará la bancarrota de la tendencia insana y el triunfo de la tendencia digna de encomio, porque rápidamente se observará que si la mujer es por lo común más apacible y más dócil que el hombre, es también por lo común menos resistente y menos adaptable y menos invectiva, no por razones de hábito y cultura, sino por designios y fatalidades de la naturaleza. ¿Qué es lo que se nota, magüer el desarrollo de las actividades feministas, desde 1901? Se nota que, á pesar de las prédicas y los reclamos de las continuadoras de Luisa Paters, las telegrafistas son rechazadas con acritud por la mayor parte de las administraciones de la Unión Postal. Es que la actividad sexual, si atendéis á los casos generales, no se desenvuelve ni en el mismo universo psíquico ni se desarrolla en el mismo universo práctico, siendo tan digno de ser colocado al margen de su sexo el hombre que renuncia á la virilidad como la mujer que se olvida de que más vale un beso en la mano que el apretón en uso á la moda inglesa, porque el beso en la mano es signo de rendido homenaje y el saludo á la inglesa no es el suspiro con que Buckingham reveló sus amores por Ana de Austria. El verdadero error está en querer que os amemos como mujeres, cuando aspiráis á vivir como hombres. Fuera de eso, que es lo substancial y lo lamentable, no hay que confundir el matriarcado ni la ginecocracia con el noble y el justo deseo de mejorar las condiciones de la mujer, que puede

y debe disponer y gozar de todos los derechos compatibles con su naturaleza, ejercitando cuantas actividades y menesteres no se hallen con esa misma naturaleza en conflicto y en pugna. En las universidades cabe la mujer, como cabe la mujer en las fábricas y como cabe la mujer en las oficinas administradoras, siempre que armonice sus aspiraciones y sus aptitudes con esas tareas intelectuales y reguladas, — siendo inicuo negar que Luisa Otto tenía tanta razón al combatir valerosamente por la libertad del trabajo femenino como la tenía la filantrópica Octavia Kill al solicitar que las sociedades benéficas, las que se ocupan de los enfermos y los niños pobres, estuviesen á cargo de las mujeres, porque todo enfermo necesita una hermana que alivie su dolor y porque todo niño necesita una madre que le enseñe á querer con purezas del alma. Eso es lo que no dijo, cegado por sus odios, Augusto Strindberg.

Preguntad á las pocas intelectuales con que contamos si no se sienten aisladas en el armonioso concierto de los espíritus; si no se saben menos mujeres ante la familia y el medio social en que han crecido y de que forman parte; si los jóvenes hablan con ellas con el mismo abandono con que hablan á las que se resignan á ser perfume y matiz, como las rosas empurpuradas y los jazmines blancos; si hay en los ancianos, que se les acercan, el mismo aire de protección y hechizo con que se acercan á las mujercitas que renuncian valientemente á la independencia que da la torva y secante sabiduría; si el beso del hijo es para sus cabellos lo que es para los cabellos de las que han consagrado la vida entera, no á brillar con luz propia, sino á brillar con los triunfos del esposo y la prole, que ven en sus méritos y virtudes, no una propiedad pública, sino una propiedad doméstica, fuente

sellada y huerto cerrado de todos los que viven bajo su dulce sombra. ¡Preguntad sabiamente, y si son sinceras, que os respondan dejando que suba á sus labios de desencantadas toda la hiel de su corazón!

¡El orgullo tiene más dardos que el zarzal! ¡Las cumbres son alturas y en las alturas, expuestas al furor de los vientos, ni se teje el nido ni se construye el rancho!

No faltará quien de loco me tilde, porque sostengo que la mujer que quiere vivir á lo hombre, debe renunciar á todos los júbilos y á todas las glorias de la mujer. ¿Loco? ¿Por qué? ¿No proclamáis la ley de la igualdad? Pues la igualdad rechaza las anormalidades, y tener dos sexos entra en los dominios de lo extraordinario. ¿Sería curioso? Ser mujer para que la adulen, la mimen, la adoren, la protejan, la ensalcen y la respeten; pero ser hombre para rivalizar, para competir, para hacer más difícil la labor diaria y para alzarse despreciativas, como un estorbo, en el camino de aquellos de quienes se esperan, con los ojos húmedos, los goces del amor. ¡Oh, no, señoras mías! ¡De ninguna manera! ¡No lo esperéis! ¡Podremos olvidar en un instante de locura erótica vuestra ambición de anularnos y suprimirnos; pero, no bien la ceguera pase, no veremos en vosotras sino un púgil que nos amenaza, con el puño en alto, y no una mujer como la mujer que el niño veía en la madre adorada, ó en aquella novia que presintió el mancebo en sus noches de insomnio torturador! Basadas en una supuesta ó probada igualdad de aptitudes y de energías, aspiráis á mediros con vuestros padres, con vuestros hermanos y con vuestros esposos. Es justo. Pasad. Nadie os cierra el camino. Pasad; pero sabed que, desde ese instante, habéis dejado de ser la aliada, la compañera, la musa, la endulzadora, la

inmortal, la adorable, porque os habéis manchado con el lodo de nuestros egoísmos y de nuestras miserias de gladiadores tristes, presentándoos en la liza frente á nosotros, que ya teníamos harto que hacer para defendernos sin que vuestras manos, pequeñitas y blancas, agregasen sus golpes á los golpes que nos hacen sufrir. Erais el puerto y os trocáis en escollo. Erais la fuente cantadora, el oasis esmeraldado, y os volvéis arena, soledad, rugir de leones. Bueno. Nadie os discute vuestro derecho. Nadie os lo discute; pero pasad solas, pasad sombrías, pasad en angustias, pasad en guardia, pasad con miedo, como nosotros, ¡como nosotros que no creemos en la amistad, ni en la política, ni en lo perdurable de la gloria y que ya no podremos tampoco creer en el amor! Las bellas artes, ánforas é intérpretes del sentimiento, deben ser las compañeras y las endulzadoras de los ocios ensoñadores de la mujer. No importa. El problema es complicadísimo. Nos hallamos en presencia de un derecho legislable, derecho que reclama insistentemente y cuyo reclamo revoluciona todas nuestras ideas sobre el hogar, justificando casi á los misógenos como Schopenhauer, Strindberg y Baudelaire. El problema es complicadísimo. Aceptábamos que la mujer debe recibir la misma cultura moral é intelectual que recibe el hombre; pero no admitíamos que debiera encarnizarse, como nosotros, en la caza de los empleos y de los honores y de la fortuna, viendo en esta pugna odiosa de los sexos un enemigo de la felicidad doméstica. Esa concurrencia rompe los lazos de la familia, concluye con la casa, deforma los afectos y los caracteres. ¿Acaso, por eso, la mujer queda olvidada ante la posteridad justiciera? No. Todos sabemos que fué el influjo materno muy poderoso en la floración genial de Ary Scheffer, Gœthe, Schiller, Lamartine y Mi-

chelet. Todos sabemos que sus esposas, sus compañeras dulces y amantes, labraron hondamente sobre el espíritu y la labor de Burke, Baxter, Grocio, Galvani, Fichte, Fadaray, Stuart Mill, Tocqueville, Guizot y Carlyle. Todos lo sabemos y todos reverenciamos á esas santas mujeres. No importa. El problema es de una complicación horrible. Todo derecho, cuando es derecho, debe ser atendido, aunque nosotros entendamos que la mejor de las astrónomas y de las botánicas, la más experta en geología y en derecho de gentes, no cumple tan bien y tan profundamente su misión femenina como las visitadoras de prisiones y de hospitales, las angélicas coronadas como Isabel de Hungría ó las angélicas sin corona como Sara Martín. ¡No importa! El derecho llama y es forzoso abrirle; pero eso no puede impedir que lamentemos las aberraciones á que la práctica de ese derecho nos conducirá. ¡Ay de las clases pobres! ¡Hay de los humildes y desheredados! ¡Lo lógico sería que el hombre, el obrero, tuviese lo necesario para formar un nido y vivir dichoso! ¡Nada de aprendizajes! ¡Nada de trabajo, fuera del hogar, para la mujer! ¡Hasta los catorce años, el hijo del obrero á la escuela! ¡Nada de igualdad en el dolor y en la servidumbre, desde que no hay igualdad en los sexos y en las virilidades! ¡La mujer y la hija del obrero en su casa, junto al fogón y junto á las cunas, porque el taller fabril deforma, envejece, anemia y prostituye; porque el ruido de las máquinas apaga las voces de la virginidad que pide socorro; porque el lenguaje de la capataza es untoso como el aceite, pero impregna el espíritu de las que lo escuchan de un óleo imbalsámico, pérfido y corruptor! He meditado mucho y he leído mucho sobre estos dolorosos, complejos y terribles problemas. ¿Soy un egoísta dicién-

dole al derecho que no hace bien? ¡Sí, soy un egoísta! Tengo el egoísmo de la especie, de la raza, del amor, de la cuna, del hogar, de la dicha, de las ternuras frágiles, de las misericordias iluminadas. ¡Tengo el egoísmo, el grande y afectuoso egoísmo de lo porvenir!

Las desemejanzas entre mis ideas y las ideas del autor de *Los Modernistas* me parecen mayores cuando releo su estudio sobre Gerardo Hauptmann. Los dramas de este ingenio agitan y remueven las conciencias. Su visión trágica es muy profunda. Si sus procedimientos son sencillos como los procedimientos del teatro griego, su musa, como la musa griega, hace de la fatalidad el resorte y el eje de todas sus obras. Leed *Las campanas* y leed *Antes de salir el sol*. Víctor Pérez Petit nos presenta á Gerardo Hauptmann visitando á Pablo Leroy Beaulieu. Leroy Beaulieu es el patricio, el soberbio, el desdeñoso, el rico Dreissiger. Hauptmann es Baecker. Bajo el artesonado techo de un palacio que se hiergue sobre una de las márgenes del Sena, discuten el hambre y la abundancia, la plétora y la flacidez, lo rubicundo y lo macilento como en *Los tejedores*. Los obreros desfilan angustiados ante el pagador. Todos están pálidos, todos sienten frío, todos llevan en las almas y en las pupilas lo negro de sus noches de miseria. Falta el pan, falta la leña, falta la luz, falta la ropa, falta el libro, falta la higiene y falta la alegría en el hogar de todos. Baecker se irrita. Se altera. Se exalta. Es el vengador. Es el convulsionario. Al contemplarlo fuerte, altivo, con los puños crispados, con la boca contraída por un mohín de rabia, los obreros le cercan y le obedecen. —¡Hacen bien! —dice Hauptmann. Le toca su turno á Leroy Beaulieu. Este se ronríe con dulce malicia. Dreissiger es más fuerte que Baecker en materia eco-

nómica. ¿Más sutil? Más sofista, si os parece mejor. —Las huelgas son terribles, murmura con suavidad. Impiden que los industriales cumplan sus compromisos beneficiando á sus concurrentes, y no consiguen que las ventajas de la victoria compensen las pérdidas sufridas por las asociaciones de resistencia. Después, el ingenioso y hábil Dreissiger defiende el lujo, padre de las artes, y defiende la desigualdad social, origen y razón del progreso. ¿Quién hace vivir á los pobres? El lujo. El lujo es la providencia del tapicero, del pintor, del gasista, del sastre, de la costurera, del pinche, del que cose zapatos. El hombre no aspira á ser rico por el estéril placer de ser rico. El hombre desea ser rico para ser feliz. La dicha es el progreso, es el fin supremo de la humanidad, y la riqueza, útil de la ventura, impulsa los hombres hacia el progreso valiéndose de su amor al oro. Hauptmann, más triste y más ceñudo que antes, no encuentra qué responder á estas palabras lapidadoras. Hace mal. Debió decirle á Leroy Beaulieu: —Si la riqueza es el progreso, una sociedad, donde las pesadumbres son en mucho mayor número que las fortunas, no es una sociedad progresista. Si el fin de los hombres es la felicidad, y en las sociedades modernas no se alcanza la felicidad sino á precio de oro, es preciso cambiar la organización de las sociedades modernas para hacer que la felicidad esté al alcance de todos los humanos. Suprimid la causa y los efectos quedarán suprimidos. ¿Qué es lo que motiva las huelgas arruinadoras? Vosotros mismos lo confesáis: una injusticia, porque es injusticia que vuestra riqueza explote mi labor, para proporcionarse el lujo, la dicha á que á mí también debía corresponderme, desde que el fin de los hombres es la felicidad y desde que yo formo parte de la especie humana. Me dais la razón, desde que reconocéis

que la sociedad está mal constituída, pues no está constituída con arreglo á sus fines una sociedad en que la dicha y la cultura son el patrimonio del menor número. Cambiad todo esto. Si no lo cambiáis, persuadíos de que tengo que demoler, porque es natural que reclame mi parte de cultura y que conquiste mi porción de dicha.

Y Nautpmann pudo seguir diciendo:

Afirmando que la riqueza es la palanca de la ventura y que la ventura es el fin de la especie, justificáis la prédica de los enemigos de la propiedad individual. Justificáis también, argumentando así, la propaganda de los que afirman que todas las fuerzas productivas de la sociedad deben encomendarse al gobierno y á la dirección de la sociedad entera. Cuando el gobierno sea la obra de todos y la propiedad no sea el patrimonio del menor número, la riqueza, palanca de la ventura, será de todos, realizando armónica y fraternalmente los núcleos humanos, la anhelada conquista de la felicidad. Haciendo del móvil personal, en pugna con el móvil colectivo, la brújula y el timón de las sociedades contemporáneas, zapáis los cimientos de esas sociedades, porque los ponéis en contrapunto con la moral austera y la justicia augusta. Resucitáis, á vuestro modo y en vuestro medio y en vuestro beneficio, las jerarquías industriales de Saint-Simón, como resucitáis, á vuestro modo y en beneficio vuestro, las series y los grupos de Faurier, olvidando que, como indica Marx y sostiene Lasalle, el capital, — el predominio de la riqueza acumulada sobre el trabajo, — es una jerarquía histórica, una simple y modificable jerarquía histórica, que desaparecerá si desaparecen las circunstancias que la engendraron y la sostienen. Entre Schœffle y el Leroy Beaulieu de Pérez Petit, estoy con Schœffle.

Creo, como este último, que el interés individual no puede ser el único fundamento de la ciencia económica. Creo, como Laboulaye, que hay que buscar el modo de connubiar, con connubio sereno, el interés individual y el colectivo. Creo que hay que encauzar y que dirigir, impidiendo que se precipite y que fracase, el movimiento jurídico reformador que se observa en todas las patrias de los continentes civilizados. Creo, en fin, que no es riéndose con maliciosa risa ni alabando los prodigios del lujo, como hace el Leroy Beaulieu de Pérez Petit, que se corta el resuello y que se estrangula en la horca de la sátira á los convulsionarios, á los frenéticos, á los desposeídos, á los tenaces, á los impulsadores de que nos habla Gerardo Hauptmann. Es indudable que no llegaremos á la plenitud de la justicia absoluta ni de la absoluta felicidad. Llegar sería estancar el progreso, y los horizontes del progreso no tienen fin. Es indudable que la igualdad completa no es aún concebible; pero es indudable que vamos avanzando rápidamente hacia lo hacedero de la igualdad y de la ventura, siendo consolador que todos reconozcamos lo que hay de lógico y lo que hay de justo en la cuestión social, en el grito de rebeldía de las miserias, para que podamos decirles á nuestra vez que, renunciando al odio y al delito, se eduquen y ennoblezcan para hacerse dignas de la parte de igualdad y de ventura que nos reclaman, preparando así la floración, de los tiempos profetizados por el alma sensible de Jacobi y por el alma dolorida de Bakounine. ¿Cómo se realizará el embrujamiento maravilloso? No lo sé ni me importa; pero lo que si sé es que el porvenir cumplirá sus promesas. Antes de Jesús, cuya venida se adivinaba, ¿quién hubiera creído que el apóstol de las misericordias devolviese á los tullidos el bien de sus brazos

y á los ciegos el bien de la visión? ¡Y, sin embargo, Jesús resucitó á la hija de Jairo! ¡Jesús hizo que saliese de su sepulcro, joven y fuerte, el hermano de Marta y de María! ¡El porvenir hará con los humildes lo mismo que con los ciegos y con los paralíticos hizo la piedad suprema, la inefable dulzura, el amor sin fondo y sin orillas, el mar de amor del alma de Jesús!

Que Leroy Beaulieu defienda y glorifique al lujo, no me sorprende. La mayor parte de los economistas, lo defienden con más ó menos virilidad. La defensa es á modo de arco, en uno de cuyos extremos, en el inferior, Garnier os dice que el lujo sólo favorece al comercio y activa la industria cuando está en armonía con la formación y el rédito de los capitales, en tanto que en la porción más alta, en el centro del arco, Mac-Culloch os dice que el lujo no es inútil y sí beneficioso, agregando que todos los progresos del bienestar, considerados hoy como indispensables á la existencia, fueron tenidos por estériles y superficiales á raíz de su aparición. Conformes, muy conformes, y es por eso que las clases humildes aspiran á la porción de lujo indispensable al goce de vivir. Lo que sí me extraña es que Leroy Beaulieu no sepa que el socialismo no reclama la igualdad absoluta de todos los hombres, y que lo único que reclama el socialismo es el cese de la desigualdad que caracteriza á la actual constitución económica. ¿Es que Leroy Beaulieu no ha leído á Zeboglio? Si lo hubiese leído conocería que el socialismo lo único que desea es la igualdad de todos los hombres con relación á sus propias aptitudes, á sus propias capacidades, á la parte con que cada uno pueda contribuir al bienestar y á la felicidad social. La desigualdad no desaparecería con el triunfo del socialismo, sólo que, como dice Zeboglio,

"la desigualdad de la sociedad socialista no será en modo alguno una desigualdad brutal é intolerable; tendrá siempre por base necesaria una igualdad media en el bienestar, en la satisfacción de las primeras y más indispensables necesidades materiales, intelectuales y morales." — "Entonces existirá también la desigualdad proveniente de la constitución ética, mental, física, estética, etc., etc., de cada individuo; pero no existirá la actual desigualdad entre el desgraciado sin vestido, ni comida, ni asilo, y el poderoso envuelto en ricas telas que le resguardan del frío, bien alimentado, bien alojado, sin que en ningún caso se tenga en cuenta el mérito que el uno tenga para tanta fortuna y la culpa que el otro haya para tanta adversidad." — Bueno es advertir, también, que el esparcimiento de la educación y el goce del bienestar posible, terminarían, por otra parte y aunque no de inmediato, con muchas de las ingratas desigualdades de orden físico y de orden moral que considera como sin remedio y como fatalísimas el Leroy Beaulieu de Pérez Petit en su diálogo con el Baecker de Hauptmann. ¡La igualdad absoluta! ¡Si nadie la quiere! ¡Si todos saben que el progreso no es sino una procesión de series que se desarrollan en lo infinito! Leroy Beaulieu no conoce lo que discute. Ferri os dirá que la igualdad absoluta no es propósito perseguido por los mentores intelectuales de la cuestión social. Zeboglio os dirá, en prosa más clara y con menos argumentos científicos que Ferri, que el socialismo no aspira — "á que todos los hombres tengan una nariz igualmente larga, una boca del mismo tamaño, un pelo de idéntico color, y otras igualdades estúpidas del mismo género, sino á colocar á todo hombre en una misma situación favorable, con relación á sus cualidades congénitas, para su desarrollo y aprove-

chamiento adecuados. No porque la naturaleza sea desigual hemos de acentuar la desigualdad. El hecho de que una persona sea ciega, ¿es acaso un motivo para mutilarla nuevamente? La igualdad proclamada por los socialistas es la igualdad de todos en un estado de bienestar material y moral que sea igual para todos, pero sólo en cuanto les garantiza una existencia material y moral humana. Así, la igualdad en la salud no significa que todos tengan el mismo grado de vitalidad de resistencia á las enfermedades, sino que todos estén sanos; la igualdad en la inteligencia no quiere decir que todos tengan la misma potencia cerebral, sino que todos sean inteligentes; la igualdad económica no expresa que todos sean igualmente ricos, sino que ninguno sea pobre. Y la palabra *todos* ha de entenderse en el sentido de referirse al tipo medio humano, al de la mayoría de los asociados. La igualdad de los socialistas no es ciertamente un hecho más contrario á la naturaleza que la construcción de los grandes túneles de Cenisio y de Gottardo."

Así la fastidiosa cantinela de la igualdad absoluta, que se repite y se repite como un sarcasmo y un argumento, no tiene razón ni motivo de ser. ¿Podéis negarme que la escuela pública, el abaratamiento del libro, la difusión de las revistas y lo frecuente de las conferencias han elevado el nivel de la mentalidad? No podéis negármelo, lo que demuestra lo que ya sabíamos, es decir, que el cerebro es un órgano que se desarrolla por el ejercicio lo mismo que el biceps y el pectoral. Lo que el futuro restringirá, aunque nuestro aserto os haga reir, es el inútil consumo de vitalidad, de salud, de energías y de cerebros en la lucha desesperada por la existencia. Zeboglio afirma que "día por día consumimos en el temor del porvenir, siempre enemigo de nuestra tranquilidad, y en el do-

lor, un patrimonio inconmensurable de energías físicas y morales que podríamos invertir en beneficio de la existencia colectiva. El socialismo, en cuanto alivia y disminuye el dolor humano y ofrece eficaz garantía á la vida individual, enriquecerá el mundo con una grandísima cantidad de fuerzas individuales hoy desperdiciadas. La disminución de la criminalidad, del suicidio, de la locura, del vicio, que será consecuencia necesaria de un sistema social que no produzca la degeneración, ni la neurosis por la fatiga ó el ocio excesivos, ni el hambre crónica, ni la depauperación, que no predisponga al ejercicio de las acciones criminosas para conservar la vida, transformará de negativas en positivas todas las energías que ahora se emplean únicamente en producir el mal."

Yo no soy socialista en el sentido militante de esta palabra. Temo los excesos y las precipitaciones á que da lugar el odio exacerbado de lo que sufre hacia lo que goza. Formo en la muchedumbre de un partido histórico basado en la organización capitalista de la sociedad actual, y al hablar como hablo lo único que pretendo es convencer á todos los partidos batalladores de la necesidad en que se encuentran de no cortarle el paso al futuro. El futuro será. El futuro vendrá á su tiempo. Prepararle es la misión del hoy y el hoy no preparará al futuro si no se da cuenta de que las utopías de lo presente serán las realidades de mañana. Necesitamos modificar la naturaleza humana, calcarla en el bien, predisponerla en el sentido que requieren todas las justicias posibles y hacederas. Esa es la función del hoy doloroso, la función sublime y preparadora del futuro feliz. Mucho hemos hecho ya. Mucho podemos hacer todavía. Hemos establecido la escuela primaria, la escuela rural, la escuela en los cuarteles y la escuela en las cárceles. Hemos legislado

con misericordia sobre el trabajo del niño y de la mujer. Hemos dicho que no hay privilegios de casta y que no existen privilegios de secta, del mismo modo que no existen cunas malditas, mejorando y ennobleciendo la organización de nuestros asilos de orfandad enlutada y abandono cruel. Hemos aceptado que el impuesto sobre la renta y el capital puede ser progresivo, sin ser expoliador. Ya es nuestra, ya es de nuestros códigos, la teoría del riesgo profesional, iniciada en Francia por Julio Fabre y defendida en Francia por Félix Faure. Al admitir esa teoría, consagrada en 1897 por el Congreso Internacional de Bruselas, la hemos basado en los tres principios fundamentales en que la basaba el saber económico de Alejandro Ruzo. Vamos en camino de establecer el seguro social extendiéndolo á los enfermos, á las madres, á los ancianos, á las viudas, á los huérfanos y á los que no hallen modos de luchar como quiere y predica, de acuerdo con el evangelio de lo futuro, Alejandro M. Unsain. Hemos tratado de crear, disminuyendo riesgos, aparatos de protección para las máquinas existentes, sin olvidar lo que nos pedía la higiene fabril, estableciendo museos expositivos de los aparatos higiénicos y protectores en París, Amsterdam, Berlín y Bruselas. Así el movimiento iniciado en 1867 por Engel Dollfus se va desenvolviendo, se acentúa y agranda, prueba que no es utópico todo lo que por utopía se tuvo hasta ayer, y los inventos filantrópicos aumentan en número como aumentan en número las leyes protectoras, pues mientras Inglaterra nos dice legislativamente el 21 de Diciembre de 1906 que las enfermedades adquiridas en el trabajo deben considerarse como accidentes incluídos al riesgo profesional, Amphlet encuentra el indicador al nivel de agua, Hartmann su aparato para retirar los crisoles

del horno, y Dick el mango de seguridad para la sierra cepilladora de Goade.

Las promesas del futuro no son mentirosas. Todos irán conquistando su parte de dicha. La sociedad se transforma muy lentamente; pero es indiscutible que se transforma hacia lo nivelador, hacia lo generoso, hacia la altura de la justicia, hacia la verdad del progreso pacífico. ¡Salve al amanecer! ¡Salud al porvenir! ¡Dejemos que se eleve el sol del mañana! ¡Caigamos de hinojos ante la inefable reparación, ante el derecho que ya no se siente desconocido! ¡Los hombres avanzan para despertarse, cuando menos lo esperen, hermanos en la Verdad, el Bien y la Hermosura!

Es admirable el estilo retórico de *Los Modernistas*. Su autor es un crítico docto y de conciencia; pero es un crítico que sabe escribir deliciosamente. Leed sus estudios sobre Darío y sobre Nietzsche. Os dirá del primero, agotando todos los colores de su paleta y todos los bordados de su imaginación, que "sobre el decadente está el poeta, el poeta imperial que, al celebrar sus bodas luminosas con la gentil Erato en el palacio deslumbrante de la eterna Fantasía, alcanzó el cetro de oro de la Musa lírica. — Su imaginación es un sol de oro que ciega la retina, viste de tonos primaverales la faz de la tierra y puebla de miradas luminosas las soledades infinitas del espacio. Hay en sus acentos los ecos de las sonoras linfas, los rumores del bosque centenario y las melodías salvajes de los huracanes. Una Mujer que pasa en sus versos nos deja el perfume de su piel, el misterio de sus ojos lánguidos, el enigma de sus movimientos voluptuosos; al cruzar un Centauro, resuena en nuestros oídos el gran clamor de su galope desordenado, y la Hetaíra, que al través de los árboles callados va en busca de

Adonis, levanta tras de sí una fuga de leopardos. Y como en un sueño ó en un deslumbramiento, entrevemos la japonesita de pupilas llenas de visiones, la marquesa Pompadour como una rosa sangrienta, el muslo de marfil de Diana, el blancor del cisne que anuncia á Helena y el heraldo de Yolanda, una paloma; sentimos en el alma toda la nostalgia de los días brumosos y grisáceos, la risa de los cielos azules de la Grecia antigua y los espasmos voluptuosos de las siestas del trópico; y oímos, en fin, la risa de los faunos sorprendiendo á las ninfas en los claros de las selvas, el coloquio clamoroso de los centauros y las notas perladas de la eterna Harmonía rodando desde la cumbre del Pindo sonoro hasta el ebúrneo triclinio de Horacio, desde un confín solitario de la Arabia hasta el patio morisco de la Alhambra, desde la tierra del sol y los claveles hasta la patria diamantina del cóndor de mármol, Leconte de Lisle!"

De criterio amplio, de erudición vastísima y verba inagotable, os agregará en ese estudio en que centellea una admiración joven y ardorosa:

"El inspirado poeta que hay en Rubén Darío es eminentemente cosmopolita, y á la par, moderno y clásico á la vez. Pasea su espíritu por todos los horizontes al través de todas las edades, y tiene visiones formidables de hazañas épicas de los tiempos primitivos, siente el esplendor de la línea perfecta en la estatuaria griega y desmaya de placer ante los tintes mágicos y los contornos de porcelana de las emperatrices orquídeas. Su alma vibradora está abierta á todas las manifestaciones de la belleza ideal, y muchas veces, sin transición, pasa de la serena majestuosidad del arte griego, á las más inquietantes disquisiciones de la idea moderna. Así, no es de extrañar que el poeta, sujeto á uno de estos contrastes ultra-deca-

dentes, haga escribir á Beaumarchais un epigrama sobre el plinto de una ninfa de Corinto, ó que, aguijoneando su fantasía, más que su imaginación, entrevea las almas de aquellos jóvenes que ofrendaron en el templo de Venus, marchando á las saturnales guiados por el verso candente de D'Annunzio. De estos contrastes y de estas raras sugestiones el alma del lector sale azorada, como un ave que al libertarse de su jaula, se arredrara de la infinita extensión del espacio y permaneciera vacilante sin saber á dónde dirigir su vuelo. Y de esa harmonía del arte clásico con el más refinadamente modernista brotan destellos que ciegan la retina é hipnotizan tiránicamente el pensamiento. Esta es el alma de la poesía del gentil autor de *Los Raros*. El dios Pan toca, para él, los más misteriosos sones de su cornamusa; Término le enseña el enigma de la risa de su máscara y Venus vuelve á surgir de las ondas azuladas; Anacreonte orna su sien con hojas de viña; Safo le regala con la fiebre erótica de sus versos candentes, y Simónides de Zeos le escribe un threno sobre la nieve de Paros; — luego bebe el chipre en la copa de Horacio, y pasea las tristezas del ostracismo con Ovidio, y canta las horas del amor en las alcobas con Catulo; en las colosales selvas indostanas dialoga con Rama, Ayodhya y Kusadhvadja, ve pasar los elefantes taciturnos, se enamora de los lánguidos movimientos de una bayadera y oye el rugido clamoroso del tigre real; y en el Japón antiguo y en la China de los monstruos y las hadas, observa los lujuriosos colores de los crisantemos y lotos; lee las figuras de las pinturas de Li - tai - pé y Thu - Fhú, y sigue el vuelo tardo de las pensativas cigüeñas; — Baudelaire le cuenta la triste melancolía del Albatros del Pensamiento; Banville le enseña el secreto de las odas de Pierrot; Gautier le regala el tesoro oriental

de sus esmaltes y camafeos; Laurent Tailhade le presta las figuras historiadas de sus *Vitraux*, y Verlaine las riquezas polimorfas y multicolores de su estro sensual y místico. Por manera que el imperial poeta, traído y llevado por cien corrientes distintas, seducido por encantos contradictorios, deslumbrado con cien ideas antagónicas, rendido á la vez ante dos artes opuestas, que son el oriente luminoso y el poniente centellante de la lírica inmarcesible, fluctúa en un mundo impersonal, cantando las glorias, espasmos y estremecimientos del alma moderna con los rituales marmóreos y serenísimos del arte antiguo."

Pérez Petit, en ciertas ocasiones, antójaseme que atiende más á su estilo que á las cualidades características de los criticados. Presta á las obras de éstos no pocos relumbres de la luz que arde en el altar de su propio espíritu. Las engrandece. Las transfigura. De Rubén nos dice que "nadie como él ha sabido hermanar la forma griega con la idea moderna". Esto es cierto, y esto no es verdad. La forma, sí. La forma es pulida, serena, musical, novedosa. En cuanto á la idea, ya son otros cantares. Rubén no sobresale por la abundancia y la amplitud de las ideas. Justamente la idea moderna, la verdadera idea de lo que siente el siglo, no cabe en el aislamiento de ruiseñor de Rubén. Éste se halla más dentro de la antigüedad pagana y dentro de los sentires del siglo diez y ocho, que dentro de los sentires y de los pensamientos del siglo del aeroplano y de las fábricas ensordecedoras. Es un poeta, un poeta con novedosas galas de dicción; un apóstol y un evangelizante de la hermosura artística en sí y para sí; pero la idea moderna, la inmensidad de ideas de este tiempo de luchas, es inútil buscarla en Darío, que no es un vigoroso meditabundo,

ni un enciclopédico maravillante, ni un sembrador de gérmenes de lo venidero, de lo que será, de lo que felizmente empieza á amanecer. ¿Qué le importa la idea moderna al ruiseñor que anida en el alma de Rubén Darío? Le importan más, muchísimo más, al ruiseñor americano que canta á lo francés, las amantes de Ovidio y las marquesitas de los abanicos cuyos paisajes coloreó el pincel farsaicamente rústico de Watteau.

¿Cómo pudo engañarse el instinto censor de Pérez Petit hasta creer que en Rubén había la levadura de un americano Homero? ¡Era mucho pedirle á ese creador amable de ritmos deliciosos! ¡Era pedirle demasiado! Homero es un gran civilizador, que concibe y que fija la teogonía pagana; sus poemas tienen, en el mundo jónico, una autoridad que supera á la autoridad de los legisladores y de los tiranos; su numen crea la dulzura y deprime á la guerra, educando á las naciones semi-salvajes que habían vivido sin escuchar los lamentos de Andrómaca y adorando la cólera de Aquiles. Homero es el triunfo del Occidente sobre el Oriente, de la niña Europa sobre las decrepitudes del Asia. Hay exageración, exageración noble, en ese juicio de Pérez Petit; pero, si limitáis esa admiración, tendréis que reconocer que Pérez Petit acierta cuando nos dice en uno de sus párrafos buriladísimos:

"Rubén Darío es una síntesis de escuelas literarias que fueron en un tiempo gloria y regocijo del arte, y, para hacerla, se aisla de todos los artistas sus contemporáneos. "Yo no tengo literatura *mía* — dice él mismo — para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es *mía* en mí; quien siga servilmente mis huellas, perderá su tesoro personal." Por eso, aunque se le considere el vexilífero del decadentismo en Amé-

rica, se yerra al atribuírsele el propósito de formar escuela y adiestrar discípulos según sus cánones. Los decadentes son individuos y no conciben que los rapsodas vayan por los prados del Arte unos en pos de otros como carneros de Panurgo.

"*Prosas Profanas* no es, pues, un Misal de la Iglesia Decadente ofrecido á los fieles como devocionario y guía: éstos no sabrían jamás interpretar el Enigma del Maestro, ni concebir sus Ideas y Oraciones, ni siquiera seguir los giros caprichosos de las líneas laberínticas de esas raras, góticas y revesadas Iniciales que ornan la cabeza de los capítulos. El poeta "labra, esculpe, cincela" la frase y construye una imagen, un símbolo ó un misterio, sin decir ni explicar el secreto de su arte. Es *su* arte — el *deus* suyo, propio, — y no serviría á los demás. Por eso, después que Astilo ha dicho: El Enigma es el soplo que hace cantar la lira, y cuando creemos que el pesado velo de Tanit va, al fin, á ser levantado, el mismo poeta, por intermedio de Neso, otro amable centauro, nos arroja en un mar de sombras y dudas, agregando: El Enigma es el rostro fatal de Deyanira."

Cuando se publicaron *Los Modernistas,* la adolescencia acababa de abandonar á Víctor Pérez Petit. La adolescencia es la edad de los éxtasis amorosos y de las desbordadas admiraciones. ¿Por qué, en la segunda edición de su obra, el crítico no rectificó lo que había de abultado en la edición primera? Por rectitud, por probidad, porque un libro debe ser siempre el mismo libro, aunque un segundo libro lo corrija más tarde. Así acontece que el juicio de Víctor Pérez Petit sobre Gabriel D'Annunzio, con ser muy hermoso y muy aleccionador, no es tan completo como debiera. Peca por sobra de adoración; pero no diluye sino una pequeña parte de la obra del novelista y

del cancionero. Es admirable, sencillamente admirable y sin mácula, al tratar de *Poema Paradisíaco*. Oid:

"Al través de todo ese poema — uno de los más bellos poemas con que podrá enorgullecerse la lírica contemporánea — discurre ese exquisito estremecimiento que es, actualmente, la nota dominante de todas las altas inteligencias modernas. Y hay suaves aleteos de inspiración que llenan el alma de erráticos perfumes y de avasalladoras nostalgias; hay rumores extraños, sibilinos, melancólicos, que, como un coro de oceánidas, vuelan entre las palideces del crepúsculo á desposarse con las primeras estrellas que se encienden en los cielos, y hay, en fin, súbitos gritos de fiebre, de imprecación, de desaliento, que resuenan metálicamente en nuestro cerebro como rudos mazazos sobre rodelas de oro bárbaro."

Oid aún:

"Ejemplos de ello, numerosos, están en este libro espléndido. Examinad cómo el poeta versifica; observad su soltura, el donaire de sus ritmos, la pluralidad de sus consonantes, la cadencia de sus acentos prosódicos, la tersura marmórea de sus endecasílabos y la morbidez elegante de sus heptasílabos; contemplad, también, sus defectos estudiados, sus cesuras incoherentes como un suspiro erótico, sus versos prolongados en los subsiguientes hasta causar el desmayo del aliento, sus consonantes divididos en dos palabras simples por una dislocación macabra de sus sílabas, sus pensamientos osados como hetaíras lúbricas, los vuelos, espasmos, aberraciones y embriagueces de su imaginación calenturienta, siempre arrebatadora, y hermosa y gigante siempre."

Oid todavía:

"Hay aún en D'Annunzio otro recurso retórico para obtener esa dulcísima melancolía que resbala blanda-

mente al través de los versos y que penetra insensiblemente en el corazón del lector llenándole de una poesía delicada y misteriosa. Consiste él en tomar una frase y repetirla consecutivamente, á veces con leves variantes, insinuándola por momentos, trayéndola por fin como cadencia final de verso, convirtiéndola casi en *ritornello,* por manera que el espíritu se compenetra con ella y la siente en todo instante, á semejanza de esos motivos de ópera que pasan al través de la partitura como una idea alada confundida con todas las riquezas y variantes de la instrumentación."

Seguid oyendo:

"Leyendo el *Poema Paradisíaco* de D'Annunzio, mi alma quedó arrodillada; mi corazón volcó todas sus rosas de sangre, y hubo entre las sombras de mi cerebro la fulguración de un sol en mediodía de pascua florida. ¡Oh, los dulces versos de claror de ópalo, los hermosos versos blancos como un girón de rayo lunar, los melancólicos versos llenos de inenarrables nostalgias, de soñolientas y errabundas rapsodias! ¡Cuán dulces y acariciadores! ¡Cuán fugitivos, y tenues, y apesadumbrados! ¡Cómo lloran las cadencias, y balbucean los ritmos, y desmayan los consonantes! Y, súbitamente, ¡cómo estalla la frase en alaridos de clarines marciales; cómo centellea el período en rosas de rubíes, en graderías de mármol, en clámides de esmeraldas! La luz, el canto y el perfume prestan sus notas al poema, y el poema resplandece como una miriada de soles, canta como un concierto de arpas celestes y arde como un dorado incensario en la gran fiesta de una iglesia medioeval."

Oid por último:

"Si se me comprendiera debidamente, diría que los versos del *Poema Paradisíaco* son versos blancos.

Blancos como el muslo de Diana, como el azahar de una novia, como un *ice-field* perdido en los mares antárticos, como el sudario de un anciano octogenario, como un lago helado por la luz del plenilunio. Si canta amores, el poeta adivina en el cielo nubes blancas como la lana de los corderillos; si pasea por los jardines, no falta una gran fuente de mármol con sus ninfas sonrientes; si ve brillar una lágrima en los ojos de una mujer, es su resplandor tan dulce como el de la luna cuando un vapor la vela; si canta tristezas de su alma, sus tristezas son frías, muy frías, completamente blancas. Y por esto, precisamente, toda esa poesía admirable lleva en sí dejo de amargura, un sello de desconsuelo infinito. Salís del templo con las sandalias húmedas y los cabellos encanecidos. Salís con un grito de desesperación clavado en las entrañas."

Todo este desborde de admiración cálida y sincera yo también lo he sentido. Yo también he gritado como Pérez Petit:

"Id vosotros mismos, lectores creyentes y respetuosos; id vosotros mismos á beber en la castálica fuente del querido poeta; id á regalar vuestros labios con la cristalina linfa de su blanca inspiración. Id á escuchar sus acentos implacablemente hermosos, donde tiembla una nota del minueto de Boccherini; id á oir sus melodías más claras y alabastrinas que las que cantaron las armoniosas flautas de las vírgenes bajo pabellones de mirtos helenos. Y al pie del ara, frente al Poeta pálido, escuchadle, así, cantar las manos, — las manos intangibles, como hechas de tules; las criminales, con sangre de rubíes; las manos sabias y voluptuosas de la lujuria, con ardores de cantáridas; las manos muertas, como nieves eternas ribeteadas por un hilo rojizo del poniente; las manos

sagradas, en sus lentas teorías de gestos; las manos amigas, que cerrarán los ojos del poeta en su postrer sueño, y sin que éste pueda ver ese último gesto, oh Dios!"

III

Víctor Pérez Petit ha dedicado muchas páginas al estudio del pobre Lelian. Bien hecho. Verlaine es un poeta maravilloso. Lo que no está bien hecho es que casi todos los que se ocupan de Verlaine adulteren su vida ó traten con piedad, con indulgencia, casi con cariño, al más abominable de los bohemios, al más crápula y mal oliente de los rimadores. Eso es injusto. El genio está obligado á honrarse á sí mismo. El genio, que se degrada, es doblemente vil. Esas clemencias, el temor de decir que Verlaine da náuseas en sus intimidades de hombre sin pudor, ha ejercido un influjo perniciosísimo sobre la juventud amante de las rimas en los últimos años del siglo XIX.

¡El genio no disculpa las caídas mortales! ¡El genio no es sino un hombre con más capacidad craneana que los otros hombres; pero es un hombre al fin, y tiene, como todos los hombres, la obligación de vivir con decoro, con mucho decoro, para que puedan respetarlo y bendecirlo los que lo admiran! ¡Nada de velos! ¡Ese irascible, ese sátiro, ese alcohólico, ese sodomita, ese vagabundo, no puede convertirse jamás, por mucho que se afane la imaginación, en un caballero elegante y magnífico de la edad de los Borgias!

Víctor Pérez Petit, después de hablarnos idolátricamente de D'Annunzio, nos habla de Verlaine. Ese estudio es hermoso, y no podemos pasarle en silencio. Comentemos la vida y las obras del pobre Lelian.

Lepelletier se engaña, ó trata de engañarnos, cuando

nos aconseja que apartemos los ojos de los errores en que suelen caer los artistas de genio, desde que la crítica no procede como procede un jurado criminal. ¡Es que muchos débiles han creído que en esos errores radicaba el genio! ¡Es que muchos débiles se extravían en la persuasión plena de que los errores de conducta son á modo de poderoso estímulo intelectual, como Lepelletier sostiene y perjura en todos los tonos que los desórdenes de su vida privada estimularon al rimador cerebro de Verlaine! ¡Eso no es cierto! ¡Eso es ridículo y eso es absurdo! ¡El genio sería una cosa muy despreciable, una muy pobre cosa, si necesitara que el alcohol y la satiriasis y la bohemía le emplumasen las rémiges! ¡Verlaine correcto y probo, Verlaine trabajador y hombre de su hogar, no por eso dejaría de ser Verlaine, como lo prueba el hecho de que su obra más clara, su obra mejor, su obra perdurable, pertenece á los períodos menos desordenados de su existencia, al período en que escribe la *Bonne Chanson* y al período claustral en que escribe los versos de *Sagesse!*

¡Nada de compasiones con el pobre Lelian! ¡Abrid los ojos á la juventud para que la juventud de lo venidero no quiera parecérsele, advertida y aleccionada de que su genio no le sirve de escudo y de que sus estrofas, aun las más admirables, no disminuyen ni blanquean las máculas que hacen odioso el nombre de Verlaine!

¡Al ponderar sus libros, arrojemos un rayo de luz vindicadora sobre su vida! ¡Digamos á los jóvenes la verdad! ¡Digamos á los jóvenes que su ídolo no es nuestro ídolo! ¡Digamos á los jóvenes que no se puede amar, aunque se admire, lo que no se respeta! ¡Digamos á los jóvenes que el arte que se prostituye no entrará en los países de sol del mañana! ¡Digamos

á los jóvenes que traten á su genio del mismo modo que los hombres de honor tratan á su apellido! ¡Digamos eso, y digámoslo rudamente, al hablar de Verlaine!

Si no tuviéramos el libro que sobre la vida íntima de Verlaine escribió la pluma de Charles Donos, tendríamos las confesiones hechas con inconsciente desembarazo por el pobre Lelian. ¡Pobre y de veras! ¡Pobre moral y materialmente! Nace en Metz el 30 de Marzo de 1844. Cantará más tarde á su ciudad natal en armoniosos versos, cuando ya su ciudad natal haya sufrido las terribles angustias de la guerra de 1870. Oid:

"Metz, mon berceau fatidique,
Metz, violée et plus pudique
Et plus pucelle que jamais!
¡O ville où riait mon enfance,
O citadelle sans défense,
O mère auguste que j'aimais!"

Hijo de un capitán de ingenieros, que conquistó con bravura todos sus grados en las campañas de España y de África; hijo de un capitán de ingenieros, que era caballero de la Legión de Honor y caballero de la orden de San Fernando, Verlaine nació á la vida en un hogar burgués, idolatradísimo por su madre, pasando sus siete primeros años en traslaciones de Metz á Montpeller y de Montpeller á Metz. Montpeller nunca le cautivó. Tenía un lustro apenas cuando se enamoró de los ojos azules y de la boca fresca de una rubia de seis años de edad. Más tarde recordó melancólicamente aquella alborada de éxtasis infantil. La rubia, que era hija de un magistrado de Metz, se llamaba Matilde. En 1851 el capitán fué llevado á París, donde Verlaine aprendió á leer, á escribir, un

poco de gramática y algo de historia en un colegio de Batignolles. En 1852 principió á seguir, con cierta flojedad, los cursos del liceo Bonaparte, no cautivándole las matemáticas y prefiriendo el latín á los teoremas, sin manifestar predilección de ningún género por la literatura, en cuyo estudio sobresalía su condiscípulo Mario Sepet. Á los catorce años, su musa rompió la crisálida en que dormía perezosamente, gracias á la lectura de *Las Cariátides* de Banville y de *Las Flores del mal* de Baudelaire. Aunque, según su confesión propia, no sabía física, — lo que no es un pecado, — obtuvo el diploma de bachiller en 1862. Le bastó aquel triunfo. La madre era débil, rica en indulgencia, y el estudiante se dedicó á la holganza, prefiriendo pasar sus horas en un café, servido por camareras, á correr vagabundeando por las clases de derecho. El padre, que pronto se dió cuenta de lo que ocurría, cortó por lo sano, obligándole á entrar en la carrera administrativa y consiguiéndole un empleo de poca monta en la prefectura del Sena. Entonces, Verlaine, que ya formaba parte del grupo parnasiano, entabló relaciones con el editor Alfonso Lefevre. Era nuestro poeta de faz huesosa, de frontal prominente, de ojos claros y vivos, de ojos entre verdes y grises, de mucha delgadez y de voz persuasiva. Su neurasténica melancolía principiaba ya, inclinándole resueltamente hacia las acritudes sin elevación de la vida bohemia. En 1866 publicó sus *Poèmes Saturniens*. Julio de Goncourt dijo de aquel libro, criticado duramente por Barbey d'Aureville, que "sus versos soñaban y pintaban", distinguiéndose "por la novedad de la idea y lo exquisito de la junción de las palabras." Leconte de Lisle afirmó que aquella obra "era la obra de un verdadero poeta, que era un artista muy hábil ya y que pronto sería uno de los maestros

de la expresión". Sainte - Beuve también tuvo frases de elogio para el nuevo libro. Verlaine quedó consagrado. Su poesía predicaba, con el ejemplo, la impasibilidad marmórea. Su musa quiere ser fría, blanca, hermosa y serena como la Venus de Milo. Se iniciaba con un grito de vanidad y liberación:

"Cependant, orgueilleux et doux, loin des vacarmes
De la vie et du choc désordonné des armes
Mercenaires, voyez, gravissant les hauteurs
Ineffables, voici le groupe des Chanteurs,
Vêtus de blanc, et des lueurs d'apothéoses,
Empourprent la fierté sereine de leurs poses:
Tous beaux, tous purs, avec des rayons dans les yeux,
Et sur leur front le rêve inachevé des Dieux!
Le monde qui troublait leur parole profonde
Les exile. A leur tour, ils exilent le monde!
C'est qu'ils ont à la fin compris qu'il ne faut plus
Mêler leur note pure aux cris irrésolus
Que va poussant la foule obscène et violente,
Et que l'isolement sied à leur marche lente.
Le poète, l'amour du Beau, voilà sa foi,
L'Azur, son étendard, et l'Ideal, la loi!"

Víctor Pérez Petit nos dice, y nos dice bien:

"Su primer volumen de versos se llamó *Poèmes saturniens;* el cual refleja claramente la primera manera del poeta. También es cierto que en todo el libro no hay un solo verso de Verlaine, es decir, del Verlaine de *Jadis et Naguère, Sagesse* y *Parallèlement,* que nos presenta un alma tan múltiple como apasionada en cada uno de sus deliquios. Son versos hieráticos, de una sola pieza, como cristalizados. Ese sentimiento divino y arrebatador que siempre ha vivido en el poeta y que estalla fulgurante en todo momento en sus posteriores versos, está allí muerto y helado. Es un Apolo

de mármol. Erato se estremece friolentamente bajo sus besos de ultratumba."

Es cierto. Es muy cierto. Verlaine es sinceramente parnasiano cuando nos asegura:

"Ce qu'il nous faut à nous, les Suprêmes Poètes,
Qui vénérons les Dieux et qui n'y croyons pas,
A nous dont nul rayon n'auréola les têtes,
Dont nulle Béatrix n'a dirigé les pas,

A nous qui ciselons les mots comme des coupes
Et qui faisons des vers émus très froidement,
A nous qu'on ne voit point les soirs aller, par groupes
Harmonieux, au bord des lacs et nous pâmant,

Ce qu'il nous faut à nous, c'est, aux lueurs des lampes,
La science conquise et le sommeil dompté,
C'est le front dans les mains du vieux Faust des estampes,
C'es l'Obstination et c'est la Volonté!"

En 1866 Verlaine se hizo amigo de François Coppée, empleado en el Ministerio de la Guerra, como Verlaine lo estaba en la municipalidad de París. Coppée le hizo abrir los salones del doctor Antonio Cros, los de Nina de Callais y le presentó á Teodoro de Banville. ¡Tiempo perdido! ¡Trabajo inútil! ¡Coppée, desencantado, no consiguió alejarle del café de la calle de Fleurus! — ¡Es que el hada verde le dominaba ya! — gritan los que le adoran. ¡Como si el delito fuera del alcohol y no del alcoholista! ¡Como si la patente de irresponsable fuera una patente honrosa para Verlaine!

Más tarde, en su viaje á la Bélgica de 1866, el pobre Lelian conoció á Víctor Hugo. Se comprendieron, pero no se apreciaron. Víctor Hugo elogió lo escrito por Verlaine; pero Víctor Hugo no amaba la poesía que se contenta con ser poesía. Al regresar á Francia,

Verlaine redactó algunos artículos sobre cuestiones electorales en *Le Rappel*. En aquel entonces quiso asesinar á Napoleón III, esperándole en la entrada de las Tullerías. Como le viera cansado y triste, ya mordido por la dolencia que le postró más tarde, renunció á su proyecto, un poco por piedad y otro poco por miedo á la vigilancia de la policía. Volvió á las musas y volvió al ajenjo. En 1869 publicó las *Fêtes Galantes*. Era una serie feliz, muy feliz, de reminiscencias versificadas del siglo XVIII. Los héroes del libro son Pierrot, Arlequín y Colombina.

"Pierrot qui n'a rien d'un Clitandre
Vide un flacon sans plus attendre
Et, pratique, entâme un pâté.

Cassandre, au fond de l'avenue,
Verse une larme méconnue
Sur son neveu déshérité.

Ce faquin d'Arlequin combine
L'enlévement de Colombine
Et pirouette quatre fois.

Colombine rêve, surprise
De sentir un cœur dans la brise
Et d'entendre en son cœur des voix."

Verlaine había puesto en aquel libro mucho de su yo. Los desórdenes de su vida le llenaban de laxitud. La embriaguez, el veneno de la bruja verde, lo iba devorando. Un amor puro y noble le salió al encuentro. El destino, misericordioso, quiso salvarle. Verlaine pareció que acataba la orden del destino. Apasionado de la dulzura y de la gracia de Matilde Manté, el poeta, reacordando su lira, escribió en 1870 *La*

Bonne Chanson. Es un libro de ensueño. La musa es la esperanza. El poeta cree en la felicidad de los amores puros. Y el libro es precioso, el libro es amable, el libro os va derecho al corazón.

"La lune blanche
Luit dans les bois;
De chaque branche
Part une voix
Sous la ramée....

Oh! bien aimée.

L'étang reflète,
Profond miroir,
La silhouette
Du saule noir
Où le vent pleure....

Rêvons, c'est l'heure.

Un vaste et tendre
Apaisement
Semble descendre
Du firmament
Que l'astre irise....

C'est l'heure exquise."

El sueño del poeta ya no es el café de la orilla izquierda del Sena. El sueño es otro, más dulce, más limpio, más consolador. El sueño es el hogar tranquilo y solitario.

"Le foyer, la lueur étroite de la lampe;
La rêverie avec le doigt contre la tempe
Et les yeux se perdant parmi les yeux aimés;

L'heure du thé fumant et des livres fermés;
La douceur de sentir la fin de la soirée;
La fatigue charmante et l'attente adorée
De l'ombre nuptiale et de la douce nuit,
Oh! tout cela, mon rêve attendri le poursuit
Sans relâche, à travers toutes remises vaines,
Impatient des mois, furieux des semaines!"

El sueño es la visión del paraíso reconquistado. ¿Qué importa el mundo? La casa amante, la casa que calienta y reconforta, ese es el universo que hay que crearse valerosamente:

"N'est-ce pas? en dépit des sots et des méchants,
Qui ne manqueront pas d'envier notre joie,
Nous serons fiers parfois, et toujours indulgents.

N'est-ce pas? nous irons, gais et lents, dans la voie
Modeste que nous montre en souriant l'Espoir,
Peu soucieux qu'on nous ignore ou qu'on nous voie.

Isolés dans l'amour ainsi qu'en un bois noir,
Nos deux cœurs, exhalant leur tendresse paisible,
Serons deux rossignols qui chantent dans le soir."

Así es todo el libro. Es un canto á la primavera del corazón. Os enternece, os imagináis que el poeta se ha redimido. Tiene notas inolvidables.

"J'ai depuis un an le printemps dans l'âme,
Et le vert retour du doux floréal,
Ainsi qu'une flamme entoure une flamme,
Met de l'idéal sur mon idéal.

Le ciel bleu prolonge, exhausse et couronne
L'immuable azur où rit mon amour.

La saison est belle et ma part est bonne
Et tous mes espoirs ont enfin leur tour.

Que vienne l'été! que viennent encore
L'automne et l'hiver! Et chaque saison
Me sera charmante, oh! Toi que décore
Cette fantaisie et cette raison!"

Antes de declararse la guerra franco - prusiana, se casaron Verlaine y Matilde Mauté. Verlaine, poco á poco, volvió á sus viejos hábitos. El amor no pudo regenerarle. El destino le abandonó. Estaba condenado. Hubo choques en el hogar. Matilde, que era dulce, se volvió irritable. Verlaine se hundió más y más en sus embriagueces. Un año más tarde, en 1871, Arturo Rimbaud invade la casa de Verlaine. Matilde encuentra.... demasiado viva la afección que Verlaine siente por su amigo, y Verlaine, en lugar de enmendarse, se une más á Rimbaud, que era digno de vivir en plena decadencia romana como los héroes del libro de Petronio. ¿Qué metamorfosis sufre la musa de nuestro poeta en estos andares? Víctor Pérez Petit nos dice: "El Apolo de mármol que tenía contristada á la dulce Erato ha desaparecido ahora, y en su lugar renace el Apolo de los rayos de oro, el Rey Sol, el que calienta el corazón y puebla los ojos de los mortales con miriadas de puntitos luminosos. Pero el poeta es versátil; su inspiración está ebria; su capricho es tornadizo. Él no sabe aún qué secretos anhelos le arrastran; anda, con tanteos, buscando la senda de su arte; como un niño, se distrae del camino que le conduce al Pindo, y corre, por sendas transversales y extraviadas, detrás de la primer mariposa que seduce su vista. Su cabeza está poblada de sueños, de visiones rarísimas, de fantasmagorías extrañas y fugitivas." — Más crudamente: en 1873, ya en lo hondo

de lo anormal, Verlaine, ebrio de ajenjo malo y de mala lujuria, hería á su amigo de un tiro de revólver, después de haberse separado de su mujer para vivir á su modo en Bruselas. Ya es un atrabiliario. Ya es un frenético. Ya son terribles sus cóleras de alcohólico. Publica, entonces, sus célebres *Romances sans paroles*. Y Víctor Pérez Petit añade:

"Fué entonces cuando el poeta entró osadamente en el cenáculo decadente, llegando muy presto á ser uno de sus más grandes pontífices. Seducido por los principios y refinamientos de su amigo el autor del *Sonnet des voyelles,* trató de oficiar ante el altar sagrado con plena conciencia de sus deberes. El único fin de la poesía era la emoción, y ésta debía obtenerse, no por los medios comunes y vulgares utilizados por todos los poetas, sino valiéndose de palabras vagas, de harmonías imitativas, de frases simples, aéreas, casi incorpóreas, que, reunidas y dispuestas sabiamente, dieran ó procuraran la sugestión de los sentimientos, emociones é ideas soñadas por el poeta; y entendiéndolo así Paul Verlaine, cuyo espíritu era, precisamente, sencillo y vago, dedicóse con ahinco á usar las asonancias, en vez de las rimas sonoras y opulentas que usara en sus primeros versos y de los ritmos pares y simétricos que prestaban aquel timbre marmóreo á sus estrofas parnasianas, y manejó con soltura y primor ese lenguaje amorfo, de medias tintas, de modulaciones equívocas y sugestivas, que debía traducir los secretos vuelos de su imaginación desordenada, las fiebres que infiltraba en su cerebro el amor del "hada verde" y las extrañas y complicadas emociones de su alma febril, llena de vacilaciones y temores, afrodisíaca con rubores de castidad y femeninamente nerviosa y mística en sus mejores horas de serena

abstracción y de dicha sosegada. Rimbaud había triunfado, y Verlaine, realizando lo que su amigo no logró jamás, nos dió esa suprema forma del arte decadente que quedará como arquetipo. La poesía de ese entonces, el verlainismo poético, como se denomina esta manera de nuestro poeta, es obscura, caprichosa, cuajada de estremecimientos y de sensaciones agudísimas. Del fondo del poema, de la estrofa suelta y algunas veces de un solo verso, aislado, parece que se elevara una nota moribunda, nacida á la distancia y ahogada dulcemente en el espacio y el tiempo; una nota que llega hasta nosotros casi imperceptible, diluída en otras notas más débiles y variadas; una nota extraterrestre, salvaje ó exótica, que nos procura mil sensaciones indefinibles y vagas; — y al advertirla nuestro espíritu, dijérase que encontrara simpático eco en nuestros pequeños dolores, en nuestras tristezas más escondidas, en nuestros sollozos ahogados, en nuestros recuerdos, en fin, más lejanos, más vagos y melancólicos."

La causa de Verlaine está perdida cuando uno recuerda los motivos que le indujeron á transformarse en el apóstol y en el abanderado del decadentismo. Por el balazo que rompe sus relaciones con Arturo Rimbaud, Verlaine fué encarcelado y sometido á la policía correccional. Los jueces le condenan á dos años de prisión celular, y allí, recluso en Mons, el pervertido y el vagabundo, se transforma en creyente, se imagina católico sincero, y dedica estrofas de emocionada salutación á los jesuítas. Mientras lee á Virgilio y á San Agustín, medita y compone los versos de *Sagesse*.

"¡Dieu des humbles, sauvez cet enfant de colère!"

Es entonces que exclamará:

"Travaille, vieux soleil, pour le pain et le vin,
Nourrit l'hombre du lait de la terre et lui donne
L'honnête verre ou rit un peu d'oubli divin.
Moissouneurs, vendangeurs, la-bas! votre heure est bonne!
Car sur la fleur des pains et sur la fleur des vins,
Fruit de la force humaine en tous lieux répartie,
Dieu moissonne, et vendange, et dispose à ses fins
La chair et le sang pour le calice et l'hcstie!"

Es allí, en Mons, donde escribirá los admirables sonetos que brillan, como las piedras de un pectoral de arzobispo, en *Sagesse*. Víctor Pérez Petit dice:

"En la segunda parte del libro se encuentra una serie de sonetos, en los que el poeta dialoga con Dios, que respiran la fe más ingenua y sumisa — no esa fe lírica, llena de imágenes de los románticos, no esa fe de ostentación de las almas mundanales; sino esa fe que hace doblegar la frente sobre las losas del templo, anega los ojos en lágrimas y enciende el corazón con las llamas del martirio."

Oid aún á Pérez Petit: "Tal era el poeta: alma de niño con pasiones de hombre. Su carne sostenía continua lucha con su espíritu, y mientras su frente, inclinada reverentemente ante el trono de estrellas del Dios de los cielos, se bañaba en refulgentes y blancas claridades, su cuerpo de bohemio, sus labios descoloridos buscaban los besos mortales y pecadores de la Ebriedad y del Placer. No es, pues, una mera ocurrencia, más ó menos feliz, la idea que preside al título de su volumen *Parallèlement:* Verlaine arrastra, á la vez, dos existencias paralelas, la una pura y mística, una vida de idealidales y de visiones y arrepentimientos cristianos, y la otra desordenada y sensual, una

vida de degradaciones y miserias, en que la baja materia obedece ciegamente á las más torpes pasiones. Verlaine tiene por madrina á la Miseria, es un huésped de los hospitales y de las cárceles, se ha desposado con la Lujuria; luego se ha arrepentido, ha llorado lágrimas amargas y ha temblado ante Dios; en seguida ha vuelto á pecar, y después ha clamado con fervor por la Virgen María.... y así sucesivamente." — Yo no creo en nada de todo esto. Verlaine sale de la cárcel de Mons el 16 de Enero de 1875, y, un mes después, tienen que aposentarlo, por haber amenazado brutalmente á su propia madre, entre los muros de la prisión de Vouziers. ¡Á su propia madre, que le idolatraba, que le compadecía, que no hubo sacrificio que no aceptase ni hubo desliz que no perdonara en la ceguedad de su adoración! ¡Á su propia madre!

En *Jadis et Naguère,* Verlaine nos hace conocer los principios de su arte poético. Escuchadle:

"De la musique avant toute chose,
Et pour celà préfère l'Impair
Plus vague et plus soluble dans l'air,
Sans rien en lui qui pèse ou qui pose.

Il faut aussi que tu n'ailles point
Choisir tes mots sans quelque méprise:
Rien de plus cher que la chanson grise
Où l'Indécis au Précis se joint.

C'est des beaux yeux derrière des voiles,
C'est le grand jour tremblant de midi;
C'est, par un ciel d'automne attiédi,
Le bleu fouillis des claires étoiles!

Car nous voulons la Nuance encor,
Pas la Couleur, rien que la nuance!

Oh! la nuance seule fiance
Le rêve au rêve et la flûte au cor!

Fuis du plus loin la Pointe assassine,
L'Esprit cruel et le rire impur,
Qui font pleurer les yeux de l'Azur,
Et tout cet ail de basse cuisine!

Prends l'éloquence et tords-lui son cou!
Tu feras bien, en train d'énergie,
De rendre un peu la Rime assagie.
Si l'on n'y veille, elle ira jusqu'où?

O qui dira les torts de la Rime!
Quel enfant sourd ou quel nègre fou
Nous a forgé ce bijou d'un sou
Qui sonne creux et faux sous la lime?

De la musique encore et toujours!
Que ton vers soit la chose envolée
Qu'on sent qui fuit d'une âme enallée
Vers d'autres yeux à d'autres amours.

Que ton vers soit la bonne aventure
Éparse au vent crispé du matin
Qui va fleurant la menthe et le thym....
Et tout le reste est littérature."

El resto de la obra de Verlaine me interesa poco. Dejemos, por un instante, la palabra libre á Pérez Petit.

"Y hétenos llegados aquí al Verlaine de su última época. Es el Verlaine más confuso, más múltiple: su Musa viste cien trajes distintos, y es, alternativamente, sabia, sensual, mística, aristocrática, irónica, plebeya, pesimista, encantadora, audaz y tierna. Su

alma de artista se abre lujuriosamente en una explosión de encontrados sentimientos, de los más raros matices, á la manera como estalla en perfumes y colores un jardín primaveral. Y como si espíritus distintos vivieran dentro de su ser, vuelve á ser el diamantino parnasista de *Poèmes Saturniens;* arrúllase con las salvajes sinfonías de los decadentes, y mientras en *Liturgies intimes* hace rodar el perfumado misticismo de *Sagesse,* en *Dans les limbes* y *Odes en son honneur* hace estremecer aquellos espasmos y deliquios que son toda la vida de *Parallèlement.* Un solo lazo une todas estas variaciones de su numen: el de la sencillez más noble y elevada en el amor, en la fe, en la vida y en el arte. El genial cantor que lleva en su alma todos los estremecimientos, todas las dudas, delirios y deseos de esta generación fin de siglo, complácese en revelarnos un espíritu infantil, martirizado por crueles sensaciones y celestes anhelos de misticismo. Y es esa sencillez complicada, si vale la expresión, la que más nos cautiva en Verlaine, la que más nos hace pensar y sentir."

Yo no comparto esa opinión. Tampoco la comparte Jorge Pellissier. Tampoco la comparte Charles Donor. Para éstos, como para mí, lo mejor de Verlaine, si exceptuáis sus mentirolas místicas, es lo escrito desde los *Poèmes Saturniens* hasta *Jadis et Naguère.* El resto de sus sonatas es casi ilegible, y sólo cuando el poeta, lo que no es frecuente, exprime sin artificio sus emociones, el pobre Lelian vuelve á ser Verlaine. Lo que quiso es impresionar á sus contemporáneos. Así lo reconoce el mismo Lepelletier, el que también nos dice que su religiosidad fué puramente una religiosidad "exterior y libresca". No creo en el alma ingenua y en el corazón tierno que llenan de piedades á Pérez Petit. Ese hombre, á quien se disputan á úl-

tima hora escandalosamente Eugenia Kranz y Filomena Baudin; ese vago, que pasa sus otoños en el hospital Broussais y sus inviernos en el hospital Tenon; ese hombre, á quien el público ve, como á un mendigo, dormir sobre los bancos de las plazas públicas más cercanas al Sena; ese náufrago errante, ese deshecho de la vida ciudadana, lo mismo en los alegres días de París que bajo el sol negruzco de la populosa capital de Inglaterra; ese gran llagado, que apresura las últimas horas de su madre, triste y lagrimosa, arruinándola y envejeciéndola con sus desórdenes; ese bohemio calvo y de cabellos grises y de voz carraspeña, no me merece ningún respeto, ninguna consideración, ninguna piedad, á pesar de la música de sus estrofas y á pesar del entusiasmo de los que le admiran.

Verlaine, en sus primeros libros, alardea de olímpico, es parnasiano y excluye á la emoción de su poesía, siguiendo las huellas de Teófilo Gautier y Leconte de Lisle. No se apercibe aún de su originalidad propia, que no es la originalidad de los impasibles; pero, inconcientemente, lo mejor de sus versos de juventud son los múltiples trozos elegíacos en que desmiente su profesión de fe calológica. Aquellos ritmos no tienen, no, la hermosura firme y marmórea de que nos habla Lepelletier, sino que tienen ya algo de lo vago y de lo frágil que caracteriza la producción futura de Verlaine. Éste sustituye la poesía musical á la poesía plástica del Parnaso. Lo esculpido y lo pictórico desaparecen de su labor, para ceder su puesto á lo que evoca, á lo que huye de las voces determinantes, á la misteriosa penumbra, al ensueño indeciso. Los parnasianos eran versificadores claros, rectos, elocuentes, regulares, casi nacidos de la tradición clásica de Malherbe y no desconocían las re-

glas inflexibles que impuso Boileau, en tanto que Verlaine, en su forma personal, en su segunda forma, trata de desligarse de la gramática prosódica, prefiere y elige los metros impares, no rehusa la impropiedad ni la difusión, se inclina y se prosterna ante lo que huye y ante lo velado. Así escribe una cincuentena de composiciones que le sobrevivirán, porque son inspiradas, porque son dignas de vivir mucho, porque están bien vestidas y suenan bien; pero como abusa de su estilo, del mismo modo que abusa del alcohol, en su tercera y última modalidad cae en el gongorismo por su obscuridad y en lo poco laudable por la falta de vuelo. Se diría, entonces, que aquel alucinado no conoce el francés. Oid un fragmento de sus *Elegies:*

"Chérie, écoute
Moi bien: or je suis vieux ou presque, et Dieu voulut
Te faire de dix ans plus jeune, dans le but
Evident d'être toi la plausible compagne
De ma misère emmi mes châteaux en Espagne.
Ne me regarde pas de tes petits yeux bruns,
Naguère, moi compris, les bourreaux de d'aucuns."

Oid aún un fragmento de sus *Limbes:*

"Prions
Donc qu'il nous soit donné dans la paix que procure
La conscience de bien faire, la foi pure
Et simple, de façon à vivre — saintement?
Hélas, non! mais du moins gentiment, bontément,
A fin que le prochain qui voit nos calmes joies
Et nos calmes chagrins et nos cœurs plus les proies,
Comme autrefois, de ces torts affreux et cruels,
S'édifie, à défaut, nous laisse à nos réels
Soins d'être heureux seuls et nous imite... à distance."

Estos trozos, que ya han sido citádos sin alabanza por Pellissier, no son los peores ni los más confusos fragmentos de sus *Limbes* y de sus *Elegies*. Verlaine, — en su empeño de reproducir, no las cosas, sino la impresión hecha por las cosas sobre su alma, — olvidó que no es posible exteriorizarse sin hacerse entender; pero aquella novísima poética, predicaba orgullosamente en versos novísimos, fanatizó á los jóvenes. Música y matiz, sólo matiz y música, fué el grito de combate, el grito victorioso y ensordecedor de las nacientes liras. Éstas olvidaban que todo lo que se exagera es insignificante, según nos lo ha enseñado el agudo Voltaire. ¡Oh, el color adivinado más que entrevisto, el misterio, la casi obscuridad! ¡Los venecianos cubrían de sombra las tres cuartas partes de sus cuadros, y los remblandtistas las siete octavas partes de sus telas! ¡La belleza se parece al loto tímido y agreste! ¡Se aleja de los rayos del sol y de las miradas de la multitud! La imponderable belleza es así, como el loto asiático, como el loto de flores blancas ó azules! ¡En el rostro de la belleza soñada, ideal, insinuante y perturbadora, se cambian, se compenetran y se confunden la sombra y la luz, como acontece en el rostro suave y delicadísimo de la Venus de Nápoles!

Y el influjo del poeta fué perniciosísimo. Lo fué por los desórdenes de su conducta, y lo fué por la libertad prosódica de su métrica, y lo fué por su idolátrico culto á lo musical, á lo impreciso, á lo artificioso, pues aquellos desórdenes, aquella libertad, aquella religión de la melopea obscura y amorfa, han servido á muchos para enorgullecerse de sus faltas de decoro, de su escasez de ideas y de su supina ignorancia en cuestiones de castellano. No hay arte sin gramática. No hay compenetración sin claridad. No hay mú-

sica sin reglas esclavizadoras. Aquel rimador, en el último tercio de su existencia, luchó muchas veces por volver á ser lo que había sido. ¿Logrólo del todo? Lo único que logró es que se confundieran y se amalgamaran sus buenas y sus malas cualidades, como se advierte en algunas de las composiciones menos viciosas de aquel período:

"Ils me disent que tu me trompes,
D'abord, qu'est - ce que çà leur fait?
Chère frivole, que tu rompes
Un serment que tu n'as pas fait?"

Ils me disent que t'es méchante
Envers moi, — moi, qui suis si bon!
Toi méchante! Qu'un autre chante
Ce refrain très loin d'être bon!

Méchante, toi qui toujours m'offres
Un sourire amusant toujours;
Toi, ma reine, qui de tes coffres
Me puise des trésors toujours.

Ils me disent et croient bien dire,
O toi, que tu ne m'aimes pas?
Que m'importe, j'ai ton sourire,
Et puis tu ne m'aimerais pas?

Tu ne m'aimes? Et la grâce
Et la force de ta beauté.
Tu me les donnes, grande et grasse
Et voluptueuse beauté.

Tu ne m'aimes pas? Et quand même
Ce serait vrai, qu'est - ce que fait?
Si tu ne m'aimes pas, je t'aime
Mais tu m'aimes, dis, par le fait."

Este es el triste, el malsano, el poco edificante, el legítimo, el único Verlaine que yo conozco. Ocupa un lugar preferente y alto, lugar de excepción y de uso exclusivo de su musa enferma, en la historia literaria de nuestra edad. Leedle, pero no le imitéis. Por lo general, imitamos lo malo de nuestros modelos. Lo bueno, lo suyo, lo que los avalora, se resiste y no quiere cambiar de señor. La musa es una amante recatada y fiel. Cuando se da, se da para siempre y se da á uno solo. Y esto es todo lo que hoy quería deciros de Verlaine.

¿Cuál es, en resumen, nuestra opinión sobre *Los Modernistas?* Se trata de un libro de juventud. El estilo es hermoso. Como labor retórica, yo no sé de labores que valgan más en países americanos. El lenguaje es rico, caluroso, flexible, animado, musical y grandilocuente con mucha frecuencia. Ese libro nos enseña á escribir á los que escribimos con desaliñada y tosca incorrección. — Como labor de estudio, es eruditísima y demuestra que salió de un cerebro bien abonado por lecturas hechas con celoso empeño, obligándonos á admirar el acierto con que nos señala lo mejor, dentro de lo fragmentario, de las obras de aquellos á quienes vulgariza. — Como obra de censura, como obra crítica, se resiente del influjo de las ideas que predominaban cuando el autor la esculpió con primores de artista apasionado de la originalidad y de la belleza, notándose que no trata de deprimir, sino de enaltecer, aunque en ocasiones no esté del todo en acuerdo absoluto con lo que enaltece. Es que el crítico quiere colocarse dentro de la técnica y de la calología de los ingenios individuales, enormemente individuales de que se ocupa, sacrificando su propio sentir á la verdad de aquellas modalidades que le apasionan por lo que tienen de genial ó de novedoso. Estamos,

pues, en presencia de un libro bello y útil, bello por su forma y útil por la verdad con que exterioriza el espíritu estético é ideológico de los estudiados, aunque, en ocasiones, nos duele que el comentario sea hiperbólico en la alabanza, más hiperbólico de lo que requiere la justicia serena, la justicia impecable, la augusta justicia. Leed las páginas que Víctor Pérez Petit consagra á Nietzsche:

"Schopenhauer le revela á Nietzsche cuál es su *yo*. Bruscamente, y como un chorro de luz que penetrara triunfante por una ventana entreabierta, las ideas del filósofo pesimista vienen á iluminar las soledades del alma torturada del mísero estudiante. Y ve cuál es la tristeza de su corazón, y sabe por qué la duda martiriza su pensamiento, y adivina el secreto de sus íntimos anhelos y de sus propios temores. Nietzsche ha encontrado, por fin, la esencia de su alma, su mismo yo. Pero, al encontrarlo, una visión horrible viene á cruzarse ante sus ojos: — ¡Amado mío! ¡Amado mío! — grita á su oído una mujer toda vestida de luto, cuya mirada penetrante y honda le hiela el corazón. — ¡Ya eres mío, mío, mío!.... Nietzsche se acuerda de su padre y tiene miedo. Entonces abandona sus estudios filosóficos, arroja lejos de sí el libro del gran pensador y se entrega nuevamente á la filología. Pero al perder la compañía de Schopenhauer, Nietzsche encuentra la de Wagner. Con aquél estudió los arcanos de su pensamiento; con éste va á descubrir los tesoros de sus sentimientos. En medio de todo, Nietzsche tuvo la fortuna de hallar los únicos hombres que podían más legítimamente llamarse sus padres espirituales. ¡Cuántas inteligencias permanecen ignoradas por no encontrar la única brújula que puede guiarlas!"

Leed aún, lo que nos dice, después que Nietzsche

se siente traicionado por su cieguísima admiración por Wagner:

"Empieza á precisarse, también en este período, el altivo personalismo del gran escritor que hay en Nietzsche. Cada libro suyo, cada una de sus páginas, y todo y cualquier pensamiento de sus últimos trabajos, lleva un sello característico, el de su altivo *individualismo*. El hecho está bien de relieve para que citemos ejemplos al caso. Por otra parte, este carácter individualista de la obra de Nietzsche, no es propio, exclusivamente, de este filósofo: todos los grandes escritores alemanes lo son también. Podría decirse con Börne, pues, que el individualismo es el carácter general de la literatura alemana. La afirmación y el amor, que parecían ser las notas culminantes del alma de Nietzsche, se convierten ahora en negaciones terribles y odios fulminantes. La gran crisis cerebral del filósofo se aproxima. Los grandes problemas morales le atraen y fascinan. ¿Qué es el Estado? ¿Qué son los hombres en sociedad? ¿Existe un principio único de ética? ¿El egoísmo es moral? ¿Existe Dios? ¿Existe la verdad? ¿Existe el mundo? El alma del filósofo, que había respirado en las más pesadas atmósferas pesimitas, parece buscar el idealismo; pero nuevas dudas le asaltan, y entonces tórnase huraña é irónica. Y cuando escribe, es obscura, confusa, enmarañada, sutil, hiriente, negativa. Desea lo que antes desechó; ama lo que le repugnó antes; afirma lo que ha negado, y al contrario; y á veces sofistica é incurre en círculos viciosos para explicarse la naturaleza de las cosas. Es esta época de transición la más nebulosa de la vida del filósofo. Sus gustos y lecturas nos confunden aún más. ¿Cómo se explica que el soñador y el lírico que alientan en Nietzsche se recreen con Maquiavelo, Stendhal y Spencer?

¿Cómo su alma, toda en ruinas, se alza de pronto rejuvenecida por la contemplación de las bellezas que la arruinaron? De pronto el filósofo se encuentra solo. Rompe con todas sus amistades y va á encerrarse en un rincón de la montaña. Allí le domina la fiebre del trabajo."

Y Nietzsche, después de cantar un himno á los conquistadores, nos dice por los labios de Pérez Petit:

"El segundo sistema ó tipo de que hablábamos más arriba, lo representan el ganado humano, las medianías, los desventurados, los pobres de espíritu, los ricos burgueses y los esclavos. Son los pueblos comerciantes y usureros; son los hombres débiles y temerosos, los preocupados por los convencionalismos y fórmulas sociales. Las ideas morales de este sistema son la consecuencia necesaria del tipo anterior: los esclavos tratan de rebelarse contra el señor que los domina; y al par que tratan de envilecer á los conquistadores llamándolos orgullosos y perversos, ellos tratan de enaltecerse llamándose débiles y oprimidos. El Cristianismo, según Nietzsche, representa todo este sistema de moral. El Cristianismo es la formidable reacción de los esclavos contra los amos. La igualdad es su lema, y no admite entre los hombres otra división que la de buenos y malos. Aquéllos irán á sentarse á la diestra del Señor y á gozar de todas las dichas de los cielos; éstos sufrirán las horribles torturas del infierno. Y éstos son los conquistadores y aquéllos los débiles y oprimidos. Los anarquistas son los herederos inmediatos de los cristianos, y Nietzsche los fustiga despiadadamente, con inmenso desprecio. Incapaces de energías creadoras, niegan la legitimidad de una aristocracia que se ha impuesto por su inteligencia y por su lealtad. De tales seres envidiosos y vengativos no puede surgir un héroe ni un artista. Son

seres negativos. No son hombres. ¡Qué ironías sangrientas no emplea Nietzsche contra estos individuos "del montón", "del rebaño"! Y en cambio, ¡qué himno laudatorio el suyo cuando vuelve los ojos á Zarathustra! ¡Zarathustra! Zarathustra es la Verdad, la Revelación, el Profeta. Es la voz del Héroe, de la Sinceridad, que viene á predicar la buena nueva y á revelar á los hombres las grandes mentiras convencionales que los esclavizan. Y desde su gruta observa el "rebaño humano" compuesto de reyes y de mendigos, y estudia sus caprichos y aberraciones, y adivina al superhombre, el hombre ideal."

¿No estaba, pues, en lo cierto al deciros que es un libro hermoso y un libro útil el libro de Víctor Pérez Petit?

IV

Hablemos ya de *Joyeles Bárbaros.*

Es un libro en sonetos, un libro que tiene doscientas sesenta y dos páginas, un libro que su autor dividió en dos partes que se titulan *El ciclo de hierro* y *El ciclo de oro.*

El libro es parnasiano. El libro es obra de imitación. Las cuerdas de la lira de Pérez Petit, en aquellos poemas en que nos canta el poema de los siglos, se han templado al compás de las cuerdas de las liras de Heredia y Leconte de Lisle.

Esto se observa, muy especialmente, en la primera parte de su labor. Ya nos hablen del tigre que se arrastra, con suavidad sedosa, junto al arroyuelo en que el toro se abreva; ya del mes de las flores, de la ninfa primaveral que en cada nido teje un gorjeo, y que esparce blancuras de camelia sobre la encina donde el pájaro se oculta para pasar la noche; ya de las cara-

belas perdidas en el mar, y cuyos tripulantes convulsos de terror, lanzan un alarido jubiloso cuando perciben, en las curvas sombrías del horizonte, los reflejos de ópalo de la Cruz del Sur; ya del trágico fin de las Amazonas, heridas por la maza gigantesca de Hércules, ó ya de la orgía de los colores en la plaza de toros, recordándonos lo cromático y fúlgido de la modalidad retórica de Manuel Reina, parnasianas y bien parnasianas nos resultan las piedras relumbrantes y cantadoras de los *Joyeles Bárbaros.*

Nos encontramos en presencia de un arte lógico, de un arte erudito, de un arte que se goza en la anotación directa del mundo sensible, y de un arte que excluye las emociones transformándolas en esculturas ó en lienzos murales. Ese arte, arte de líneas y de color y de claridad; ese arte, arte frío y marmóreo y sereno, se halla más cerca de los versificadores muy elocuentes que de los númenes muy inspirados. Ese arte, arte imposible que no se apiada y que no se enternece, exagera lo que hay de ficticio y de concertado en toda obra artística, olvidando que la labor poética debe ser instintiva y siempre pasional, porque la poesía, para ser poesía, necesita impregnarse en los perfumes más hondos del corazón y de la conciencia del que escribe en verso. No importa. En los treinta y cuatro sonetos de que me ocupo, en las setenta y dos páginas primeras del libro, hay, — á pesar de lo monótono de su modalidad técnica y á pesar de algunos endecasílabos poco musicales, — muchas pinceladas y algunos poemitas de subido valor. La imaginación es de buena ley. Colora y cincela, describe y compara magnificentemente, con exactitud y con hermosura, como los más maestros de los maestros excepcionales que le sirven de guía. Transcribamos en prenda y en testimonio de lo que decimos:

"Como abierto al través de una esmeralda
el bosque, de fantásticos labrados,
surge envuelto en reflejos azulados
é irisaciones de muriente gualda.

Contra una encina secular la espalda
apoyada, el Dios Pan toca soñados
aires en su siringa. Los dorados
rayos solares bailan en su falda.

Cuando llegan, en ronda sigilosa,
las Ninfas á escucharle, el Dios con leda
malicia apaga el ritmo, como un lloro;

Y de pronto, en la tarde misteriosa,
vibra su carcajada, que remeda
una crepitación de chispas de oro."

Transcribamos aún el soneto titulado *Desdén feral:*

"Bajo la intensa claridad beata
del plenilunio, el río su carrera
disimula en zig-zags por la pradera
como una inmensa víbora de plata.

De pronto, un cocodrilo se delata
entre el juncal que borda la ribera,
arrojando su queja plañidera
para atraer su víctima insensata.

Y así pasan las horas con premura
silenciosa. No turba la dulzura
de la noche, la sombra de un recelo.

Cansado el cocodrilo se endereza
soberbiamente desdeñoso, al cielo
vuelve los ojos turbios y bosteza."

Transcribimos, por último, el poema que se denomina *Las cóleras del mar:*

"La inmensa faz del mar está desierta.
Allá, en el horizonte, una espantosa
nube plomiza trepa presurosa
al cielo, lleno de una luz incierta.

De improviso, bramando se despierta
el viento; y una racha con filosa
daga hiere la mar, que, rencorosa,
se alza á su vez con la garganta abierta.

En seguida, en las vastas soledades,
resuena un gran galope de leones
que van hasta el confín enfurecidos.

Y del rayo á las verdes claridades,
vénse melenas rotas en girones
entre un clamor inmenso de ladridos."

¿Hay numen, verdadero numen, en lo transcrito? Sí. El numen indudablemente existe, aunque el numen sea reflexivo, sabio, un poco en demasía geométrico y regular. La visión está, la visión existe, la visión es hermosa y es cierta, más cierta y más hermosa de lo que presumimos en nuestra ignorancia. El espíritu del sonetista vive en lo que fué; pero vive, mira, evoca,, canta, dibuja y esparce el color como lo haría, si poetizara en el fondo de su sepulcro, el espíritu muerto de las pretéritas y descarnadas generaciones ¿Hay imitación? Sí, la hay, existe y lo reconocemos; pero justo es decir que la imitación se reduce á la impasibilidad y á la manera de hacer, que son heredianas, más que á los tropos, y á los asuntos, y á las visiones, porque Víctor Pérez Petit, en su vastísima y

múltiple ilustración, no ha necesitado que ninguno le sirva de intérprete y de lazarillo en sus viajes al través de los misterios y de las ruinas de Egipto, Grecia, Cartago y Roma. Él sabe bien que la luz de la luna hace danzar, sobre el prado desierto y garboso, la sombra colosal de los elefantes. Él sabe bien que, á esa misma luz de la luna agonizaban crucificados, en dos largas y rugientes hileras, los líbicos leones de la edad antigua. Él sabe bien lo que las cigüeñas meditan á la orilla del sagrado río, cuyo correr arrulla el sueño de los reyes enterrados bajo la mole milenaria de las Pirámides. Él sabe, en fin, — porque su musa lo adivinó, como tuvo lugar *La creación de los desfiladeros.*

"Era en los tiempos rudos y salvajes
en que el hombre y los dioses combatían
en duelos formidables que tenían
del mar los iracundos oleajes.

Empañaban del cielo los celajes
las columnas de polvo que subían
bajo el pie de los cíclopes que ardían
como fraguas de férvidos corajes.

Alguna vez un golpe se extraviaba
en el furioso ardor del entrevero
y en la rocosa Tierra se incrustaba.

Y al retirar el cíclope altanero
su espada del peñón, allí quedaba
la senda de un atroz desfiladero."

Se notan la misma modalidad, la misma calología y la misma técnica, pero con menos aciertos y más incorrecciones, en los diez y siete sonetos de que está formada la segunda parte del primer ciclo. Diríase

que en esta parte segunda las incorrecciones se exageran de exprofeso, con un fin que ignoro y que en vano procuro adivinar. Es cierto que son incorrecciones de forma, de simple forma; pero las incorrecciones de forma son incorrecciones capitales si se atiende á la brevedad del metro elegido, así como también á los cánones predicados por el parnasianismo de Leconte de Lisle y de José María de Heredia. Hay algunas estrofas y muchos versos empedrados por asonancias que merman ó que anulan su armonía. Leed este cuarteto:

"Las *antorchas* de *entrañas olorosas*
lanzan sus livideces *extenuadas*.
Agonizan las *harpas*. Por las *gradas*
del trono se marchitan *albas rosas*."

Observo también que el poeta, — lo mismo en ésta que en la primera parte de sus joyeles, — ha escrito sus sonetos como quiere la musa castellana que el soneto se escriba. ¿Por qué, entonces, presentarnos, por excepción y sin que nada gane con ello la hermosura, sonetos en que la primera estrofa es un cuarteto y la segunda estrofa es una cuarteta? ¿Por qué olvidar, con imperfecciones que pueden salvarse facilísimamente, que el soneto es una forma lírica que no tolera el más ligero descuido en la versificación? Señalo un testimonio de lo que afirmo:

"Con el último grito de agonía
extraviado en la lúgubre *pradera*,
se disuelve del día la *postrera*
claridad en la opaca lejanía.

Y entonces la tiniebla con su fría
lentitud va bajando, cual si *fuera*

el crespón funerario con que el día
enlutara la trágica *quimera.*"

Á veces el poeta junta las dos incorrecciones que hemos señalado: la de las asonancias y la de inexactitud en la combinación clásica del soneto. Señalo como muestra:

"Del mármol en las (albas) *graderías*
(posaban) como (gatas) perezosas,
sus (vagas) languideces voluptuosas
las mujeres desnudas. Con *sombrías*

(complicidades), camas olorosas
ostentaban (amables) *sederías*
tras las (cuales) se abrían como rosas
los senos, en un haz de *pedrerías.*"

¿Á qué afear, con las máculas que anteceden, aciertos como el hermoso acierto que sigue?

"Y Ciro estaba en el umbral, ceñudo
como un Dios irritado; y contemplaba
el cuadro del placer, que agonizaba
en un espasmo de sopor agudo.

Tuvo entonces un gesto, grave, mudo;
y la horda enfurecida, que esperaba
su gesto, del temor rota la traba,
entró al festín en un avance rudo.

Hubo un loco rodar de lampadarios,
mesas volcadas, ánforas caídas,
anatemas, gemidos silenciarios,

luchas, terrores, un clamor inerte,
y, sobre las mujeres adormidas,
el beso acarminado de la Muerte."

Es también hermoso el soneto que cierra la segunda parte del primer ciclo. Oidle:

"Luego.... el Silencio. La Ciudad que ardía
al sol como un milagro fabuloso,
ahora yace en la arena, en un reposo
solemne. Se cumplió la profecía.

Entretanto, los siglos con su fría
mano de mármol, la Ciudad coloso
entierran lentamente. Silencioso
el desierto sus límites amplía.

Hoy la Muerte implacable ha sepultado
la altiva Babylonia. El derrotero
está perdido entre la blanca arena.

Y, bajo un sol de fiebre, arrebolado,
cruza el desierto, á veces, un viajero
que va, cantando, hacia la tierra helena."

Haré notar, porque es digno de ser notado, que nuestro poeta salva siempre, ó casi siempre, la mayor de las dificultades que ofrece el soneto, haciendo que sus ideas observen una graduación exacta y que el interés vaya creciendo desde el primer verso hasta el verso último. Leed los dos tercetos con que concluye el poema que dedica á los amores que embelesaron la vejez de David:

"Entonces, cuando el harpa entre la sombra
apagaba sus bellos litargirios,
llegábase Abisag sobre la alfombra:

una mano de lirio al rey tocaba
y de improviso el harpa desbordaba
en raudales de notas que eran lirios."

Leed, también, el modo como cierra otro de los sonetos de sus *Mujeres bíblicas:*

"La reina Vasthi se alza en su altanero
desacato á su esposo el rey Assuero,
prefiriendo volver á su Ethiopía

sola, á pie, miserable, abandonada,
á dejar que la pública mirada
profane de su cuerpo la alegría."

No ocultaré que hay mucho de artificioso y de no espontáneo, en la palabra y en las imágenes y aun en los asuntos de este libro poético. No ocultaré, no, que mis predilecciones no son las predilecciones que su autor nos muestra. Es cosa bien sabida que yo pensé, antes y lo mismo que Unamuno, que sólo vivirán de los poetas americanos las estrofas en que éstos nos narran sus propios dolores ó los dolores y las costumbres de su país. Como cada árbol requiere un clima propicio y una tierra adecuada, cada musa tiene por lógica ley su zona y su ambiente, de lo que deduzco que las musas americanas deben cantar y sentir las cosas de América. Acepto, como también acepta Unamuno, que están excluídos de esta ley general los grandes ingenios, las excepciones fascinadoras, las que pueden mejorar ó embellecer lo ya cantado por las musas de Hesperia ó de Francia. De no, creo que cada uno debe consagrarse á embellecer, á glorificar y á bendecir las bellezas naturales de su nación, — los fastos heroicos de su pueblo, — las luchas de su patria por el bien y por la verdad, — las penas colectivas, que son, en el fondo, penas universales y penas humanas, ligándose á los suyos como el ombú á la loma en que se mece el terciopelo de sus verdores y como la calandria al árbol en que cuelga el armónico nido

de su canción. Puedo equivocarme. ¿Quién no se equivoca? Pero yo sé que Dante es italiano, que Lope es español, que Goethe es alemán y que Olmedo es de América, no sólo por el hecho de su nacimiento, sino por los brillos del horizonte en que sus musas batieron las rémiges, lo que no impide que ya sea mundial la fama del que adoró á Francesca, del que pintó á Casandra, del que remozó á Fausto y del que quiso endiosar á Bolívar.

Eso no impide, no puede impedir, que yo encuentre bellos y dignos de loa todos los versos que se parezcan á los versos con que Pérez Petit concluye uno de los sonetos que dedica á Nerón:

"Y Nerón, que contempla sonriente
aquel cuadro de rotas pasionarias,
experimenta una emoción creciente,

porque al mirar con un afán perverso
los saltos de las fieras sanguinarias,
siente á la inspiración dictarle un verso."

Es hermosa también, es también muy hermosa, la visión de los leones en marcha hacia la cumbre donde muere Jesús.

"Luego vino la noche lentamente.
Callaron los rumores. El ambiente
se estremeció con un horror incierto.

Y los astros oyeron con espanto
surgir de pronto el formidable llanto
de los grandes leones del desierto."

Observaré igualmente que en ese numen no hallo un apetito que no sea más ó menos excelso. Ese numen sabe que la eternidad quiere que las musas no

enloden sus alas con el limo negruzco de las honduras del sensorio ciego. Ese numen sabe que el alma del poeta es el alma escogida y el alma soñadora de la que nos dice melódicamente la guzla de Tennyson:

Heaven flow'd upon the soul in many dreams
Of high desire.

Soñar con lo azul y desear lo azul es y será, en tanto que el arte sea, el destino y la ley de la poesía. El poeta aspira á sobrevivirse, quiere perpetuarse, y conoce que lo inmortal ha de ser casto, noble, honestamente hermoso. El alma del poeta no puede morir, y el poeta cuida de su nitidez celeste, porque se ha dicho como Propercio:

Sunt aliquid manes, esthum non omnia finit;
Livida que evictos effugit umbra rogos.

¡El alma saldrá triunfante de la hoguera incineratoria! ¡Que la sombra lívida entre en la eternidad coronada por el pudor, como se corona de rosas ó de lirios el retrato querido de una jovencita que entró sin pecados en el sueño sin fin!

Así, cuando esa musa se encara con el crimen, es para castigarle. No acepta sus excusas. No atribuye sus faltas al destino, sino á la voluntad del que delinquió. El hombre, sólo el hombre, debe responder de los derrumbes de su virtud. Es la fuerza del alma que en nosotros anida, y no el influjo de lo que nos rodea, la razón de ser de nuestra bondad. Esa musa, al hundirse en la historia, se hunde pronunciando el verso de Séneca:

Non fato, sed moribus scelera imputes.

Al *ciclo de hierro* sigue el *ciclo de oro* en los *Joyeles Bárbaros*. El herediano se acerca á lo simbólico y á lo decadente. Oid su soneto á Verlaine:

"Mi cándida inquietud de adolescente
le halló en París en un café brumoso,
donde ardían las pipas y un premioso
afán de paradojas sorprendente.

Tenía un amplio surco en su ancha frente
y en sus ojos un rayo tenebroso;
en sus manos había un delictuoso
crispamiento de cólera rugiente.

Aquel hombre de rostro demacrado,
que en su torno las turbas congregaba
como un rapsoda de un país soñado,

sus sueños lentamente asesinaba;
y en un rincón del cabaret sentado
sobre su crimen con piedad lloraba."

¿No encontráis, como yo, muy bello y bien sentido el último trazo, la última pincelada? Pues bien, hay muchos sonetos como este soneto en la segunda parte del libro de nuestro poeta.

"La tierra suda fuego bajo un sol igniscente
que cruza perezoso por el combo del cielo;
los campos se han vestido de verde terciopelo,
y cual plateado espejo reverbera el ambiente.

Allá abajo, en la ciénaga, hay un zumbido ardiente
de moscas que envenenan el aire con su vuelo.
En las ramas los nidos denuncian un desvelo,
y todo el tierno césped murmura sordamente.

Un calor sofocante de fragua viva aplasta
los seres y las cosas. Con torpe somnolencia,
debajo de unos árboles un toro viejo pasta.

Y cerca de la casa, donde una parra loca
se retuerce los brazos con trágica demencia,
su gaita la chicharra furiosamente toca."

Hay calor y perfume y verduras y molicies de verano en los catorce versos que anteceden. Los que siguen son mejores todavía. Pensad en Samain:

"Es un anciano ombú. Su tronco retorcido
levanta al firmamento las líneas torturadas
del grupo de Laoconte. De noche, las cansadas
estrellas en sus ramas llegan á hacer el nido.

Esa tarde, Taurisa y Orfenio han acudido
á su sombra pacífica. Sus almas conturbadas
por secretos anhelos se dicen las gastadas
palabras siempre buenas del amor compartido.

El pastor habla bajo. La niña, que es muy linda,
se ha puesto de repente roja como una guinda.
Es que Orfenio esquivando con vergüenza los ojos

le ha pedido á Taurisa sencillamente un beso,
un beso de cariño entre sus labios rojos....
Y ella se ha sonrojado, nada más que por eso."

Oid aún el que se titula la *Noche Buena:*

"En torno del hogar que arde con buena llama,
forman corro los buenos aldeanos reunidos.
En sus rostros la lumbre pone los encendidos
carmines que destila el tizón de una rama.

Esa noche los niños no se han ido á la cama.
Los ojos muy abiertos y de susto vestidos,
oyen cuentos fantásticos con placer repetidos
por el blanco abuelito que en su obsequio los trama.

Luego, circulan tortas que aún están calientes,
y las risas se nievan con hileras de dientes.
Se entonan villancicos que parecen un ruego;

pasan jarros de vino; hay apuestas extrañas;
y en salva de cohetes, tostándose en el fuego,
estallan de repente las morenas castañas."

Estamos ya lejos de lo ficticio. Lo impasible se fué. Aunque no lo demuestra, nuestro poeta siente y hace soñar. ¡Bien hayas, oh suave melodía del corazón! Por más que el artífice vuelva luego á su impasibilidad, ya se realizó el milagro bendito. Ya la musa ha encontrado el camino, el tono y hasta la forma que le convienen. ¡Lástima grande que no diera con ellos desde el principio! ¡Lástima grande que haya burilado tan pocas composiciones de la misma índole y de la misma raza de sus ensueños últimos! En fin, para su gloria y para nuestra dicha, ya pisó tierra firme, ya enfloró la mata de sus nardos embalsamadores, ya es poeta el poeta que nos parecía un producto de invernadero, un versificador de gabinete, un figurín á la moda gala! Oid, todavía, porque quiero que aún escuchéis y aplaudáis, como yo he escuchado y como yo he aplaudido:

"La aurora sus clarines de rayos amarillos
lanza triunfal al combo del cielo opalescente,
y la tierra dormida despierta de repente
en medio de perfumes salvajes y sencillos.

Encendidos los ojos con repentinos brillos,
los potros que yacían alzan la noble frente
é irguiéndose contemplan el inflamado oriente
donde vibran y sangran fantásticos cuchillos.

Entonces, poseídos de súbita locura,
las fauces humeantes y enarcados los cuellos,
en un galope heroico cruzan por la llanura;

y el sol que se levanta en remotos confines
azuza su carrera de raudos atropellos
clavando flechas de oro en sus crispadas crines."

La poesía es la perla del sentimiento en el mar de la vida. Es el crisantemo de la emoción que nace y muere en el vaso de nuestro espíritu. Esa emoción y ese sentimiento, para ser comprensibles, necesitan verterse ya cerebralizados, es decir, convertidos en idea clara y frase expresiva. La música sugiere elementos de sensación, materia eterizada que se transforma en las sensaciones que más se avienen con el estado psíquico de aquel que la escucha. El bambuco, el cantar colombiano, — si prescindís de la letra que lo concretiza, — será jubiloso ó tristísimo según trinen en el arpa de vuestro yo la alondra del placer ó el gargantillo de las agudas penas. Con el verso no acontece otro tanto. La palabra escrita no tiene lo impreciso, lo vago, lo adaptable, los acomodamientos á que se presta la nota musical, porque las palabras son signos de ideas, signos de por sí jubilosos ó apenadores por mucho que el vaivén del canto métrico los arpegie ó melodice. El fenómeno es fácil de explicar y fácil de entender, si no me engaña mi sed de análisis lógico. Oid y comprobad. La música nos ataca con fuerza el oído; pero influye con mayor fuerza

aún sobre todo nuestro sistema nervioso, lo que explica la poderosa acción terapéutica de los sones concertados armónicamente. Así la música llega á los nervios no intelectualizada, siendo las sacudidas de la red nerviosa las que le imprimen carácter cerebral, las que convierten la música en idea al converger y fundirse en los centros superiores, en tanto que las palabras, que ya son ideas cuando las recoge la red nerviosa, se convierten, por la sacudida de la red de los nervios, de idea en emoción. Por eso me place la claridad que advierto en las rimas de Pérez Petit. Por eso me place, porque su modernismo, más sabio que la moda, estudió fríamente las ajenas fallas y supo evitar las exageraciones en que caían muchos de los ingenios de su generación. Terencio dice en una de sus comedias:

Periculum ex aliis facito tibi quod ex usu siet.

Digamos, por último, que si el arte plástico de Víctor Pérez Petit no es el arte plástico de José María de Heredia, aquél acierta, no pocas veces, en sus notas de paisaje y en sus evocaciones de lo pretérito. Es verdad que el procedimiento de Heredia ha sido calcado sumisa y rigurosamente por Pérez Petit, agrupando su libro de sonetos en series construídas sobre una misma índole de imágenes ó metáforas. Es verdad que este procedimiento es labor de aficionado y de retórico más que de poeta de inspiración espontánea, caprichosa y libre, según la justa crítica de Gustavo Kahn al académico autor de *Los Trofeos*. Todo esto es verdad; pero esto no obsta para que, en varios de sus poemitas líricos, Víctor Pérez Petit haya logrado plasmar una belleza sabiamente concentrada y rica en vigores, la misma belleza en que adoró la musa fuerte y tropical y pictórica de José María de Heredia.

Permitidme, ahora, que retorice un poco. Seré muy breve. Aquí, en este capítulo, puedo hacerlo sin temor á que me acusen de pedantería, pues todos saben á ciencia cierta que mucho más que yo entiende de estas cosas Víctor Pérez Petit. Los últimos sonetos de los *Joyeles Bárbaros* no son sonetos. El soneto no es un género lírico, como algunos presumen, sino una combinación métrica que debe á su forma, sólo y exclusivamente á su forma, el nombre que le damos. En lengua castellana, endecasílabos deben ser los versos del soneto, que se compone, aunque no nos guste, de dos cuartetos ligados por sus rimas de un modo fijo, y de una sextilla de dos tercetos ligados por sus rimas con caprichosa urdimbre. El soneto, cuya etimología debe buscarse en el italiano y en el provenzal, consta de un solo pensamiento desarrollado en tres ó cuatro series armónicas y gramaticales, de modo que la última sea como la síntesis y como la cúspide de las demás. Los epítetos falsos, los versos flojos, las palabras sin música, y los tropos sin gusto, no son admisibles en su orquestación, dadas la altitud intelectual y la brevedad sinfónica del soneto. Se afirma que Petrarca fué su inventor, dícese que Santillana le introdujo en nuestra poética á mediados de la centuria décimaquinta, sábese que fué tenido en especial estima por el clásico criterio de Boileau, y recuérdase que fueron maestros en fabricarle Herrera, Argensola, Góngora y Arquijo. — No puede ser dudoso que las dificultades del soneto se hacen menores si se aumenta el número de sílabas de que sus versos constan, ó si el poeta cambia á su placer la dificilísima combinación rimial de sus sonoridades. Esto no es discutible, ni esto se desvirtúa con afirmar que las modificaciones, á que aludimos, aumentan su armonía, porque estas modificaciones, de origen galo, no fueron

hechas por el numen francés como una mejora de ritmo y de expansión, sino que fueron el forzoso producto de la necesidad de la métrica de un laúd que no se aviene con el modo de ser del endecasílabo castellano. Por lo mismo que es muy embarazoso componerle de acuerdo con los viejos cánones, es meritorio respetar lo que la regla centenaria impone, desde que, sin salirse de lo prescripto, se desenvolvieron maravillosamente, burilando sonetos, Núñez de Arce y Manuel del Palacio. Éste, sobre todo, puede servir de modelo, puesto que sonetiza con más arte y con más numen que el mismo Rioja. Claro está, también, que el soneto, — por su concentración y por su brevedad, — se opone á que el poeta, en el desarrollo de los asuntos, produzca y propague el mayor número de ideas posibles, estrangulando las impresiones y las pinturas y las imágenes propicias á desenvolvimientos lujuriosos y definitivos. El soneto encadena y coarta la fantasía, estimula y aplaude á la molicie, siéndole suficiente la dramática violencia ó el colorido eglógico del trazo final para subyugar y sobrevivir. Es indudable, pues, que el soneto se presta más á las malicias del artificio que á los transportes del verdadero numen, por lo que yo entiendo que el soneto no debe pasar de ser sino una laboriosa y estética distracción entre dos grandes efusiones líricas, según ya sostuvo perfectamente la docta técnica de Estéfano Mallarmé.

No faltará quien diga que me detengo, con injusticia, cuando me toca en suerte un autor que me agrada. Lo siento mucho, pero yo opino de otra manera, y sé que sé en cosas de rectitud. En el caso actual, me detengo con gozo justificado, pues el ingenio de que me ocupo es el iniciador de nuestra crítica literaria, es uno de los cultores más estimables de nuestra escena y es uno de nuestros retóricos de más esplen-

dideces en su dicción pictórica. Yo conozco poquísimos que le igualen, y no conozco ninguno que le supere, en la compleja amplitud de su ilustración, — en las testarudas energías de su actividad, — en sus conceptuosas conclusiones sobre lo bello, — en el valor moral de sus censuras desapasionadas, — en la sintética robustez de su cerebro sólido, — en los afanes con que sirve á la causa de nuestra incipiente literatura, — en lo pulcro y primoroso y ornamentado y coloreante y batallador y dúctil de su estilo. ¿Por qué regatearle lo que tiene derecho á exigirme? ¿Por envidia? Ya le he dicho á la envidia que no entra en mi casa. ¿Por razones de escuela? No tengo vínculos esclavizantes con dogma alguno, y sí los tengo muy fuertes con la verdad. ¿Porqué las capillitas liliputienses, las de los modernísimos, razonan de otro modo? ¡Yo poseo también una capilla, y en esa capilla construí un altar, y sobre aquel altar puse á mi conciencia! Pérez Petit me merece especial aprecio, y me lo merece porque vale mucho, y porque vale mucho me gozo en decirlo, y para tener la dicha de decirlo me explayo en argumentos y en consideraciones que acaso no siempre le sepan á miel. ¡Peor, si me motejan, para aquellos que desconocen la virtud hechizada de la admiración! ¡No se cambia de caballos al final del río! ¡Yo no quiero perder aquella virtud, cuando la lámpara de mi vida concluye su aceite, y os confieso que admiro á Pérez Petit!

¿Lograré que se me estime y que se me conozca al través de este libro? Algunos me han dicho que se me respeta. Yo no sé qué hacerme con ese respeto. Lo he repetido cien veces ya. Mi musa no aspira al amor de los fuertes y de los poderosos, pero aspira al amor de los humildes y de los sencillos. Para ellos

trabajo y hacia ellos va esta obra de divulgación. Perfeccionar y hacerme querer ha sido el propósito constante de mi vida, ¡de mi vida entera! Y entremos ya, renunciando á traducir los ensueños de un alma dolorosa, en el estudio del teatro criollo de Pérez Petit.

CAPÍTULO VIII

El teatro de Pérez Petit

SUMARIO:

I. — Cervantes. — Objeto del *Quijote* — Fantaseos sobre lo indiscutible. — Los episodios de Dorotea y Zoraida. — Carácter del héroe. — Lo que opinó Vicente de los Ríos. — La locura de don Quijote. — El interés de Sancho. — El simbolismo de la novela. — Como lo entiende Víctor Pérez Petit. — Nuestra interpretación. — El estilo de Cervantes. — Lo que dice Hartzenbusch. — La perseverancia de Clemencín. — Dos párrafos de Fitzmaurice. — Lo que nosotros pensamos del Quijote.

II. — Zola. — Su influencia. — Ojeada sobre algunos de sus romancescos episodios. — Cualidades de Zola. — Su sentido poético. — Su grandeza trágica. — Filosofando sobre la inmoralidad. — La novela y los sentimientos que inspira. — El heroísmo de los escritores. — Cada época tiene su representación literaria. — Lo que dice Pérez Petit del carácter de Zola. — Citas sacadas de las obras de combate de Zola. — Víctor Pérez Petit y el método naturalista. — La verdad y la belleza. — El naturalismo y la individualidad de los escritores. — Jorge Pellissier y el naturalismo. — La técnica de Alejandro Dumas. — La verdad y el medio. — De la experimentación. — De cómo componía Zola sus romances. — Su observación no es natural y espontánea. — Tampoco es naturalista. — Víctor Pérez Petit y la obra de Zola. — Un distingo. — Zola es un poeta épico. — Su modo sistemático de concepción. — Lo que dice Paschal. — Algo de lo que dice Guyau. — De acuerdo con éste. — Pruebas de que Zola es un poeta épico.

III. — El teatro gauchesco. — Por qué no me place. — Su origen. — Sus primeros intérpretes. — Sus defectos. — El teatro de Pérez Petit. — *Cobarde.* — Argumento y examen de este dra-

ma. — El héroe romántico. — Unas citas de Hegel. — *Yorick.* — Qué entendemos por tragedia de almas. — Argumento de *Yorick.* — Diálogos y personajes. — Principales escenas. — La antigüedad del asunto. — Esquilo y Shakespeare. — *La Orestiada.* — Casandra y Clitemnestra. — *Hamlet.* — Como mata Lazló. — Como matan los trágicos. — La acción punible debe entrar por los ojos. — Ejemplos. — Una cita de Vitú. — El principal defecto de *Yorick.* — El teatro y la moral común. — *El Esclavo-Rey.* — La trama. — Reyes y Camila. — Lisetta. — Balzac y Zola. — La inconsciencia de Reyes. — El segundo acto. — El empleo de los idiomas en el teatro. — El acto tercero. — El arrepentimiento de Reyes. — Propósito moral de *El Esclavo-Rey.* — *La Rondalla.* — Su acción, sus caracteres y su factura. — El lenguaje de la obra. — La heroína. — El abuelo. — Del modo de componer de Víctor Pérez Petit. — Resumen.

I

Antes de ocuparnos de la labor dramática de Víctor Pérez Petit, justo es que dediquemos algunas palabras á sus estudios críticos *Cervantes* y *Zola.* — Ambos fueron escritos en 1902, leyéndose el segundo de ellos en una de las veladas artísticas del club *Vida Nueva.*

El trabajo sobre *Cervantes,* que á mí se me antoja por demás somero, forma un folleto de cuarenta y siete páginas que principian así:

"Trescientos años ha, en un perdido rincón de la Mancha, de cuyo nombre no quiere acordarse el príncipe de los ingenios castellanos, mas que no ha escapado á las investigaciones de críticos husmeadores y polvorientos archiveros, un hombre alto y delgaducho, un si es no es cargado de espaldas, de cabello castaño y barba á la usanza del tiempo de Felipe II, yacía en una mazmorra *donde toda incomodidad tiene su asiento,* purgando el delito de haber molestado á varios vecinos morosos en el pago de los diezmos á

la dignidad del gran priorato de San Juan, según el honrado decir de Navarrete, y según la crónica escandalosa de los Zoilos que revuelven infolios y compulsan sellados de oficina, por haberle dicho á una mujer del Toboso una gracia picante, de la que resultaron malferidos parientes y amigos interesados; y como largas y amargas fueran las horas para el infeliz prisionero, á quien si faltaban buenas doblas de oro ó mejores manos amigas que de aquel trance lo sacaran, sobrábanle en cambio talentos y virtudes, fuése amoldando á su descastada suerte y á poner reparo en su aburrimiento, con lo cual dió en escribir y escribió la prodigiosa historia de un sin par caballero andante, espejo de leales amadores y flor y nata de hidalgos esforzados y valientes — portento artístico de tan grande valía, que, después del canto secular de Homero, acaso mayor no hayan oído los asombrados siglos presentes y pretéritos."

Con perdón de Víctor Pérez Petit estoy por creer que, en esta ocasión, las crónicas escandalosas no andan del todo desacertadas. Según nos dicen los curiosos y amenos comentarios de don Diego Clemencín, robustecidos por el mucho y muy probo saber de don Juan Eugenio Hartzenbusch, Cervantes hubo de estar en el Toboso por los años de 1584 á 1588. Según los mismos escritores Clemencín y Hartzenbusch, Cervantes fué entonces apaleado por los vecinos de aquella villa, á los que siempre guardó profundo resentimiento; y que la felpeadura debióse á cosa de faldas, parece demostrarlo elocuentemente el hecho de que Cervantes retrató en Dulcinea á una hermana del doctor Zarco de Morales, que era el único hidalgo que existía en la no muy culta población de Toboso. Ampliando los comentarios de Clemencín, Hartzenbusch se entretuvo en probar que con los nombres del padre

y de la madre de la hermana de Zarco, Cervantes hizo anagramas muy defectuosos de los nombres del padre y de la madre de Dulcinea, "debiéndose advertir que él evitaría de propósito el hacer anagramas cabales, para tener alguna salida que dar, si los sujetos anagramatizados le pedían satisfacción, ó sin pedirla, trataban de tomársela."

Víctor Pérez Petit, después del párrafo que acoto con una de mis ridículas cavilaciones, hácenos la primorosa biografía de don Miguel de Cervantes Saavedra, afirmándonos que pidió para ello la ayuda de Aribau, "el cronista más fiel y minucioso que al respecto pudiera consultarse". No discutiré los méritos de Aribau, á quien en mucho estimo; pero declaro que también me place, y no me place poco, lo que sobre Cervantes escribió don Martín Fernández de Navarrete, á quien, como es justo, cita con frecuencia la erudición gallarda y saborosa de Pérez Petit. Ambos autores están de acuerdo y ambos aciertan en lo substancial, que es lo que me importa, pues tengo para mí que en los detalles, en las minucias, aún reina y reinará por tiempo indefinido la obscuridad, como acontece al tratarse de la vida de todos los genios, á quienes más perjudica que beneficia la extrema abundancia de panegiristas y comentadores, empeñados en abultarlo ó esclarecerlo todo, suponiendo lo que no saben ó interpretando á gusto lo que saben bien. En lo que sí creo es en que el *Quijote* debe ser un enorme libro, cuando, aun antes de que aparezca, la crítica habla de él enconada y ceñuda. La primera edición del inmortal romance se remonta al año de 1605. Pues bien, ya en 1604 decía, en una carta célebre, Lope de Vega: "De poetas no digo, que buen siglo es este; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á *Don Quixote*." — Y con lo

que también estoy conforme, y muy conforme, es con estos párrafos de Pérez Petit:

"No faltan, en verdad, comentaristas, historiadores y críticos que vean en la inmortal obra de Cervantes una obra simbólica, de gran trascendencia política, cuyos propósitos morales y sociales están por encima de todo encarecimiento. Quién ve en ella un estudio comparado del realismo y del idealismo; quién una sátira contra Carlos V ó Felipe II; quién un proceso á las costumbres de la época y una acusación al Tribunal del Santo Oficio. Otros hallan en el *Quijote* la obra de un descreído, de un ironista, de un desencantado de la vida haciendo resaltar los contrastes que existen entre la aristocracia y la clase plebeya, entre los prepotentes y los míseros; y otros, en fin, hilando muy delgado, sin ver que en ello se pasan de listos, echan por el campo filosófico y afirman convencidamente, que el libro encierra una doctrina esotérica. — Todas estas deducciones y suposiciones son erradas. Los comentadores y críticos, aguzando el propio ingenio, pretenden hacerle decir al de Cervantes cosas que no pensó, que ni siquiera sospechó. Su propósito, al escribir el *Quijote,* como él mismo lo dice en sus últimos renglones, no es otro que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías. Cervantes halla indignas estas historias de la idea que los originó, porque lo que él combate no es la caballería en sí, sino los absurdos libros que de ella tratan. Una novela heroica donde, sin artimañas ni disparates, sin vestiglos ni gigantes, sin discreteos ni encantamientos, se presentaran las acciones nobles y esforzadas de un caballero perfecto, es decir, cristiano, valiente y comedido, sería el ideal soñado para el cura Pero Pérez — y tal es el juicio de Cervantes. Luego,

lo que él combate no es la valentía de los caballeros, ni su magnanimidad, ni su cortesía; como tampoco pretende poner en ridículo las ideas caballerescas del honor, la fidelidad y la castidad. Su propósito es sano y bueno: combate una literatura mala y perniciosa, nada más."

¿Por qué Víctor Pérez Petit no se extendió más sobre el verdadero objeto y el verdadero alcance del *Quijote?* Si él hubiera querido, fácilmente lo hubiera realizado. Que está en lo justo, que el *Quijote* es una obra de entretenimiento y una sátira contra los malos libros de caballerías, ninguno ya puede ponerlo en duda, siendo incomprensible que se haya discutido tanto una cosa tan clara, desde que el propio Cervantes se dijo á sí mismo, casi al concluir el prólogo que puso á la primera parte de su obra: "Procurad también que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos más: que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco." ¿Por qué Víctor Pérez Petit, como fundamento de su opinión, no citó este párrafo? ¿Por qué tampoco citó este párrafo en su crítica sabia y académica, — la más pedantesca, pero la mejor de las críticas que conozco sobre el *Quijote,* — don Vicente de los Ríos? Es verdad que Víctor Pérez Petit nos recuerda, con mucho acierto, que don Quijote, poco antes de morir, le dijo á su sobrina: "Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los libros de caballería." Es verdad que Víctor Pérez Pe-

tit pudo agregar, pues entraba en citas, que fué tal el arrepentimiento de don Quijote que éste dispuso en su testamento que "es mi voluntad que si Antonia Quijana, mi sobrina, quiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías á su voluntad." Todo esto es cierto y todo esto demuestra lo que Cervantes se propuso en su libro; pero á mi modo de ver, todavía lo demuestra mejor el párrafo del prólogo que transcribí, pues al fin en la novela habla don Quijote y en el prólogo el que habla es Miguel de Cervantes.

No veo, pues, la necesidad de perder el tiempo discutiendo lo que no puede ser discutido, y fuerza es reconocer que don Vicente de los Ríos decía la verdad, cuando decía, hace ya muchos años: "El fin principal de Cervantes fué la corrección de un vicio solo; pero de un vicio arraigado y altamente impreso en el vulgo, que estaba infatuado con el falso pundonor de la caballería andante, y con las perniciosas historias que contenían las extravagantes proezas de sus imaginarios héroes. Para lograr este fin le sugirió su ingenio original un medio nuevo y jamás inventado de otro alguno. Eligió por objeto de su fábula excitar la risa y diversión de los lectores, pintándoles en ella un caballero andante tan desvariado y fanático, que sólo su idea y su nombre hicieron ridícula y despreciable aquella caballería tan aplaudida. El vulgo mismo, avergonzado de su error, derribó el ídolo luego que le vió tan graciosamente representado al natural."

¿Por qué Víctor Pérez Petit, después de haber estudiado el objeto de la obra, no nos dijo que hay epi-

sodios en ella que no andan bien avenidos con ese objeto, como el episodio de Dorotea, la hija de Clenardo, ó como el episodio de Zoraida y el cautivo, que de manos á boca se encuentra en un mesón con su hermano el ilustre Juan Pérez de Viedona? ¿Por qué Víctor Pérez Petit no se detuvo en analizar, mal fuera al correr, los caracteres de don Quijote y de Sancho Panza? Oigamos á don Vicente de los Ríos cuando nos dice que en el romance de que se ocupa cada aventura tiene dos aspectos muy distintos respecto al héroe y al lector. — "Éste no ve más que un hecho casual y ordinario en lo que para don Quijote es una cosa rara y extraordinaria, que su imaginación le pinta con todos los colores de su locura, valiéndose de la semejanza ó alusión de las más mínimas circunstancias para transformar los molinos de viento en gigantes, la bacía del barbero en yelmo de Mambrino, y los títeres en jinetes moriscos. El lector siente un secreto placer en ver primero esos objetos como son en sí, y contemplar después el extraordinario modo con que los aprende don Quijote, y los graciosos disfraces con que los viste su fantasía. Este placer es una de aquellas gracias privativas del *Quijote,* que no pueden tener las fábulas heroicas." — Y sigue: "Rara vez sale bien don Quijote de sus empresas; y cuando sucede así, es por un efecto de la casualidad; pero en su concepto siempre queda victorioso, porque la felicidad casual la atribuye á su propio valor. y la infelicidad verdadera á la casualidad, á la fuerza superior de un encantador enemigo, ó bien á otras disculpas propias de su locura, con las que cada vez se confirma más en ella. Así en cada aventura hay por lo regular dos obstáculos y dos éxitos, uno efectivo en la realidad y otro aparente en la aprensión de don Quijote, y ambos naturales, deducidos de la acción,

y verosímiles, sin embargo de ser opuestos: porque el lector no compara las dificultades y soluciones aprendidas por don Quijote con las verdaderas, sino con la manía de este héroe, que es preciso que se las represente al revés de lo que son." — Y sigue: "El nudo principal se desata naturalmente con la locura del héroe. Don Quijote vencido como caballero andante, dió palabra de no continuar en aquel ejercicio: así concluyó su locura por un efecto de la misma locura, que le precisaba á cumplir su promesa infaliblemente, y además quedó en reposo, y consiguientemente feliz en la realidad, aunque no en su aprensión." — Y sigue: "Don Quijote es un hidalgo naturalmente discreto, racional é instruído, que obra y habla como tal, menos cuando se trata de la caballería andante. Sancho es un labrador interesado, pero ladino por naturaleza, y sencillo por su crianza y condición. De suerte que estos dos personajes tienen un carácter duplicado, el cual varía el diálogo y la fábula, y entretiene gustosamente al lector, representándole á don Quijote unas veces discreto, otras loco, y manifestando sucesivamente á Sancho como ingenuo y como malicioso. Estos caracteres jamás se desmienten. Don Quijote dentro de su misma locura conserva los vislumbres de su discreción y en los asuntos indiferentes siempre toma el hilo del discurso desde su manía, ó va al fin á parar en ella. No es posible leer con reflexión el *Quijote* sin conocer esta agradable variedad que reina en el carácter del héroe. La pintura que don Quijote hace de los dos rebaños que le parecían ejércitos, y el coloquio en que cuenta muy por menor á Sancho todo lo que había de sucederles cuando se presentasen en la corte de un monarca, son asuntos propios de su locura, pero están referidos con mucha discreción. Los razona-

mientos sobre la edad dorada, sobre la preferencia de las armas respecto á las letras, y sobre las vicisitudes de las familias y linajes, aunque discretísimos é indiferentes en sí mismos, están no obstante enlazados con la locura de don Quijote, la cual es el origen de unos y el paradero de otros." — Y sigue: "Los dos aspectos de este carácter producen otro efecto tan eficaz como la variedad, para sujetar gustosamente la atención de los lectores. El héroe de cualquier fábula debe ser amable, á fin de que el lector se interese en su acción y le siga en ella. Si la locura de don Quijote fuese continua y sin ningún intervalo, sería por precisión fastidiosa é intolerable; al contrario su racionalidad y buenas partidas le hacen amable aun cuando obra como loco, y no habrá ningún lector que se canse ó enoje de ver sus operaciones ó escuchar sus discursos."

¿Por qué no nos dijo algo de todo esto Víctor Pérez Petit? Ello me parece tanto más extraño cuanto que estoy seguro de que Víctor Pérez Petit ha estudiado y sabe mucho de todo esto. ¿Por qué no nos dijo que lo intermitente de la locura de don Quijote es la mejor prueba de la verdad de esa singularísima creación? ¿Por qué no nos dijo que Cullerre y Parant nos citan no uno, sino muchos casos de dementes que son cuerdos y muy cuerdos cuando no se trata de su idea fija? Vicente de los Ríos tampoco lo dice, y sin embargo, habla mucho en pro de Cervantes el hecho de que su héroe no esté en pugna, sino en acuerdo armónico y substancial con la verdad científica. Y no tiene escusa Víctor Pérez Petit, puesto que no sólo habla de Cervantes en su pequeño libro, sino que también habla en su pequeño libro del buen Quijano, dedicando todo un capítulo, que yo tengo por el mejor, al simbolismo del *Don Quijote*. Entonces no debía prescin-

dir de Sancho, porque el escudero completa á su patrón; porque los dos son inseparables; porque el simbolismo de la obra se hace más grande y mucho más humano, como ya veremos, cuando se consideran al hidalgo loco y al rústico con malicia como el desdoblamiento de una sola y antitética individualidad.

¿Qué dice, don Vicente de los Ríos, de Sancho Panza? Dice lo siguiente: "Sancho procede siempre según le inclina el interés. Cuando le parecía tenerle seguro, creía con el mayor candor del mundo todos los disparates de su amo, le obedecía ciegamente, y le servía con la mayor voluntad; pero en las ocasiones en que imaginaba que no sacaría fruto alguno de aquellas correrías, se disgustaba con él, le replicaba, sentía todas las incomodidades de la vida andante; y el dolor de perder algún interés que esperaba, le hacía agudo y malicioso. Para conocer que el verdadero carácter de Sancho es este, basta ver sus costumbres en toda la fábula, y señaladamente en el suceso de la princesa menesterosa y en el desencanto de Dulcinea. Todas las acciones y palabras de Sancho en estas dos aventuras prueban que su cualidad principal era el interés, y que éste unas veces le adormecía en su sencillez, otras despertaba su malicia, y algunas le hacía intrépido y determinado á pesar de su natural cobardía." Oid aún, y no tomaré más de Vicente de los Ríos: "Con este conocimiento manejó Cervantes de tal modo los sucesos de la fábula respecto á Sancho, que siempre le tiene suspenso con alguna esperanza, ó cebado con algún interés, como por ejemplo, con los escudos de Sierra Morena, los del Duque, la paga del desencanto de Dulcinea, y el gobierno de la ínsula Barataria. Con el propio fin hace que Sancho desprecie la honra de comer al lado de su amo, pidiéndole que la conmute en otra cosa de más prove-

cho y comodidad; y con el mismo finge que salió de la venta contento y alegre por haberse excusado de pagar la posada á costa del manteamiento: con lo que palpablemente se ve que el carácter de Sancho no es ser simple ni agudo, animoso ó cobarde, sino ser interesado, y serlo de modo que el interés le hace parecer bajo distintas formas, según el conato que necesita emplear para conseguirle. Los que han objetado á Cervantes que no guardó consecuencia en las costumbres de Sancho, no penetraron la idea de este autor, ni el arte con que supo variar los caracteres sin faltar á su igualdad."

Necesitaba todas las citas que anteceden, y que no me sobran, para ocuparme del último capítulo del folleto de Víctor Pérez Petit. Éste nos dice con su estilo robusto y hermoso: "Cervantes se propuso representarnos un hidalgo que, de tanto enfrascarse con la lectura de los libros de caballerías, llegó á perder el seso; mas, al echar mano á la obra y perfilar su Quijote, la pluma que dirigía su genio singular fuése trazando rasgos que transformaron luego al caballero. Y el héroe manchego, desde su primera escapatoria, cobra relieves admirables, se crece por momentos y concluye por convertirse en una humanidad, en un mundo, en una idea. No es así don Quijote un hombre determinado, un loco de manía particular, cuya alma y cuyo corazón son diferentes de nuestro corazón y de nuestro espíritu: don Quijote es ese hombre que va tras un ideal y encuentra una desilusión; es ese otro que lucha por una idea y perece al darle vida; es aquel de más allá que fracasa en todas sus tentativas por no adaptarse al medio en que vive; es el otro aun que vive feliz en la ignorancia y se torna desgraciado al descubrir la verdad; es el niño víctima de su fantasía, el hombre esclavo de sus pasiones, el viejo ven-

cido por la vida; es, en fin, el símbolo de todos los hombres, porque todos tenemos en el cerebro un ideal irrealizable y en el corazón un sentimiento que nunca armonizará con la realidad. Don Quijote se lanza á realizar aventuras que le hagan digno de su ideal, la sin par Dulcinea del Toboso; y nosotros todos nos lanzamos á la conquista de los nuestros con el mismo ardimiento. El ideal de Don Quijote es, por ironía de la realidad, una moza labradora llamada Aldonza Lorenzo; nuestro ideal es una mujer que nos engaña, un amigo que nos miente, un triunfo que nos avergüenza, una gloria que nos da hambre, una posición que nos tortura, una distinción que nos empequeñece. Hemos soñado ser felices, grandes, y la felicidad, el poderío y la grandeza nos resultan humo una vez alcanzados. ¡Y es siempre por una futileza por lo que hemos derrochado energías, por lo que hemos dado toda nuestra sangre!"

Esto es hermoso. Lo que no es verdad es que Sancho sea la negación de don Quijote. Sancho es su complemento. Es una mitad de las dos mitades que componen un todo en que cada uno de nosotros está simbolizado. ¿Porque así lo quiso la opinión de Cervantes? No, de ninguna manera. Lo es porque el genio instintivo de Cervantes lo adivinó así. Recuerdo que cuando don Enrique de Vedia me hizo la honrosa confianza de encomendarme, sin someterme á ridículas pruebas, la cátedra de literatura del más alto y del más antiguo de los colegios nacionales de Buenos Aires, dije lo mismo que digo ahora sobre el Quijote. Don Quijote no sería un tipo real, un símbolo eterno del hombre, si se le considerara solo y aislado. El simbolismo de don Quijote nace del desdoblamiento artístico y maravilloso de un solo ser, en cuyo espíritu, en cuyo cerebro, en cuyo corazón riñen una

formidable batalla el ideal y la vida. En aquel libro, como en todos nosotros, como en los más ruines de nosotros, la imaginación sueña con heroicidades, la imaginación nos empuja á realizarlas, la imaginación consigue que hallemos dulces los sacrificios que nos impone el culto de la justicia y de la hermosura; pero en aquel libro, como en nosotros, como en los menos ruines de nosotros, la experiencia, la malicia, el sentido común, se encarga de decirnos que las maritornes no son duquesas y que no son gigantes los molinos de viento. En las horas fugaces de la juventud, y aun en las horas no menos ardientes de la edad viril, la imaginación se impone al sentido común con promesas que á veces le hacen callar, como la locura de don Quijote hacen que enmudezcan las ambiciosas malicias de Sancho. Para que el símbolo sea más perfecto, don Quijote se vuelve vencido á su aldea, muriendo de tristeza al desengañarse; pero Sancho, que le acompaña, llora al triunfar de las ilusiones del caballero, como en la vida, en la vida real, en la vida del mundo, todos sin excepción, oímos á nuestra experiencia gritar amargamente cuando otra nueva experiencia aumenta su amargura. Hay algo en nosotros, que se va, que se extingue, que nos abandona, cuando el sentido común, el mal de vivir, hace tabla rasa con todas las ilusiones de la mocedad, y el sentido común le grita á lo que muere, como Sancho á don Quijote: —"¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata

hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana." — Á todos nos ha hablado así el sentido común cuando triunfaba y nos entristecía. Cada uno de los vencidos por la realidad es un Sancho que lleva dentro de sí el cadáver aun fresco de don Quijote, siendo muy frecuente que de cuando en cuando el muerto resucite para volver de nuevo á morir de otro atracón de nostálgica pesadumbre. No, repito que nosotros no somos nunca don Quijote á solas, pues el más idealista, el más alocado, el más vanidoso, el más seguro de no perder, el más ávido de convertir á las labriegas en grandes damas, oye no pocas veces gritarle á su escudero que las víctimas por quienes va á batirse son unos bribones dignos de galeras. Á veces, como ya dije, el interés del escudero está en favorecer la locura de su señor, y entonces el sentido común, la experiencia, se calla y andamos á lanzadas con la realidad, que al fin nos derriba; pero que, gracias á nuestra imaginación, no puede impedir que nos consideremos vencedores y bien loados por haber defendido el honor de una doncella que hace ya mucho dejó de serlo ó por haberle tratado á un malsín como si el malsín fuera un hidalgo de buena ley. Esta es la vida, este es el hombre y este es el libro en que batallan, por no entender del mismo modo la vida, don Quijote, nuestra idealidad, y Sancho Panza, nuestra experiencia; y por eso yo creo que el libro de Cervantes es una obra simbólica, cosa que indudablemente no creería si Sancho Panza no

fuese la mitad menos noble, pero la mitad más duradera y más resistente de los seres humanos. Sancho es aquello de nosotros que come, se refocila con el amor que pasa, sabe de refranes, gusta de andar en rucio y negocia hasta con los sueños de la imaginación; en tanto que don Quijote es aquello de nosotros, que sueña, delira, ama de verdad, deja que le exploten las falsas virtudes y se bate por una idea, por un deber, por un dogma, por un prejuicio, por una nube, aun cuando no ignora, gracias á su escudero, que todo aquello sólo es hermoso porque él le presta la hermosura de su ensoñar. Es así, y sólo así, como yo creo que el simbolismo del *Quijote* debe entenderse, pues yo no he conocido ningún manchego en cuyo interior no sonaran de vez en cuando las risas y las resistencias de Sancho Panza.

¿Cómo hablar del estilo de la obra de Cervantes? ¿Es ésta, como dicen, una obra que enseñe á escribir? Leed los comentarios de Clemencín y poco tardaréis en ver que esto es también imaginación, fantasmagoría, cosas del hablar. Dice don Juan Eugenio Hartzenbusch: "El *Quijote* es el libro más popular de los españoles; todos lo leemos, todos lo estudiamos, y se emplean á cada paso en la conversación, como proverbiales, las expresiones que su lectura nos ha dejado impresas en la memoria. Ninguna obra por consiguiente puede tener más influencia en la formación del gusto literario en España; ninguna goza de igual proporción para dar la ley al lenguaje. Pero este escrito, que tan alto y tan justo concepto merece, no es una producción intelectual meditada con prolijo detenimiento y escrupulosamente limada; es una inspiración felicísima, trasladada al papel con prisa, y sin volver la vista atrás para mirar lo que iba hecho; es un borrador, un bosquejo de primera mano, con

harta más valentía y frescura por cierto que otros mil cuadros bien concluídos. Cervantes escribió la novela del *Ingenioso Hidalgo* siendo viejo y pobre, falto de memoria y de libros: por eso la parte erudita del *Quijote* es tan inexacta; por eso, cuando llegaba el autor al fin de un capítulo, no recordaba lo que había puesto al principio. Cervantes además no se paró á ver si había defectos de orden lógico y cronológico en su obra, porque su objeto no fué componer una fábula regular y rigurosamente concertada, sino un cuento festivo, una leyenda, una cosa que acabase con los absurdos libros de caballerías: vió logrado este fin con la publicación de la primera parte del *Quijote,* y no quiso tomarse el enojoso trabajo de perfeccionar un instrumento que tan bien le había servido; pues si escribió después la segunda parte, fué quizá porque á ello le instaron sus lectores, sus necesidades y su librero. Pero, aun conociendo y apreciando esta razón ó disculpa de la indolencia de Cervantes, el hecho es que su libro anda en manos de todos, y que está compuesto muy á la ligera; por lo cual es útil que literatos de gran doctrina y exquisito gusto hayan examinado los defectos y primores de este magnífico monumento de la lengua castellana: bueno es instruir á los indoctos, para que no se figuren que es oro la escoria." — Ninguno de los comentadores del *Quijote* ha sido tan minucioso y tan perseverante como Clemencín. Otros, como Fors, se han concretado á endiosar. Clemencín se ha detenido hasta en los defectos gramaticales de menor cuantía, lo que hace preciosas y de importancia sus advertencias. Es bueno sin embargo decir que el que entienda, como Hartzenbusch, que el *Quijote* se debe juzgar con más fe que doctrina, por el sentimiento y no por las reglas, saldrá malhumorado y con agriedades de la lectura

del experto y castizo comentador. ¡Los que creéis que no hay estilo como el estilo de *Don Quijote,* no leáis ni por una fortuna los muchos reparos que opuso á aquel estilo la escrupulosa gramática de don Diego Clemencín!

No quiero concluir sin citar dos párrafos de Fitzmaurice en comprobación de lo que llevo manifestado. Dije, y en esto no me aparto de Víctor Pérez Petit, que el simbolismo que hallamos en el *Quijote* es hijo del genio, pero no de la intención de Cervantes. Fitzmaurice piensa lo mismo. — "Se ha empeñado una interminable discusión acerca de la significación de su obra maestra, y los críticos más agudos han disputado mucho en pro y en contra de las diversas teorías. Lo que parece increíble es que intentase una alegoría de la vida humana. Cervantes presenta al ingenioso hidalgo como príncipe de la cortesía, afable, galante, entendido en todo, excepto en aquella particularidad, la locura caballeresca, por la que salva tiempo y espacio y cambia el aspecto del Universo; y le hace acompañar de Sancho, interesado, calculador, práctico en las vulgaridades de la vida. Los tipos son eternos. Pero sería pretender demasiado afirmar que se da algún deliberado simbolismo ó algún misterioso propósito en esa dualidad de personajes. Cervantes se inspira tan sólo en su intención artística de crear personajes y de entretener por los recursos de su ingeniosa fantasía, por la perfección de los caracteres, por la riqueza de incidentes y episodios, y por lo genial de sus semblanzas satíricas. Adorna sus cuadros con la primera oportunidad que se le ofrece para herir la imaginación." — Esto es indiscutible. El simbolismo está en nosotros, y no en la novela. Si el autor del romance hubiese querido hacer tipos eternos, tipos simbólicos de sus dos creaciones, hubiese

hecho á éstas de una sola pieza, poniendo en don Quijote todo lo excelso del espíritu y en Sancho todo lo ruin de la materia. No lo hizo así. Citemos una vez más á Vicente de los Ríos. — "Si este interés tan arraigado en el corazón de Sancho procediera de un principio vicioso, sería poco amable su carácter, y nada á propósito para divertir á los lectores. Cervantes tuvo también presente esta circunstancia. El morisco Ricots, extrañado de España con los demás de su secta, volvió disfrazado á fin de desenterrar su tesoro y llevársele. Confió este secreto á Sancho, ofreciéndole doscientos escudos, porque le auxiliara, á tiempo que acababa de perder el gobierno, y con él la esperanza de enriquecerse, y sin embargo Sancho, como buen vasallo, despreció el interés por no desobedecer á su rey, y como honrado aseguró voluntariamente al morisco que no lo delataría." — Revilla va más lejos aún, cuando asegura que "Sancho es bueno también en el fondo: es capaz de amor y abnegación, y no siempre sigue á su amo por interés y egoísmo, sino que muchas veces revela que lo hace por cariño y agradecimiento, aunque generalmente obra por móviles interesados." De todo esto podemos deducir que no fué Cervantes el que con intención dió su carácter de universalidad al manchego y á su criado; sino que fué la fábula, ó mejor las necesidades de la fábula, las creadoras de esa universalidad que nosotros hemos descubierto en los tipos del hidalgo y de su servidor. Con esto nos basta para poder afirmar con Víctor Pérez Petit, que "por lo que dicho queda, vemos que el *Quijote* no es tan sólo lo que quiso Cervantes: es decir, la historia de un hombre. Arrastrado por su numen, parte del análisis de un ser para terminar su psicología en el hombre mismo, haciendo una pintura filosófica del mundo,

ilimitado, universal." — Ahora, sí. Ahora estamos conformes. ¿Por qué? Porque la psicología del hombre mismo es una dualidad; porque el espíritu del hombre no es simple; porque el alma del hombre no es una línea recta; porque todo hombre, por alto que esté y por puro que sea, no es otra cosa que un eterno monólogo entre don Quijote y Sancho, en el que siempre ó casi siempre Sancho sobrevive y don Quijote muere. ¡No hay ninguna amante que tanto extenúe y tanto consuma como las Aldonzas transformadas en Dulcineas!

Dije igualmente que el estilo de Cervantes no siempre enseña ni es siempre de elogiar. Encuentro en Fitzmaurice, aparte de lo que afirman Clemencín y Hartzenbusch, que "debemos considerar á Cervantes como era: un artista literario más sobresaliente en la práctica que en la teoría; grande, más bien por sus facultades naturales que por adquiridas perfecciones. Su saber es insignificante, sus razonamientos son fútiles, sus especulaciones filosóficas superficiales. En breves trozos es uno de los más grandes maestros de la prosa castellana, claro, enérgico, incisivo; pero se cansa pronto, y se expone á caer en idiotismos italianos, ó en molestas sentencias amontonadas con innecesarios relativos. Cervantes no sobrevive como gran estilista, ni como rey de los epítetos, — aunque nadie puede mejorarle cuando deliberadamente los emplea; ni vale como una pura potencia intelectual. Es inmortal á causa de su poder creador, sus recursos imaginativos, su riqueza de invención, su aguda penetración, su humor inimitable, su atractivo sin límites. De ahí la universalidad de su renombre; de ahí el esplendor de su secular fama." Revilla mismo, — que halla que el estilo del *Quijote* reúne la fluidez, la claridad, la pureza y la armonía, — se ve obligado á

reconocer, aun cuando las achaca al descuido de los copistas, que el *Quijote* adolece de locuciones afectadas, de palabras repetidas y de algunas faltas gramaticales. Esto es lo que dice Revilla.

Y ahora que ya no puede acusárseme de blandura; ahora que ya sabéis todo lo malo que aprendí en los libros; ahora que me he dado la satisfacción de descalabrar á un genio, dejadme afirmaros, por cuenta mía, que el *Quijote* es un libro maravilloso. ¿Qué me importa á mí que la intención de Cervantes no fuera otra que combatir los libros de caballerías? Con intención ó sin intención, el *Quijote*, en su fábula esencial y no en las zurcidas que lo deslustran, es el libro más humano que yo conozco. Clemencín, con toda la laboriosidad y todo el buen gusto que Hartzenbusch le encomia, me parece un pedante, y en cuanto á Fitzmaurice, que critica el estilo de la inmortal novela, digo y declaro que tiene el estilo más pedrestre y menos luminoso con que tropecé en obras que alardean de no elementales. Desde muy niño manoseé el *Quijote*, para ver sus figuras, y oí leer algunos de sus episodios, con que mi padre se recreaba y nos recreaba. Gracias á mi padre, me di muy pronto cuenta de su humanidad, de lo indecible de su melancolía, de todo lo que se esconde de excelso y divino en la locura del buen hidalgo que sólo renuncia á su imposible sueño de luz por respeto á su sueño luminosísimo. Siempre me pareció grande, aunque el mismo Cervantes no lo creyera, aquel hombre canoso, esquelético, con malas armas y con mal rocín, que cruza sierras y cruza llanos buscando orfandades y viudeces y flaquezas que defender, aunque su mala suerte le haga tropezar con galeotes en vez de oprimidos, y aunque su locura le lleve á confundir á los mesoneros con los duques de yelmo blasonado. Hasta el modo con

que mixtura á una payesa con la dama de su puro querer, me supo siempre á mieles, porque es de caballeros y es de convencidos dar al ideal, porque batallamos, todas las excelencias que en el alma tenemos, y falto de las cuales el ideal no valdría ni media lanzada ni medio maravedí. El *Quijote*, además, es un libro consolador, que, talvez sin quererlo, — lo que poco me importa, — no hace ridícula á la buena mitad de Quijano, á la mitad llamada *Don Quijote*, en tanto que hace de poco apreciar, y eso que supo no exagerarla hasta la bellaquería y la desvergüenza, á la mala mitad que se llama Sancho y á quien pusieron el poco dignificante apellido de Panza. El *Quijote* es un libro consolador, porque sobre la locura, sobre las derrotas, sobre las tristezas del buen caballero ríe el ensoñar platónico, el ensoñar florido que todo lo endulza, que hace que la caída nos parezca ascensión, que no nos permite ser malos por la acritud que sigue al vencimiento, y que nos lleva suavemente á morir cuando echamos de ver que nuestras Dulcineas no han sido sino Aldonzas!

Yo no veo al Quijote, y me felicito, con los ojos que dicen que Cervantes lo vió. Lo veo con los ojos que lo vió mi padre, y me satisfago al creer que mi Quijote es el verdadero, porque entre dos creaciones artísticas, la más real y la más duradera es la que tiene mayor hermosura. ¡Don Quijote ridículo! ¿Por qué? ¿Porque el león es viejo y no muerde? ¿Porque los gigantes son aspas de molino y no son gigantes? ¿Porque los cuadrilleros escoltan presidarios y no oprimidos? ¿Porque es una aldeana la purísima y muy ilustre Dulcinea de Toboso? ¿Y bueno? ¿Y qué? Suponed que el león de la jaula fuera joven y fuerte. Don Quijote se hubiera batido con el león. Suponed que

las aspas hubiesen sido cíclopes. Pues los cíclopes hubieran sido lanceados por don Quijote. Suponed que los cuadrilleros, en vez de rufianes, llevasen á las víctimas de un poder agresor. Pues don Quijote hubiese batallado con brío por la justicia. Y en cuanto á la rusticidad de Dulcinea, yo no veo en el lance motivo de burla, pues para don Quijote, como para mí, el ideal no es nunca lo hacedero, sino lo que nuestros ojos jamás verán en todo su esplendor!

En cuanto al estilo, que falle otro más avisado. Yo no me atrevo. Yo escribo el español como lo escribiría una vaca francesa, y como nada sé, me place oir hablar de "el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes y la quietud del espíritu." — Por estas y otras razones, que en este lugar acaso desentonarían, — si es que ya no desentonan las que anteceden, — aplaudo y hago mías estas palabras de Víctor Pérez Petit: "Jamás hombre alguno ha reflejado sobre su patria una gloria tan grande y única como el autor de este libro maravilloso. España ha tenido un Cid, pero Francia cuenta con un Bayardo; ha tenido un Luis Vives, pero en Alemania nació Kant; ha tenido un Hernán Cortés, pero Portugal tuvo á Vasco de Gama; ha tenido un Calderón, pero Inglaterra se enorgullece de un Shakespeare; ha tenido un Murillo, un Velázquez y un Goya, pero Italia es la cuna de Rafael, Vinci y el Ticiano; Holanda, de Rembrandt y Ruysdael, y Flandes, de Rubens y Van Dyck. Sólo Cervantes no tiene iguales ni superiores, y sólo España puede vanagloriarse de esa gloria tan desconocida en su siglo."

II

Hablemos del estudio crítico sobre *Zola*. Éste, que forma un folleto de cincuenta y cinco páginas, fué leído por su autor el 24 de Octubre de 1902 en el club *Vida Nueva*.

El folleto consta de tres partes ó capítulos titulados *El hombre*, *La teoría naturalista* y *La obra*.

Me apresuro á decir que, en general, mi opinión, que no tengo en mucho, en poco difiere de la opinión que Pérez Petit tiene de Zola. No se asuste el amigo experto y concienzudo. En este caso no es del todo cierto el refrán que afirma que se mide nuestro valer por el valer de los que nos acompañan. Yo no acompaño, sigo, y tengo, además, menos bríos y no tan unánime el entusiasmo.

Pienso, sí, que sostengan lo que sostengan sus detractores, Emilio Zola es grande. No siempre su inspiración se revuelca sobre un estercolero. Á veces se remonta, brilla, centellea, encanta, conmueve y deslumbra.

Muchos son los que clamarán contra esta afirmación mía. Ya haré después, citando algunos de sus viriles párrafos, que me defienda Víctor Pérez Petit. Por ahora me basta con sostener que son muchos los que sólo conocen á Zola por malas y hasta incompletas traducciones de *L'Asommoir*, *Nana* ó *Pot-Bouille*. Cuantos hayan leído *Une page d'Amour*, presenciando la agonía de Juana, que muere víctima de la fiebre y la tisis al caer de las hojas y á los trémulos rayos del sol poniente que hiere con sus fulgores últimos las altas cúpulas de París, pensarán como yo. Cuantos hayan asistido, mudos de horror, á la noche de bodas de Teresa y Laurent, viendo levantarse entre los dos

adúlteros el demacrado aspecto de Camilo Raquín, pensarán como yo. Cuantos hayan comprendido la última escena de *La Curée*, la espantosa soledad con que purga Renata su mortal caída, esos no negarán de fijo ni sentimiento, ni numen, ni arte al autor de los *Rougon - Macquart*.

Sus enemigos aun le atacan sin piedad y con injusticia. Por fortuna el talento es el mejor de los pararrayos. Hay quien no concibe que *Nana* moribunda, — en tanto estalla por las calles y plazas de París el grito penetrante y ronco de ¡á Berlín, á Berlín! — es la dolorosa encarnación de una sociedad corrompida hasta la médula de los huesos por la monarquía y el jesuítismo antes de la guerra franco - prusiana. No hay símbolo cuya desnudez sea corruptora, y Nana no es sólo una bacante. Nana es un símbolo.

Hay quien no concibe que Zola lleve su audacia hasta el punto de hacer de Teresa Raquín — mal que pese á Vaporeau, — una monografía de la contrición y de sus efectos psicológicos. Esos señores se irritan porque un autor, fundándose en la ciencia moderna, se vale de la teoría de la transmisión hereditaria y aplica lógicamente los temperamentos al estudio de las impuras, de las castigadoras, de las terribles pasiones humanas. ¿Qué hemos de hacerle? Yo no puedo impedir que esos señores estén equivocados, ni puedo impedir que la razón no esté con ellos, sino con Zola.

Según esos señores, pintar las cosas como son, llamarlas por su nombre á lo aragonés, es ir muy lejos. La sociedad se espanta de su retrato, pareciéndose á la vieja de la fábula, que tiró el espejo cuando debiera haberse tapado el rostro. Y al decir la sociedad, no me refiero á toda la sociedad, sino á la sociedad que se siente fotografiada por el robusto novelador francés. En esos clamores que aun se alzan contra Zola,

Molière de seguro reconocería la voz de Tartufo, pues si bien es cierto, — como dice Verón, — que el autor de *Mes Haines* exagera algunos detalles poco importantes que afean sus obras, no es menos cierto que esas páginas se deben más que á Zola á sus impugnadores, que le enconan y le exasperan haciéndole acentuar las tintas de sus cuadros.

Fuera de esto, las cualidades de observador y el profundo criterio analítico de Zola son indiscutibles, pues conoce como pocos el corazón humano y se sirve como ninguno de ese conocimiento. Estudia las enfermedades psicológicas como el médico las enfermedades físicas, con igual paciencia, con la misma frialdad, sin escrúpulo, sin repugnancias. Sabe que es ley de la fisiología moderna que el alma refleje fielmente las perturbaciones del cuerpo, como el cuerpo refleja á su vez las perturbaciones del espíritu, y por eso, sin duda, casi siempre en sus libros, cada pasión corresponde á un carácter, cada vicio tiene una razón de ser, y cada individuo obra como debe obrar, dados el medio en que se crió, el sitio en que vive y el rango que ocupa. Sus obras obedecen siempre á la verdad, porque la verdad es la musa y el fin de su escuela, lo que no es punible, lo que no es antiestético, lo que es valiente, porque la verdad es, al fin y al cabo, uno de los elementos calológicos de la creación, sin que por eso su estilo deje de rendir tributo al numen. ¡No le apedréis, pues, cuando ve con ojos de sabio y cuando traslada al lienzo con amor de artista!

La faute de l'abbé Mouret, — de que luego nos hablará Víctor Pérez Petit, — paréceme una primorosa novela, con abuso de descripción, que principia en idilio en medio de aquella naturaleza salvaje, llena de luz y colorido y vida, que sirve de marco á los amores de Albina y Sergio. La novela no desmerece

porque termine en drama de ardiente pasión, tras las obscuras paredes del presbiterio bañado de perfumes á incienso y de olor á cirio, mudo y sombrío testigo de los deliquios, las maceraciones, la superstición y los remordimientos del sacerdote, á quien tienta de un modo mefistofélico aquella misma naturaleza salvaje, donde cada hoja, cada flor, cada nido, cada gusano de luz, tienen algo de caricia, de beso, de éxtasis, de salomónico y enervante cantar.

Podría multiplicar las pruebas de que Zola no carece de sentido poético, desde que sus cualidades de observador en nada perjudican á la belleza plástica de sus obras. Por mi parte, he leído pocos episodios tan dramáticos como aquel episodio de *Germinal* en que Esteban y Catalina, en el fondo del subterráneo convertido en sepulcro, casi abandonados del mundo y desesperando de Dios, sintiendo aún pesar sobre ellos con la horrible gravedad del espanto la postrera mirada de Chaval, ganados por los escalofríos de la calentura y las ansias del hambre, ansiosos de sol, sedientos de vida, en titánica lucha con la sombra y el agua y el mineral, sobre el suelo de lodo de la mina, sobre un lecho de fango, celebran sus nupcias de una sola noche, uniendo sus secos y contraídos labios en un último y doloroso beso de amor.

¿Decís que esto es inmoral y bravío? Convendré en ello sin repugnancia, cuando convengáis vosotros en que ese cuadro de sensualidad lúgubre respira una sublime y trágica grandeza.

Por otra parte, si de inmoralidades se trata, hay puntos suspensivos en las novelas de Pérez Escrich y de Antonio de Padua, tan inmorales como cualquiera de los capítulos de Zola, con el agravante de que Zola no escribió para vírgenes como Antonio de Padua y Pérez Escrich. Agregaré, para sacudir las

telarañas que cubren vuestros ojos, que Lope de Vega, Tirso, Quevedo y Cervantes mismo han usado de una indecible libertad de lenguaje; que Shakespeare y Molière no les han ido en zaga; y que, en cuanto á los bíblicos, místicos y clásicos, no conozco nada tan lascivo como el cantar de los cantares de Salomón, nada tan lúbrico como algunas cartas de Santa Teresa y nada tan bajamente bestial como algunos capítulos de Petronio.

¡Ah! no hablemos, por Dios, de inmoralidades, porque aparte de que yo no sé si es más conveniente comprenderlo que ignorarlo todo, esa rama de la ética es tan variable, tan insignificante, tan movediza, tan convencional, que ignoro si aciertan Stuart Mill cuando deduce la moral de la calidad del placer, ó Buchner cuando la considera como una imposición de la costumbre; Hobbes que ha patrocinado la moral utilitaria ó Ives Guyot que la hace depender del estómago; Hamilton que la basa en la voluntad libre ó Schelling que cree que las leyes que rigen el mundo moral son idénticas á las que rigen el mundo físico. ¿Quién sabe lo que de nuestra moral pensará el porvenir? ¡Por de pronto, y bajo cierto aspecto, la moral femenina de ayer ya no es la moral de las femenistas de hoy! ¡Por de pronto, y bajo cierto aspecto, la moral que practicaban los adolescentes de ayer ya no es la moral que practican los adolescentes del siglo nuestro!

Además, si es indiscutible, como asegura madama de Stael, que la moralidad de la novela consiste en los sentimientos que inspira, yo declaro que Zola, bien leído, es eminentemente moral. ¿Acaso la tormentosa existencia de Renée, el fin de Marta, la suerte de Gervasia, la agonía de Nana, el suicidio de Teresa, las desilusiones y la locura de Cristina, pueden inspi-

rar deseo alguno de seguir su ejemplo? El vocerío que se levanta contra esas obras nada significa, pues, — según la Pardo Bazán, — toda profesión tiene su heroísmo propio y la del escritor consiste en arrostrar sereno el escándalo. Cada revolución literaria recoge en su cuna una buena cosecha de protestas é indignaciones. ¿Qué sería de las letras, si amedrentado por ese temor, el Quijote no hubiera contribuído á matar, con el fino estilete de la carcajada, á los libros de caballerías? ¿Qué sería de las letras si, amedrentados por ese temor, Schiller, Hugo y García Gutiérrez no hubiesen roto con las tres unidades del precepto griego, siguiendo los pasos de Shakespeare y de Calderón?

Lo confieso, á pesar de su rudeza, de sus desnudeces, de sus golpes de escalpelo casi brutales, Zola me agrada, me domina y me atrae. Francamente, no milito en el escuadrón de los que se esconden para leer *Le ventre de Paris.* Veo en Zola una personalidad enérgica y orgullosa; hallo en sus libros mucho de mí, de todos, y si es cierto que cada época, como afirma Taine, tiene su representación en la literatura, no vacilo en decir que la última mitad del siglo diez y nueve, con sus teorías fisiológicas, su desprecio á lo sobrenatural, sus secretas lascivias, sus luchas sociales, su confusión de rangos y su amor á la realidad de la vida, encontró un fiel intérprete, — aunque grite Valbert, — en la escuela de Balzac, en la escuela á que pertenecieron y en que militaron los dos Goncourt.

Pienso, como Pérez Petit, que Zola era un carácter. Pienso, como Pérez Petit, que "ningún artista, ningún pensador, ningún hombre ha sido tan discutido como él; nunca obra humana concitó contra sí tan tremendas algaradas, ni nunca tampoco hombre alguno pro-

vocó tantas burlas, tantas iras, tantos odios y tantos denuestos. Las palabras injuriosas se levantaron estremecidas y vibrantes de los diccionarios para arrojarse al rostro del escritor; el escarnio se animó como una culebra para mancillar su talento; la ironía resplandeció como un puñal florentino para castigar sus libros; la afrenta forzó el umbral de su casa para sentarse ante él." — Zola, que era un soberbio y un convencido no se desmintió. Escuchad á Pérez Petit: "Emilio Zola es tal vez el hombre que ha demostrado tener más carácter en este siglo. ¡Qué fuerza de voluntad, qué energía sublime, qué altivez soberana no han tenido que latir en esa alma asediada por el odio, la hipocresía y la calumnia, para no desmayar un segundo en la contienda! Cuando los enemigos de la novela experimental hicieron mofa de su teoría literaria y le acusaban de convertir sus descripciones en inventarios reporteriles y sus documentos humanos en copias fotográficas, ¡cómo se levantaba iracundo á sostener su pendón de guerra, gritando á los timoratos y á los rutinarios: cuando se tienen creencias atrevidas, se firma con atrevimiento! — Cuando los detractores de su obra se reían á carcajadas y á carcajadas se burlaban de sus juicios independientes, ¡cómo estallaba en sublime cólera para increparlos con frases como éstas: decir siempre lo que se piensa, es una cualidad muy rara! — Y cuando la grita se desencadenó, acusándole de traidor á la patria porque en *La Débâcle* quiso decir la verdad, toda la verdad, para vindicar al ejército francés, ¡cómo se creció el titán para replicar á los vociferadores: Vosotros volvéis por Bazaine; yo vuelvo por el honor de la Francia sepultado entre las ruinas de Sedán!" — Y para poner bien en transparencia el temple excepcional de aquella voluntad noble, Pérez Petit nos habla del

papel que le cupo al novelador en el célebre proceso seguido á Dreyfus. "Zola era entonces todo lo que había soñado ser en sus horas de ilusiones juveniles, cuando desde el humilde empleo de la librería Lacroix hilvanaba modestamente sus primeros *Cuentos á Ninón:* era rico, era joven, tenía un hogar feliz, tenía un renombre universal. Podía vivir tranquilo y satisfecho, disfrutando de las rentas que le proporcionaban sus libros, vendidos á millares por todo el mundo, y embriagándose con los aplausos con que todos los pueblos saludaban, al fin domeñados, al triunfador de una idea, al creador de toda una literatura. ¿Qué más podía ambicionar, sino buscar el reposo tan legítimamente ganado después de tantas batallas y tantos sufrimientos? Cualquiera así lo hubiera hecho; pero él, era Emilio Zola. En su espíritu inquieto é investigador surgió un día una duda atroz; y apóstol de la Verdad y la Justicia, nuevo Magencio atado al carro Jaggrenat de su conciencia, se dijo que era su deber alzar la voz para pedir se hiciera la luz en un proceso misterioso y secreto. Y entonces, como Voltaire defendió á Calas, él defendió á Dreyfus."

Ese temperamento de luchador se manifiesta igualmente en su obra literaria. No le basta con escribir romances naturalistas. Quiere que el naturalismo sea una victoriosa escuela, y funda, escribe, esparce é impone la retórica naturalista. Es muy posible que yo no piense en todo como él pensaba, como es casi seguro que yo no hago míos todos los entusiasmos de Pérez Petit. Eso no disminuye mi imparcialidad ni mi sed de justicia. Lessing decía bien cuando decía que el verdadero crítico no sigue la regla de sus gustos, sino que forma sus gustos según los cánones que exige, en cada caso, la naturaleza de los seres y de las cosas. Por eso afirmo, sin miedo de engañarme,

que Emilio Zola es un gran romancista. Lo es por la exactitud de sus descripciones, por la realidad de sus caracteres, por el colorido de sus pinturas y por lo ciclópeo de su lenguaje. Es claro que, por lo común, las obras de Zola no son imaginativas, sino producto pleno de la crítica, del análisis y de la deducción. — "El naturalismo, dice Zola, es la vuelta á la naturaleza y al hombre." — "El naturalismo es la observación directa, la anatomía exacta, la aceptación y la pintura de lo que es." — "Los verdaderos artistas, los escritores de raza, no se preguntan ni siquiera un minuto si las mujeres se ruborizarán ó no cuando lean sus obras. Tienen el amor del idioma y la pasión de la verdad." — "Las conveniencias, los sentimientos producidos por la educación, la salud de los jóvenes y de las mujeres delicadas, los reglamentos de policía y la moral patentada de la gente decente, desaparecen ó no se toman en cuenta por el naturalismo. Éste va á la verdad, á la obra maestra, á pesar de todo, por sobre todo, sin inquietarse del escándalo de sus audacias." — "El novelista está hecho ó constituído por un observador y un experimentador. El observador nos da los hechos tales como los ha observado, indicándonos el punto de partida y estableciendo el terreno sólido por el que van á desenvolverse los fenómenos. Después aparece el experimentador y realiza la experiencia, es decir, hace que los personajes se muevan en una historia particular, para demostrarnos que la sucesión de los hechos será tal como la exige el determinismo de los fenómenos puestos en estudio." — "En suma, toda la operación consiste en tomar los hechos en la naturaleza y después en estudiar el mecanismo de los hechos actuando sobre ellos por las modificaciones de las circunstancias y de los medios, sin jamás desviarse de las leyes de la naturaleza.

Al fin nos hallaremos con el conocimiento científico del hombre, en su doble acción individual y social." — "Si el novelista experimental marcha aún á tropezones en la más obscura y la más compleja de las ciencias, esto no impide que esta ciencia exista. Es innegable que el romance naturalista, como hoy lo comprendemos, es una verdadera experiencia que el romancero hace sobre el hombre sirviéndose de la observación como punto de apoyo." — "La idea de experiencia entraña la idea de modificación. Partimos, sí, de la verdad de los hechos, que son nuestra base indestructible; pero, para mostrar el mecanismo de los hechos, es forzoso que produzcamos y que dirijamos los fenómenos. Esta es nuestra parte de invención, de genio en la obra." — "Así, pues, en lugar de encarcelar al novelista en estrechos lugares, el método experimental le deja toda su inteligencia de pensador y todo su genio de creador. Será forzoso ver, comprender, inventar. Un hecho observado hará que nazca la idea de la experiencia á hacerse, de la obra á escribirse, para llegar al conocimiento completo de una verdad. — Después, cuando haya discutido y determinado el plan de esta experiencia, el novelista juzgará los resultados á cada minuto, con la libertad de espíritu de un hombre que sólo acepta los hechos que están en armonía con el determinismo de los fenómenos. Partió de la duda para llegar al conocimiento absoluto, y no cesa de dudar hasta que el mecanismo de la pasión, desmontado y montado de nuevo por él, funciona según las leyes regulares y fijas de la naturaleza. No hay labor más amplia y más libre para el espíritu humano." — "El hombre no está solo, pues vive en una sociedad, en un medio social, y para nosotros, los noveladores, este medio social modifica incesantemente los fenómenos. Sin

duda nuestro estudio más grande está ahí, en el trabajo recíproco de la sociedad sobre el individuo y del individuo sobre la sociedad." — "Esto es lo que constituye la novela experimental: poseer el mecanismo de los fenómenos en el hombre, mostrar los rodajes de las manifestaciones intelectuales y sensuales del mismo modo como la fisiología nos las explicará bajo la influencia de lo hereditario y de las circunstancias ambientes, para pintar al hombre vivo en el medio social que es su producto, que él modifica todos los días y en cuyo seno vive á su vez en una continua transformación." — "La ambición de la escuela experimental consiste en volverse dueña de la vida para dirigirla." — "Queremos penetrar en el porqué de las cosas, para ser superiores á las cosas y reducirlas al estado de obedientes rodajes." — "Queremos ser los dueños de los fenómenos de los elementos intelectuales y personales para poderlos dirigir. Somos, en una palabra, unos moralistas experimentadores, mostrando por la experiencia el modo cómo se conduce una pasión en un medio social. Una vez seamos dueños del mecanismo de esta pasión, podremos tratarla y reducirla, haciéndola, por lo menos, lo más inofensiva que sea posible." — "De este modo hacemos sociología práctica, ayudando con nuestra labor á las ciencias políticas y económicas." — "En la sociedad, como en el cuerpo humano, existe una solidaridad que vincula á sus diferentes miembros de tal modo que si un órgano se pudre, muchos de los otros quedan contaminados, declarándose una enfermedad muy compleja en el organismo. Siendo esto así, en nuestros romances, cuando experimentamos sobre una llaga grave que emponzoña la sociedad, procedemos como el médico experimentador y tratamos de encontrar el simple determinismo inicial,

para llegar poco después al determinismo complejo que continúa ejercitando su acción morbosa." — "Repito que el naturalismo consiste únicamente en el método experimental, en la observación y la experiencia aplicadas á la literatura." — "El que escribirá mejor no será el que galope más locamente circundado de hipótesis, sino el que marche con más rectitud en medio de las verdades." — "Estamos, hoy por hoy, podridos de lirismo, engañándonos al creer que el estilo grande es á modo del desenfreno sublime, siempre pronto á dar en la demencia: el gran estilo se compone de lógica y de claridad." — "No he hablado hasta aquí sino de la novela experimental; pero me hallo firmemente persuadido de que el método, después de haber triunfado en la historia y la crítica, triunfará en todo, en el teatro y hasta en la poesía. Es una evolución fatal. La literatura, dígase lo que se diga, no está toda en el obrero, en el escritor, sino que está también en la naturaleza que el obrero pinta y en el hombre que el escritor estudia."

No sé si bastarán las citas anteriores, que tomo y traduzco de las obras dogmáticas de Zola, para que se entienda el origen y el engranaje del método naturalista. Por si no bastara lo que antecede, escuchemos lo que nos dice Víctor Pérez Petit: "La teoría general de la nueva escuela podría encerrarse en esta sola frase: la ciencia aplicada á la literatura. Para los naturalistas el fin de la obra es la verdad, y el modo de llegar á ella, ó sea el método, la experimentación. Emilio Zola, el pontífice de la escuela, ha aplicado á la novela el método experimental estudiado en la *Introducción al estudio de la medicina* de Claudio Bernard, de tal modo, que, como él mismo dice, donde se lee médico, puede leerse escritor, y donde ciencia médica, escuela literaria. Una novela no es,

pues, una obra de imaginación en la cual su autor combina á su placer los acontecimientos, crea los personajes á su manera, les cambia su esencia y prepara el desenlace, no; una novela es, según esta escuela, el estudio de un caso típico, ó de un "documento humano", como dice el mismo Zola, el cual, sujeto á las leyes de su propia constitución orgánica, á las hereditarias y á las del medio en que vive, puesto en tales ó cuales circunstancias, se producirá fatalmente en determinado sentido. Vése por esto solo que acabamos de decir, que el naturalismo hunde sus raíces en la obra de Darwin y de Hæckel, de Spencer y de Ribot, más que en las de Diderot, Balzac y Stendhal, de quien se dice hijo. La *ley de herencia* fisiológica y psicológica, que liga inexorablemente los hombres de una misma sangre al través del tiempo; la de *adaptación* que regula los organismos según el medio ambiente en que se desarrollan; la de *selección natural* que conserva únicamente los seres bien preparados para la vida, y la de la *lucha por la existencia* que destruye los débiles é inútiles, prestan sus principios y conclusiones al naturalismo literario. En una palabra: el darwinismo y la teoría evolucionista son el *alma máter* de esta escuela."

Víctor Pérez Petit agrega, en lo que estoy de acuerdo, que la lucha, el verdadero drama de las novelas naturalistas surge de las batallas que el hombre y su instinto sostienen con el mundo y sus fenómenos. "Estudiar esas relaciones, esos combates; analizar el triunfo del individuo ó de las fuerzas naturales; experimentar sobre hechos morales y sus consecuencias, y reflejar fielmente la salvación ó la catástrofe, tal es la misión del novelista. La imaginación creadora no entra, pues, para nada en esta labor. El ingenio ó la fantasía para urdir una fábula bien pre-

parada que tenga un desenlace patético ó de efecto, son cosas inútiles completamente. La intriga novelesca poco importa al escritor naturalista, que no se inquieta ni de la exposición, ni del nudo, ni del desenlace; que no interviene para enmendar la naturaleza ni para empeorar la realidad; que no fabrica seres para defender con ellos determinada tesis. La novela naturalista es un análisis del Hombre, del Mundo y de sus relaciones psico - físicas. Como dice Zola, el naturalismo, así en la ciencia como en las letras, es la vuelta á la naturaleza y al hombre, la observación directa, la anatomía exacta, la pintura de lo real. El sabio y el escritor se ven precisados á reemplazar las abstracciones por las realidades, las fórmulas empíricas por el análisis riguroso. Nada de personajes abstractos, nada de falsas invenciones; lo absoluto se desecha y se desciende á los personajes reales, á la verdadera historia de cada uno, á lo relativo de la vida cotidiana. — "Otro rasgo distintivo de la novela naturalista es el estudio del medio y su manifestación literaria, ó sea la descripción. Para los escritores románticos é idealistas, este punto era ocasión propicia siempre para lucir sus grandes cualidades líricas. El sentimiento de lo pintoresco inunda en torrentes de luz todos sus cuadros. El color reina como dueño absoluto en ellos. Y, digámoslo de una vez, á pesar de su evidente falsedad, aquellos gigantescos lienzos resultaban á veces hermosos. Á ellos, más que á otro detalle cualquiera, se debe la vida resplandeciente del romanticismo." — "El naturalismo trata de dejar un semento en el espíritu; quiere que un paisaje sea la explicación de un acto del individuo; desea que un trozo de la naturaleza recuerde una condición del hombre. Así, cuando hablamos de la caída de Albina en los brazos del abate Mouret, espontáneamente, sin buscarlo nosotros, surge

el recuerdo del Paradou y toda la maravillosa descripción que de él nos hace Emilio Zola. Hasta los más mínimos detalles se precisan en nuestra mente y vemos el gran árbol cuyo lujuriante ramaje, como un dosel, cobija á los amantes. Y hasta vibra en nuestros oídos la frase final de la descripción, — aquella que, dando vida simbólica á las plantas y á las aves, á los insectos y á las auras en el instante supremo de la caída dice: y el prado aplaudió formidablemente. ¿Por qué de un modo tan hondo quedan grabados en nuestra memoria todos esos detalles? Porque esa descripción no ha sido tan sólo un derroche de melodías y un resplandor fugaz, sino que ha latido un sentimiento casi humano, ha tenido el vigor de las cosas reales, ha provocado la caída de los amantes con el ejemplo de sus flores, de sus aves, de sus insectos entregados á la ley de la vida. Y cada una de sus frases ha sido una revelación, cada uno de sus períodos una nota sugestiva, cada uno de sus cantos una incitación al pecado." — "El naturalismo exige que el más completo impersonalismo, la ausencia del *yo* presida el desenvolvimiento de la obra. En la literatura romántica, la personalidad del autor asoma á cada instante por sobre el hombro de sus personajes para decirnos su parecer ó enmendarles la plana á sus caracteres. Jorge Sand, Víctor Hugo y Teófilo Gautier nos ofrecen numerosísimos ejemplos de esto, y no hay por qué citarlos. Otros escritores, como Chateaubriand, por ejemplo, nos dan sus propias reflexiones en vez de las de sus personajes, — los cuales, si se les dejara, dirían precisamente todo lo contrario, dado su temperamento y la índole y las ideas con que les ha dotado su autor. Y otros, en fin, sienten la necesidad de indignarse contra los perversos y viciosos ó de aplaudir á los buenos y morales, para darle carácter

dogmático á su obra. Todo esto es rechazado por el naturalismo. Así como el papel del hombre de ciencia es el de exponer hechos, someterlos al experimento y deducir leyes más ó menos fecundas, así el novelista naturalista debe concretarse á reflejar la realidad, ocultándose y disimulando su propia emoción. No es posible imaginar á un químico, — dice Zola, — sintiendo repulsión contra un cuerpo determinado porque sea impropio para la vida, ó simpatizando tiernamente con el oxígeno por la razón contraria." —

El método naturalista no es, pues, ni de difícil comprensión ni de fácil empleo. Todos nos damos cuenta de lo que pretende; pero no todos somos capaces de realizarlo. ¡La verdad! ¡la experiencia! ¡los fenómenos! Bien, muy bien; pero ¿qué verdad será vuestra verdad? ¿mi modo de hacer uso de los reactivos será vuestro modo de utilizarlos? ¿los fenómenos que á mí me cautiven, serán los fenómenos en que se detenga vuestra atención? Indiscutiblemente yo me aparto de la belleza cuando me aparto en absoluto de la verdad; pero mi verdad y vuestra verdad siempre serán relativas. De ahí que no me fanatice hasta la ceguera la modalidad literaria de los escritores. Lo que me importa es la belleza que hallo en su creación. Si á veces no me place lo real, que no es sino una realidad vista en una de sus múltiples caras, es porque lo real se me presenta zafio sin ser hermoso, como á veces lo idealista, sin ser hermoso, anda en torpes boxeos con la realidad. Los que han leído á Zola sin meditarle, creen que Zola ignoraba esas relatividades de lo real, á pesar de que Zola ha dicho que "toda obra de arte es un rincón de la naturaleza vista al través de un temperamento". Fanáticos de una fórmula absoluta, que no es la verdadera naturalista, desconocen todo lo que Zola concedía á la idiosincrasia del escritor, á

pesar de que Zola repitió varias veces: "En muchos de mis ensayos y artículos periodísticos sobre este asunto, insistí en la grandísima importancia de la individualidad en el escritor, haciendo resaltar que sin esa individualidad no podía subsistir obra alguna." — Zola, más cuerdo que sus discípulos, no pensó en que su retórica era invariable y eterna, pues dijo con franqueza digna de elogio: "Esa fase en la evolución de la novela francesa, conocida más particularmente por la fase de la escuela naturalista, está indudablemente cediendo el puesto, en estos momentos, á otra fase, lo que es muy natural considerando que no existe finalidad en literatura; y mientras algunas escuelas se desmoronan enteramente, transmiten otras ciertos principios esenciales á sus sucesores, y cualquiera que sea la forma precisa que en lo sucesivo predomine en la novela, creo que la fidelidad absoluta á la naturaleza, á la vida, á la realidad — principios sobre los cuales ha insistido con más ardor la escuela naturalista, — deben subsistir como elementos preponderantes que ningún escritor podrá pasar por alto, ya que ningún lector quedará satisfecho si no los halla presentes."

Conformes; pero esa fidelidad á la naturaleza, á la vida, ¿pueden ser tan absolutas, como proclama el ilustre novelador? No, porque mi temperamento preside los actos de mi observación é influye sobre mis modos experimentales. Un conflicto moral puede tener dos soluciones lógicas, aun cuando, literariamente considerada, una de esas dos soluciones no nos parezca naturalista. Si mi temperamento me inclina á esa solución, á esa verdad con menos apariencias de verdad, es indudable que elegiré la solución que algunos tratarán de romántica, olvidando que la vida no tiene sólo colores negros ó grises en su paleta. Mi

propósito no es discutir, sino exponer, explicando el título de los tomos que forman la segunda parte de mi obra. Por eso insisto en que hay que respetar la verdad aunque no sea nuestra verdad, porque el autor que la admite como útil ó recurso calológico, aun cuando la vea con sus ojos y no con mis pupilas, reconoce el imperio de la verdad y obedece á la influencia del realismo. Es claro que el realismo es en literatura, como nos dice Jorge Pellissier, la expresión de una sociedad que ya no cree en el ideal, que no tiene otra religión que el culto de los hechos, ni otro método artístico que el de la observación. Es claro que, como dice Jorge Pellissier, el romance contemporáneo es una obra esencialmente documentaria, reduciendo la invención á lo más preciso, para convertirse en una copia de la realidad. Y es claro que, como dice Jorge Pellissier, el naturalismo absoluto no existe, porque lo que separa á la naturaleza del arte, es justamente la modificación que el arte imprime á la naturaleza. — Ya veremos muy pronto que el menos naturalista de los naturalistas fué Emilio Zola.

Permitidme un paréntesis iluminador. Permitidme deciros que se engañaría quien sostuviera que los noveladores románticos fueron enemigos de la verdad, del medio y de la expresión personal. Su técnica, mal practicada, tuvo á la verdad por numen, reconoció que era necesario el estudio del medio, y quiso que el autor se encarnara, por milagroso hechizo, en los héroes y las heroínas de sus romances. Son, por lo general, falsos é insuficientes el juicio y el conocimiento que la mayoría de los hombres de letras suelen tener de las modalidades retóricas que no les agradan, contaminando á la multitud con la insuficiencia y la falsedad de que se sirven para que pre-

valezcan sus aseveraciones críticas. El romanticismo tuvo dos abanderados: Víctor Hugo y Alejandro Dumas. Éste, más novelador que el primero, nos ha dicho todo lo que pensaba sobre el arte de componer novelas en el octavo de los capítulos de *Los mohicanos de París*. Allí no sólo reconoce, sino que recomienda las virtudes y las ventajas de la observación. La realidad debe ser la única inspiradora de los romanceros.— "Las novelas, señor poeta, las hace la sociedad. Buscad en vuestra cabeza, revolved vuestra imaginación, sondead vuestro cerebro, y no encontraréis en tres meses, ni en seis, ni en un año, nada semejante á lo que la casualidad, el destino, lo providente, según el nombre que queráis dar á la palabra que busco, ata y desata, durante una noche, en una ciudad como París." — "Salid de este tugurio. Seguid al primer hombre ó á la primera mujer que encontréis en la calle, en la encrucijada, en el muelle. Este primer hombre ó esta primera mujer no serán probablemente el héroe ó la heroína de una historia; pero él ó ella serán uno de los hilos de la gran novela humana que compone Dios. ¿Con qué objeto? Sólo él lo sabe. Haceos pura y simplemente su colaborador, y estad seguro de que, desde el primer paso, os hallaréis en camino de alguna aventura terrible ó burlesca."

Dumas, después de haber preconizado así la virtud de la observación, nos dice que cada hombre debe observarse en el medio que le es familiar y propio.

"¿Dónde presenta Shakespeare á sus enterradores? En su faena, con un pie en la sepultura y un cráneo en la mano, y no en casa de Vaughan, el vendedor de vino á donde el primer sepulturero envía al segundo á buscar un vaso de licor. ¿Queréis escribir poesías? Amad á una mujer y recorred los bosques. ¿Queréis escribir para el teatro? Andad por el

mundo hasta media noche; estudiad á Molière y á Shakespeare hasta las dos de la mañana; dormid después seis horas, reunid vuestros recuerdos á vuestras lecturas y escribid desde las nueve de la mañana hasta el medio día. ¿Queréis hacer una novela? Tomad á Lesage, Walter Scott y Cooper, es decir, el pintor de las costumbres, el pintor de los corazones y el pintor de la naturaleza. Estudiad al hombre en su casa: en su taller si es artista, en su escritorio si es negociante, en su gabinete si es ministro, en su trono si es rey y en su portal si es zapatero de viejo."

Y Dumas concluye su lección de técnica agregando que, después de haber estudiado la vida y el medio, pongáis en ejercicio vuestra polipersonalidad:

"Tened presente que ya no sois un autor que crea situaciones, prepara peripecias y mide acontecimientos. Sois un actor de ese gran drama humano cuyo teatro es el mundo; que tiene por decorado las ciudades, las selvas y los mares; en que cada cual obra aparentemente por su interés, por su capricho, por su voluntad, pero en realidad empujado por la mano invisible y omnipotente del destino. Las lágrimas que correrán en él serán verdaderas lágrimas; la sangre que se verterá, sangre verdadera; y vos mismo mezcláreis vuestras lágrimas y vuestra sangre á la sangre y á las lágrimas de los otros."

El naturalismo agregó la experimentación á los requisitos ya preconizados por la técnica romántica. Fué ciencia y arte; pero tampoco aplicó con exactitud rigorosa sus teorías. ¿En qué consiste el método experimental? Antes de explicarlo con algunos ejemplos adoctrinadores, digamos que la escuela naturalista, en su afán de ser útil á la jurisprudencia, pugnó por sacar más de lo que debía de sus pragmáticas calológicas, como el simbolismo contemporáneo, en

su afán de hermosura y de altitud, pugnó por sacar más de lo que debía de estos dos apotegmas de Ruskin: — "La excelencia del género más elevado no puede existir sin obscuridad." — "La poesía es el acto de sugerir, por medio de la imaginación, nobles motivos para nobles emociones."

Hablemos de la experimentación, ampliando lo dicho en las páginas consagradas á la artística y duradera labor de Reyles.

Yo observo, á lo romántico y sin pretensiones de experimentar, que el sabor del estaño es desagradable. Yo observo, también, que su frotamiento comunica á mis dedos un sabor particular y muy persistente. Yo observo, por último, que el aire y el oxígeno, en su temperatura ordinaria, no ejercen influencia ostensible sobre el metal, puesto que el metal conserva su brillo durante largo tiempo aun cuando esté en contacto con la atmósfera. Aquí concluye la observación, que se transforma en experimento cuando quiero saber si las sales de estaño son venenosas. Schubarth me dirá que no, y Orfila que sí. El primero me sostendrá, por haberlo experimentado, que pueden suministrarse á un perro, con resultado innocuo, hasta diez y seis gramos del óxido que estudio. El segundo me sostendrá, por sus experiencias, que basta la ingestión de cuatro á ocho gramos de óxido de estaño para que en un perro se determinen todos los accidentes que suele producir la ingestión de los venenos irritantes. ¿Cómo salir de dudas? ¿No dependerá el distinto resultado de los experimentos, de la existencia ó no existencia de disolventes apropiados en la cavidad estomacal? Entonces someto á un perro á distintos sistemas de alimentación hasta dar con uno que determine la sed, la ansiedad, los dolores agudos, los movimientos convulsivos de la cara

y las extremidades, todos los fenómenos de que nos hablan Henckel y Margraff.

Pongamos otro ejemplo más comprensible aún, de más aplicación á la novela. Brinton, bajo el nombre de inflamación cirrótica, nos describe una lesión estomacal muy común en los bebedores. Esa lesión perturba y agria el carácter. Esa lesión, que invade la totalidad ó una parte del órgano, consiste en el exagerado desenvolvimiento de la trama fibrosa intestinal. La disección y el microscopio nos permiten observar que si las túnicas del estómago permanecen reconoscibles y distintas la una de la otra, este carácter está muy lejos de ser el mismo de lo que suele ser en estado de salud. El músculo, el tejido celular, la mucosa, todo el órgano entero presenta caracteres de anormalidad, porque el espesor de los tejidos todos se ha acrecentado en virtud de la presencia en ellos de una misma substancia, cuya infiltración uniforme es una de las principales características de la enfermedad. ¿En qué consiste el experimento? En infiltrar en un organismo sano, valiéndose del medio y la costumbre, la cantidad de líquido conveniente ó precisa para que aparezca la linitis plástica con todas las perturbaciones físicas y morales que estudió Brinton.

Pongamos y apliquemos el último ejemplo, más comprensible y utilizable aún que los anteriores. El éxtasis, anómalo en nuestros días, es una afección que se manifiesta en forma de accesos. Está caracterizada por una contemplación profunda, á la que se unen complementariamente la pérdida de la sensibilidad y la suspensión de la facultad locomotriz durante el transporte. Es un estado mórbido, místico ó no místico, según esté inspirado por ideas religiosas ó ideas mundanas. Aparece con los gnósticos en

Alejandría, y sigue más tarde con los neoplatónicos, cuando éstos apelaron á la teurgía para combatir á las huestes de Cristo. Perdura y toma carácter de santidad con Francisco de Asis en el siglo XIII, personificándose en Catalina de Siena en el siglo XIV, en Teresa de Jesús y en Úrsula Aguir en el XVI, en Madama Guyon y Benito de Reggio en el XVII, en los convulsionarios de Saint-Medard en el XVIII y volviéndose á reproducir en el XIX con María de Mœrl y María Lazzari.

Las causas del éxtasis pueden ser determinantes ó predispuestas, desde que lo provocan el ascetismo y también ciertas circunstancias de índole exterior, que se producen por la sola virtud de nuestra voluntad. Meditar en el silencio y en la clausura, en un sitio obscuro y lejos de toda distracción humana, puede en muchos casos producir el éxtasis según las experiencias de Ignacio de Loyola. La alimentación escasa y el sueño insuficiente, la sensibilidad profunda y el ardor imaginativo nos predisponen al acceso estático, como en el embrujamiento de las Ursulinas de Medun, del mismo modo que nos preparan para el transporte la respiración suspensa y el cuerpo inmóvil, amén de los ojos fijos en el espacio ó en la propia región umbilical, como dicen que es habitud y costumbre entre los ascetas del monte Athos.

El éxtasis es, raras veces, una afección aislada. Por lo común coincide y alterna con otras neurosis. Casi siempre sigue á la histeria y coexiste con la epilepsia. Es la causa y el efecto de la locura de los theomanos, los que se persuaden, gracias á sus accesos de que son profetas como Plotino y Pórfido. Es, en fin, una enfermedad cerebral, cuya lesión anatómica escapa al saber de los médicos contemporáneos, aun cuando éstos presumen que ella se debe á que el fluido

segregado por las células cerebrales no se produce en la cantidad necesaria para transmitirse á los tubos nerviosos de que dimanan el sentimiento y la misma función locomotriz, siendo sabido que los transportes cesan gracias á los baños, la quinina, la electrización, la gimnasia, los viajes y el trabajo manual, siempre que se abandonen las prácticas ascéticas y la lectura de los libros piadosos, si hemos de creer á lo que nos dice la ciencia indudable de Jaccoud.

Poned todos y cada uno de estos elementos en las manos de un romancero naturalista. Éste se servirá de la bruja de la herencia para producir el histerismo ó el resorte epiléptico. Colocará á sus héroes en un medio y en tales circunstancias que se agucen la sensibilidad y la imaginación de sus personajes. Les acortará el sueño, obligándoles á ser sobrios y á vivir en clausura, llevándoles poco á poco á la actitud estática que precede y acompaña al transporte. Cuando bien le parezca, deshará lo hecho, devolviéndoles el vigor corpóreo y la salud moral por los recursos tonificadores que antes indiqué, aplicando á su obra la técnica y la práctica del naturalismo, de la escuela del pontífice de Medun.

¿Cómo componía Zola sus romances? Víctor Pérez Petit no nos lo enseña, siéndonos preciso, para saberlo, recordar estos párrafos de Enrique Massis: — "El estudio de los medios es la primera ocupación y la más importante de Emilio Zola. Zola empieza por visitar el barrio en que se desenvolverá su historia, los lugares que sus héroes habitarán; mira y busca la decoración de sus grandes escenas en las calles, las tabernas, los hoteles y los bailes públicos; pasa allí largas horas tomando una serie de croquis y enumerando en un detalle maravillosamente visible todos los objetos con que compondrá sus cuadros. Su

descripción se complica siempre con descripciones simbólicas y humanas: la calle *Nueva de la Gota de Oro,* en que los Coupeau vivirán con ventura, debe ser alegre y asoleada; según Gervasia sea valiente, ó vacilante ó ya doblegada por el infortunio, las aguas del arroyo de la tintorería serán de matices de rosa tierno, ó azules, de un azul profundo de cielo de estro, ó negras y sucias. Y todas estas notas, minuciosamente tomadas, le servirán más tarde para evocar lo que vió de una manera grandiosa y potente, para hacer resurgir los horizontes con todas sus líneas, y para dar á su obra una intensidad de vida extraordinaria." — "Si Zola estima que el hombre está determinado y explicado por su casa, sus muebles, su barrio y su ciudad, piensa del mismo modo, de acuerdo con Taine, que el oficio crea variedades en el ser humano, de la misma suerte que el clima crea las variedades del mundo animal. Siendo constante la actitud que el oficio le impone al alma, esta actitud se vuelve definitiva, atenuando y comprimiendo las facultades y las inclinaciones, hasta hacer que desaparezca el hombre natural y primitivo. Queda un fuerte y clasificado; feo, pero capaz de vivir. Así el estudio de los medios no bastaría sin un estudio especial y profundo de la profesión de cada personaje. Zola pone en este género de rebuscas la más escrupulosa exactitud: lee las obras especiales, habla con los obreros y cataloga todos los detalles técnicos que le son necesarios. Gervasia es planchadora y frecuenta los lavaderos: Zola toma anotaciones sobre los lavaderos y las planchadoras. El legajo de *L'Assommoir* contiene documentos extraídos á las obras especiales en que Zola encontró las aclaraciones necesarias para tratar algunos puntos de su novela. Así la enfermedad y la muerte de Coupeau son la reproducción textual de

una observación clínica hecha en Sainte-Anne." — "Zola recogió también algunas aclaraciones sobre la vida de los obreros en una obra de Denis Poulot titulada *El Sublime*. Denis Poulot, que había vivido con los obreros, cita hechos, relata anécdotas, estudia tipos, establece estadísticas y se eleva hasta entrar en consideraciones generales sobre la cuestión social. Como Poulot no era un imaginativo ni un creador, Zola creyó poder servirse de su libro, como el autor de un drama histórico toma en préstamo á los historiadores sus trazos de color local, sin que por eso peque de plagiario. Utilizando los materiales amasados por Denis Poulot, Zola no hizo sino ejercer su derecho legítimo de novelista experto y concienzudo. Con la pluma en la mano, leyendo metódicamente, deteniéndose en ciertos episodios, escogiendo ciertos pasajes y registrando sus observaciones en notas clasificadas, Zola compulsó el interesante libro de Denis Poulot." — "Cuando este trabajo preparatorio está concluído, Zola principia á meditar el plan de su novela, siendo entonces que divide las materias en un determinado número de capítulos, de los que nacerá el plan definitivo, el plan lógico é invariable."

Ya sabemos como componía Emilio Zola. Ya sabemos que su observación era fatigosa y paciente, no natural y espontánea. Ya sabemos que su musa parte de una idea general y preconcebida, poniéndose en campaña para que la realidad le proporcione todos los datos que necesita para el mejor desenvolvimiento de la idea matriz. Luego ordena sus notas, enriquece su lenguaje con voces de argot, busca tipos en el teatro del taller ó de la plazuela, compulsa los diccionarios y los manuales, trabaja su plan, divide sus capítulos, y principia su obra de creación inventando los episodios, haciendo que el medio actúe sobre las pasiones

de sus personajes y que sus personajes deformen lógicamente el medio. Su documentación, como dice Massis, es escrupulosa, pero no sabia, porque casi siempre son sospechosos los testigos á quienes pide la verdad verdadera, los diarios y las revistas y los manuales. La observación no es naturalista, desde que es voluntaria y concertada, basándose en documentos de segunda mano y de discutible veracidad, como no es naturalista ni puede serlo desde que, como nos dice el mismo Zola, él es el que vivifica, con su soplo creador, lo principal, lo humano, el drama, la novela, aquello de que sus notas clasificadas no son sino accesorios y decoraciones. Como Massis sostiene, una novela elaborada así será una experiencia científica; pero es de seguro una experiencia científica conducida á todo vuelo por la imaginación, desde que el autor observa menos de lo que imagina, lo que nos permite sostener que la obra de Zola se nos aparece como el fruto de un trabajo encarnizado y de una reflexión ordenada unidos á una robusta imaginación creadora y á una potentísima manera de ver la naturaleza. Massis no miente cuando nos afirma que Zola es una admirable lección de trabajo, de paciencia, de voluntad y de perseverancia, siendo justo que nos inclinemos delante de la labor de un hombre que fué el más infatigable de los obreros y el más honesto de los artistas.

Y vuelvo á Víctor Pérez Petit. Éste me perdonará la longitud y la abundancia de mis paréntesis. Desde que esta segunda parte de mi modesta obra está dedicada al estudio del realismo, es lógico que aproveche las ocasiones que se me presentan para indicarles á mis lectores en qué consiste y en qué se funda la escuela de la verdad. Víctor Pérez Petit ha dedicado á Zola uno de sus primorosos estudios. ¿Qué mejor

pretexto para hacer aquí, con el naturalismo, lo que hice con la escuela romántica en casi todos los capítulos de la primera parte de mi obscura labor? Si no es oportuno el sitio, es que nada entiendo de oportunidades, y si las citas no pecan de sobrias, es porque la materia merece ser tratada con detenimiento. En todo caso conste que en materia de planes y de decires no admito otra ley ni tengo otro señor que mi voluntad.

Estudiado el método, hablemos de la obra. Dice Víctor Pérez Petit:

"Secundado por el editor Lacroix, que se comprometió á editar sus novelas, Emilio Zola trató el plan de su obra inspirado siempre por el inmortal creador de la *Comedia humana*. Edmundo de Amicis, en su obra *Ideas sobre el rostro y el lenguaje,* afirma haber visto por sus propios ojos los manuscritos en que Zola bosquejó el plan de sus futuras novelas, — plan que ya contenía la lista de los principales personajes de la familia Rougon - Macquart, con los caracteres distintivos de cada uno, su parte de herencia y sus inclinaciones naturales. Proponíase demostrar en todos ellos los efectos hereditarios de la neurosis de Adelaida Fouque, el tronco del árbol, y las influencias concomitantes de la educación, del estado social, de los lugares, de las circunstancias y del tiempo. Para servir de guía á su trabajo, tenía gran cantidad de notas extractadas de la clásica obra de Claudio Bernard, y diversos apuntes de la *Herencia natural* del doctor Lucas y del libro *La Reforma Social en Francia* de Le Play." — "Y henos aquí, por fin, frente á ese edificio colosal, tallado en mármol, que se denomina los Rougon - Macquart. Es una obra grandiosa, de estilo severo, de proporciones aplastadoras. El genio que le ha creado, ha puesto una visión dantesca en

sus arcadas y un Helicón de granito en su domo. Toda una gloriosa evocación de condenados corre gesticulante á lo largo de sus frisos, y trágicos capiteles y vertiginosas balaustradas dominan las alturas como un asombroso anatema. Éntrase á aquel palacio de la vida y de la muerte por una arcada reverberante de luz y de esplendor.—*La fortune des Rougon,*—y tras imponentes salas, callados locutorios, frenéticos laberintos y hórridas mazmorras, llégase al fúnebre jardín, al pestilente osario cuajado de ayes, donde duerme el último sueño toda la mentida grandeza del imperio de Luis Napoleón—*La Débâcle.* ¡Qué mundo de ideas, qué inenarrables sensaciones azotan el alma como un viento de tempestad al resucitar esa epopeya grandiosa puesta en movimiento por el brazo de un titán! ¡Qué de recuerdos aulladores y de visiones frenéticas incendian el cerebro como una convulsión prehistórica al evocar ese ciclo doloroso sacudido por la energía de un genio!"

En seguida Víctor Pérez Petit nos hace una rápida, pero bellísima síntesis de cada una de las novelas de Zola, síntesis que termina con estas palabras:

"De este gigantesco cuadro, digno por sus proporciones del talento colosal de un Miguel Ángel, surge un inmenso grito de dolor y desesperanza que galvaniza el alma y angustia el corazón. Es el grito frenético de la infelicidad, de la miseria, del frío, del hambre, de la muerte, es el mal del siglo, *la gentilezza del morir* de Leopardi, la enfermedad de Werther y de Rolla, el negro y desconsalador pesimismo que todo lo invade, que todo lo doblega, que todo lo destroza con su fatídico contacto. Y Emilio Zola, apóstol de la Verdad y la Justicia, hijo preclaro de la Naturaleza y sus leyes, cultor de un Arte vibrante y poderoso, ha sentido repercutir ese grito en sus entrañas,

y ha sentido entenebrecerse su cerebro á sus acentos, y al alzar su voz para cantar la historia de una raza, ha dado la nota más amarga del pesimismo contemporáneo."

Es cierto. El materialismo y el pesimismo fueron sistemáticos en Zola. Bueno es advertir sin embargo, que, en sus últimas obras, Zola dejó de ser naturalista para ser romántico. Los personajes, en las novelas de su último período de creación, son símbolos más que seres humanos, convirtiéndose su prosa en un himno profético al Ideal. Quiero decir también que no comparto, ni aunque me aspen, el cariño que á Pérez Petit le inspiran las páginas de *La Terre*. Para mí esa obra es un albañal, y deja en mi espíritu no una impresión de tristeza, sino una enorme impresión de repugnancia. Se puede ser casto en medio de la mayor crudeza. Zola, en aquellas páginas, no ha sabido ser casto. Se complace en las pinturas morosas, recargadas y repetidas, dejándose arrastrar por la descripción de la gracia nauseabunda de Jesucristo y de la incorregible bestialidad de Buteau. En cambio estoy de acuerdo, de acuerdo en un todo, con esta apreciación de Víctor Pérez Petit: — "Zola es, pues, un poeta épico, y como todo épico, nos abruma con su fuerza. Esto es lo que han olvidado los que, como el intransigente Brunetière, afirman que Zola no tiene el sentimiento de la delicadeza y que todos sus tipos son histéricos, malos, corrompidos y extravagantes. Sí, es indudable que la historia de los Rougon-Macquart hace el efecto de un infierno dantesco en que los diversos círculos son la borrachera, la locura, el crimen, la avaricia, el orgullo, la guerra, la lujuria, etcétera; y es indudable que sus condenados más vigorosos son los que han ostentado alguno de esos vicios; — pero no debemos olvidar que los personajes

idílicos y las escenas tiernas no son del resorte de los grandes épicos, como no debiera haber olvidado el crítico de la *Revue des Deux-Mondes* que si Zola creó prostitutas como Nana, Adela, Satin, Sidonia, la baronesa Sandorff y la Trouille, también nos proporcionó la triaca de esos venenos creando las figuras ideales ú honradas de Angélica, Paulina, Elena, Clotilde, Denisa y Enriqueta."

Oid aún á Pérez Petit:

"He llamado epopeyas estos libros, y en efecto lo son. Las primeras novelas de Zola eran realistas; las últimas siguen otra corriente, son realistas simbólicas; aquéllas podían comentarse en breves palabras; éstas son más difíciles de comentar por las abstracciones que las informan. *La fortune des Rougon, Le Ventre de Paris, La Curée, L'Assommoir,* etc., eran libros esencialmente humanos, que analizaban la codicia de Felicidad, el temperamento soñador de Florencio frente á la vida animal é ideas rutinarias de las comadres del Mercado, la bajeza moral y espíritu de lucro de Saccard, la ebriedad de Coupeau y de Gervasia, etc.; en cambio, en *Pot-Bouille,* en *Nana,* en *La Terre,* en *Germinal,* en *L'Argent,* en *La Débâcle,* encontramos más que estudio de almas, verdaderos estudios sociales, simbolizados en el inmueble Vabre, en el vicio de la lujuria, en la propiedad territorial, en la Mina, en el Dinero y en el Ejército. Las primeras novelas no utilizaban el símbolo sino como elemento estético, como factor de belleza; por ejemplo, la escena de la comida de los perros en *Son Excellence Eugène Rougon, la sinfonía de los quesos,* en *Le Ventre de Paris,* la escena del Paradou en *La faute de l'abbé Mouret,* el Océano en *La joie de vivre,* la tienda en *Au bonheur des dames,* etc.; — las últimas emplean el símbolo como esencia de su propia vida,

como representación de la idea creadora, como fin social del drama que desarrollan."

También me satisface, á pesar de su lirismo, el elocuente párrafo que nuestro autor dedica á las últimas obras de Zola:

"Es en vano que Monseñor Martha congregue sus fieles bajo las naves del Sacré-Cœur para anunciarles el resurgimiento triunfal del cristianismo: un hálito candente ha cruzado sobre la dormida ciudad sacudiéndola de su letargo, encendiendo las chispas agonizantes en los rincones de los laboratorios, inflamando los corazones de los desheredados de la suerte, despertando energías y virilidades que muy luego formarán el incendio colosal que eche abajo ese edificio vetusto y secular. Es en vano que se pretenda aplastar el pensamiento con montañas de errores y de mentiras, con monumentos de loco poderío y de imponente orgullo: el soplo de las santas revoluciones ha cundido sobre la vieja ciudad, ha bajado hasta las entrañas de las minas, ha subido hasta las boardillas donde hay hambre y donde hay frío, ha encendido los cerebros con la lumbre que revela los arcanos del porvenir. La Roma intangible de los papas, la fe que paralizó los progresos de la ciencia, la superstición que encadenó la libertad del pueblo, se derrumba ante el protagonista de *Lourdes*, de *Roma* y de *París;* la corrupción que despuebla la Francia, el crimen legal que cometen las clases aristocráticas para no tener hijos, la traición á la patria privándola de brazos que la defienden contra sus enemigos, se desvanece ante el Mateo de *Fécondité;* y el Estado burgués y centralizador, el omnipotente capital engendrador de pobres y de hambrientos, el absolutismo de los jueces estrangualadores de mártires, el horror de la guerra que empobrece las naciones y devasta

multitudes, se desmorona ante los ojos de Luc, el héroe de *Travail*, al soplo vigoroso de la reforma social."

Tenemos pues, según los párrafos anteriores, en primer lugar, que las últimas novelas de Zola son novelas simbólicas, y en segundo lugar, que Zola es un admirable poeta épico. Entonces León Paschal acierta cuando nos dice que Emilio Zola es el escritor contemporáneo que nos presenta mejor y en su estado más puro el modo de la concepción sistemática. ¿Por qué? Oigamos á Paschal, después de haber oído á Pérez Petit. — "Desde sus comienzos es sistemática la concepción de los Rougon - Macquard." — "Los personajes de Zola, en sus primeras novelas, desbordan de vida, aun de una vida instintiva y pasional, en la que la parte correspondiente al sistema es muy considerable. Esta parte crece cada vez más, hasta tal punto que en las *Tres Ciudades* y los *Cuatro Evangelios,* ya no nos encontramos en presencia de seres vivos, sino de entidades animadas." — "En las últimas novelas de Zola, los héroes y las heroínas se reducen á entidades. Ya no se trata de seres vivientes, sino de grandes ideas: el amor, el trabajo, el pensamiento libre, la burguesía, el clero. Apenas sobrevive la virtuosidad, y un talento hecho, más que de genio, de rutina y de memorias, es lo que hace que se animen, gracias á su soplo, estos grandes y vagos fantasmas." — ¿Qué queda, entonces, del naturalismo? Nada. Las decoraciones y el lenguaje nos darán las apariencias de la realidad; pero los héroes de la novela, avatares de ideas y sólo de ideas, no son los seres que el arte debió copiar de la vida. Y si á esto agregáis la confesión hecha por Pérez Petit de que Zola es un poeta épico, no puede sorprenderos, y hasta debe agradaros, que Pellissier nos diga que "la imaginación fué la facultad

tiránica de Zola". Si era poeta, es claro que Pellissier está en lo justo cuando sostiene que "la imaginación de Zola todo lo amplifica; que ninguno, tanto como él, ha deformado y engrandecido lo real: y que su invencible necesidad de idealización tienen muy poco de naturalista." Pellissier dice más, y no se equivoca. En la última parte de su labor, en las *Tres Ciudades* y los *Cuatro Evangelios,* Zola es un moralista, un apóstol, un visionario, lo que le permite preguntarse á Pellissier cómo se concilia la objetividad que exige el naturalismo con estas obras de entusiasmo y de fe, con estas salutaciones líricas á la emancipación y á la ventura del género humano. De todo esto puede deducirse que no hay que indignarse contra Guyau cuando Guyau observa con verdad y justicia: "Parece que se ha dicho todo cuando se ha calificado á la novela de científica. En suma, ¿qué es lo que hay de inmediatamente cierto en la ciencia? El hecho visible, tangible. Admitamos que los hechos reunidos por el novelista sean de rigurosa exactitud, — si bien en realidad es, que cuando es para interpretar, equivale á transformar, — queda el deducir las conclusiones, las cuales dependerán de la naturaleza del espíritu del novelista, de sus ideas preconcebidas, de su genio en fin. Si, por fortuna, está dotado de un sentido recto, guardará la exacta medida; pero existen muchos en quienes la imaginación desborda, y entonces tienen más de un punto de contacto con los románticos tan criticados por ellos." Guyau nos afirma después, y yo estoy con Guyau, que el novelista imagina y supone; pero no experimenta, como el físico que realiza prácticamente sus experiencias para comprobar la idea preconcebida. — "El novelista se atiene á las hipótesis, á la idea preconcebida, á la imaginación que es, precisamente la parte del idealismo verdadero en la cien-

cia. Pero ¿mis documentos humanos, mis cuadernos de notas, mis pequeños hechos significativos ordenados á la manera de Taine? Esas son observaciones exactas ó inexactas, completas ó incompletas; no son experiencias. Decid que sois un observador, os lo acordamos, reservándonos el derecho de hacer nuestras salvedades acerca de lo que vuestras observaciones pueden tener de insuficiente, de limitado y de sistemático; pero no os presentéis como un experimentador cuando no tenéis más laboratorio que vuestra cabeza." — La cita me parece tan clara, que no quiero insistir sobre la cita, porque no siendo la vida la que ha creado á Eugenia Grandet, ni á Emma Bovary, ni á Herminia Lacerteux, claro está que lo que actúa sobre estas heroínas no es la herencia ni el medio, sino el modo cómo entienden el influjo de la herencia y el medio, — que no producen idénticos fenómenos ni aun en los casos más similares, — Balzac, Flaubert y los dos Goncourt.

Tenemos, pues, que Zola es un simbólico, un cantor, un buen artista imaginativo, un gran poeta épico. Y lo es en casi todas sus obras. Lo es con Saccard, moreno, hipócrita, pequeño, encanijado, de reir zorruno, como aquellos gnomos de las leyendas que conocen las montañas y los subterráneos donde hay escondidos oro y joyeles. — Lo es, con Nana, loba por la lujuria y extática por la carne, que va de boca á boca devorando fortunas y devorando médulas, hasta caer para no levantarse cuando cruje el imperio como si fuesen una sola vida la vida del imperio y su vida de hetaira. Lo es con Esteban, el sublevado, el que delira con la igualdad de todos los hombres; el que sufre con las miserias de todos los humildes; el que no quiere que las máquinas de vapor lo acaparen todo; el que cree que la sociedad antigua se derrumba; el que profetiza

el fácil triunfo de la multitud; el que vive borracho de grisú y de ensueño; el que proclama que la mina debe ser del minero, como el mar es del pescador; el que ve como las mujeres, convertidas en furias por el hambre y el frío que produce la huelga, tremolan en la punta de un palo, como si fuese un pendón, un trozo de la carne velluda y ensangrentada de Maigrat; el que asiste al choque de la tropa con los huelguistas enfurecidos, viendo caer á Braulio, á Mahue, á Richomme y á Lidia, mientras dos balas, dos balas locas, van á hundirse en el vientre de la Mouquette. — Lo es con Santiago, el acuchillador, el de la obsesión roja, menos épica y menos terrible que la obsesión que nos produce aquel tren ciego, trepidante, demente, sin maquinista, que corre y corre y corre por los rieles, dejando atrás señales y estaciones, envuelto en nubes de humo grisáceo, y por cuyas ventanillas, cubiertas de cabezas, salen los gritos luctuosos de la tropa aterrorizada, ¡aquellos gritos que se pierden, bajo el ruido del tren, en el campo, en la soledad, en la angustia, en la desesperación, en la noche que ya se ve venir y que va á caer, como una cortina de terciopelo negro, sobre la última escena de *La bestia humana!*

Y dejo á Zola para ocuparme del teatro de Víctor Pérez Petit.

III

Creo inútil decir que no me place el teatro gauchesco. Aun cuando el gaucho sea un tipo eminentemente nacional, es hora ya de que el gaucho deje de ser el héroe indispensable de nuestros dramas. El gaucho ya no plasma, por sí solo, la poesía y el pen-

samiento de nuestra musa escénica. Aislado y en sí, pertenece á una literatura rudimentaria en sus retóricos procederes y en su sentir estético, con menos colores y menos plasticidades y menos novedad, que la novedad, las plasticidades y los colores que pueden conseguirse agitando, con inspiración misericordiosa, el conglomerado cosmopolita de que van á surgir los núcleos psíquicos, los núcleos especiales de las patrias futuras. El teatro gauchesco acorta las perspectivas y estanca los cerebros donde es necesario y beneficioso remover las ideas incesantemente, como es necesario y beneficioso remover incesantemente las capas superiores de la tierra para que den entrada al aire atmosférico, sin cuya ayuda las bacterias fertilizantes no desempeñarían con plenitud su oficio de generosa laboriosidad. El teatro ha sido siempre, desde sus orígenes, un maravilloso civilizador, un maestro de caracteres y de costumbres. Ved el teatro griego. Sus representaciones son á modo de ceremonias sacras y coinciden con sus fiestas más solemnísimas. Allí los núbiles y los ancianos, allí los niños y las mujeres, concurren para aligerar el espíritu de sus propias negruras, ennobleciéndolo y fortificándolo en la contemplación de dolores más hondos y más irreparables. El espectador no pide novedades ni excentricismos á sus poetas, que usan y abusan de los nombres y de los infortunios, cien veces cantados, de Edipo y de Alcmeón. Sin cuidarse del público, Esquilo se consagra á pintar caracteres más que á pintar afectos, posponiendo teológicamente lo humano á lo divino. Sófocles, de más sedicioso ingenio, nos presenta á sus héroes en pugna con el destino, con la fatalidad, y si no les adjudica la palma de la última victoria, les da una grandeza que los coloca al nivel de las divinidades de mayor altitud. Eurípides es más indivi-

dual, más analizador, más flexible, más tierno, mucho más débil, y está más cerca del libre albedrío de que blasonan las musas y las masas de nuestra edad; pero, imitando á sus predecesores, sólo canta las grandes virtudes, los grandes heroísmos y las grandes penas, es decir, lo que enardece y hace llorar al público que concurre á las fiestas de Baco, á los juegos de Olimpia. Es que el teatro cambia con el medio, con la época, con la sociedad, con la cultura de la nación, y así, por ley de lógica, Esquilo es la gloria de lo insondable, Sófocles es la gloria del héroe y Eurípides es el anuncio de la gloria del hombre superior al destino. Nuestro teatro parece que no sabe que pasan los días. Por eso, por su inmutabilidad, el teatro gauchesco no es ya de ahora, no es educador y peca de malsano, pues en casi ninguna de sus fábulas se hace abstracción del matonismo, de la terrible puñalada trágica, que empurpura y afea sus pañales. No diré, porque no es verdad, que carezca de notas que merezcan ser recogidas y recordadas con gozo estético. Me desmentiría, para no citar otros, el numen de Payró. *Sobre las ruinas* no me parece labor de desecho, sino labor que pide justiciera alabanza y ancho camino; pero, en resumen, el teatro criollo, el teatro criollo tal como fué hasta aquí, el amamantado por la misma nodriza que amamantó á los malevos y á los desertores de golilla y de chiripá, me deja frío con sus donaires de baja ley y con sus zarpazos de jaguar en furia. Ya es hora de que el ingenio le brinde al público, al público que sabe amar y sabe sufrir, manjares mejor condimentados y más nutritivos que los manjares que pródiga le brinda nuestra musa dramática. ¡Azulad y enalteced y redimid la escena, como valientemente azuláis y enaltecéis y redimís todas las demás fórmulas y modos de expresión del arte!

El teatro criollo, el teatro gauchesco, el teatro nacional, se despertó á la vida bajo el toldo de lona de un circo ecuestre. Fué casi una pantomima antes de llegar á ser un casi drama. Sabido es que toda función de circo concluye con un espectáculo en el que no se habla, pero en el que se gesticula con animación, algo así como *La Cenicienta* ó *Los bandidos de la Calabria*. Un artista de trapecio y argollas, que era el empresario de otros artistas de argollas y trapecio, convirtió en obras representables el *Juan Moreira* y el *Pastor Luna* de Eduardo Gutiérrez. Aquellas novelas, que habían fascinado á la multitud burda, nada perdieron de su prestigio cuando el público las vió trocadas en imágenes vivas por el instinto profético y victorioso de los Podestá. En el fondo del circo se levantó una escena de cortas dismensiones, que unas veces fué rancho y otras comisaría, representándose el resto del drama en la pista arenosa, que tan pronto fué maleza boscana como almacén de campo. En la escena y la pista entusiasmaron á las muchedumbres del arrabal, haciéndolas reir y estremecer, el ítalo bilingüe, el malevo heroico, la autoridad despótica, la paisanita amante, y como es costumbre que no falten quiebros de danza en las pantomimas, creo inútil decir que no faltaron gatos y pericones en los dramas criollos de los Podestá. El triunfo fué enorme. Las palmadas sonaron con fragor de trueno. Se habló de aquello en todas las tertulias de los suburbios La misma prensa estimuló el ensayo, esparciendo la nueva de lo que ocurría, y el circo, cada vez menos circo, fué cada vez adquiriendo más formas de teatro. No hablemos de si era beneficiosa ó perjudicial la adaptación de lo moreiresco á los decires y haceres de la escena, porque sus ventajas y sus inconvenientes han de acrecer ó disminuir según los rumbos y

las visuales del observador. Era indiscutible que aquel teatro podía ser la cuna del teatro nuestro, de un teatro que pintara nuestras costumbres típicas y que tradujera nuestras ardientes ansias de ideal; pero también es indiscutible que aquellos espectáculos, que endiosaban el valor y la rebeldía, robustecieron y exacerbaron el culto que nuestras turbas tienen por el coraje y el odio que nuestras masas sienten hacia la autoridad. Únase á esto que, buenas ó malas, aquellas sencillísimas representaciones tenían por musas inspiradoras á las costumbres y á los recuerdos de la tierra nativa, apasionada siempre del decir criollo, de la guitarra que gime angustias de amor, y muy especialmente del sublevado eterno, del matrero indomable, del que esgrime el cuchillo con la misma destreza con que doma al potro, del héroe romántico en cuya rustiquez hay algunos adarmes del espíritu que bullía en Lara y en Manfredo.

Si los intérpretes desafinaban por lo general en la traducción de los afectos más naturales, como sabían bien andar á puñaladas con los milicos, como gineteaban admirablemente sobre un obscuro escarceador ó sobre un overo pintado con primores por la naturaleza, como ninguno movía con más repiques las nazarenas requebradoras en los acoplares y encadenamientos del pericón, la gente culta acompañó á la zafia para ver reñir y para ver bailar, transformándose poco á poco los equilibristas y los atletas en actores escénicos ufanos y orgullosos de su nuevo oficio y de sus nuevos timbres. Aquel teatro triunfó, y no triunfó por lo que tenía de artístico, sino que triunfó por ser cosa nuestra, hija de nuestro suelo, nutrida y amamantada con el azúcar de los macachines de nuestros yerbales, pues es bien sabido que en esto y en nada más reside la virtud que le permitía imponerse al pú-

blico y llegar hasta el fondo más secreto de su alma, como nos dice con gentileza Martín Coronado. Esa misma virtud salvó á sus intérpretes, á pesar de lo inseguro é indocto de su juego, convirtiéndose en populares José Podestá, el alzado contra las injusticias de la ley perversa; Jerónimo Podestá, la encarnación del campesino viejo y sentencioso; Jorge Garay, que no tuvo rivales en los papeles de gaucho pobre; y Lorenzo de Lupi, á quien debemos el tipo cómico del italiano que quiere apaisanarse, sin que le azoren y le amedrenten las zumbas y las mañas de los que ven su imposible empeño. Trágico fué el primero de los dramas criollos y trágico fué el fin de los que primero lo representaron, pues Federico Arnold murió en un estallido de su fuerza hercúlea y á Jorge Garay lo tendió un aneurisma sobre el tapiz de arenas del ruedo ecuestre. Pablo Podestá, que también se educó en el circo, sobrevive y triunfa, guardando aún todas las violencias, todos los zarpazos, todas las ronqueces y todas las acrobáticas agilidades de aquella época de iniciación feliz, de aquel período de triunfos estruendosos y de esperanzas resplandecedoras. — Así el teatro nacional, nacido en un circo, conserva todavía el sello de su origen. Hasta sus cultores de mayor empuje rinden servil tributo á las rojas leyendas de su abolengo. Es preciso servirle al público el manjar cotidiano del inmigrante que habla ridículamente el dialecto nativo, y que lucha por adquirir los hábitos camperos de famosa recordación. Es preciso que el inmigrante, en enconada pugna con lo ancestral, con lo propio del pago del ombú y del churrinche, sirva para que resalten y nos enamoren la viveza nativa, el nativo desinterés, el denuedo nativo y las nativas maneras de decir. Es preciso, magüer protestemos airadamente contra lo romántico, que el culto del cuchillo reine en la es-

cena, siendo los héroes que nos seducen los que vengan agravios y desfacen entuertos á puñaladas, pues el honor que tenemos en más es el honor de que ninguno nos pise el poncho, debiendo advertirse que en materia de lealtad y en materia de honra nuestros héroes escénicos no les van en zaga á los héroes de Lope y Calderón. Como en nuestra campiña, que huele á tréboles, aun el juez de paz suele ser un cacique; como allí la fuerza es todavía el mejor derecho y la mejor ley; como allí la justicia es blanda para el rojo y muy adusta con el azul; como allí la libertad se encuentra más segura en el monte salvaje que en el rancherío con comisaría, pues no hay comisaría sin cepo y sin rebenque, es lógico que el público, que sabe esto, aplauda las hurañeces de los primitivos, de los devotos del músculo altanero y del decir compadre, como el público madrileño de la edad de oro aplaudía las nobles fierezas de los trágicos héroes de Montalván y Rojas.

Este abuso, rayano en la monotonía, resulta poco civilizador. Este abuso, que favorece nuestra tendencia á la fibra brava, resulta también poco calológico, pues á pretexto de no torcer la realidad y á base de que se pintan costumbres camperas, el lenguaje de nuestros dramas carece de pureza y de donosura, sin que exceptúe de este reproche al ingenio innovador y poco común de Florencio Sánchez. Por no literararias, el día en que las obras nativas que el público aplaude dejen de ser del gusto del público, no se perpetuarán por la lectura, como acontece con las obras de otros teatros que, desterradas de la escena por su antigüedad, aún sirven de ejemplo á los principiantes y de deleite á los gustadores del buen decir. Shakespeare no es sólo un creador de tipos eternos, sino que es también un maravilloso artífice de frases

hermosas, como Alarcón, el corcobado y el bueno, no vive sólo por la nobleza de su filosofía, sino que también vive por la tersura, la claridad y la proba elegancia de sus diálogos. Entre lo que me place en el teatro de Víctor Pérez Petit, una de las cosas que más me placen es notar que, al escribir sus dramas, Víctor Pérez Petit no ha echado en olvido que la musa escénica, como todas las musas, debe conocer los términos que emplea, debe combinarlos con artística habilidad, y debe enorgullecerse de que su idioma sea el idioma pulcro, sonoro, flexible y apasionado de que se sirvieron Mira de Mescua y Tirso de Molina.

La casa editora de don Antonio Barreiro y Ramos publicó el teatro de Víctor Pérez Petit en el año de 1912. Ese teatro forma dos tomos de más de trescientas cincuenta páginas cada uno. El primero comprende las obras tituladas *Cobarde*, *Yorick* y *Claro de Luna*, encontrándose en el segundo *El Esclavo-Rey*, *La Rondalla* y *El baile de Misia Goya*.

Cobarde, representado por vez primera el 3 de Noviembre de 1894, es un drama en tres actos, un drama en prosa, un drama de costumbres nacionales, en el que no me gustan ni el abuso de décimas á son de guitarra ni la longitud de algunos de los diálogos que sostienen los personajes de última fila, desde que esos diálogos no son precisos para el mejor conocimiento ni para el mayor interés de la acción escénica. Si es cierto que el asunto debe estar esparcido en la obra, comprendiéndose más por los hechos que por los decires, no es menos cierto que todas las escenas y todas las palabras de las escenas deben esclarecer y ayudar á la acción, dependiendo el matiz regional de la obra dramática no de donaire más ó modismo menos, sino del modo de ser de los carac-

teres y de las pasiones que en la obra se agitan y se desenvuelven. Quiero decir también que Rampli me desagrada, no porque sea el galán rico y poco apetitoso que los padres de todas las comedias oponen al galán pobre y de gentil figura, sino porque Rampli es el eterno italiano, el italiano innoble y bilingüe y tonto, calcado sobre el convencional y ya cargante tipo de Cocoliche. El papel que el autor le ha asignado á Rampli, que pretende sin gloria y delata con miedo, pudo asignárselo, sin sacrificio de la verdad ni del interés, á Cipriano, á Damián ó á Cosme, sin ir á beber en fuentes tan turbias como las fuentes en que nacieron Moreira y Sardetti.

Liquidados estos escrúpulos, que poco significan, hablemos de la obra. Pedro, un peón de la estancia de Raymundo Casal, es hijo del criollo Anastasio Gordillo. El viejo Anastasio, según Daniel dice, es "valiente como las armas y lial como un perro." Anastasio ha querido que su hijo fuese un hombre de honor, que por ninguno se dejase insultar y que siempre cumpliese la palabra empeñada. Pedro es bravío, y es tan de ley que en una de nuestras muchas guerras civiles cayó prisionero, obteniendo del alférez que le custodiaba algunas horas de libertad, antes de ser pasado por las armas, para darle á su novia el beso del adiós, prometiendo al alférez que volvería, como volvió, no bien la aurora tiñese los confines de oro y carmín. Por esto, ó por otra causa menor, no lo fusilaron. Y Pedro está triste. Pedro quiere á Natividad, la heredera de Gil Grajales, y aunque Natividad se quema en la llama de su mismo querer, Grajales contraría aquellos amores, porque dice que Pedro es "un muerto de hambre", hostigando á su heredera para que acepte el nombre y las caricias del lombardo Rampli, que sino es más galán, es más

rico que Pedro. Esta es la exposición. El conflicto, que ella prepara, va á estallar entre Anastasio, Gil, Pedro y Natividad.

La estancia de Casal tiene aires de fiesta. Se acabó la trilla. Habrá chocolate, tortas y pericón. Es fácil que también haya puñaladas, porque Grajales le advierte á su hija que no baile con Pedro, que es un gauchito de chiripá, pillastre y vicioso. Si le desobedece, "le romperá una pata de un estacazo" al mozuelo errabundo, haragán é inservible. Natividad debe casarse con Rampli, que es italiano como Grajales es español, porque "los extranjeros, en este país, son los verdaderos hombres, los que trabajan, los que adelantan, los que saben juntar plata, los que hacen progresar el país. En cuanto á los hijos de esta tierra, ya los ves tú: no saben más que tocar la guitarra, jinetear potros, hacerse los malos, meterse en revoluciones, dormir á pierna suelta y gastarse en la pulpería los pocos cobres que juntan en dos ó tres días de trabajo."

El señor Grajales, con estas ideas y estos decires, acabará en cruz. Por de pronto no convence á Natividad, para quien Rampli, con fortuna ó sin ella, es un avaricioso y es un payaso. Á pesar de eso, como la moza sabe que el autor de sus días tiene malas pulgas, le pide á Pedro, cuya noble fiereza adivina su perspicaz instinto de mujer que, si Grajales le ataca y le ofende, no mate á Grajales.

"*Pedro.* — No lo mataré.

"*Natividad.* — Júralo.

"*Pedro.* — Yo no juro. Mi palabra vale más. Naide puede decir que la haiga faltao nunca.

"*Natividad.* — Pero....

"*Pedro.* — Te digo que no lo mataré. Está dada mi palabra."

Cambiad el lenguaje, elevándolo hasta la altura de

los sentimientos, y decidme si el mozo por su hidalguía, por su confianza, por lo abnegado de su querer, por lo orgulloso de su dignidad, no parece del siglo de Moreto y de Guillén de Castro. ¡Es mucha y muy grande la influencia del realismo; pero la musa de usted es una musa romántica, mi querido Pérez Petit!

Y viene después, al mucho andar y con lentitud, la escena más importante del drama, la más valiosa, la más artística. Pedro baila con Natividad. Grajales lo insulta. Pedro palidece y logra dominarse. Anastasio, á quien asombra la actitud de su hijo, lo incita á reñir. Grajales amenaza al enamorado con curtirlo á golpes, si insiste en su querer.

"*Pedro.* — Mire, ño Gil, que le pueden pesar sus palabras.

"*Gil.* — ¿Me amenazas, bellaco? ¡Tú! ¡Tú! ¡Pordiosero!

"*Anastasio.* — ¡Pedro!

"*Pedro.* — ¡Ño Gil!

"*Gil.* — ¡Pordiosero! ¡Haragán! ¡Bandido!

"*Pedro.* — ¡Y usted, canalla!

"*Gil.* — ¡Canalla! ¿Yo? ¡Tomá canalla! *(Con el rebenque azota á Pedro).*

"*Anastasio.* — ¡Mátalo!

"*(Joaquín y Daniel se precipitan á Pedro en el instante en que éste saca su daga. Natividad es rechazada con fuerza por Gil, que también ha desnudado su facón; y entonces, en el instante en que Pedro va á acometer á su padre, se vuelve á él, lanzando un grito):*

"*Natividad.* — ¡Pedro!

"*Anastasio.* — *(A Pedro)* ¡Ruémpele el alma!

"*(Gil está en guardia, esperando á su adversario. Pedro, que se ha detenido al oir el grito de Natividad, sostiene una espantosa lucha interior. La cólera*

le ciega por instantes y las imprecaciones de Anastasio le mueven á vengar su honor ofendido; pero la presencia de Natividad le recuerda la promesa que le hizo de no herir á su padre. No obstante, la ira, la vergüenza, le vuelven loco de desesperación y entonces avanza un paso para pelear con su ofensor).

"Natividad. — (Horrorizada, con un grito que es casi un alarido) ¡Pedro!

"Pedro se detiene en el instante en que iba á acometer: mira á Natividad, lleno de espanto, y baja tristemente la cabeza. Está vencido. Da un paso, vacilante como un ébrio, aturdido, sin oir, sin ver á su padre que le contempla con inmenso estupor. Y es con un gesto de rabia impotente que arroja al suelo su daga. Luego, pásase la mano por la frente sudorosa, mira anonadado alrededor, avanza un poco, luego algo más y se aleja entonces en silencio, la cabeza baja, vacilante, triste, sin una palabra. Los paisanos le abren paso, mudos. Anastasio está como petrificado. Y Pedro se aleja, con una calma sombría, y desaparece en la noche. Pausa larga; gran silencio."

¿Y luego? Luego Anastasio ocupa el lugar de su hijo y mata á Grajales. El primer acto está concluído y para mí, — discúlpeme el talentoso autor, — la obra, el drama, la creación, lo que vivirá, ha concluído también. ¡Ha concluído, y muy hermosamente, señor Pérez Petit!

Al decir que el drama queda terminado en el primer acto, me refiero al drama interior, al drama grande, al drama que se desarrolla dentro del espíritu del héroe. El otro, el externo, sigue en la forma que vais á ver. Pedro es, para las gentes del pago, como un leproso. Su padre, el vengador de la honra ofendida, le llama *arrastrao* y *orejano* y *aperiá cobarde.* Hasta se permite sacudirle el polvo de la ropa con

el rebenque. El insulto se va convirtiendo en costumbre y el desprecio adquiere los modos de hábito ¿Qué hacer con un hombre que se deja *guasquiar* por cualquiera? Pues eso: no darle la mano, saludarle con frialdad, dirigirle indirectas cargadas de ponzoña. Pedro sufre, y sufre especialmente cuando piensa en Nativa. ¿Qué ha sido de ella? ¿Qué dirá de su Pedro? Y Pedro piensa con honda melancolía: "¡Qué días aquellos ya pasáos! Entonces yo era chico y la acompañaba al trabajo, á lo de Renato.... El tata d'ella no sabía que nos queríamos.... *(Con voz queda)* Ocasiones íbamos asina por el campo, conversando, conversando, juntitos, bajo el sol. Nativa se réia muy dulce; estaba contenta á mi láo; me decía que me iba á querer mucho, mucho, y siempre, siempre. De tardecita, cuando cáia el sol, allá lejos, atrás de los dos ombuses de la cuchilla, golvíamos dispacio, juntitos, entre la flechilla de los campos, charlando.... Se hacía escuro y los pájaros no cantaban más. Lejitos cacareaban los gallos, y eso nos ponía tristes. Al llegar, el perro negro venía pá hacernos fiestas, meniando la cola y fregándose contra el vestido de Nativa. ¡Pobre perro negro! Se llamaba Noche. Era muy viejo. Aura si ha muerto." — ¡Y Pedro piensa en la muerte como en una dulce é inefable consoladora, aunque cuando morir es dejar de ver los ojos de Nativa!

Bueno. Así debió ser. En nuestros campos, en una sociedad que tiene el culto del coraje indómito, debe morir el castigado sin defenderse, el ofendido sin desagraviarse á golpes de puñal. Esa es la ley del medio, el código de la llanura y de la cuchilla. Y Pedro tropieza otra vez con Natividad, más hermosa que nunca, porque está triste y va vestida de negro. ¡Conjunción de dos sombras! Natividad le confiesa

que le quiere aun "con tuita el alma", y le dice algo más, le dice una cosa en que Pedro ve un principio de rehabilitación. Le dice que Rampli, aquel Rampli maldito y odiado, le llevó al comisario la denuncia de que todas las noches el padre de Pedro se refugia en la estancia de Raimundo Casal. Y aquel día, aquel mismo día, cuando el sol se apague y asome la luna, el comisario se apoderará de Anastasio Gordillo, el rudo acuchillador de Gil Grajales. Pedro siente un júbilo indecible, una oleada de dicha inmensa. Pedro juró no matar al padre de su novia; pero no juró que no defendería al suyo de la bellaca delación de Rampli. Eso no lo juró, y en el último acto Pedro muere como un valiente luchando con los milicos que han sorprendido y maniatado al que castigó los insultos de Gil. Y el viejo Anastasio llora, llora todas las lágrimas que le dejó la vida, sobre el cadáver de su hijo, que no era un cobarde. Y sobre el mozo, cubierto de heridas; sobre el mozo que ya no puede oir; sobre el mozo, que no faltaba jamás á su palabra, flota, en la inmensidad de la noche, el grito del jaguar desconsolado: — "¡Pedro, perdóname! ¡Perdóname, Pedro!"

Ya conocéis el drama, ó mejor los dos dramas: el interno y el exterior. Á mí me place más el primero: es más duro y más hondo. Para mí hay más drama en la escena penúltima del primer acto que en el resto de la obra de Pérez Petit. Pedro es menos héroe cuando pelea con los soldados que cuando pelea con el concepto que su padre le dió del valor. Y téngase en cuenta que el héroe de este drama, aunque nuestra crítica no lo dijera, es un héroe hegeliano, un héroe que salió de los talleres manufactureros del romanticismo. ¿Por qué? Por la independencia de sus acciones; porque está en conflicto con el modo de ser de la sociedad en que vive; porque su carácter perte-

nece á la familia de los reconcentrados, de que se ocupa en la sección tercera de su segunda parte la estética hegeliana; porque su personalidad, guiada por un móvil exclusivo, no ve ni encuentra sino obstáculos en el mundo exterior, y porque, en el transcurso del drama verdadero, del drama espiritual, el héroe no actúa en defensa de un principio legítimo, sino que actúa para no desmentir y empequeñecer su propio carácter. Y como todo lo que se afirma debe probarse, permitidme algunas citas de Hegel, que os iluminarán sobre lo que hallaréis de romántica en la concepción artística de Pedro. — Dice Hegel, hablando de los héroes creados por la literatura: "Lo que caracteriza á los héroes es, sobre todo, la independencia que se manifiesta en sus caracteres y en sus acciones." — Los más grandes poetas no han podido librarse de pintar esa cualidad en sus héroes, "y se han visto obligados á presentarlos en actitud de protesta contra la sociedad ó contra la ley." El mismo Hegel dice hablando de los caracteres reconcentrados del drama y la epopeya: "Pero estas almas profundas y silenciosas, en que está encerrada la energía del espíritu como la chispa en las vetas del pedernal, no están por esto libres de la condición común. Así, cuando el sonido discordante de la desgracia viene á turbar la armonía de su existencia, encuéntranse expuestas á la cruel contradicción de no tener habilidad alguna para ponerse al nivel de la situación y conjurar el peligro. Arrastradas á un conflicto no saben salir de la dificultad; se precipitan con la cabeza baja á la acción, ó en pasiva inercia dejan á los acontecimientos seguir su curso." Y después de habernos hablado así en el primer tomo de su tratado estético, Hegel nos dice, al hablar del teatro del tiempo suyo, casi al final del segundo tomo de la misma obra, páginas 546 y 549:

"Puesto que la *personalidad* en sí deviene el verdadero asunto de la representación, y que á este título hace del *amor*, del *honor* ó de cualquier otra *pasión individual* sus móviles exclusivos, es derecho suyo exigir que todas las otras relaciones de vida no puedan ya aparecer sino como la base exterior sobre la cual se mueven los modernos intereses, ó como obstáculos á la pasión personal: en una palabra, como un origen de conflictos." Y Hegel concluye: "Los personajes románticos se encuentran colocados desde el principio en medio de una multitud de relaciones ó de condiciones accidentales que les permiten obrar de tal manera ó de tal otra. De suerte que el conflicto á que las circunstancias exteriores proporcionan sin duda ocasión, depende esencialmente del *carácter* mismo de los personajes. Éste, en el curso de la acción, se desarrolla, por tanto no en virtud del principio legítimo que defiende, sino para permanecer fiel á sí mismo y no desmentirse."

Apliquemos, ahora, los cánones estéticos del romanticismo al drama de Víctor Pérez Petit. Pedro ha prometido á Nativa que, si Gil le ataca, no matará á Gil. No le ha prometido, porque nunca creyó que llegado el caso, que si Gil le azotase en una fiesta pública recibiría sumisamente los rebencazos del español. Otro, aun prometiéndolo sobre una hostia, no lo cumpliría. Aquello es mucho. Aquello es terrible. Pedro puede dudar y hasta elegir el camino que esté más de acuerdo con su carácter. ¿Qué tiene Pedrc por más desdoroso? ¿Pasar por cobarde ó no cumplir, hasta la exageración, la promesa empeñada? Él mismo nos lo dice: — "¡Pero, yo no lo podía matar á Gil! Era el tata de ella; Nativa tenía mi palabra.... Pá ser hombre honráo no podía faltar." —El amor, por un lado, y por otro el concepto de la honra verdadera, —

que no es sino el respeto á sí mismo, — le obligan á no traicionar su carácter, aquel carácter que ya se manifestó en la promesa dada al alférez cuando en el pago chocaban nuestras divisas. El caso no es nuevo. Yo he conocido dos periodistas que se comprometieron á no batirse. Se estimaban bien, y aquel compromiso tranquilizaba á cada uno de ellos sobre la vida y la salud del otro. Poco después, los insultos más soeces llovieron sobre uno de aquellos hombres; pero aquel hombre no se batió, se tragó las culebras y á ninguno le dijo la causa de aquella actitud que sorprendió á no pocos. El caso no es nuevo; pero como la *personalidad* de Pedro es mucha, como Pedro viola la ley de la llanada, el paisanaje se azora, no comprende y se aleja de Pedro. Es un rebelado, es un sedicioso, y el público, que sabe que se coloca fuera del ambiente campero, no aplaude á Pedro, porque Pedro le resulta inverosímil, lo que demuestra que si lo verosímil sólo es artístico cuando es hermoso, lo hermoso no tiene necesidad de lo verosímil para ser artístico. Á lo hermoso le basta con ser real en la idea, verdad en el mundo de la creación, lo que también está muy de acuerdo con los cánones de la romántica calotecnia de Hegel. Estoy, pues, en lo cierto cuando os afirmo que Pedro es un héroe hegeliano, y cuando os aseguro que pertenece á la escuela romántica el drama en tres actos que lleva el título de *Cobarde*. Hegel, mi amigo Hegel, el odioso Hegel, guió la conducta y forjó el carácter del héroe más original que encuentro en el teatro de Víctor Pérez Petit.

Yorick vino después de *Cobarde*. Consta de cuatro actos y se estrenó el 31 de Mayo de 1907. El autor clasificó á su obra de *tragedia de almas*. Era mucho ofrecer, y no es cuerdo ofrecer en demasía cuando se

merodea por las heredades de Esquilo y de Shakespeare. Y digo que era mucho ofrecer el rebusque de un título de excepción para la obra, porque aquello pareció como el anuncio de algo poco común, más patético y más intensivo que lo acostumbrado, pues tragedias de almas son, aunque no se llamen así, el *Oreste* de Eurípides y la *Andrómaca* de Racine, *El médico de su honra* de Calderón y el *Wallenstein* de Schiller. Tragedia de almas, y no otra cosa, es todo espectáculo teatral que una á los vigores de forma de melodrama, una tal altitud de frases, una tal pintura de caracteres y una tal psicología de concentración, que basten y sobren para producir el calofrío estético que nos producen el sacrificio de la virtud en la *Antígona* de Sófocles, la profética imprecación de Camila en la cuarta jornada del *Horace* de Corneille, el monólogo del último acto de *Mar sin orillas* de Echegaray, ó el emparedamiento de los protagonistas en la escena final de *La haine* de Sardou.

Tracemos, á grandes pinceladas, el asunto de *Yorick,* dejando su examen para el tiempo y el lugar debidos. De no hacerlo así, el lector difícilmente nos entendería. Edmundo Bergh tiene una casa de banca y un amigo íntimo. La casa de banca está á punto de ser envuelta en el desastre financiero de Francisco Mortier. El amigo íntimo, que tiene fincas en Buenos Aires y campos en Entre Ríos, podría evitar la quiebra y el desdoro de Bergh. Esto es indudable, y si Bergh se hunde, si Bergh fracasa, si Bergh comete algún acto de desespero, la culpa será de Augusto Lazló. Conformes; pero Augusto Lazló es el amante de Adelina, la esposa del banquero en peligro, y Adelina, que sabe que su marido se matará si se ve obligado á declararse en quiebra, impide que Lazló saque del atolladero á su amigo Bergh. Bergh, á quien Au-

gusto niega la ayuda demandada, se levanta la tapa de los sesos de un tiro de revólver. Su amigo se aterra. Comprende que su deber le ordenaba salvar al banquero, y el acto concluye con este grito del amigo infiel: "¡Le hemos asesinado!"

Este acto, que es de prólogo ó exposición, está bien conducido y muy bien dialogado. Hay, en sus escenas, movimiento y habilidad. Viven, no son muñecos, no son autómatas, y sí seres calcados en el molde de los seres reales, la figura de Fuentes, el paradógico conversador, y la de Gabriela, la murmuradora de alta sociedad. Todos tropezamos, á cada instante, con aquel ingenioso y con aquella lengua de víbora, como todos tropezamos á cada instante con aquella Carmela, que, siendo casada, se goza en que le hablen mal del matrimonio y bien del amor. Y el movimiento, la habilidad, la técnica sabia, el chispeo oportuno, la observación vívida, se mantienen en toda la obra, mereciendo alabanza la amable fluidez y el aguijón satírico de algunos de sus diálogos.

Lazló está ciego por Adelina. Lazló recoge y asila en su casa aquella verde y hechizante viudez. Lazló, á fin de tenerla para él, para él solo, la aparta de su hijo, que el amante empaqueta para Europa. Es necesario que el mozo estudie, porque el mozo nada pierde con ello y así todo el mundo se queda tranquilo. Este hijo, el hijo de Bergh, se llama Yorick, como la calavera con que juega Hamlet en el cementerio de Dinamarca. Yorick, en el primer acto, se pinta á sí mismo como un inútil. No sabe trabajar. Ha crecido, entre un padre preocupado y una mundana indulgente, como una flor de invernadero, muy elegante, pero sin policromías y sin perfumes. Yorick es, á lo sumo, un mueble de salón. Oidle: "Me levanto á mediodía; salgo á pasear á caballo; almuerzo fuera de casa, en

el club, en cualquier hotel, fuera de casa, en fin; me aburro lamentablemente toda la tarde; leo, á veces, alguna novela que ni siquiera me ilustra, porque sólo sé leer novelas malas; vuelvo de noche al club á conversar insubstancialidades con otros elegantes como yo; una noche al teatro; otra, á un concierto; otra, á un baile; jamás á una conferencia científica; después, cansado, entontecido, abrumado por el aburrimiento de mi existencia sin fin y sin objeto, vuelvo á casa, me acuesto, duermo.... duermo.... duermo...." Y Yorick, ya en el primer acto, se nos presenta como enamorado de Clara, la hija de Lazló, que idolatra en Yorick, jurándose sus dos juventudes una eterna fidelidad, una ternura firme y sin fin, la noche en que Lazló precipita en el suicidio á Bergh.

Concluído el prólogo, en el acto segundo, Yorick regresa. Está triste. Reflexiona y sufre. En primer lugar hay algo que huele á misterio en el aire de la casa de Lazló, y en segundo lugar Yorick sigue enamorado de la hija del amigo de Bergh. Al fin le confiesa á Adelina que quiere á Clara. Adelina lanza un grito de angustia. Yorick se sorprende. Frunce el ceño. Entra en desconfianza. ¿Qué hay en aquel cariño, puro y ténaz, para que su madre se azore así? El mozo se hiergue, interroga, hostiga, casi maltrata. La adúltera concluye por manifestarle que aquellas bodas son imposibles. — ¿Por qué? — pregunta Yorick. Ella se calla y el mozo le hace la misma pregunta á Lazló. Están solos. Yorick, excitado. transforma en borrasca la explicación. Yorick acusa á Lazló de ser el amante, el querido, el victorioso galán de Adelina. Lazló, entonces, no encontrando otra arbitrio, le dice al mozo que él no puede entregarle su hija "al hijo de un hombre que ha hecho bancarrota." Y aquí termina el acto segundo.

¿Qué sucede en el acto tercero? Pues sucede que Yorick le pregunta á Adelina si la repulsa de Lazló se basa realmente en el motivo que Lazló le ha manifestado. Adelina le dice que sí. Si dijera que no, ¿cómo saldría de aquel cenagal? Y Yorick le arguye á Adelina, con razón sobrada:

"*Yorick.* — ¿Y tú, madre, has oído eso? ¿Tú has oído eso y no te has marchado de esta casa? ¿Tú no me has quitado, no me has arrancado de aquí cuando oíste tamaña afrenta en labios de ese hombre?

"*Adelina.* — ¡Hijo mío!....

"*Yorick.* — ¿Por qué no lo has hecho? ¿Por qué no me has confesado la verdad? ¿Por qué me has obligado á recibir en el rostro esa vergüenza? ¿Por qué me has dejado dudar de tí?....

"*Adelina.* — *(Dejándose caer en una silla y ocultando el rostro entre las manos)* ¡Hijo mío!....

"*Yorick.* — *(Yendo hacia ella)* Porque yo he hecho eso, yo he hecho esa cosa horrible, yo he dudado de tí.... Te he creído la amante de ese hombre, ¿lo oyes?

"*Adelina.* — ¡Dios mío! ¡Dios mío!....

"*Yorick.* — Ha sido necesario que ese hombre me insultara para que yo volviera de mi error.... Sí; porque si ese hombre hubiera sido tu... tu.... si ese hombre hubiera sido lo que yo me imaginaba, no me hubiera arrojado tal afrenta al rostro...."

La escena es hermosa, tan hermosa, aunque con otra clase de hermosura, como aquella escena del mismo acto en que Clara se ríe del motivo de que Lazló se sirve para no consentir en sus bodas con Yorick.

"*Yorick.* — *(Gravemente)* Clara, yo no puedo ofrecerte un nombre honrado....

"*Clara.* — *(Sin comprender)* ¿Tú no puedes?.... ¿cómo?.... ¿qué has hecho?.... ¿Qué has hecho,

Yorick?.... Dime, dime.... á ver.... ¿qué fea acción has cometido?.... Yo quiero saber.... tengo derecho....

"*Yorick.* — El nombre de mi padre....

"*Clara.* — ¿De tu padre? ¿qué tiene que ver? *(Comprendiendo súbitamente, con un grito de asombro)* ¡Ah! ¡era eso!.... El nombre de.... *(Con frenética alegría, en un desbordamiento de palabras)* Pero, entonces no es por tí.... no eres tú... ¡es claro!.... ¡pero si es claro!.... Ya lo decía yo.... no podía ser.... Tu padre.... es natural.... ¿Cómo ibas tú á cometer una mala acción?.... Y entonces ¿qué ¿qué?.... ¡Y era por eso!.... De modo que por otro, tú.... ¿Y no lo has dicho á mi padre?.... ¡Papá! ¡papá! ¡Jesús! y yo que creía.... Pero si es claro!.... ¡es claro!....

"*Yorick.* — Escúchame, Clara, escú....

"*Clara.* — ¡Oh, mi Yorick! ¡Qué susto me has dado! Y yo que creía, no sé, me figuraba unas cosas! Pero ¿qué me importa á mí tu padre? ¿Qué tiene que ver con nosotros? ¿Qué tienes que ver tú con él?.... ¿Y ustedes han creído?.... ¿han creído que yo?.... ¡Qué tontería! Pero, de veras, que tontos son todos ustedes...."

Clara, con esta escena, me evita dos trabajos. El trabajo de decir que Lazló es un torpe, al fraguar el pretexto de que se sirve, y el trabajo de decir que Yorick es un imbécil, al dejarse convencer por aquel estúpido pretexto. En primer lugar, hay quiebras de quiebras. En segundo lugar, no se insulta la memoria de un hombre que se mata porque no puede hacer honor á su firma. En tercer lugar, menos se insulta la memoria de ese hombre, cuando la viuda y el hijo de ese hombre viven bajo nuestro techo. Y en último lugar, Lazló no ha demostrado nunca mucho respeto al

decir de las gentes, pues si el decir de las gentes le amedrentara, Adelina no viviría en la casa del médico Lazló, que es viudo, que no es viejo y que tiene una hija casadera que se llama Clara. Por fortuna, hacia el fin del acto tercero la nube se rompe y el rayo cae. Yorick sorprende un coloquio violentísimo entre los dos amantes. El recurso no es nuevo. Shakespeare se valió de otros medios en *Hamlet*. Después de aquel coloquio, la duda no es posible. Todo está ya confesado y sabido. ¿Qué es lo que escucha Yorick? Yorick escucha estas frases agudas y terribles como puñaladas:

"*Lazló.* — ¡Vas á decir que has mentido!

"*Adelina.* — ¡Suéltame, te digo!

"*Lazló.* — Dí que has mentido, dí....

"*Adelina.* — ¡No, no y no!.... Por ser mi amante, le asesinaste....

"*Lazló.* — Tú me obligaste á negarle el dinero.... Tú sabías que se iba á matar....

"*Adelina.* — ¡Asesino, asesino!"

En el último acto, Yorick increpa duramente á Lazló su proceder adúltero, su villanía para con el amigo, la crueldad con que le precipitó en la noche sin fin. Es preciso que Lazló se suicide, como se suicidó el traicionado Bergh. Si Lazló no lo hace, Yorick se lo contará todo á la inocente Clara. Y Lazló se suicida, fuera de la escena, igual que el banquero, casi en el mismo instante en que Clara aparece y le pregunta á Yorick por Lazló. Yorick, arrepentido y aterrorizado ante aquella delicada amorosa, se turba, se arrepiente, quisiera volverse atrás y perdona al culpable; pero una detonación, un pistoletazo, el ruido de una caída, le dicen que el médico ha concluído como concluyó Bergh. La aparición de Clara, en la última escena, es un golpe maestro. Es el calofrío

que el público espera en la tragedia de almas de Víctor Pérez Petit.

El asunto de *Yorick* es muy antiguo. Esquilo lo trató en *La Orestiada* y Shakespeare en *Hamlet*. Noto una diferencia. Es el mayor reparo que se me ocurre. Matar es una cosa, y otra cosa es no impedir, pudiéndolo hacer, que los otros se maten. En filosofía, sospecho que no hay diferencia entre los dos crímenes. En el teatro, sí. El teatro influye sobre la imaginación impresionándola por medio de los ojos y de los oídos. La impresión más viva, más escénica, más teatral es la que se produce sin necesidad de que el razonamiento tenga que intervenir para provocarla. En la obra de Víctor Pérez Petit es preciso que razonemos para convenir en que Lazló es el asesino de Bergh. Más claro todavía. Todo público, sea el que sea, reprocha la sangre que se ve, que se huele, que se palpa, cuando esa sangre ha sido derramada con perfidia y traición. En cambio, una parte del público ve sin grandes enconos un crimen que no es crimen para la ley, aunque lo sea filosóficamente considerado, porque Lazló tenía la obligación moral, pero sólo moral, de salvar á Bergh. Fuera de su conciencia, ninguno le obligaba á salvarle, desde que la muerte de Bergh no empurpura ostensiblemente las manos de Lazló. Esquilo y Shakespeare, que saben esto, proceden de otro modo. Esquilo hace que el cadáver de Agamenón aparezca sobre la escena. Shakespeare va más lejos. No pudiendo ó no queriendo empezar su drama con la escena del crimen, reproduce esa escena, actuando primero sobre los ojos y después sobre los oídos del espectador, en el acto tercero de su *Hamlet*. No contento con presentarnos la imagen gráfica del delito, Esquilo y Shakespeare evocan y engrandecen la emoción patética, el primero con los proféticos

augurios de Casandra y el segundo valiéndose de la lúgubre sombra que ven los centinelas del castillo de Elsinor. Escuchad á Casandra en la traducción de Brieva: — "Esa casa despide aliento de sangre y muerte." — Y antes: "La mujer será homicida de su marido. ¿Qué nombre daría yo á ese monstruo venenoso? ¿La llamaré víbora?" — Y antes: "¡Oh cielos! ¿Qué es lo que se está meditando? ¿Qué nueva maldad es esta que se prepara bajo ese techo? Crimen grande, muy grande, odiosísimo, contra la propia sangre; crimen que no tendrá reparación alguna. ¡Está muy lejos el socorro!"

En la primera parte de *La Orestiada* de Esquilo, no sólo Clitemnestra aparece ante los espectadores con las manos ensangrentadas, sino que el espectador ve, en el pórtico del palacio, tendidos en el suelo, los cuerpos lamentables de Casandra y Agamenón. En el *Hamlet* de Shakespeare, el espectador ve dos veces, una en pantomima sin diálogo y otra en diálogo con pantomima, morir á un rey emponzoñado traidoramente por el amante de su mujer, la que se convierte con facilidad en esposa y cómplice del asesino. En ambos casos, el drama entra de lleno por los ojos, y en ambos casos los criminales matan sirviéndose por sus propias manos del puñal ó la pócima. Es distinta la conducta de Lazló. Lazló sólo mata porque no impide morir. No puede inspirarle al público el miedo y el horror que le inspiran Claudio y Clitemnestra. Ésta alardea de su delito. Oidla: — "Aquí estoy en pie y serena, en el mismo lugar donde le maté; junto á mi obra. De manera lo hice, y no he de negarlo, que ni pudiese huir, ni defenderse de la muerte. Envolvíle, como quien coge peces, en la red sin salida de rozagante vestidura, para él mortal. Dos veces le hiero; lanza dos gemidos, y cae su cuerpo desplomado." —

Es decir que Esquilo, no contento con herir nuestros ojos sirviéndose del cuerpo todavía caliente de la víctima, hace que el asesino nos cuente los pormenores del asesinato, para meter en nuestros oídos la imagen verbal. No negaremos que Víctor Pérez Petit ha modernizado el asunto. Es indiscutible que Lazló no puede matar como Claudio, y que Adelina no puede servirse de las mismas armas de Clitemnestra. De esto se deduce que ciertos asuntos no deben tocarse, porque, al resucitarlos, disminuimos su intensidad dramática, quedándonos muy lejos de Esquilo y de Shakespeare.

Bueno es tener en cuenta que, por lo general, todos los trágicos han procedido del mismo modo que el autor griego y el autor inglés. En primer lugar todos ellos han utilizado, lo que no hace Pérez Petit, un gran recurso artístico, el recurso de lo sublime de mala voluntad. Ya hemos visto cómo habla Clitemnestra. Acordáos de cómo hablan Yago y Richard. Lazló da lástima. Lazló se suicida. Claudio dispone que Hamlet vaya á Inglaterra. Rosencrantz y Guildenstern, los acompañantes del príncipe, llevan un mensaje en que el rey de Dinamarca pide al rey de Inglaterra que degüelle á Hamlet. En segundo lugar, todos los trágicos comprendían que, en el teatro, sólo se llega á la sensibilidad sirviéndose de las imágenes que impresionan pictóricamente los oídos y los ojos, pero más de las que impresionan los ojos que de las que impresionan los oídos. Y al decir trágicos no me refiero sólo á los autores que escriben tragedias, sino á todos los autores que escriben obras dramáticas por las que circula el soplo patético, el soplo que nos empequeñece y nos aterroriza, el soplo levantado por las rémiges de alguna pena injusta y enorme. Corneille hace que el público presencie el suicidio de

Jason. Racine nos obliga á escuchar las últimas palabras de Fedra. Calderón coloca el cadáver aun tibio de Leonor en los brazos hercúleos del justiciero Almeida. En Lope vemos, atravesado de una lanzada, al galán Macías. Mucho más tarde, Schiller hará que, ante nuestros ojos, Fiesco muera ahogado por Verrina; que Juana de Orleans, herida en un combate, muera ante nuestros ojos; que Gessler muera, ante nuestros ojos, gracias á lo certero de la flecha de Tell; y que don César, ante nuestros ojos, se rompa el corazón de una puñalada y ruede sin aliento á los pies de Beatriz. En la misma forma, siempre ante nuestros ojos, el duque de Rivas hará que don Álvaro mate á Calatrava y que don Alfonso mate á Leonor, como Hartzenbusch hará, siempre ante nuestros ojos, que doña Mencía se atraviese el pecho con un puñal. Más tarde aún, pero siempre ante nuestros ojos, Cátulo Mendès hará que Mancián mate de un tiro de fusil á Lázara; Alejandro Dumas hará que mueran, acuchillados por orden de su propia madre, los hijos de Margarita y Buridán; Víctor Hugo hará que Triboulet abra, ante nuestros ojos, el saco en que agoniza la pobre Blanca; y más tarde aún, mucho más tarde, asistiremos á la agonía ó veremos los sangrientos cadáveres, en Enrique Bataille, de aquella Gracia, muerta por el amor de Lechatelier; en Arturo Bertrade, de aquel Theresy, muerto de un tiro de revólver por Juana Morín; en Gabriel d'Annunzio, de aquel Lázaro, muerto de un corte de hacha por Aligi; y en Victoriano Sardou de aquel Andréas, amado por Teodora y muerto por orden de Justiniano. ¡Es que la imagen visual, la imagen gráfica, la imagen que imita lo rojo de la sangre y el sueño de la muerte, ha sido siempre la mejor productora del estremecimiento trágico, del soplo patético, del sagrado y hondo terror

que aplasta, desde Esquilo á Shakespeare, desde Corneille á Hugo, desde Gœthe hasta Ibsen, desde Echegaray á Marquina!

Augusto Vitú ha observado perfectamente que el drama completo y complejo de Shakespeare, "entra por los ojos en la imaginación de los ignorantes y por los oídos en el intelecto de los que piensan." — Vitú habla también de "un horror inexpresable", de "algo terrible", que él y yo hemos encontrado en *Hamlet;* pero que yo no he encontrado, ni el crítico francés encontraría, en ninguno de los cuatro actos de *Yorick*. Esta obra tiene el peor de los inconvenientes: leyéndola ó asistiendo á su representación, uno se olvida del drama de Víctor Pérez Petit, para pensar en el monólogo de Hamlet, en la muerte de Ofelia, en el cementerio donde el príncipe habla del polvo de Alejandro, en el vino que Claudio emponzoñó y en el envenenado florete de Laertes. ¡Es que no se debe tocar aquello que enfloró con el aire de sus alas la musa de Shakespeare! ¡Es que, sólo siendo Shakespeare, puede uno atreverse á evocar las visiones que cruzaron por los ojos del numen de Esquilo!

Tan verdad es esto que, si Esquilo y Shakespeare no existieran, nos interesaría profundamente, por su fondo y por su factura, la tragedia de almas de Víctor Pérez Petit.

El Esclavo - Rey, que es una comedia dramática en tres actos, se estrenó el 3 de Julio de 1907 en el Teatro Nacional de Buenos Aires. Reyes, empleado superior es una institución bancaria, no encuentra linda y encuentra tonta á su pobre mujer. Camila es, á los ojos de aquel marido á la moda, la chatura, la rutina y el aburrimiento, á pesar de que es buena, dócil, trabajadora y de pasta de mártir. Reyes necesita vivir, moverse, gozar, hacer el alcornoque y darse al diablo.

Y como es natural encuentra un paraíso, á cambio de cinco mil pesos todas las semanas, en Lisetta, una parienta de Zazá, una hermana postiza de Manón, una estúpida cantatriz del Casino. Reyes, nuestro Reyes, apasionado de aquella joya, hace pasar hambre y desnudeces á su familia, entrampándose hasta los ojos y no teniendo minuto de quietud. Los miles vuelan y la vergüenza vuela también. Reyes, en fin, roba á su mitad, que ya no le es cara, el anillo de nupcias con que la agasajó y suspende las lecciones de piano de su hija, porque es preciso ahorrar, ahorrar hasta el sol y el aire, para que á la casinera nada le falte y todo lo tire. Puesta á tirar, también tirará á Reyes, hecho un guiñapo, por la ventana. Por fortuna doña Fermina, la madre de la esposa sencilla y fea, sustrae á su marido un puñado de libras y otro de papeles, para que le compren un piano y le paguen un profesor á su nieta Isabel. Camila guarda cuidadosamente el dinero bendito, en tanto que Reyes, cada vez más loco, utiliza, como cosa propia, los fondos que le entrega un comerciante de Pernambuco para retirar una letra del Banco. Esta es la exposición, en la que ya se observa el defecto que notaréis en toda la obra, defecto que consiste en haber extremado el autor la neurosis lujuriosa de Reyes. Andan por allí el Balzac de *Los parientes pobres* y el Zola de *Nana*. Por la sangre de Reyes circulan los desperdicios de la sangre de un coronel y de un conde que yo conozco mucho. Quiero agregar, porque es de justicia, que estas similitudes, que estos entroncamientos son tan débiles, tan lejanos, tan imperceptibles, que estoy seguro de que no se percató de ellos Víctor Pérez Petit. Éste no halló su personaje, su débil y antipático personaje, en ninguna novela: lo halló en la vida, como la vida suministró los suyos, que serán eternos, á Zola y á

Balzac. Desde la escena inicial hasta la última escena del primer acto de *El Esclavo - Rey,* Reyes es un polvorín, un trueno, un zarpazo, un manojo de nervios que vibran como fustas, y una inconsciencia que nos hace sufrir dándonos una idea muy triste de la humanidad. Esa inconciencia, noche en que no brilla ningún rayo de luz; esa inconsciencia, inaccesible á la duda y que no se permite ni un minuto de contrición; esa inconsciencia hace que el héroe del drama se nos antoje por demás rectilíneo, siendo esa inconsciencia posible, pero poco probable, en un ser que de continuo tiene ante sus ojos los inquietos y tímidos y pálidos y dolientes semblantes de sus víctimas. En el coloquio entre Reyes y Larrea, el autor pudo y debió poner una llamita azul, algo de humano y noble en la locura de aquel licencioso, pues es bien sabido que por mucho que nos fascine la voz de las sirenas que venden sus favores al primero que pasa, el comprador sacude el embrujamiento, el comprador se bate consigo mismo y el comprador trata de filosofar sobre sus acciones, cuando se halla distante del ser que le embruja y cuando desaparece el influjo de la presencia de que nos habla el numen psicológico de Bourget. É insisto en que la llamita azul era necesaria, insisto en que convenía humanizar aquella ceguera absoluta, teniendo en cuenta que algunos conatos de reacción, de bondad natural, no sólo harían más simpático el personaje y más doloroso el conflicto, sino que servirían, con la ayuda de las circunstancias, para justificar el que vuelva en sí, al final de la obra, el cariacontecido amante de Lisetta.

Y pasemos al acto segundo, que es el más animado, que es el más movido, que es el más escénico, que es el más teatral de los actos de *El Esclavo - Rey.* En este acto, Lisetta trata á Reyes con un despego y una

altanería aleccionadoras, con el más amargante de los despegos y con la más despótica de las altanerías. Primero lo despide como á un criado, porque Reyes no puede darle el dinero que necesita para comprar un rocín de tiro, y después lo insulta, lo insulta cínica y soezmente, porque Reyes se permite sorprenderla en los brazos de Ladislao. En italiano, en muy buen italiano, — ya hablaremos de eso, — le dice que le aborrece, que adora á otro, que la tiene hastiada, que la fastidia y que la deje en paz, y huye, se esconde en el cuarto donde está su amante de corazón, y cierra con estrépito la puerta de su cubil de loba en la cara de Reyes, que cae de rodillas, sollozando, miserable, vencido, torpemente inmundo y diciendo al cortinaje que estruja con sus dedos: "¡Lisetta!.... ¡Lisetta!" — Y aquí concluye el segundo acto. Es el mejor. Todos los personajes dialogan bien. Los coloquios son chispeantes y gráficos. La acción se desliza rápida y natural, siendo de primer orden, como arte y verdad, la última escena, la escena odiosa y terrible entre Lisetta y Reyes. — ¡Oh vida! ¡pícara vida! En los palacios, en las embajadas, en las trastiendas, en los talleres, en todas partes, los monstruos del deseo dibujan la sombra doliente y simiesca del conde Muffat! — Vuelvo á mis salvedades. ¿Por qué Lisetta y Manón no hablan sino en italiano durante todo el único acto en que aparecen sobre la escena? ¿Porque son italianas y no saben hablar en español? ¿Por respeto á la realidad, sin la que el arte de la escena deja de ser arte? Bueno; pero supongamos que Lisetta y Manón fuesen rusas, alemanas ó inglesas. Entonces, por respeto á la realidad y echando en olvido que en el teatro hay que reservarle su trozo de botín á lo convencional, las cantatrices del drama que critico deberían necesariamente hablarnos en lengua mosco-

vita, inglesa ó germánica. ¿Quién las entendería? Por la misma causa, en el acto tercero de *Fedora,* el diálogo, aquel admirable diálogo en que se nos cuenta la trágica aventura de Loris Ivanof, deberían entablarlo y sostenerlo en ruso Fedora y Doris, lo que hubiera hecho que la Sarah y la Duse no se aviniesen á representar la obra de Sardou. El espectador no está obligado á saber más idioma que el suyo. Si nuestro público aceptó la prueba á que le sometía Víctor Pérez Petit, es porque el italiano le es casi familiar en virtud del cosmopolitismo de nuestro ambiente ¿Hubiera sucedido lo mismo si Lisetta y Manón hablasen como se habla en Berlín ó en Moscou, en Cristianía ó en Constantinopla? No. El público, entonces, no hubiese entendido á Lisetta. El público hubiera mandado á paseo á Manón. Esto demuestra, palmariamente, que el teatro no puede prescindir de lo convencional, que lo hecho por nuestro dramaturgo de poco vale, y que todo aquello tan sólo sirve para probarnos que la lengua italiana no le es desconocida al doctor Víctor Pérez Petit.

Llego al último acto. Reyes aun sigue pensando en Lisettta. Cuando Larrea le felicita por haber roto el dogal estrangulador, Reyes se indigna y vuelve á tronar. Aquella ruptura "le aniquila, le hunde, le desespera." En vano Larrea le dice que la cantatriz sólo ama el dinero. Reyes quiere hablar de nuevo con la cantatriz y arrastrarse á sus plantas, mendigando otra vez un puesto en la mesa del festín de todos. No quiere pensar en nada, en nada que no sea aquella viciosa, aquella insolente que dirige los hombres á puntapiés. Por un instante parece recobrar la razón. En el Banco, de que es cajero, se sospecha que utilizó unos fondos que no eran suyos, aquellos fondos que le entregó Morales para retirar una letra que iba á

vencerse. La señora de Morales, que en aquellos momentos visita á Camila, así se lo dijo al Gerente del Banco. ¿Qué hacer? ¡Le esperan la cárcel y el deshonor! Entonces Reyes le pide á su hija que le perdone sus hurañeces; pero no os engañéis ni os enternezcáis. Reyes, al ablandarse, no piensa en su hija. Lo que busca es alguno que le consuele y solloza delante de aquel pudor, diciéndole lo mismo que le dijo á Lisettta: "¡Soy tan desgraciado, tan desgraciado!" —Al fin Camila se encara con Reyes. Es madre, es esposa y quiere saber por qué robó aquel hombre. Reyes confiesa que robó para otra mujer.

"*Camila.*—*(Con profundo dolor)* ¡Luego, luego es cierto! ¡Tú has hecho eso! ¡Tú has robado para....! *(Con creciente exaltación)* Pero, ¿qué te he hecho yo para que me hicieras eso? ¿En qué te ofendí? ¿Qué motivos te he dado para que me engañaras? ¿No he sido buena, leal, trabajadora? ¿No te he querido siempre, siempre, con toda el alma, como el primer día que nos casamos? ¿No he pasado por todos tus gustos, por no contrariarte, por no disgustarte? ¿Por qué has hecho eso?....

"*Reyes.*—No sé.... déjame.... Me haces daño....

"*Camila.*—¡Te hago daño!.... Pero tú, ¿tú no me lo haces á mí? ¿No me lo has hecho siempre? ¿Qué he sido yo á tu lado? ¿Qué he sido en esta casa? Un mueble más, no sé, algo menos que un mueble.... una cosa, una triste cosa encargada de servirte, de agasajarte, que se arrumba, que se echa á un lado cuando ya no sirve.... Y todo, todo lo he soportado en silencio: tus iras, tus odios, tus vejámenes, hasta tus golpes...."

En estos andares, llega una carta. Camila la toma. Reyes la sacude, la voltea y le retuerce el brazo hasta que se la quita. La carta es suya. Presiente que es una

carta de la cantatriz. Tal vez el arreglo y la vuelta al fango. La carta es de Larrea. Larrea les anuncia que está decretada la prisión de Reyes. Camila perdona. ¡Vale un mundo Camila!

"*Reyes.* — Estoy perdido, perdido.... Van á prenderme, ¿lo oyes?

"*Camila.* — Preso, no puede ser.... es imposible.... Tiene que haber algún medio para salvarte....

"*Reyes.* — No hay ninguno.... Estoy perdido....

"*Camila.* — ¡Eso es horrible!.... Yo no quiero que te lleven, Reyes!

"*Reyes.* — Estoy perdido.... perdido....

"*Camila.* — No, no, no.... Á ver.... piensa....

"*Reyes.* — Es inútil.... Sólo devolviendo el dinero.... Y ya vés.... no tengo un céntimo....

"*Camila.* — *(Galvanizada)* ¡Ah! — *(De pronto, con un brusco arranque* ¡Aguarda!"

¡El dinero de la abuela! ¡El dinero bendito! ¡El dinero para comprarle un piano á Isabel! Camila se lo entrega á su marido. Reyes palidece y se turba. ¿Qué es lo que pasa? ¿No es suficiente aquello? ¿No está salvado? De la cárcel, sí; de su vicio, tal vez. Aquel carácter es poco humano. Hay que tenerles miedo á los absolutos, á los rectilíneos, á los incapaces de contrición espontánea y formal.

"*Reyes.* — *(Va á salir; pero de pronto se vuelve, arrepentido)* Oye....

"*Camila.* — Pero anda, ve, aún es tiempo....

"*Reyes.* — Camila, escúchame.... Perdóname, Camila.

"*Camila.* — Todo lo he olvidado: te he visto sufrir....

"*Reyes.* — No, no es eso.... *(Vacilando)* Escucha: ahora, hace un instante, cuando me diste ese dinero, durante un minuto.... perdóname....

"*Camila.* — *(Dolorosamente)* ¡Reyes!

"*Reyes.* — No, no temas.... Fué la última vacilación.... Ahora estoy salvado.... Iré á retirar la letra.... Gracias, Camila...."

Camila no debe fiarse mucho. En la calle volverá la obsesión, el vértigo, la hechicería. ¡Es muy posible que aquel dinero sirva para comprarle una joya á Lisetta! ¿Decís que calumnio al bueno de Reyes? ¿Quién tiene la culpa de mis desconfianzas? El autor, que no ha dejado que aquel loco batalle ni medio segundo con su locura. El autor, que lo ha hecho de una sola pieza, sin articulaciones, incapaz de un momento de voluntad y de raciocinio. Por eso dije que faltaba la llamita azul; ¡la llamita que siempre parpadea en el fondo del alma de los corregibles! Y conste que si, como crítico, me hubiera gustado que Reyes se pareciese al mundo que conozco, como moralista me felicito de que Reyes sea como el autor lo ha hecho, porque así no inspira compasión alguna y porque así encontramos más antipática su estupidez. Toda nuestra alma se vuelve hacia Camila, hacia la casa triste en que sufren Isabel y Matías. Camila impecable, Camila amorosa, Camila apiadada, impide que busquemos excusas para Reyes, y esto ya es mucho, esto es muchísimo, esto hace que el público sienta el latigazo de la lección moral, eso convierte al drama en un drama sincero y civilizador. ¿No será, al fin de cuentas, esto y no otra cosa lo que buscaba la musa que le dió vida, la musa de talento robusto y habilidad grande que urdió su trama con sedeños hilos? Esto es, sin duda, lo que usted pretendió. Es usted muy lince; pero á mí no me engañan sus matrerías, doctor Pérez Petit.

Confesemos que hay en Víctor Pérez Petit, como en la mayor parte de nuestros dramaturgos, una sed

de realismo de que carecen las obras más realistas de Emilio Augier y de Alejandro Dumas. Éstos, para rehacerse la mano, releían las obras de Eugenio Scribe, y siendo un poco declamadores, hicieron de muchas de sus comedias, empalagosas comedias de tesis, aun cuando, muy amigos del estudio de las costumbres y de la pintura de los caracteres, han realizado los tipos célebres y durables de Giboyer y Alfonso. El estilo de nuestros dramaturgos, menos retórico y más descuidado, — como lo exige el medio en que suelen actuar sus personajes, — puede llegar á ser un excelente estilo teatral, menos libresco y menos chisporroteador, como más semejante al modo de decir del diálogo familiar, que el estilo de burguesía, que el estilo respetuoso de la moral común que usaba Emilio Augier, y que el estilo de tiradas y paradojas, el estilo de predicador á lo protestante y de artificiosos golpes de efecto, que podréis observar en Alejandro Dumas. La impresión de la realidad, de lo sensible, de la naturaleza, de lo humano, de la vida y de lo verdadero, que es verosímil además de verdadero, vino más tarde, no con las obras sin teatralidad que dieron á la escena Emilio Zola y Edmundo de Goncourt, sino con las obras, no menos veraces y de más tecnicismo, de Enrique Becque y de Jorge Ancey.

Es que, en el teatro, no basta sólo la realidad. La realidad, que es sólo realidad, no triunfa en las tablas. En el teatro, para que triunfe, es preciso que la realidad sea dramática y representable. ¿Por qué? Porque, como decía el viejo Sarcey, el teatro tiene sus reglas de óptica especial, como tienen sus reglas especialísimas todos los géneros y todos los espectáculos populares. El libro, rechazado por la masa, puede salvarse si cuenta con el apoyo de los selectos; pero la obra teatral necesita del aplauso de la mu-

chedumbre, porque, sin el sostén de la muchedumbre. el éxito literario de la obra dramática se convierte en éxito de lectura y de librería. El realismo, por otra parte, no está sólo en la tarea de lo escrito, en la tarea de los autores. El realismo está también en el decorado, cuando éste es una exacta reproducción del medio, y está también en el juego de los intérpretes, que debe ser de la mayor naturalidad posible. En cambio, ahora como antes, la obra teatral necesita sentir con el sentir de moda en el medio ambiente, pues á pesar de todas las adoraciones cantadas al arte objetivo, el público no sabe permanecer neutral entre lo bueno y lo malo, entre lo que juzga generoso y lo que juzga innoble. Como ahora lo generoso es la rebeldía, la guerra al prejuicio, el rencor á lo viejo, el alarde de ser fuerte y vivir sin trabas, los autores y el público dan en aplaudir y en glorificar egoísmos y miserias tan poco dignas de recomendación como la tesis de *Los derechos de la salud* de Florencio Sánchez. Esto, en resumen, también es una moda, un hábito, una modalidad momentánea, porque es tan artificioso y banal como las modalidades burguesas de Scribe ó como las antítesis románticas de Hugo. Bueno es decir que nuestra dramática, ya de por sí, tiende al naturalismo, porque sus personajes, aun los más altos, no pasan de ser personajes de la clase media, y porque sus asuntos, aun los más transcendentes, son asuntos trenzados con sucesos comunes. Víctor Pérez Petit, como veremos, no es un audaz; no adula las malas pasiones del público; no alardea de regenerador; no hace de una paradoja inhumana un ideal futurista y humano; no es del todo indiferente á la moral burguesa, y hábil, leído, estudioso, hombre de biblioteca, sabe que el bien, la justicia, la lealtad, la virtud y el vicio no se

diferencian grandemente de lo que fueron en los lustros de Aristófanes ó en los lustros de Plauto.

Y Víctor Pérez Petit tiene razón. Estoy convencido de que la tiene. Se lo aseguro. La piedad, el honor, el culto del deber, el respeto del sacrificio, son cosas eternas, luces que no se apagan, fuentes que no concluyen. Hay muchos que leen sin saber leer. Leer es muy difícil. Hay quien sólo sorprende la gracia, la ligereza, lo fosforescente, lo paradógico, lo que el dramaturgo arroja á las galerías como un domador arroja una piltrafa á sus leones núbicos. Al fondo no llega. No ve nunca las arenas doradas del fondo. No divisa los astros que están en el seno obscuro de la noche infinita y augusta. Por eso la crítica de impresión es una mala crítica. Es esa crítica la que ha calumniado al teatro moderno, al teatro de hoy. Esa crítica, que todo lo fía á la incordura del primer momento, que no sabe estética, que es muchedumbre, no ha comprendido aún y nunca comprenderá que Becque no es un misántropo, que Lavedán es un moralista burgués, que Brieux se preocupa de las cosas nobles en todas sus comedias, y que Porte Riche ha hecho del amor que sufre, del amor que se rinde, del amor que se da en espíritu y en materia, el amor que pone un cerco violado en los grandes ojos de Germana y Francisca. Esto lo sabe, afortunadamente, Víctor Pérez Petit.

Tras *El Esclavo - Rey* vino *La Rondalla,* drama en tres actos estrenado también en el Teatro Nacional de Buenos Aires el 16 de Setiembre de 1907. Don José de Maturana dijo de esta obra: "La Rondalla es un cuadro pintoresco, doloroso en el fondo y hábilmente fidedigno. Es un pasaje de la vida, un episodio familiar y bien visto, inspirado esta vez en la sentina de ese pueblo que habita por las callejas del suburbio

metropolitano." Y Maturana agrega: "La trama de la obra es, indudablemente, muy sencilla, y hasta vulgar, si se quiere; pero si ella no acusa una originalidad en tal concepto, el autor ha sabido en cambio, dentro de esa misma sencillez, rodear las situaciones principales de un buen caudal de escenas reales, y movidas. La acción se va destacando, nítida, en medio de incidentes oportunos y vivos que, lejos de parecer superfluos, enriquecen el conjunto y detallan tanto el carácter como el ambiente en que el drama tiene su desarrollo, con ágiles pinceladas y colorido apropiado." Y Maturana concluye: "Pérez Petit ha presentado una obra que, no obstante la vulgaridad inevitable de ciertas escenas, se nos antoja un poema. El ambiente está reflejado con fidelidad. La psicología está bien definida. Hay color y sinceridad en el drama."

Agreguemos nosotros que el personaje de más transcendencia en la obra de Víctor Pérez Petit es la jota de *La Dolores*. Con esa jota, en la calle obscura donde sueña y sufre el alma de Tilde, principia la obra, y con esa jota, que pasa y vibra frente á la ventana en que Tilde recuerda y se muere, la obra concluye. ¿Quién es Tilde? ¿Qué influencia ejerce la jota de Bretón sobre su destino? Tilde, ó Matilde, es la Cenicienta en un hogar humilde en que juntan sus pobrezas y sus ilusiones tres huérfanas avispadas, cuya aguja hace milagros para mantenerse y para mantener la decrepitud sin bríos del Abuelo y la viciosa holganza de Pancho, un tipo criollo que también explotó, con abultamientos de caricatura, la musa escénica de Florencio Sánchez.

Tilde es la sufre-penas de Simona y de Luz. Ella carga, á pesar de lo endeble de su constitución, con el quehacer más rudo de la casa, sin que el Abuelo y

Pancho se atrevan á intervenir, porque Simona tiene la mano larga, porque Luz tiene dura la autoridad, y porque, es claro, si Pancho y el Abuelo intervinieran, podrían quedarse sin pan y sin albergue el Abuelo y Pancho. ¿Qué hacer, entonces? Callar, repudrirse, llamarse á sosiego, y ver sufrir á la hermana menor, que por dulce y por tierna y por bien mandada colocarían sobre un altar, entre cirios ardientes y jarros de flores, aquellos dos hombres, aquellos dos vencidos, aquellos dos quebrados, aquellos dos incapaces de luchar con la vida y de imponerse á la brutalidad de las realidades.

En el infierno de Tilde hay un rincón bañado por un reflejo de las lámparas que alumbran el paraíso. En aquel rincón cantan dulce, muy dulce, todos los cardenales del ensoñar. Es el amor de Pepe, un tipógrafo de buen ver y de buen oir. Tilde tiene miedo. ¡Lástima sería que también aquel rincón asoleado se ennegreciera! Pepe pregunta, viéndola un si es ó no es, cariacontecida:

"*Pepe.* — Pero, vos; ¿vos dudás?....

"*Tilde.* — ¿De tu cariño? No, Pepe, no quiero dudar, porque.... si dudara.... ¡Dios mío!....

"*Pepe.* — Pero, en fin, debés explicarme....

"*Tilde.* — No, no; no es nada. Zonceras mías, no más.... ¿No vés? Ya estoy contenta. ¿Y vos, qué has hecho hoy?.... ¡Ah, me olvidaba! Anoche te sentí pasar con tus amigos....

"*Pepe.* — ¿Y dudás que te quiero? Si no te quisiera no me tomaría el trabajo de darte serenata.

"*Tilde.* — Sí, Pepe, me querés.... Yo sé que me querés....

"*Pepe.* — ¿Te gustó la combinación de bandurrias y mandolinos, en vez de guitarras?

"*Tilde.* — ¡Oh, es más bonito! ¡Qué tiene que ver!

Y después, todos tocan muy bien, con un compás... Pero, decíme, la marchita de anoche, ¿es nueva? No la conozco....

"*Pepe.* — Es nueva, sí. La hemos aprendido recién estos días....

"*Tilde.* — ¿Cómo se llama?

"*Pepe.* — La rondalla. La rondalla de *La Dolores*, una pieza que dan en el teatro....

"*Tilde.* — Es preciosa. Yo estaba por acostarme, cuando los sentí venir, calle arriba.... ¡Si vieras! El corazón me dió un vuelco de alegría.... Es Pepe, es mi Pepe que viene ahí, — me dije. Es por mí que esa música va así, por la calle, en el silencio de la noche.... Y alcé la cortina de la ventana para verte."

Y en esta escena, en esta escena cuyo diálogo denuncia sentimiento y arte, Tilde obtiene que Pepe le asegure que no la abandonará nunca y que jamás ejecutará aquella rondalla ante las rejas de otra mujer. En todas estas andanzas Simona, á fuerza de decirle picardías á Pepe y Pepe á fuerza de decirle gracejos á Simona, concluyen tontamente por enamorarse como dos pichones que tuviesen un poco de veneno en el pico y cortadas las puntas de las alas, consiguiendo Simona de la ligereza de aquel mujeriego que comunique á Tilde que cambió de quereres y de aficiones. ¡Ya, por la noche, pasará por otra junto á aquellas rejas, que ahora sí que son rejas de calabozo! ¡Ya Pepe no visitará aquella casa para ver á Tilde, que ya no sabe qué hacerse en aquella casa! ¡Ya, para Tilde, se esfumó el sueño del príncipe Deseado, porque el heraldo de la leyenda pondrá el zapatito, el zapatito de seda y oro, en el pie de la aguda y triunfante Simona! ¡Es una alhaja Pepe!

No puedo abusar del público y del editor parándome en detalles, pues es justo que evite que este li-

bro os recuerde el cuento de Sancho. Baste saber que es muy humano el modo como Simona le quita á Pepe la voluntad, y que también está tomada del libro de la vida la querella que entablan, en el acto segundo, Simona y Luz, querella de suburbio en que la mano de Luz santigua á Simona. Merece citarse, por bien tallada, la escena con que finaliza el acto primero, en que Pepe se va de baile con Simona, dejando en pesares y lloros á Matilde, como juzgo asimismo que merece citarse la escena en que Luz encuentra natural que Pepe cambie de amores, riéndose de Tilde que agoniza y de las apiadadas cóleras del Abuelo.

En el acto tercero, el Abuelo y Tilde cambian de nido. Viven lejos de la envidia y los odios de las dos hermanas, que no parecen hermanas de Tilde. ¡Cosas de la vida! El Abuelo se emplea en labores de talabartería. Tilde está muy enferma, tan enferma que por lo demacrada parece un cadáver. Pancho, enternecido, trata de ayudar al Abuelo y consolar á Tilde. Tilde sorprende al Abuelo trabajando y llora. El Abuelo llora también. Tilde tiene el presentimiento de que se va á morir y le pide al anciano que, si llega á morirse, le ponga en el cuello una cruz que Pepe le regaló. Tilde quiere que el Abuelo le traiga la cruz, y el Abuelo va á buscarla en el fondo del baúl de Tilde. Entonces, cuando la abandonada se queda sola, se oye el ruido de la rondalla, el compás de la jota que se aproxima, que pasa, que se aleja, que va á cantar allí, frente á la casa donde sonó otras veces en honor de Tilde. Y aquel vibrar de las guitarras y de las bandurrias concluye con el resto de vida que le queda á la joven, como si las cuerdas de las bandurrias y de las guitarras, apretándole el cuello, la estrangulasen traidoramente; y el abuelo, que halló la cruz, halla, al volver, á Tilde

dormida, dormida para siempre, y dormida en un sueño por el que acaso vaguen las visiones y las alegrías de su mustio adorar, las visiones y las alegrías con que la mecieron las mentirosas promesas de Pepe.

Que otro señale errores y remembranzas. Yo, ¿para qué? Á mí me parece que hay arte, y arte fino, y arte sutil, y arte sincero en la obra del autor uruguayo. Encuentro en ella algunos abultamientos y algunos pormenores innecesarios; pero me gusta el estilo por su propiedad; me gusta lo hábil de la combinación de lo grotesco con lo dramático, me gustan muchos de los episodios y hasta me gusta, — aunque he visto morir á Adriana, morir á Margarita y morir á Frou-Frou, — el modo cómo muere la pobre Tilde. ¡Oh poesía, tú siempre serás belleza, y yo, como el público, siempre aplaudiré á la rondalla que en la noche tibia, en la noche suave, en la noche quieta, en la noche azul, en la noche estrellada y misteriosa, en la noche que trae recuerdos de amor, pasa y suena, flota y desaparece llevándose el alma purísima y el último suspiro de Matilde! ¡Poeta, has llorado y has hecho llorar, perfumando con los óleos de lo que perdura el ambiente que agitan los rasgueos musicales de *La Rondalla!*

Concluyamos. *Claro de luna,* es una joyita, una delicadeza. Un joven seduce á una maestra de piano. Nace una niña. El joven, doce años después y obligado por su familia, va á casarse con una mujer de su misma posición social. Tiene que anunciar la boda á su querida. Aquella boda es la ruptura, el abandono, algo así como una puñalada á traición. Un amigo entretendrá á la chicuela, en tanto que el seductor le dice á la madre que se va á quedar sola, sola en el mundo, sola con su hija y sola con su falta. Hay una doble escena. En el jardín, el amigo hablando con la niña.

En la casa, el amante desengañando á la amorosa. Una gran ventana, llena de luz, deja ver todos los detalles de la escena de la casa á los que hablan en el jardín. Se ve á la mujer primero alegre, después atenta, luego preocupada, luego afligida, después llorando á sollozos. La niña, sorprendida, pregunta al amigo la causa de aquella desesperación. El amigo no sabe qué responder. La niña recuerda que tiene en sus manos un talismán que tranquiliza siempre la atmósfera del nido en que nació. Es una sonata de Beethoven, al compás de la cual se conocieron y se adoraron el mozo rico y la maestra humilde. Corre al piano. La sonata vibra, los amantes se abrazan y la dicha vuelve. ¡Romántico, pero hermoso, como casi todo lo romántico! ¡Romántico, y con un poquito de misterio y de sugestión, como las obras de Mæterlinck!

¿Cómo compone sus obras dramáticas Víctor Pérez Petit? De un solo golpe; en tres ó cuatro días. Fuma y no come, como hechizado y poseído por lo que está escribiendo. Primero, la idea general. Después, el estudio del medio. El medio le proporciona los personajes. El génesis de *La Rondalla* fué su deseo de pintar las rencillas y las angustias que la escasez engendra en un hogar casi ineducado. El génesis de *Yorick* se encuentra en la pregunta, que el autor se hizo, de cómo procedería un hombre de nuestro tiempo colocado en la misma situación de Hamlet. En *Cobarde*, el génesis se halla en un conflicto espiritual: en el pleito entre el honor y la palabra empeñada dentro de nuestro ambiente nativo. El génesis de *Claro de luna*, — poder de la música, — debéis buscarlo en la audición de una sonata de Beethoven titulada así. Una idea honda y el drama nace. Después vendrán el medio y los héroes. Se los dará la vida. Antes de

escribir *La Rondalla,* el poeta visitó los suburbios y entró en los conventillos. ¿Os parece poco todo lo que antecede? Pues si os parece poco, preguntadle por lo que falta al genio sutilísimo y á la escénica habilidad de Víctor Pérez Petit.

CAPÍTULO IX

Daniel Martínez Vigil

SUMARIO:

I.— Una vida. — Un carácter. — Una independencia. — Una virtud. — El polemista y el orador. — Trozos de su prosa. — *Discurso político.* — *Á la Juventud.* — *Conferencia crítica.* — *La bancarrota universitaria.* — Una salvedad.

II. — En el club Rivera. — PROPIO Y AJENO. — Réplicas de *Papillon.* — Contrarréplicas de Daniel Martínez Vigil. — Algunos párrafos magistrales. — *En el aniversario de Misiones.* — Lo que dos diarios dijeron. — *En el centenario de Las Piedras.* — Comentando una vida y una oratoria.

III. — Tirteo. — Sus descendientes. — *Las dos fuerzas.* — Los héroes de hoy. — *La grey de Epicuro.* — *Excelsior.* — Una musa inspirada y viril. — *Gladiatoria.* — Como vuelan las águilas. — El mirmilón y los reciarios. — Versos de amor. — Algunos diamantes del joyel de *Minucias.* — Párrafos de una carta. — Pidiendo justicia.

IV. — Estoico y pesimista. — Semejanzas y diferencias. — Exceso de brío y escasez de resignación. — Bondad de la forma. — El arte por la idea. — Lo que dice Guyau. — Dos máximas de La Rochefoucauld. — El arte tiene un objeto social. — Un párrafo de Lamartine. — Otros versos de nuestro poeta. — Enrique Rivera y Alfredo Zuviría. — La misión universitaria. — La reforma constitucional. — Fin de este capítulo.

I

Nace en 1868.

Nace en Montevideo.

Es doctor en jurisprudencia, doctor en derecho.

Es filósofo, poeta, orador, polemista político.

Sabe mucho, y todo lo que sabe, lo sabe bien.

Escribe con primores poco comunes y con una abundancia maravillosa.

Ha colaborado en todas nuestras revistas y es un maestro en el arte de hablar á las muchedumbres de su partido.

Es probo; es valiente; pasa por excéntrico; dice la verdad con noblezas viriles; cree en los milagros de la virtud.

Tiene un vicio: no sabe venderse.

Tiene un defecto enorme: no gusta de adular á los poderosos.

Ese hombre es un vencido y un anormal: ese hombre, poco práctico y con muchos nervios, no culebrea.

Como polemista es osado y brillante.

Como escritor es pulido, aristócrata, multisonoro, á veces sarcástico, nunca vulgar.

Como tribuno es ardoroso y ciceroniano, rico en colores y en clarinadas, de dicción amplísima y ademán académico.

De pequeña estatura, de pocas carnes, de cabello rizoso, de frente ancha, afeitado á lo monje, pulcro en el vestir, móvil como una ardilla, de ojos obscuros y en continuo chispeo, ese poeta y ese filósofo, cuando habla, hace pensar en los tiempos de Argüelles y en la época de Dantón.

Tiene una fisonomía especial, suya, inolvidable. Tiene rasgos propios y característicos. No es plebe, no es masa, no entra en el montón. Está hecho para el retrato y la celebridad.

Su memoria es grande. Lee sin descanso. Anota con orden todo lo que lee. Los cuadernos, en que registra los apuntes hijos de sus lecturas, son preciosísimos por el método, la abundancia y la variedad.

¿Cómo piensa? — Oidle:

"No pertenezco al número de los René ni de los Werther: soy un rezagado discípulo de Schopenhauer que mira el mundo al través del prisma ahumado del pesimismo radical. Los soñadores románticos llevaban la nostalgia de su patria celeste en el corazón, y en la mirada el rayo sin calor de las tristezas infinitas. Nosotros, los que hemos aprendido á blasfemar en Leopardi y aspirado con fruición juvenil el perfume satánico de las *flores del mal* de Baudelaire, llevamos la tristeza en el pensamiento, y en las pupilas el toque de luz de las idealidades imposibles. No creo en una causa primera, ni en la espiritualidad del alma, ni en una vida de ultratumba, ni en las demás opiniones que vician la civilización actual con la supervivencia de las ideas primitivas del salvaje. Hijo de mi siglo, me siento arrastrado por sus corrientes, y en el maelstrom producido por el choque de las ideas modernas con los añejos resabios, no lanzo al agua el bagaje de mis afectos y mis esperanzas, sino que, á manera de experto nadador, sé orillar las riberas de la vida sin detrimento de mi personalidad moral."

Curioso. Muy curioso. Le maltrató la vida. Es sabido que no ha desempeñado ningún puesto público. Son contados los pleitos que entran en su bufete. Su tarea consiste en explicar, á un número de discípulos no muy grande, la lógica y la psicología. También habla de ética; pero, entonces, el número de sus discípulos se hace más pequeño. Supongo que lo mismo le pasaba á Jacobi.

Curioso. Muy curioso. Sus días son una batalla con el destino. El destino, un buitre de origen jóvico, grazna constantemente sobre esta musa, que es como una leona con fauces de fuego y músculos elásticos.

Doble virtud y mérito doble. Pasar por el mundo sin recompensas y no creer en las recompensas de lo infinito. Ser bueno por bondad. Convertir el respeto á si propio en una religión. Esto es incomprensible y es formidable.

Estoico, ¿de dónde vienes? — De la Roma de Tráseas. — ¿En qué piensas? — ¡En que hable de mí la pluma de Tácito!

Mi partido no es el partido de Daniel Martínez Vigil. Yo vengo de las carpas del Cerrito y él viene de los hombres de la Defensa. No importa. La austeridad, sea purpúrea ó blanca, siempre es austeridad. Cuando la austeridad hace nido en la casa de un pobre con talento, se la calumnia. Me dicen que es un poco desequilibrado. Es muy posible. ¿Cómo, si así no fuera, envejecería sin llegar á juez, á ministro, á legislador, á todas esas cosas que tan poco valen y tanto se buscan? — Algunos me afirman que es un ambicioso que aguarda su hora. Hace bien, si se sabe con alas para subir. El problema está en el modo cómo se asciende. ¿Acaso la cumbre se hizo para las nulidades, las apostasías y las innoblezas? No. La cumbre se hizo, según nuestras leyes, para el mérito y la honradez. La honradez y el mérito son la aristocracia de las repúblicas. El guía no debe ser sospechoso. Es necesario que el timonel sea experto y seguro. Hay un modelo: Wáshington. En mi país se prefiere á Cromwell.

Mentiría si no dijera que este filósofo y este orador olvidó algunas veces lo que Taine dice cuando habla de Swift. — "Para que un razonamiento político sea literario, es menester que no se dirija á tal interés ó á tal facción, sino al espíritu puro, que se funda en verdades universales, que se apoye en la justicia absoluta, que pueda impresionar á todas las razones

humanas: de otro modo, siendo local, no es más que útil; sólo es bello lo que es general."

Eso, en nuestra patria, sería pedirle peras al olmo. Somos hombres de presa, de bando, de apasionamiento. El epíteto y el anatema están siempre en los labios de las víctimas y de los verdugos. Juan Francisco Piquet afirmaba, hace más de una década, de Daniel Martínez Vigil: — "Está llamado á sublimar el dicterio y divinizar el insulto." — Y así podía creerse aun en 1897, cuando pronunció el primero de sus grandes discursos políticos desde el viejo escenario de Cibils.

Hay que darle á la mocedad lo que corresponde á la mocedad. Como cada estación del año tiene sus frutos, cada edad de la vida tiene su nervio propio. Está bien. Aquello pasó. Lo que á mí me interesa es que sepáis que nuestro orador ya era orador en aquel entonces, un orador que fanatizaba y enardecía con la mirada, el gesto, el ademán, la música de las frases, lo rotundo de los períodos, la abundancia de las figuras, y también por el nervio de las invectivas aplastadoras. Pereyra, Latorre, Santos y Tajes, para no citar otros, sintieron cimbrar el hacha del púgil bravío, que instauraba el proceso de los presidentes y de las situaciones colérico, animoso, apocalíptico, cercado de relámpagos, en nombre de la agrupación á que pertenecía y del país que le vió nacer. El público aplaudió, aplaudió con delirio, aplaudió largamente, y los vientos llevaron sobre sus alas el victorioso nombre de Daniel Martínez Vigil.

Con el triunfo se inició el aislamiento. El orador era audaz, irreductible, probo y dijo á la turba:

"De todo este caudal de hechos y doctrinas fluye con evidencia avasalladora, la necesidad moral y material de organizar el partido colorado sobre la base

de una independencia absoluta; el deber de empeñar una guerra sin tregua á la comandita de usufructuarios que usurean con las gloriosas tradiciones de la Defensa; y la obligación solemne de recurrir á la *ultima ratio* á que deben apelar los pueblos en sus grandes tribulaciones, cuando, agotada la totalidad de los recursos lícitos, no queda otra solución que esos cataclismos sociales que, á modo de las tormentas, tienen la virtud de purificar la envenenada atmósfera y barrer las nubes que encapotan y entenebrecen el cielo de la patria.

"¿Sabéis lo que para ello se necesita?

"Que la dirección de los trabajos tendientes al logro de la patriótica iniciativa perdure en manos de hombres austeros, de aquellos que no posponen sus ideales de ciudadanos á las canongías de los puestos retribuídos fastuosamente, y que no saben vender sus derechos de primogenitura cívica por un asiento en los festines baltásicos del oficialismo."

¡Cómo! ¡Renunciar al auxilio del comisario y al voto con grilletes del barrendero! ¡Eso es imposible! ¡Este hombre está loco! ¡Un vientre con pudores! ¡Desentonaría en el festín de Trimalción! ¡Nuestros partidos necesitan de filósofos á la manera de Chilón Chilónides! ¿No es verdad, Petronio? ¿No es cierto, espíritu de Sienkiewicz?

¡Un ciudadano que piensa á lo Séneca y no vive á lo Séneca! ¡Qué atrocidad! ¡Debe ser un vendido! ¡Conspira en contra de la supervivencia y la preponderancia del estandarte rojo! ¡Al circo! ¡Dejémosle á solas con una tigra y un yacaré! ¡Encerrémosle con el hambre y el abandono! ¡Cómo no cree en Dios, Dios no le salvará! ¡Talvez se suicide lo mismo que Judas! ¡Acaso se saque los ojos de las cuencas con sus propias manos lo mismo que Caín!

El orador no se apresuraba. Seguro de su fuerza, sabía esperar. ¿Cómo iba á resistirle la frívola gloria? Urso arrebataría, en cualquier momento y donde le pluguiera, á la temblante y delicada Ligia. ¿Qué importa que Ligia prefiera á los augustanos como Vinicio? ¡Ligia es de Urso, sólo de Urso, nada más que de Urso, el que venció á Crotón y el que humilló, en las azafranadas arenas del circo, al furibundo Tauro!

No os riáis. La estatura, en estos torneos, significa muy poco. Los tiempos han cambiado. El barro se transformó en espíritu. Urso ya no es la fuerza. Urso es la voluntad. Urso ya no es el pectoral de bronce. Urso es la inteligencia resplandecedora. El cerebro es la clava de cíclope con que entra en la liza la oratoria de Daniel Martínez Vigil.

Éste, el 30 de Diciembre de 1901, se hace sentir de nuevo en la tribuna del club *Vida Nueva*. Se dirige á la juventud que viene en nombre de la juventud que se va. Es más ecuánime, más meditado, más sabio, menos virulento de lo que antes fué. Trae en su aljaba menos maldiciones y más ideas. Oidle:

"Sois vosotros, los jóvenes, los representantes de las aspiraciones supremas que se llaman en las artes, ideal; en la política, patriotismo; en la moral, bien; en el derecho, justicia; en la vida de las inteligencias, luz; en la vida de los sentimientos, amor; en las relaciones de los hombres, tolerancia, y en las relaciones de los pueblos, fraternidad.

"Pero, si la juventud ha de realizar la fórmula mazziniana, ó, en términos más precisos, si ella ha de ser *Pensamiento y Acción;* si la juventud aspira á ser, como la forastera de Mantinea, profetisa y gran maestra en purificaciones; si la juventud dirige sus esfuerzos á la moralización social, anhelada por Guyau, es necesario que, para lograr sus aspiraciones y ver co-

ronados por el éxito sus afanes, abandone el *misoneísmo* histórico, ó sea el culto de las rutinas, y profese el *filoneísmo* científico, ó sea el amor á la verdad innovadora, y que enfrente de los que, idólatras del pasado, levantan el fúnebre estandarte de la religión de la muerte, haga ella, la juventud — que es la gran abanderada de la historia — tremolar la bandera redentora de la religión de la vida.

"Nunca momento más oportuno que el que me brinda esta incidencia, para recordar á los tradicionalistas empecatados y á los retardatarios *à outrance*, que la vida no está en la inercia: la vida se identifica con el trabajo; la vida no se desenvuelve en lo pasado ni se circunscribe á la tradición: la vida se desarrolla en lo presente y lanza sus proyecciones al porvenir; la vida no es reconcentración quietista, ni reclusión claustral, ni renunciamiento nirvanesco: la vida es difusión, es expansión, es irradiación, ora escintile en el brillo de los soles, ora fulgure en el chispazo de las miradas, ya palpite en los ritmos isócronos del corazón, ya chispee en el yunque de luz del pensamiento."

Sigamos aprendiendo:

"Los símbolos de los partidos no son, como de ordinario se supone, exclusivamente sus divisas, por gloriosas que ellas sean: lo son también sus hábitos y sus tendencias, porque si sus divisas, ó lo que es lo mismo, si sus leyendas, son el símbolo de lo que han sido, sus hábitos ponen de relieve el símbolo de lo que son, y sus tendencias exteriorizan el símbolo de lo que serán.

"Aconsejo que no se rememore extemporáneamente el mal que se ha hecho, y sí que se medite sobre el bien que se debe verificar, porque amo, como Renán, lo pasado, pero admiro y envidio lo venidero, y, sobre

todo, porque nuestro partido, considerado como entidad política, no tiene por qué preocuparse de la tradición, ya que ésta responderá siempre á su llamado, mientras que á nuestro partido le interesa antes que todo velar porque sea suyo también el porvenir; bien entendido que, al hablar del porvenir, no me refiero al que se concreta tan sólo en realidades físicas, sino al verdadero, al único porvenir á que aspiran las sociedades y los hombres ávidos de inmortalidad: al que se cristaliza y se resume en realidades morales.

"Las colectividades políticas, cuando reúnen las condiciones que la ciencia exige para que se las considere como miembros útiles al funcionamiento del organismo social, deben obedecer á una idea, como obedece el sistema planetario á un centro. Y el Partido Colorado, cuya alma-máter es el principio de libertad, podrá contar con el concurso de las generaciones nacientes y con la adhesión de las generaciones remotas, si, contrario al proceder de Breno con Sulpicio, no hace intervenir la espada, es decir, la fuerza, en las decisiones de la balanza, es decir, de la justicia, y si obtiene, gracias á esfuerzos educadores, que, en la resolución de todos los problemas que se relacionan con la vida nacional, se anteponga la mentalidad al matonismo y predominen la inteligencia sobre la garra y el cerebro sobre el epigastrio."

El orador ya generaliza; ya prescinde de los intereses de su facción; ya es espíritu puro; ya traduce no su verdad y sí la verdad universal; ya conoce á su Taine.

Es cierto que á intervalos, como una concesión á los instintos de la muchedumbre, de nuevo flagela y revuelve de nuevo la hiel de nuestros odios. Es que la oratoria política lo quiere así. Es que la oratoria política necesita servirse de las pasiones para enca-

minarlas, á pretexto de enfurecerlas y sacudirlas. Es que el medio no admite la serenidad sino la atraviesan unos cuantos refucilos de exaltación. Es que para hablar de los dioses nuevos, la ley atávica, la dura ley atávica, la ley de las turbas nos exige á todos que sacrifiquemos algunas palomas sobre los altares de los viejos y cejijuntos dioses. No importa. ¡Á despecho de los atavismos, que no quieren morir y que batallan por prevalecer, las almas leales siembran la verdad en medio de los truenos y los relámpagos con que se complacía la musa de Dantón!

Escuchad aún como termina el discurso del 30 de Diciembre:

"Pero yo no debo terminar esta peroración enderezada á vosotros, que tenéis por el solo hecho de ser jóvenes el idealismo alonso-quijanesco de las almas soñadoras y el ímpetu de asalto y de irrupción á que aludía el dios olímpico de Weimar, con una expresión de desaliento, ni con una frase de desesperanza, ni con un reproche de amargo pesimismo. Yo debo y quiero terminar este discurso, dirigido á lo que tiene de más selecto y de más sano la sociedad de mi país, con un grito de esperanza, con una exhortación de amor y de fe, con una promesa de victoria definitiva sobre las rémoras y las vallas que obstaculizan la marcha ascendente de este pueblo hacia la luz y la fraternidad.

"Pues bien, señores, aunque el mal impere y sean pocos, muy pocos, los ciudadanos que, como el protagonista del Evangelio, hayan rechazado la tentación de la montaña, yo no puedo creer con el ángel satánico de Milton, que el mal sea el bien, pero yo creo, yo tengo derecho á creer con Emerson, que el mal es un bien en preparación. Aceptemos, por consiguiente — si vosotros hacéis vuestra mi creencia —

sin murmuraciones querellosas ni impaciencias indisciplinarias, el papel, ora lucido, ora humilde, ya de abanderado, ya de recluta, que á cada uno nos corresponda desempeñar en la brega contra lo que siendo el mal de hoy presagia el bien de mañana, y tratemos, por todos los medios lícitos puestos al alcance de nuestra inteligencia y de nuestra actividad, de legar á los que en pos de nosotros vengan, ennoblecido y acrecentado, el acervo común de las energías nacionales, que á semejanza de la copa de honor que corría de mano en mano entre los comensales de los antiguos festines, se trasmiten las generaciones unas á otras al través de la serie infinita de los siglos.

"Pongámonos esforzadamente á la labor que imponen de consuno el patriotismo como un deber y la dignidad humana como una prescripción de solidaridad; labor que consiste, para unos, en fecundizar la naturaleza por el trabajo, y, para otros, en fecundizar el alma por la cultura, y así contribuiremos á la *instauratio magna* de dar un alma grande al cuerpo chico de la patria; y, entonces, á los apóstrofes de la elocuencia de nuestros tribunos, y al empuje del brazo de nuestros artesanos, y al soplo de la inspiración de nuestros artistas, sucumbirán las instituciones caducas y los principios reaccionarios, como á los sones de las trompetas del jubileo de los israelitas se desplomaban las murallas de Jericó."

El orador, un año después y en la misma tribuna, disertará caballerescamente sobre *La Política de Fusión,* un libro de don Carlos Onetto y Viana. En su conferencia se ve que el instinto le preocupa poco, pues ya no quiere hacerle más concesiones que las que armonicen con la justicia histórica y el ideal sagrado. Es partidista, partidista devoto y convencido; pero vivió más horas, ha visto más de cerca á los

hombres, sabe más de penas por la verdad santa y más de holocaustos por el pensamiento civilizador. Su culto colorado es ferviente, hondo, invariable, lleno de ansias de bien; pero este culto ya no le impide, como en las ardentías de su juventud, asomarse á los bordes del culto ajeno para sentir el ritmo del alma de los otros y para auscultar el corazón de sus adversarios. ¡El que se asoma á un alma y estudia un corazón, siempre descubre una luz celestial en el alma y un latido armonioso en el músculo noble!

Mi partido, el partido que fué de mi padre y al que yo pertenezco resueltamente, salió de su inacción en 1895. En 1897 volvió de las cuchillas. Se mezcló á todos los acontecimientos públicos de la dictadura de Juan Lindolfo Cuestas. Formó parte del Consejo de Estado. Se sentó en las bancas legislativas durante tres períodos, teniendo por intérpretes á la oratoria ponderadísima de Martín C. Martínez y al ático fraseo del doctor Aureliano Rodríguez Larreta. Ya no era lo negativo de la abstención. Ya no vivía sólo para tañer el himno de su leyenda heroica. Ya no se contentaba con recorrer las calles en son de protesta, con murgas al frente y vivas infructuosos al ideal. Martín C. Martínez barajó números con habilidades de juglar japonés. Aureliano Rodríguez discutió leyes electorales, sazonando el proyecto con sus jónicos aticismos. Arturo Lussich denegó pensiones que no eran justas, reforzando la prédica con sus austeridades. Los Ponce de León hablaron de la virtud de la lealtad, que en su familia es hereditaria. Luis Alberto de Herrera publicó libros y removió la historia. Todo esto irradiaba ó iba á irradiar en 1903. Era natural que aquel movimiento, aquel bullir de espíritus luminosos, no pasará desapercibido por la sed de verdad

que vibra en el fondo de las grandilocuencias del doctor Daniel Martínez Vigil.

¿Queréis que se conozcan y que no se calumnien Héctor y Aquiles? Acercadlos; que dialoguen ardientemente sobre lo humano y sobre lo divino; que puedan enrostrarse todos sus defectos y aquilatar todas sus virtudes. El coloquio, por largo que sea, no evitará la guerra de Troya; pero Aquiles ya no será un bárbaro para Héctor ni el cadáver de Héctor, si Héctor sucumbe, rebotará arrastrado por el galope de los corceles salvajes del carro de Aquiles.

La conferencia de 1902 comienza con un elogio á la conducta leonina de Fausto Aguilar y á la proeza curiaciana de los tres Valientes. El acercamiento es siempre fecundo. El orador ya sabe repartir coronas. ¿Por qué no lo haría? ¿Acaso eso le impide atenuar los yerros y enaltecer los triunfos del general Flores? No haré salvedades. Espero que el lector las hará por mí. No ofendo á mi fe al respetar la fe de mis adversarios. Este libro no es una obra política. En este libro trato de estudiar caracteres, dicciones, retóricas, índoles estéticas, modos de creación. Si á veces me aparto de mi propósito, es para discutir problemas ó cuestiones que me parecen de carácter profundo y universal. Así, por esta causa que se me antoja poco vituperable, procuro que mis citas sean siempre generalizadoras, recordando lo dicho por Hipólito Taine.

Yo no puedo pedirles á los oradores que sean absolutamente preceptistas y desapasionados. La pasión es el resorte, el nervio, el alma, la musa de la oratoria. El razonamiento puro podrá convencer; pero sólo la pasión, la pasión sincera y bien imantada, logra persuadir. La pasión, la pasión inmortal, la pasión que es lengua vibrátil de fuego en la tribuna de las

arengas y batir de rémiges de paloma en el púlpito de los apostolados, es tan precisa para la elocuencia como la palabra y el ademán. Lo único que puedo y trato de pedirles á los oradores es que sean verdaderos y desinteresados en la pasión que enrojece sus frases, que agita sus arterias, que fulgura en sus ojos, que ensudora su faz y que da amplitud á su gesto de poseídos. ¡Lo odioso, lo culpable, lo maldito, lo réprobo, es la pasión fingida, la pasión bastarda, la pasión que se vende, la pasión que se sirve de las ingenuidades de la multitud, para atar á la multitud al carro de César y recoger, lamiendo el polvo que levantan las sandalias de César, los trece dineros que la entrega de Cristo le valió á Judas!

Estudio, pues, un carácter y un estilo, un verbo que me parece tumultuoso y una pasión que tengo por sincera. Á veces, en medio de su tumulto, esa pasión arguye con una sensatez envidiable é iluminadora, sin perder ninguno de los encantos y de los matices de su fraseología. La tomo entonces, cuando remonta el vuelo, cuando sube á las cumbres de lo universal de que nos habla Taine. Escuchad:

"Pagado el tributo que la gratitud pública demanda, como un gaje fúnebre, á los vivos en loor de los muertos que se inmolaron por sus creencias, ahuyentemos de nuestro espíritu, aunque sólo sea momentáneamente, la obsesionante pesadilla de las contiendas fratricidas, que han hecho que nuestra tierra, semejante al suelo de Judea, haya bebido más sangre humana que agua llovediza, y que hacen que las cuchillas que se levantan en el territorio nacional aparezcan á los ojos del viajero que las cruza y que esté enterado de que la historia patria es algo que se parece á un ininterrumpido proceso de suicidios colectivos, como enormes altares de un druidismo político,

como dólmenes gigantescos consagrados al culto de la religión del sacrificio y de la muerte."

Escuchad aún:

"Nosotros no podemos conformarnos con que nuestra historia sea una sucesión de dinastías de tiranuelos usurpadores: primero, la dinastía del caudillaje; después, la dinastía del pretorianismo; más tarde, la dinastía de la burocracia. La primera, decimos, era mala por lo corrompida; la segunda lo era por lo corruptora; la tercera lo es doblemente, por lo corruptora y por lo corrompida, porque, sea dicho de paso, hay algo peor que la bota de potro del caudillo; hay algo peor que el tacón ensangrentado del motinero: ese algo peor es el gorro burgués del advenedizo."

Nuestra historia es algo más que una eterna dictadura y una barbarie eterna. Si aparece así, es porque nosotros no sabemos poetizar la crónica, restaurando el esplendor de nuestras ruinas, como han sabido hacerlo Macaulay bajo el brumoso cielo de Inglaterra y Michelet bajo el simpático cielo de Francia.

"Y ese opuesto proceder de los escritores europeos y de sus congéneres americanos, halla su explicación en el hecho de que en el Viejo Mundo, el amor patriótico y el espíritu humanitario sofocan toda afección mezquina de bandería; de que en él ya no se entiende la historia como en los tiempos de Suetonio: contando los gritos que vociferaba Nerón, cuando se copulaba con su liberto Doríforo, y de que el latitudinarismo de las doctrinas ha transformado en dogma la máxima que Lombroso considera como el Evangelio de la moderna ciencia criminológica: *tutto conoscere e tutto perdonare*. Mientras que nosotros, los americanos en general, nos preocupamos no solamente en expulsar á los vivos del Capitolio, sino también

en arrojar los muertos en la fosa Tarpeya; en alimentar — nuevos sacerdotes de un Moloch insaciable — el fuego de nuestras sempiternas querellas con el combustible de las recriminaciones y de los odios; en achicar nuestras cosas, por la única razón de ser nuestras, midiéndolas con el vernier de la indiferencia, ó ridiculizándolas con el sarcasmo del menosprecio, y en hacer que, á consecuencia de tan grandes y de tan irremisibles culpas, cada patria americana, como una canéfora, lleve sobre sus espaldas una urna cineraria."

¿Queréis más moderación y más altitud? Oid todavía:

"Señores: He dado principio á mi conferencia con una remembranza histórica, partidaria y patriótica á la par: partidaria, en cuanto en ella he hecho justicia al mérito de mis correligionarios; patriótica, en cuanto creo haber hecho justicia al mérito de los demás. Pues bien: yo quiero que, aun á riesgo de que se me tache de lírico — lo que, bien mirado, no sería un defecto, porque el lirismo existe, como un destello de idealidad, en el fondo de toda alma latina — yo quiero, repito que las palabras terminales que vosotros oigáis esta noche de mis labios, sean un llamado á la unión de todos los elementos sanos de mi partido y al acercamiento é inteligencia de todos los hombres honestos de mi país, y que mis más sentidos votos — que tengo la pretensión de creer que concuerdan con vuestros votos — traduzcan el sentimiento público que desea la caída de la política del presente, es decir, de la política funesta del odio presidencial, y el triunfo de la política del futuro, es decir, de la política fraterna del amor, y que anhela que sobre las ruinas y los escombros y los estragos amontonados por las insanias de sesenta años de gue-

rras incesantes, se erija el templo consagrado á la concordia y á la paz.

"He leído, no recuerdo dónde — creo que en la obra de un moralista — que cierto viajero, haciendo un día una de sus acostumbradas excursiones, vió á la distancia, perdida en las lindes brumosas del horizonte, en frente suyo y en lo alto de una atalaya, una forma tan monstruosa por lo exótica como por lo desproporcionada. Deseoso de indagar, aproximóse el viandante al objeto de su curiosidad, y descubrió que el monstruo era un hombre; adelantó más, y, cuando la distancia que los separaba fué breve, reconoció en el hombre á su hermano.

"Como el viajero de la referencia, los partidos políticos, cegados por el odio, — que es más engañador y falaz que las ilusiones de la perspectiva, — se ven en sus alejamientos como monstruos; si acortan las distancias, se ven como hombres, y, si se acercan más, se reconocen como hermanos."

¿No hice bien transcribiendo lo que antecede? ¿No entraña, lo transcripto, una hermosa y profunda lección? ¿No es digno, lo copiado, del saber del filósofo y de la elocuencia del orador que lucho por daros á conocer? Es así, y sólo así, como se educa á las multitudes. Es así, y sólo así, como llegaremos rápidamente á los países que alumbra el sol del mañana. ¡Es así y sólo así, como lo pretérito no nos envenenará la sangre del espíritu, del mismo modo que envenenó á la sangre hervidora de Hércules la túnica embrujada de Dejanira!

¿Qué importa, decidme, la pasión de bando? Lo que importa es el modo como la pasión de bando se emplea. Los insinceros, los ambiciosos, los venales que trafican con la pasión, jamás hablarán como Daniel Martínez Vigil habló valientemente en Junio de 1902.

No puedo evitarlo. Yo no soy masa. Yo soy un rebelde. Me place ese espíritu que no admite limitaciones á su libertad, viendo en el gozo de conservarla, el triunfo definitivo de su existencia.

Me place ese robusto talento de macho, que no se aviene á ser pollino de recua, aunque el cuerpo le cubran con manta zamorana y el pescuezo le adornen con campanillas repicadoras.

Me place ese partidario que no adula á los suyos, que no explota á los suyos con innoblezas de corazón, y que vierte el amargor de la verdad santa en el vaso gentílico de los poderosos, como aquellos profetas, descarnados y vestidos de pieles, que turbaban con lo apocalíptico de sus voceos las execrables noches de Herodías.

Este motinero, en Junio de 1903, dió un traspiés enorme. Profesor privado de filosofía, historia, literatura y jurisprudencia, publicó un artículo que denominó *La Bancarrota Universitaria*. Hízolo después, atrevidamente, circular en folleto. El escándalo fué terrible, porque la acusación era formidable. El folleto ardía. ¿No lo recordáis? Oid y asombraos:

"La que debiera ser la primera institución nacional de enseñanza, la Universidad de Montevideo, considerada como centro superior de cultura moral é intelectual, ha hecho bancarrota. Su descrédito — iniciado, desde hace ya largos años por el incalificable abandono en que la han tenido los desastrados gobiernos que se suceden en el manejo de la cosa pública, y, como consecuencia de ello, por la ineptitud profesional é incompetencia científica de su personal directivo, y acrecido hoy por hoy, fuera de otras causales secundarias, por la mala calidad de casi todas sus autoridades y por la pésima organización del vigente plan de estudios — su descrédito, repito, ha lle-

gado al punto de que, nadie, que esté enterado de cómo se obtienen los diplomas por ella expedidos y lo que ellos realmente significan, puede poner en duda la verdad de este enunciado: el peligro mayor que amenaza al porvenir del país, es el peligro universitario.

"En todas partes del mundo donde el interés público vela por el buen nombre y el lustre de los institutos de la índole del que me ocupo, el rectorado es un puesto preeminente — el más encumbrado de todos, desde el punto de vista intelectual — que sólo se confiere á las inteligencias descollantes ó á las grandes y notorias ilustraciones; los concursos son actos justicieros — graves y atrayentes á la vez — en los que las mejores y más seguras garantías de sus resultados son la aptitud é imparcialidad de los miembros de las mesas que los presiden; los tribunales examinadores se forman con personas indiscutiblemente idóneas y respetables, que no puedan ser torcidas, en el ejercicio de su arduo ministerio, ni por el influjo nocivo de las altas recomendaciones, ni por el compadrazgo especulador de una camarilla triunfante, ni por las rutinarias estrecheces del espíritu corporativo; los profesores son elegidos entre los especialistas capaces de enseñar, porque el profesorado exige á quien quiera ejercerlo con autoridad y brillantez — independientemente del conocimiento de la materia que se profesa — cualidades de exposición lucida, precisa y metódica, que no todos los especialistas poseen; y, por último, los exámenes son pruebas inequívocas de capacidad y suficiencia, de las cuales se hace lo posible por eliminar la parte aleatoria que dichos ejercicios incluyen, para que nada en ellas sea debido á la sorpresa ó la casualidad.

"Pues bien, entre nosotros, y de algún tiempo á

esta parte, — porque sería una irritante y palmaria injusticia desconocer que, en otras épocas, las cosas han pasado de muy distinta manera que en la actualidad, — sucede precisamente lo contrario de lo que queda referido en el parágrafo anterior. El cargo rectoral, como si fuera un empleo baladí é insignificante, susceptible de ser desempeñado por un inepto cualquiera, se otorga, no á quien más vale, sino á quien no vale nada, y, por si fuese poco condenable abandonar á la impericia de los incapaces la marcha y la suerte de la principal institución de enseñanza superior, agrégase á esa inexcusable desidia la conducta bochornosa de los funcionarios públicos que se imaginan servir los importantes intereses que, de manera inmerecida, se les confían, haciendo del más odioso favoritismo la norma habitual de sus procederes oficiales. Los concursos no son concursos, sino el medio expedito y legal á que se recurre por los interesados para colocar al frente de las aulas á sus hechuras y obligar al alejamiento universitario á los que no quieran concursar, ó exponerlos al más cierto y lamentable fracaso, si á ello se prestan, como lo prueban irrefutablemente los ejercicios por oposición que, para llenar la vacancia de algunas cátedras, se han celebrado en los últimos tiempos; actos públicos que se han celebrizado por su resonancia escandalosa, y que, en mérito de múltiples consideraciones, redundan en perjuicio del decoro nacional, siempre que sea dado admitir que en este pueblo no es un mito el nacional decoro. Las mesas de exámenes se constituyen en su casi totalidad con los miembros del personal universitario dóciles á lo que denominaba Nietsche *el espíritu de rebaño,* y de ellas se excluyen todos aquellos que, por austeridad de vida, ó por altivez de conducta, ó por inflexibilidad de carácter, no sacrifican la dig-

nidad á las conveniencias, ni comercian con los valores del alma. Los catedráticos — salvo muy contadas y honrosas excepciones, como las de los doctores Aréchaga, De-María y algún otro que escapa á mi memoria, en la Facultad de Derecho, y las de cuatro ó cinco profesores, en la Sección de Preparatorios, que cumplen á satisfacción con sus deberes — no tienen preparación bastante en las ciencias cuyas cátedras desempeñan, ni nada saben ni nada se preocupan de sistemas pedagógicos ni de teorías magistrales, ni menos se interesan en la función de su cometido, desalentados por la retribución mezquina de una paga miserable, que nivela, cuando no pone por debajo, en las listas del presupuesto, el salario del profesor de la Universidad y el del jefe de conserjes del Senado ó de la Casa de Gobierno."

Habla, luego, de las reputaciones falsas, y dice entre colérico é irónico:

"Los talentos de plazuela, de que tanto se reía Voltaire, basados en el charlatanismo y en la inopia popular, no valen menos que los talentos de claustro, fundados en las mentiras convencionales de la ciencia oficial y de la lisonja de camaradería.

"Son falsedades de este jaez las que nos han conducido al extremo de que, á semejanza de los romanos á quienes censuraba Catón, hace ya tiempo que hemos olvidado el verdadero sentido de las palabras y vivimos en una atmósfera tan enrarecida por los convencionalismos, que, como las organizaciones enfermizas incapaces de respirar el aire oxigenado y confortador de las alturas, se nos hace muy difícil, y poco menos que imposible, airear y vigorizar el espíritu en el ambiente puro y vivificante de la verdad.

"Por eso, entre nosotros se llama literatos á los grafomanos; dramaturgos á los titiriteros; estetas á los

mamarrachistas; tribunos á los vociferadores; críticos á los turiferarios; poetas á los copleros; estadistas á los ministriles; políticos á los vividores á costa del Estado; ilustres á los ilustres desconocidos; periodistas á los escribidores (Sarmiento les daba otro nombre), y sabios, esclarecidos y eminentes, á los ignorantes, á los anónimos y á los pequeños.

"¿Á quién se engaña aquí? — pregunto yo con Fígaro.

"No se cree, ó no se quiere creer, que con el fardo aplastador de las mediocridades, con el peso gravativo de las rutinas y con la carga agobiadora de las supercherías, los pueblos no pueden hacer largo trecho en el camino de la evolutiva peregrinación humana, sino que tienen que caer, abatidos y extenuados — con mayor flaqueza en la conciencia, que cansancio en lo físico — víctimas de la incurable enfermedad moral que bien podría denominarse tisis del alma."

Y el polemista agrega:

"Es en la Universidad donde se incuban las inteligencias y las reputaciones falsas de que antes hablaba; en ella nacen, en ella se cunean, en ella viven, en ella florecen, pero desgraciadamente no se extinguen en ella, sino que, expelidas de la institución matriz, la política las recoge, y de engranaje en engranaje administrativo, y de ascensión en ascensión burocrática — más exacto sería decir de caída en caída — son encumbradas en los más sobresalientes cargos públicos, hasta que la muerte, completando la obra del embuste y de la iniquidad, las endiosa y las lleva al Senado, transformado en cámara mortuoria, y éste les decreta, con sus pomposas honras fúnebres, la fugaz inmortalidad de un día.

"Sabido es que, políticamente, pocas cosas hay peores, según lo testifican la ciencia y la historia, que el

sistema de la *abogadocracia,* como denomina un tratadista á la forma de gobierno en que priman los universitarios, porque ellos profesan ciegamente la *estadolatría,* valga la palabra de Fioretti."

Y el terrible concluye:

"Si intelectual y gubernativamente los universitarios significan tan poca cosa, no se crea que valgan mucho más en materia de procederes. Su moral no es, como la concibe Spencer, la ciencia de la recta conducta, sino que hacen de ella, á la manera de Bentham, el arte de regularizar el interés.

"Ya hace muchos años que un eminente repúblico argentino, Vélez Sársfield, retrataba gráficamente lo que era la jurisprudencia considerada como un *modus vivendi,* asentando que, entre nosotros, el ejercicio de la ciencia jurídica no era más que una profesión mercantil - industrial.

"La psicología del universitario sería la página más vívidamente intensa del egoísmo á lo Rochefoucauld, de aquel que hizo del amor propio el centro y la llave de la vida humana, y que cifró toda su misérrima filosofía en la famosa máxima: las virtudes se pierden en el interés, como los ríos en el mar.

"Utilitaristas, logreros, mercenarios, *struggle for lifeurs,* andan á la búsqueda, nuevos Jérôme Paturot, de la posición social que dan las riquezas obtenidas, cuando las obtienen, y eso es lo común, ya por los procedimientos cartagineses de la explotación profesional, ya por los medios inmorales de la *yernocracia,* subastando, en el mercado del matrimonio, un título al más alto postor.

"No tienen de la raza á que pertenecen las mejores cualidades que hay en ella: el desinterés y la idealidad; pero, en cambio, poseen los atributos sanchopancescos: la logrería y el prosaísmo.

"Engañados por la errónea creencia que atribuye la superioridad de los anglosajones sobre los latinos al espíritu mercantil (como si la historia y la sociología no enseñaran que los pueblos y razas comerciantes sucumben al igual que las razas y los pueblos idealistas), alardean de hombres prácticos; presumen de positivos; repudian el noble materialismo científico, para practicar innobles materialidades y, sansimonianos de reciente data, todo lo posponen al culto grosero de la carne.

"Bismarck lamentó, desde la tribuna política, el abuso de las tituladas profesiones liberales, que tantos estragos causaba entre la juventud alemana, y dijo que, uno de los más serios peligros sociales del poderoso imperio era *el proletariado de los bachilleres.* Si al eminente hombre de Estado le hubiera sido dado vivir á principios del siglo XX en uno de los dos países ríoplatenses — barrunto que el mal es extensivo al otro — quizá se hubiera querellado en sentido opuesto, y, sin dejar de condenar lo que condenaba, puede ser que, maravillado de la transformación, hubiese temido un peligro contrario: la famélica clase bachillera metamorfoseada en plutocracia doctoral.

"En resumen, hay que revolverse contra la sofistería universitaria, si no se quieren ver resucitados en nuestra patria los tiempos de decadencia, de Gorgias y de Carnéades, cuando se sostenía que la verdad era la única mentira y que la justicia era la máscara de los corazones cobardes.

"Hay que revolverse contra el triunfo de la falsa ciencia sobre la ciencia verdadera; del mérito ficticio sobre el mérito positivo; de la moral *insanity* sobre la moral sana; de la justicia que Pascal llamaba miserable, sobre la justicia que se basa en la dignidad, porque, si la reacción no se produce, sería pertinente y

patriótico exclamar: ¡Ciérrense las universidades y clausúrense los ateneos!"

La indignación agranda los defectos de lo que censura. El polemista, en el capítulo de las pruebas, abusó, sin mucha equidad, de los nombres propios; pero, en substancia, tenía razón y había sobrado fundamento para su filípica, para su viril y docta y elocuente catilinaria. La Universidad, ahora como entonces, no educa á las mocedades para la ciencia y para la virtud; pero sí las educa, muy sabiamente, para el arribismo y la adulación. Salen á paladas los cortesanos de la Universidad; pero, en compensación más que dolorosa, son pocos los libros y menos las altiveces que los académicos le brindan al país. En todas partes un profesor universitario produce obras que glorían al centro intelectual á que pertenece, por lo bien pensadas ó lo bien escritas; pero, entre nosotros, la cátedra equivale á esterilidad infatuada y mediocre, donde el discípulo expone con brillantez y el profesor carece de la masculina virtud de engendrar el libro que perdura. El que explica, explica sin elocuencia y casi nunca tiene el prestigio de las austeridades santificadoras, del trabajo que ennoblece y hace dulce la vida. La juventud, sin ejemplos ni predicaciones que la iluminen, aprende á considerar el mundo como un abyecto campo de batalla, en donde la victoria pertenece á los más audaces, á los más serviles, á los más impacientes, á los más ruidosos y á los menos iluminados. Esto es lo que dijo Daniel Martínez Vigil y eso es lo que dijo, con menos acritudes y hacia los mismos días, Luis Alberto de Herrera.

No quiero reabrir el pleito conturbador. Los nombres propios me desagradan. El polemista, obligado á probar, abusa de ellos, al responder á los que salen en defensa de la Universidad á raíz de su folleto

La bancarrota. Por eso no transcribo muchas de las contundentes y llameantes páginas de *Mi réplica.*

II

El orador se hace sentir de nuevo, al finalizar el año de 1903, en la tribuna de un club de su partido. Es riberista. Habla de Cagancha. Truena contra Oribe. Es la misma elocuencia, dice con el mismo arrebato de siempre, fulgura en sus metáforas y hay una gran armonía en sus giros, clausurando así aquella fervorosa glorificación:

"No quiero, con todo, concluir mi discurso con remembranzas lúgubres de un pasado que, á semejanza de ciertas capas geológicas, no parece encerrar otra cosa que los restos calcinados de generaciones enteras desaparecidas en la vorágine de ingentes cataclismos; y digo que no quiero finalizarlo con entristecedoras recordaciones, en atención á que si la obra de los padres ha sido de lucha y de alejamiento, la obra de los hijos debe ser de aproximación y de armonía, porque si ellos, arrastrados por sus pasiones generosas y víctimas de los errores propios de su época, ó todo lo sacrificaron al poder, ó todo lo sacrificaron á la libertad, nosotros, señores del *Club Rivera,* los que somos sus descendientes, y que, por haber venido en pos, estamos en la obligación de tener un concepto más amplio, más exacto, más científico del derecho y de la autoridad, sabemos que nuestra misión histórica consiste en sintetizar, en una tesis suprema, las antítesis que dividieron á nuestros mayores, y que nuestro ministerio nos impone el deber ineludible de conciliar las hazañas épicas de Rivera con el apostolado cívico de Juan Carlos Gómez; la labor de los

pensadores con la labor de los soldados; el ideal con el hecho, y el juego libre de las instituciones con la garantía de la fuerza."

La última palabra no me suena bien. La fuerza, en mi país, nunca ha sido el escudo y el sustentáculo de la libertad. Ha sido, siempre, su sayón y su estranguladora. No debemos pedirles, por lo tanto, á los que nos gobiernan, que sean fuertes en armas, sino que funden la fuerza suya en lo indiscutido de su autoridad moral. Mientras no cambiemos el modo de ser, la idiosincrasia, el espíritu de la fuerza tajante en que se apoyan, nuestros poderes públicos estarán á merced de esa misma fuerza, que les impulsará hacia la exclusión y la tiranía, haciendo que jamás se reconcilien y se desposen la libertad, de que viven los pueblos, y la violencia, que es lo que necesitan para existir nuestros timoneles de cerebro pobre y de rostro iracundo. Por eso nunca me satisface la palabra fuerza, y por eso la palabra fuerza siempre me lastima el oído, aunque se la emplee en el sentido levantado y noble con que la utiliza la oratoria ciceroniana del doctor Daniel Martínez Vigil.

Llego á *Propio y ajeno.* Se publicó en 1906. No tiene más que sesenta y tres páginas; pero, para mí, tiene más de trescientas. La doctrina honda, el estilo ateniense, la lectura grande, las ideas altas, el fin azul como el del pájaro que sube al cielo, engrandecen aquellas páginas que, á desdoblarse, darían ocasión á muchos volúmenes. ¡Esencia condensada! ¡Exquisito perfume quintaesenciado! Leed y no extrañaréis el cariño respetuoso que me inspira la pluma que trazó el folleto. Éste se inicia con una carta que Daniel Martínez Vigil le dirige al señor Rosalbo Scafarelli, á propósito del libro del último que se titula *El mártir del Gólgota.* El señor Scafarelli no gusta

de los ateos y trata mal á los racionalistas. El panteísmo tampoco le place. Daniel le responde:

"Abominar la filosofía; renegar de la libertad; abjurar los progresos y conquistas á ellas debidos y que son, á la vez que el acervo legado á nosotros por las pasadas generaciones, la garantía tutelar que nosotros transmitiremos á las generaciones venideras; maldecir, viviendo en plena juventud, de lo que constituye la eterna floración del pensamiento, es un suicidio moral é intelectual tan insensato como el proceder del labrador que desertase de las faenas del día, en vista de los esplendores de la alborada, ó como el del guerrero que desesperara del éxito final de una batalla, al palpar, en su beneficio, las inequívocas manifestaciones del triunfo.

"No se suponga que yo censuro á usted la marcialidad en el ataque, la valentía en la defensa, los bríos en el combate, la actitud de púgil, la masculinidad en el golpe; no. Todo ello es obra y efecto de sus pocos años, de la savia primaveral que por sus venas bullente corre, de lo hervoroso del ánimo no desilusionado por las miserias de la vida; y es por demás sabido que no hay juventud allí donde no hay fuego ardoroso, pasión intensa, arremetida pujante, vigor en los músculos, eretismo en los nervios y *élan* en el alma....

"El ímpetu y el arrebato juveniles tienen siempre simpática resonancia en todo espíritu abierto á las generosas inspiraciones del entusiasmo y de la fe, y no seré seguramente yo, un fervoroso incorregible, quien trate de extinguir el fuego sagrado que brilla en el ara de sus afecciones y de sus creencias.

"Lo que recrimino en su primera obra es su injusticia para con determinados sistemas filosóficos, respetables de suyo, porque son luminosos caminos abier-

tos hacia el ideal; es la falta de miramiento y la desconsideración de un adolescente que cursa 5.° año de bachillerato en la peor Universidad de las Universidades, por lo que, entre los sabios y los pensadores, se trata con sumo miramiento y máxima consideración; es su desconocimiento de la manera cómo deben examinarse las cuestiones más arduas y más àbstrusas del misterio teológico; es su cadetada estudiantil contra Darwin, á quien usted calumnia repitiendo un lugar común de la necedad plebeya; es su enemiga contra la ciencia antimilagrera — la única, la real, la positiva ciencia — de la cual dice usted que ni el nombre de ciencia merece; es el *qué se me da á mí* de la exégesis religiosa, que usted desdeña ó aparenta desconocer en absoluto; es su inescrupulosidad histórica que lo arrastra á admitir y á dar por evidente todas las inercias é infantilidades de los primitivos pueblos sobre el triple é insondable problema de la naturaleza, del hombre y de Dios."

Y dice más tarde:

"Es que la religión y la ciencia, aunque respondan á exigencias ineludibles, á verdaderas necesidades del alma, tienen distintas esferas de acción, despliegan opuestas actividades y se encaminan á fines divergentes. La religión, obra del sentimiento, se vale como método de la subjetividad, reconoce por inspiradora la fe y persigue como objetivo lo natural; la ciencia producto del mero fenomenismo, usa como método la inducción, se basa en la causalidad y se limita al estudio y averiguación de lo positivo. La religión, por grosera que ella sea, debe prestarnos alas para que el espíritu, ávido del más allá, se remonte á las regiones extraterrenas del misterio y de lo incognoscible, en busca de esperanza y de consuelo; la ciencia, por elevada que ella sea, debe, como quería Bacon, hacernos

calzar zapatos de plomo, para impedir que el arrebato de Ícaro de la fantasía desnaturalice la obra de la investigación paciente y serena.

"Pretender conciliar en una síntesis armónica cosas de suyo dispares y antitéticas, es procurar lo imposible, aunque en la tentativa se talentee con genialidades á lo Herbert Spencer, quien, sin darse cuenta de ello, pagó tributo en uno de sus primeros grandes libros al prejuicio nacional de sus compatriotas, pretendiendo establecer el *trait d'union* que pueda atar el elemento supersticioso y retardatario de la religión con el elemento progresivo é innovador de la ciencia.

"Su fe, su ortodoxia, su credulidad no le permiten distinguir lo que es elemental en materia de cristología; ó sea, que una cosa es el Cristo histórico, el hombre real, la entidad humana, y otra cosa asaz diversa el Cristo del Evangelio, el ser divinizado, el personaje ideal de belleza ética y de virtud. Tocado el primero, ha dicho admirablemente el magno historiador de los *Orígenes del Cristianismo,* le encontraríamos, como á Sócrates, algo en sus pies del lodo terrestre. Visto el segundo, agrego yo, la muchedumbre cae de rodillas, en tanto que el alma del filósofo se arroba ante la presencia de lo sublime. Y ¿sabe usted por qué? Porque á aquél le son comunes los vicios inherentes á la flaca naturaleza humana, mientras que éste encarna la idealización suprema de la caridad, de la fraternidad y del amor; porque, el uno, motiva polémicas, solivianta pasiones, provoca protestas, amasa el fango en la artesa de la vida, al paso que, al otro, nadie, absolutamente nadie que valore su influjo y justiprecie su mérito, le disputa ni le niega la preeminencia de ser el caudillo moral de la humanidad."

Esto es muy hermoso. Esto está escrito de un modo admirable.

Nosotros somos crueles con los nuestros. Les dejamos abierto el camino á los que valen poco, á los que nada representan de excepcional, á los que no sintieron sobre su frente las fecundizadoras caricias del numen, á los que no han consagrado noches enteras al dolor de pensar sobre lo absoluto y discutir sus dudas. Lo que vale halla en nosotros un juez severo. Se estrella, casi siempre, contra nuestro mutismo desdeñoso y ruin. Es necesario que las reputaciones nos vengan del exterior, porque es mucho trabajo para nuestra desidia medir á los propios, cuando los propios no caben en el lecho procustiano de la vulgaridad que vocinglea su menguada sabiduría y su virtud ansiosa de venderse. Yo no pienso así. Yo sé, por amor á los míos, que lo que antecede es digno de escucharse, porque lo que antecede difiere poco de lo que dijo, en 1869, José Echegaray. Yo pienso como Echegaray y como Daniel Martínez Vigil. La religión ¿qué es? Águila, que sube más que las montañas, porque su puesto es la eternidad. La ciencia ¿qué es? Monte eminentísimo, pero monte al fin, que tiene sus raíces en la tierra dura y que no puede volar sobre la tierra, como aquellas montañas, gigantes errabundos, que enceguecíó, convirtiéndolas en bloques de granito, la cólera de Indra. Por respeto á la patria, por engrandecerla, porque no sean los extraños los que la descubran, porque nuestra injusticia no se tome á ignorancia de indio, procuro dar amplitud á los análisis que engarzo inhábilmente, pero sincero y sin malignidades, en estos volúmenes que vivirán mucho si viven un día. ¡Honor al talento, á la labor honda, aunque ese talento sea el de un rebelado como Daniel Martínez Vigil!

La carta - crítica motivó una respuesta. Papillón, un desconocido, le dijo á Daniel Martínez Vigil: — "El fondo y la forma de su carta rivalizan en perfección. Yo creo que nadie escribe una prosa tan linda, tan castigada, tan pura, tan llena de pensamientos como la de usted." — "Usted ama á la ciencia con ardiente fe, y la inquietud de su espíritu, al tocar los eternos problemas del destino humano, es el más grande de los homenajes que un espíritu libre puede tributar á la Causa primera." — "Yo estoy seguro de que usted vive en un estado crónico de indignación y de descontento. De este modo, usted se coloca en condiciones de decir la verdad." — "Me parece que usted es por demás violento. La violencia es una debilidad." — "¿Por qué no ataca usted con esta malicia fina y matadora, que derrumba y destruye con más eficacia que una acción brutal?" — "La sátira tiene que ser suave, punzante y engañadora, como esas medicinas dulces al paladar y acres al estómago."

Transcribo estas líneas por su hermosura, y porque ellas delatan un maravilloso catador de hombres. Hay en lo trascrito dos ó tres verdades. Mi orador, mi filósofo, mi poeta es un perpetuo irritado. Se diría que un espíritu dispéptico le sugiere sus sonorosas cláusulas. Ríe con brusquedad. Golpea con furia. En cambio, sus amores por la sabiduría son firmes amores, sus odios á lo malo son sincerísimos y su retórica se merece todas las alabanzas que le tributa el buril de Papillón.

Daniel Martínez Vigil, que sabe de ironías, respondió al incógnito. Lamento no transcribir la respuesta íntegra. Perdonadme. Mi editor es muy complaciente; pero no es bueno abusar en demasía de los generosos. Abrevio y cito lo más oportuno: no lo más bello ni lo más profundo.

"Como después de un baño tibio y perfumado, el sentimiento de la vida, merced al influjo tonificante que sobre los órganos ejerce el agua, parece acrecentarse, así mi espíritu, después de haberse sumergido en la lectura de su carta bilingüe, salió vigorizado con el contacto de la elasticidad de su pensamiento y de su estilo.

"Notaré, sin embargo, á fuer de hombre sincero, que su manera literaria tan moderna, tan sutilizadora, tan anatole-francesca, se resiente del mismo defecto (si defecto puede llamarse el exceso de una cualidad) que la chancera prosa de Heine; ó sea, del abuso de la ironía, de lo pletórico de la jovialidad sarcástica, de lo que podría denominarse estereotipación permanente de la sonrisa. Y su carta sonríe, sonríe implacablemente, desde la primera palabra hasta la última."

Y sigue:

"Su afición un si es no es exclusivista, le hace desconocer el valor de la violencia, debilidad en su sentir, fuerza reivindicadora y justiciera en mi opinión, porque, sin olvidar que la ironía socrática, regocijada y chunguera, hizo enmudecer á la sofística, las blasfemias de Esquilo, iracundas y soberbias como un grito prometeano, arrancaron de manos de Júpiter el cetro de la reyecía mitológica y derrumbaron estrepitosamente el alcázar de los viejos mitos; porque, si la burla dulzona de Horacio ridiculizó aristocráticamente las pasiones mezquinas de su tiempo, la indignación apoplética de Juvenal flageló los vicios de los romanos y, con ellos, los vicios de la humanidad entera, y porque si la malicia ligera y grácil de Voltaire ha sido, en épocas modernas, el corrosivo de todas las antiguallas, las explosiones volcánicas del alma atormentada de Juan Jacobo preludiaron las explosiones volcánicas del alma no menos atormentada de las muchedumbres contemporáneas."

Y sigue aún:

"La religión y la ciencia me agradan diferentemente y por diversas razones: la una, por su pasividad y su resignación; la otra, por su actividad y su osadía. Cuando me imagino á un creyente, me represento un hombre desconfiado de sus fuerzas, vencido de antemano por la formidable tarea que voluntariamente se ha impuesto, y que acepta el misterio por temor de escudriñar el misterio. Entonces, en presencia de la debilidad indefensa, mi alma siente conmiseración y simpatía. En cambio, cuantas veces pienso en el sabio, antójaseme ver un gimnasta de recia contextura y potentes músculos, que hace en el dominio de lo desconocido, lo que el acróbata en el circo con los aros de papel que á su avance se oponen: pasar incólume, dejando tras de sí desgarraduras de obstáculos. Y entonces, ante el espectáculo de la virilidad triunfante, mi alma aplaude y admira.

"El hombre científico es, por lo general, un conquistador á lo Alejandro: guerrero y colonizante, viajero y explorador, iconoclasta y creativo, soldado y artista, tea y antorcha á la vez; en tanto que el hombre religioso es, á lo sumo, un evangelizador, un divulgador de místicas promesas, un San Francisco Javier que sustituye en las conciencias un dogma por otro dogma (fuera mejor decir una falacia por otra falacia), y que prende en las almas las luces inciertas y mortecinas de un mundo sobrenatural y de una vida extrahumana."

Y sigue todavía:

"Su seudónimo, y más que su seudónimo, las brillanteces de su estilo y el vaivén alado de su pensamiento, me invitan á seguirle en su aérea travesía y á aparearme á su lado, como en la magistral composición del Musset mejicano, junto á las mariposas

blancas, azules y rojas — emblemas del buen humor y de la risa — van las mariposas negras — emblemas de los pensares tristes y de las enlutadas congojas.

"Y así, aunque varias nuestras respectivas mariposas en su coloración y en la seguridad de su vuelo, emprenderemos viaje á los lozanos jardines en que reina una perenne primavera y en los que lucen sus corolas, opulentas de matices y fragancias, las flores del corazón y de la mente.

"¿No distinguen sus ojos y no perciben sus oídos el enjambre y el rumor de las abejas áticas que revolotean en los jardines de Academo, adonde nos congrega la voz melódica del divino Platón?

"Pues, aunque usted despliegue su vuelo muy arriba, y yo despliegue el mío á ras de tierra, á tender las alas y á marchar con rumbo hacia la altitud, hacia la luz, hacia el ideal!"

Lo que antecede me recuerda el estilo que utilizó Clarín en su *Apolo en Páfos.*

Á esta carta de Daniel Martínez Vigil siguió otra aristofanesca epístola de Papillón. El desconocido redobló su ironía, haciéndola más amarga é insistiendo en sus primeras acusaciones. Oid algunos párrafos de la contrarréplica de Martínez Vigil.

"Aun á riesgo de que usted no me crea, he de decirle que he tragado de un sorbo la pócima agridulce de la segunda epístola que usted, ya con solicitudes de Hermana de Caridad, ya con gracias gentilicias de Ganimedes, se ha servido escanciarme en vaso aljofarado; y la he ingerido sin revolverme en mi asiento, sin pestañear, sin hacer una mueca, con la paciente resignación con que se toma la medicina que si momentáneamente desplace al gusto, propende, en trueco, á la cura del cuerpo y á la salud del alma.

"Debo quedarle grato á ese efecto doblemente tera-

péutico de su farmacología literaria, en la que, á juzgar por las dos muestras que conozco, se ha operado una selección tan inteligente, que de ella están desterrados los tóxicos y demás drogas y álcalis ponzoñosos, contenidos ordinariamente, en las boticas, en frascos y botellones que lucen como para atemorizar al indiscreto con fúnebre presagio, la tradicional calavera y las inseparables tibias en cruz, impresas en tinta negra sobre la blancura aporcelanada del vidrio."

Y añade:

"Si usted quisiera explicarse seriamente el por qué del arrumbamiento de ciertos hombres en el escenario de la tragicomedia uruguaya, dejaría de lado los defectos de índole personal, para dar con las causas colectivas del fenómeno, exclusivamente radicadas en los resabios de incultura é inmoralidad que el ojo del sociólogo menos experto percibe, como factores constitutivos, en la etiología nacional.

"Lo que hay, en resumidas cuentas, es que en este pueblo, enfermo de laxitud moral y con todas las taras de los degenerados precoces, de los infantes atacados de senilidad, si se me tolera la forma paradojal de mi dicho; lo que hay es que en este pueblo, repito, es común ver cómo la masa ciudadana, acarnerada por ausencia de cívicas virtudes, sumisa á la voz imperativa del pastor del hato y temerosa de recibir los golpes del cayado y la pedrea de la honda, se amotina contra la independencia personal, se conjura contra el carácter y al grito de ¡el lobo! emprende la persecución contra el verdadero mérito. Y el acosamiento de la alimaña montaraz y bravía, su relegación en despoblado, su aislamiento en la guarida, su muerte por inanición ó por hambre, es la diversión favorita, el deporte predilecto de los que engordan tranquilamente el ganado humano en los potreros, siempre

verdegueantes de pastura, de las prebendas burocráticas y de los honores oficiales."

Y agrega:

"Renunciar á los halagos de la popularidad y á las comodidades de una vida regalona, para darse la satisfacción íntima y personalísima de hallar incólume la ley moral en el fondo del corazón, es propio de los que, por su estoicismo, merecen que mañana se diga de ellos, en son de elogio, lo que los atenienses del fundador de la Escuela del Pórtico: — su vida se asemejó á su filosofía.

"Por lo que á mí atañe, téngalo usted por cierto, jamás, por amor á las ventajas de la existencia, apostataré de las únicas razones que tengo para existir.

"Con esto quiero manifestarle que, habiendo entrado como hierro en el laboratorio de la vida, como hierro también quiero de ese laboratorio salir, sin que una partícula de metal extraño impurifique mi naturaleza, indócil y rebelde á las ductilidades y á las combinaciones."

Y dice con arte generosísimo:

"Si usted razona bien y dice verdad cuando afirma que carezco de espíritu amplio y comprensivo, desrazona y yerra cuando sostiene que hay en mí manquedad de corazón. No, en cuanto á esto último, está usted lamentablemente equivocado. Si usted lo estampa es porque así se lo han referido, y usted, con inexcusable ligereza, lo acepta y lo repite sin verificación y sin prueba. Si usted me conociera de cerca; si usted penetrara en la selva — enmarañada y agreste cuanto usted quiera, pero llena de gorjeos, matices y perfumes — de mis afectos íntimos; si usted, descartados los odios y las soberbias que á ratos me anublan, como el humo al incendio, se internara adentro, muy adentro de esa alma en ignición, veríala usted

rebosar de tal abundancia de sentimientos generosos, de tal plenitud de emotivas modalidades, de tal opulencia de valores afectivos, de tal *ubertas* de benévolas inclinaciones, que ella, á escondidas del mundo á menudo se desborda en ondas de ternuras y altruísmos, á semejanza de la ubre ubérrima que, de llena, se desborda en gotas lácteas.

"Achique usted cuanto le plazca mi cerebro, pero abra usted muy mucho sus dos manos, si usted quiere abarcar mi corazón."

Y finaliza de esta manera:

"Llego al término de mi carta y noto, no sin cierto dejo de melancolía, que en balde me he dado maña para cazar la volandera mariposa, y que en vano la he perseguido con tenacidad, dadas mis aficiones de entomólogo, para aprisionarla, puesto que, diestra y alígera, escapa á mis asechanzas y sólo deja en mis dedos el tinte de su polvillo tenue é impalpable, como resta de la flor asida por los pétalos, las huellas de su polen.

"Y allá va, impulsado por la brisa y bañado por el sol, parloteando con las rosas y besuqueando azucenas, el heteróclito insecto que, si de lejos semeja mariposa, por el tornasol de sus alas y por el sesgo de su vuelo, de cerca se confunde con la abeja, porque liba y aguijonea."

¡Qué noble soberbia! ¡qué deleitosa sinceridad! ¡qué copioso saber! ¡qué hermosísimo modo de zurcir el idioma con hilos de seda y agujas de oro! ¿Se han escrito muchas páginas como esas páginas en nuestro país? Yo creo que no, y porque así lo creo, me atribuyo el deber ó el derecho de proclamarlo, pues, á mis ojos, deber y derecho, en estas materias, son la misma cosa. ¿Qué abusa del yo? ¿Qué el yo es muy antipático? El yo de los pequeños, induda-

blemente. El de los otros, me gana la voluntad. Es natural que el gusano venenoso se oculte. El águila, ¿para qué? Como se baña en éter y en sol, como sube y aletea en pleno cielo y en plena luz, tiene por necesidad que dejarse ver, exponiéndose á los tiros del cazador y al rayo de las nubes. ¿La modestia? ¿La impersonalidad? ¡Que lógico es eso cuando se es chico! ¡Cuando se tiene la estatura ciclópea, aun sin quererlo, uno se descubre y sombrea! Hacer sombra es terrible. Es un delito que enfurece á la vulgaridad. ¡Por eso rugen todos los castrados, todos los estériles, cuando el águila, al ascender, muestra las plumas y el pico y las garras!

El 22 de Mayo de 1907, el orador obtuvo un nuevo laurel ensalzando á Rivera. Yo no soy riverista. No importa. El discurso es un incesante centellear. Escuchad un párrafo, un párrafo solo:

— "Háblannos de Rivera las cualidades nativas de nuestra raza: desde la astucia del autóctono hasta la caballerosidad del hispano, y todo cuanto tiene relación con nuestra naturaleza, desde las estrellas en cuyo resplandor titilante se bañan en las noches las miradas del viajero, hasta la mata de hierba cuyas flores marchita la planta del rastreador. Háblannos de Rivera el pasado con su cortejo de heroísmos, la tradición con su secuela de enseñanzas, la crónica con su séquito de venerables vetusteces, la fama con sus sonorosos voceros, la inmortalidad con sus eternos pregones. Háblannos de Rivera el criollaje rebelde á todo yugo; la vida campesina, modalidad de una estirpe que se va; la guitarra rasgueada bajo el toldo de las enramadas ó en las carpas de los campamentos; la trova plebeya, llena, como la flauta del dios Pan, de selváticas armonías. Háblannos de Rivera la fábula tejida por la imaginación del gaucho, tan vivaz

como la fantasía del árabe del desierto; la conseja de los abuelos referida al calor del hogar; la anécdota picante que se oye en las estancias; el chascarrillo agudo que entre risas vuela, y hasta las leyendas populares chismean más de un idilio, con el chinerío campero, y madrigalizan las tenoriadas del ilustre *Pardejón.*"

Escuchad lo que, á raíz del discurso decía *El Siglo:*

"Cerró dignamente el acto el señor Daniel Martínez Vigil, tribuno de garra, que con su palabra elocuente y su vibrante declamación arrebata á las masas. Sus discursos tienen la rara condición de conmover al vulgo y de gustar á los intelectuales. Es la frase franca, sin rebuscamientos, que está al alcance de todos, pero cuyos giros poéticos la convierten en una prédica celeste."

Escuchad también lo que, á raíz del discurso, dijo *La Razón:*

"Y cuando se llegó al final del programa, acaso al número que con más ansias esperaban los concurrentes, Daniel Martínez Vigil, el más perfecto de nuestros oradores, se hizo oir en medio del mayor entusiasmo, en medio de un continuo retumbar de aplausos que hasta llegaban á apagar su argentina voz, hecha á todas las modalidades de la oratoria, en la cual, con sus ademanes, con sus arranques y con sus gestos, sólo los elegidos como él logran imponerse de una manera tan natural y espontánea, tanto al público intelectual que sabe aquilatar las dotes relevantes del que habla, como al público grueso, que pronto es dominado por la frase ora enérgica, ora suave, pero siempre persuasiva de tribunos de talla semejante á la del que nos ocupa."

Siguen luego, en 1910, dos discursos que, según mi sentir, valen más por el modo como fueron dichos

que por las hermosuras y el jugo que encierran. La figura de Artigas, merecía mayor amplitud y más fulguraciones que las que le dió la girondina musa de Daniel Martínez Vigil. Es mejor, á mi ver, el discurso que, en el mismo año, consagró esa musa á don Bruno Mauricio de Zabala. Transcribo, en cambio, casi íntegra la conferencia que Daniel Martínez Vigil pronunció, el 15 de Mayo de 1911, al celebrarse el centenario de la gloriosa acción de Las Piedras, clausurando, con esta larga cita, lo que llevo dicho sobre la prosa de Daniel Martínez Vigil:

"Dos fuerzas, una, gloriosamente representativa del pasado, y, otra, de un modo propicio representativa del porvenir; la fuerza que emana, como de un foco poderoso, del nombre de Artigas, y la fuerza que brota, como de dos fuentes ubérrimas, del corazón y del cerebro de la juventud, conspiran al éxito de estos festivales patrióticos, preludios, por así decirlo, de las manifestaciones jubilosas que las actuales generaciones tributarán, en el próximo centenario, al prócer que es, por prioridad en el orden del tiempo, por jerarquía histórica, por evaluación de merecimientos y por alteza de servicios, algo así como el Abraham de nuestra familia política y en el patriarcado de nuestras grandezas ciudadanas.

"Porque los títulos de Artigas, con ser muchos y muy valiosos á la consideración y gratitud de sus compatriotas, estriban precisamente en ser cabeza de una nación, punto de partida de la historia de su tierra, arranque y entronque de una descendencia heroica, varón cimentador de una patria y de una raza, primer ascendiente en la genealogía de los libertadores ríoplatenses, aliado fiel del dios moderno de los hombres libres que se llama el derecho, y, al modo también del patriarca fundador de las tribus hebreas,

padre excelso y padre de una muchedumbre excelsa.

"Y ahí lo tenéis enhiesto y firme sobre su pedestal de gloria; con las salpicaduras de barro que sus detractores le han arrojado al rostro y que apenas si han llegado á macular la blancura del zócalo de la estatua; nimbada la cabeza con la aureola que la inmortalidad coloca en las sienes de sus elegidos; resuelto y altivo, con la resolución y la altivez con que siempre defendió los fueros de su provincia contra todas las pretensiones erigidas en derecho y contra todos los usurpadores con apariencias de soberanos; ahí lo tenéis tal como se presenta ante la posteridad el patriota celebérrimo que, en la tarde del 18 de Mayo de 1811, recogía del adversario español su espada de coronel; abatía los infantes y marinos que, con Castaños, en Bailén, habían derrotado materialmente á Napoleón, y que, con Gravina, en Trafalgar, habían vencido moralmente á Nelson, y auguraba inequívocamente que, en los dominios de la Madre Patria había llegado la hora — retardada pero inevitable — de ponerse el Sol.

"De todo hombre que, ultrapasando el límite de lo mediano, penetra en las regiones de la celebridad, se puede sostener que existen dos personalidades: la real y la de la leyenda; la efectiva, la que es ó la que fué, y otra, adulterada si queréis por las ficciones, pero en la que las generaciones subsiguientes van transustanciando, partícula tras partícula, el alma popular. Y Artigas no podía escapar á esa especie de ley de la historia y de la vida. Hay, efectivamente, el Artigas de las biografías y de los historiógrafos, pintura exacta de la entidad viviente, y el Artigas legendario, no opuesto en el fondo al anterior, pero sí idealizado por los espejismos de la poesía y sublimado por la mano del artista colectivo que se denomina el sentimiento

nacional. Y si, por acaso, quisierais conocer las diferencias accidentales que separan á ambos, no tenéis más que parar mientes en que, desde el simple punto de vista de la indumentaria, el historiador nos presentará un Artigas ataviado, casi elegante, con conatos de Petronio, luciendo sus fracs en los bailes y sus vistosos uniformes de blandengue en los quehaceres de los campamentos, mientras que en la retina del pueblo está clavada la visión de un jinete, prototipo del centauro criollo, que cruza al galope de su caballo el territorio nativo, llevando echado á la nuca el aludo sombrero y agitado por el viento de nuestros campos el poncho de las cargas y de los entreveros."

Y concluye:

"En presencia de la gigantesca talla histórica de Artigas, de la magnitud de sus hechos y de la majestad de su vida, no hay por qué recordar, en el día de su glorificación, la pequeñez de sus procaces infamadores, ni la ruindad de sus nefarios enemigos. Pero, si ha habido absoluciones y apologías para el salteador Güemes, para el bárbaro Quiroga y para el monstruoso Rosas, la verdad científica, la moral política y la equidad natural demandan de consuno que se haga justicia — cualesquiera que fuesen los yerros que se le quisiesen imputar — al visionario de genio que, confiando, como un nuevo Esquilo, su obra á la acción reparadora del tiempo, arrojó á los vientos del futuro los gérmenes de la democracia y del federalismo. Y si á pesar de las exigencias impuestas por una mejor comprensión de los hombres y de las cosas; si á pesar de los postulados provenientes de la historia y de la solidaridad del amor que, en las relaciones entre las personas como en las relaciones entre los pueblos, triunfa diariamente sobre la acción corrosiva del odio; si á pesar de todo persistiese el virus infamatorio cri-

minalmente inoculado por manos extranjeras sobre la memoria esclarecida del primero de nuestros conciudadanos y de uno de los más insignes repúblicos de Sudamérica, entonces responded á los que acusan sin motivo y vilipendian sin razón, que será vana su prédica y estériles serán sus acusaciones, mientras no logren arrancar de los anales americanos la página que contiene el decreto de rehabilitación de Artigas, suscrito por la misma mano que firmó el decreto de proscripción; mientras no tilden del escalafón de los soldados de la Revolución de Mayo, el ascenso á la coronelía del rendidor de Posadas; mientras no puedan despedazar la espada con que los cordobeses obsequiaban á su Protector inmortal, puesta por el desinterés de Leandro Gómez bajo la custodia sagrada de la Patria, y mientras vibre en los labios de la juventud de allende el río, la estrofa del himno que rememora la victoria de Las Piedras, letrero eterno que dice:

Aquí el brazo artiguista triunfó."

¿Güemes un salteador? Yo no lo sabía; pero prescindamos de las salvedades de última hora. No son necesarias desde que ya os dí los elementos necesarios para que juzguéis. Á vosotros os toca pronunciar el fallo definitivo. Escribiendo ó hablando, el que nace orador es siempre orador. Será conveniente que lo tengáis en cuenta, señores jurados. Quien dice elocuencia, quien dice tribuna, quien dice mirada y gesto y ademán, dice pasión, arrebato, ardentía, rémiges cimbrantes y resonadoras. Quien dice soledad, vida de pensamiento, coloquios con el numen, dice predominio de la imaginación, peligrosa tendencia á lo subjetivo, arranques que son relámpago y maza, porque la fuerza, que vamos acumulando en la meditabunda quietud de nuestro retiro, explota terrible é

irrefrenable cuando salta los bordes del vaso espiritual que la contiene. Será conveniente que lo tengáis en cuenta, señores jurados. Reflexionad aun, antes de decidir, en que ese hombre, que se ha valorado por la comparación y la melancolía, ha sufrido mucho, se ha visto pospuesto á la mediocridad, conoce lo que puede la alianza de las impotencias contra la virtud docta y el mérito altivo, lo que no le impide seguir adorando en el ideal, fuerte y tozudo, como roca oceánica y ave de cumbre, en la defensa augusta de su libre decoro. Pongo desnuda, ante vuestros ojos, una conciencia. Ya habéis escuchado sus confesiones. Nada os escondió y nada os oculté. Los dos quisimos que lo supiérais todo. El diamante de ese espíritu fulgura ante vosotros, sobre vuestra mesa, cerca del libro santo que contiene los preceptos de la equidad. Sólo una cosa no conocéis aún. Son los versos, los grandes versos, los versos varoniles de ese filósofo y de ese orador. Ahora vais á oirlos. No lucen la hermosura impía de Friné, la que sirvió á Praxiteles para calcar las espléndidas estatuas de sus Venus. Lucen más bien la hermosura olímpica de Belona, armada de látigo y armada de lanza, según los antiguos, como conviene á los que juraron morir, si ello es preciso, por el triunfo de la santa, de la dulce, de la etérea justicia!

III

Tirteo no es ya, para la crítica contemporánea, ni cojo ni tuerto, ni maestro de escuela ni semiloco. Tirteo es, desautorizada la invención popular, un estadista noble y un poeta sublime. Su numen, entusiasta y ardiente, es épico y lírico. Los sonidos de las flautas, que corean sus elegías, debieron ser agudos tim-

bres de clarín. Sus anapestos elogian el valor, lo siembran, lo divinizan. Los recita ó los canta en la plaza pública, en los días de ciudadanas agitaciones. Los recita ó los canta en los campamentos, delante de la tienda en que se mece dominadora la insignia real. Forman un triple corro, para escucharle y para aprenderle, los niños y los viriles y los ancianos. Sus cantos, sus elegías, son marchas guerreras. Al compás de esas marchas, los lacedemonios se enrojecen con la sangre de los mesenios. El valor pasado, el valor presente, el valor futuro, son el eterno tema, el único tema, el tema inflexible de aquellos himnos enardecedores. Aquellos himnos educan en el culto del valor á la juventud. Repitiendo la letra de aquellos himnos se nace, se vive y se muere en Esparta. De aquellos himnos nos hablan Licurgo, Estobeo, Plutarco y Dión Crisóstomo.

El valor de hoy no es el valor pasado. El valor antiguo se llamaba ferocidad. El valor presente se llama decoro. El valor de ayer se basó en el degüello. El valor de hoy consiste en resistir. ¿Á quién? ¿Á qué cosa? Á la impureza que nos circunda. Al arribismo que nos invade. A la podredumbre que nos envuelve. El himno que le cante á la multitud las virtudes de la dignidad y la independencia, es un himno patriótico. El poeta que ensalce con ardimiento esas virtudes, terriblemente austeras y dolorosas, ha heredado el laúd de Tirteo. Ese poeta, ese escogido, ese iluminado, ese excepcional, le presta á su país los mismos servicios, los impagables servicios que Tirteo le prestó á Esparta.

Ejemplo de dignidad y sembradora de dignidad es la soberbia musa de Daniel Martínez Vigil. Esa musa es la vestal solícita de mantener el fuego purpúreo

y santificador que azula la conciencia del que labró las marmóreas estancias de *Las dos fuerzas:*

"Hay dos distintas clases de fuertes luchadores,
dos armas diferentes, dos campos de pelea:
la clase de soldados, la clase de escritores;
la espada, que es tinieblas; la pluma, que es fulgores;
el campo de batalla y el campo de la idea.

Con sangre están teñidas las manos del guerrero;
manchada está de tinta la diestra del que escribe;
es gloria deleznable la gloria del acero;
el triunfo de las letras es triunfo verdadero;
es Austerlitz un nombre; la Enciclopedia vive.

Al hombre lo hacen lobo los campos de batalla;
al hombre lo deifican las justas de la idea;
el libro es convincente; brutal es la metralla;
el pensador redime; el César avasalla;
Voltaire es una antorcha; Bismarck es una tea.

Leonidas en la Grecia no vale lo que Homero;
es inferior Augusto al orador romano;
Cervantes es la gloria más grande del ibero;
entre Bacón y Cromwell, Bacón es el primero;
Varela es un gigante, y es Rosas un enano.

Que tú, patria del alma, que sufres los horrores
de lucha fratricida, para tu gloria veas
brillar sobre tu frente, con áureos resplandores,
la luz de tus artistas, la luz de tus autores,
la luz del pensamiento, la luz de las ideas!"

Eso no se discute. El valor de hoy no es la heroicidad antigua. Los héroes de hoy forman un ejército innumerable. Es más púgil que Ayax, el médico que

se inocula la muerte al dar la vida. El sabio que se gasta los ojos persiguiendo una estrella, ó espiando las vibraciones de lo infinito de lo diminuto en la gota de agua, empequeñece á Ulises. El poeta, el músico, el escultor, que deshojan la dalia bermeja de su juventud dejando que la pobreza la marchite y el trabajo la seque, anulan á Patroclo y humillan á Héctor. Los héroes de entonces tenían el bárbaro culto de Marte. Los héroes modernos rezan de rodillas ante el altar de la Venus Urania.

Esa musa tiene sus iras. Le place el yambo. Es el fecial que lanza su jabalina, como una declaración de guerra, á todos los malsines. Escuchadla en *Los réprobos:*

"El paladín espiritual no halla
sanción alguna á su virtud estoica,
ni recompensas á su vida heroica,
ni galardón á su moral sin falla.

Lo hiere con sus flechas la perfidia;
el embuste le lanza sus injurias;
el odio arroja contra él sus furias,
y le sigue el espectro de la envidia.

Expuesto á los ultrajes de la afrenta,
con que al honor la plebe galardona,
si el genio, acaso, ostenta una corona,
es corona de espinas la que ostenta!

Víctimas de cobardes opresiones,
Sócrates bebe un vaso de veneno;
Catón, con un puñal, se rasga el seno,
y Cristo expira en manos de sayones.

La sangre de Jesús mancha á Judea,
la de Catón, á Roma y á su historia,

y el suplicio de Sócrates, la gloria
de la ciudad de Palas Atenea.

Quienes son de los vicios el azote
y emprenden contra el mal una cruzada,
encuentran, al final de la jornada,
un tósigo, un puñal ó un Iscariote."

¡Siempre las mismas ansiedades de azul y siempre el mismo odio contra lo negro! ¡Siempre las mismas ansiedades y la misma cólera que ya admiramos en el polemista y en el orador!

Escuchad todavía *La grey de Epicuro:*

"Osamentas morales, almas muertas,
en el embuste y en el logro expertas,
aptas para engañar y para urdir,
en balde me cerráis todas las puertas:
apelo al porvenir!

Muertos vivos; cadáveres andantes;
sepulcros blanqueados; traficantes
del deber, del honor, de la verdad;
Sylocks del alma, vidas claudicantes,
vivid, comed, gozad!

Para el estoico justador que siente
aumentar sus afanes y presiente
una lucha sin tregua hasta morir,
la vida no se basa en lo presente,
sino en lo porvenir.

Mas vosotros, cadáveres andantes,
Sylocks del alma, vidas claudicantes
del deber, del honor, de la verdad,
os reís, con sarcasmos insultantes,
de la posteridad."

Eso es hermosísimo, enormemente hermoso. Esto tiene la firmeza y la luz del cristal de roca. ¿No es verdad, oh maestro Díaz Mirón? ¡Sollozo que desprecias y náusea que sollozas, no inútilmente aspiras á lo venidero! ¡Lo venidero te recogerá, porque eres música, eres idea, eres honda pasión, y eres el eco del grito que lanzan, en la noche infinita, los labios de la eterna justicia desolada!

En *Excelsior* el poeta se afirma en su fe:

"Incrustad en la memoria
del combatiente novicio,
que, en la lucha contra el vicio,
más alta que la victoria
se alza la cruz expiatoria
á que asciende el sacrificio.

Que al adalid siempre plugo
ver la luz sobre el misterio,
la razón sobre el imperio,
la justicia sobre el yugo,
al mártir sobre el verdugo,
y á Jesús sobre Tiberio."

Ya lo sabéis y tenedlo presente, señores jurados: os halláis en presencia de un gran doloroso. Bajo el broquel, bajo la coraza, bajo la armadura, late un herido corazón sangriento. Ese corazón, á veces, se resigna confiado en la eficacia de su excelsitud. Oidle en *Veneno y triaca:*

"De su oculta madriguera
lanza la calumnia artera
su emponzoñoso aguijón,
para herir al inocente,
estigmatizar su frente
é infernar su corazón.

Tósigo sutil y activo,
que no tiene reactivo,
es el tósigo del mal,
pues corroe la existencia,
inficiona la conciencia
y amortigua el ideal.

Alma herida por la injuria,
conduélete de la espuria
alma del infamador,
y opón la pureza al guano,
la clara linfa al pantano,
y la blancura al negror."

Os hago gracia, por muy conocida, de *Odi profanum vulgus.*

"El alma, que en sí misma encuentra un puerto
seguro, entre las torpes muchedumbres,
vive, como el león en el desierto,
reposa, como el cóndor en las cumbres."

Es siempre la misma nota. El numen, con rarísimas excepciones, traduce siempre el mismo estado espiritual. ¿Estado ficticio? ¿Gesto de comediante? ¿Actitud de histrión? Os engañaríais si así lo creyéseis, señores jurados. La mejor prueba de la sinceridad de ese descontento, de esos desdenes, de esas maldiciones, de esa tozuda sonata de combate, está en esa vida de sacrificio y en ese interminable llover de tropos. El alma vive á solas con la idea que la tortura. Esa idea, girando incesantemente sobre sí misma, chispea como un astro en rotación constante. De esa idea extrae el espíritu, el espíritu acongojado, su incansada irascibilidad y su trópica fraseología. El mundo de ese espíritu, nebulosa incendiada que por

los golfos de la noche vuela hacia lo azul, gira y al girar va sembrando parcelas de su núcleo en la sombra enorme, en la sombra sin fin. Las parcelas, que brillan como diamantes, abrasan lo mismo que carbones rojos, porque es lógico y justo que su naturaleza sea igual á la naturaleza de la nebulosa de que se desprenden, como se desprende la chispa del rubí purpúreo y temblador. Ese descontento, ese doloroso, esa fusta que restalla y restalla sin tregua ni fatiga, es arte, arte espontáneo y de buena ley, como el arte enredado en las cuerdas del laúd de Juvenal.

En ciertas ocasiones, — pocas, muy pocas, — el numen se humaniza. Entonces, como desprendiéndose, — aunque sólo en parte, — de la idea que lo tortura, se apercibe de que nunca son absolutos el bien y el mal, de que el bien y el mal siempre son relativos. Y entonces comprende y acepta con amargor y melancolía. No olvidéis, señores jurados, que esa melancolía y esa amargura tienen necesariamente que ser dantescas, porque así lo exige la idiosincrasia tiranizadora del rimador:

"Hay en la más inmaculada historia
mezcla de vituperio y galardón,
como se mezcla el oro con la escoria,
como hay opacidades en la gloria,
como tiene negruras la ilusión.

Que siempre encierra el corazón humano
amor divino y ansia terrenal;
algo de cielo, mucho de pantano;
tendencias nobles y apetito insano;
afectos puros y pasión bestial."

Ese estado de tregua, de compresión, de misericordia, durará muy poco. Como la herida sangra sin des-

canso, de continuo el implacable, el soberbio, el convencido, el luchador ceñudo reaparece con el biceps brutal en recogimiento, con los pies en angulosa y combativa disposición:

"Soy de la raza estoica de los que bregan
contra el error, el crimen y la estulticia;
soy de los justadores por la justicia;
soy de los combatientes que no se entregan."

Y sigue en *Gladiatoria:*

"Apóstol del carácter y de la idea,
Quijote enamorado de la ardua gloria,
es el deber estricto mi ejecutoria,
y el austero civismo mi Dulcinea.

En balde la calumnia tienta morderme;
en vano la injusticia quiere abatirme:
los odios y la injuria podrán herirme,
pero jamás mancharme ni envilecerme."

Y termina así:

"Sembrador, que al futuro lanzas los dones
de tu virtud preclara, de tu alto ejemplo,
que tu gloria fulgure, cual dios de un templo,
en una apoteosis de irradiaciones!

Los males victoriosos serán vencidos;
el vicio, aunque domine, tiene su valla,
pues frente al ministerio de la canalla
se alza el apostolado de los ungidos!"

Ese orgullo es satánico. Cuando se siente flaquear, ese orgullo se latiguea á sí mismo sin compasión. Se robustece, se hincha, se da cuenta de su pcder, mace-

rándose entre apóstrofes fulminatorios y credos de esperanza.

Al fin comprendo el por qué de esa forma sin pecados y el por qué de ese fondo siempre con jugos. El poeta acumula mucho pensamiento y mucha emoción antes de empuñar el laúd. ¿Conocéis el modo de volar de las águilas? Las águilas corren con las alas tendidas, antes de subir, para almacenar aire. Ese aire, almacenado en la encurvadura de sus alas, las impulsa como el aire almacenado en las velas impulsa al navío. Por eso el águila tiene el vuelo largo y jamás se fatiga. El águila, gracias á la provisión de aire de sus rémiges, no necesita hacer esfuerzos para volar. Esto es científico. Todos los naturalistas os lo confirmarán. Y lo mismo hacen ciertos ingenios. Acumulan ideas y emoción antes de ascender. Yo sospecho, esto es, yo estoy seguro de que así metrifican Díaz Mirón y Daniel Martínez Vigil.

Nuestro mirmilón, confiado en su sólido arnés y en su fuerte escudo,—ciencia y virtud,—se ríe del tridente de los reciarios, en quienes se encarnan la envidia y la calumnia. Jamás le envolverán éstas en sus mallas, por mucho que giren avizoras en torno suyo. Para vencerle, necesitarían cubrirle la cabeza con la red que silba, cuando se abre, como un reptil. ¡Inútil empeño! La cabeza es lo que tiene de invulnerable nuestro mirmilón. El mirmilón en cambio puede hundir su espada con facilidad en el cuerpo desnudo de sus adversarios. En las luchas del circo, cuando erraba su golpe la malla envolvente, el reciario no tenía otro salvador recurso que el cobarde recurso de huir. En el encuentro, que yo describo, ni esto es posible. ¡El mirmilón, además de tener invulnerable la testa hermosa, luce condóreas rémiges sobre el dorso púgil y acorazado!

Esa musa también ha cantado al amor. ¿Cómo? Ella os lo dirá:

"Tienen los ojos negros de mi amante,
impregnados de amor y poesía,
la brillantez del luminar del día
y las irisaciones del diamante.

Hay en su voz las dulces vibraciones
del ave que reclama su pareja,
y el timbre delicado de su queja
tiene más de gorjeos que de sones.

Luce su rostro, de facciones finas,
la hermosura del rostro de la mora,
y su selecto espíritu atesora
la alteza de las almas femeninas.

Alejado del mundo y sus ruidos,
la hallé en medio á mi ruta solitaria,
y, al modo de la virgen de Samaria,
apaciguó la sed de mis sentidos.

En ella cifro mi mayor anhelo,
pues, si me mira, me subyuga el alma;
si no me mira, róbame la calma,
y si sonríe, me transporta al cielo.

Compartiendo mis goces y pesares,
yo supe cautivarla y poseerla;
yo he sido el buzo que arrancó una perla
sin descender al fondo de los mares.

Me atrae con el raro magnetismo
con que atrae la amante que es esposa,
y esplende en mi existencia tormentosa
como un rayo de sol sobre el abismo.

La dí mi corazón y sus ardores;
ella me dió su juventud florida,
y es su vida la vida de mi vida,
y es su amor el amor de mis amores,"

La forma pura y el fondo noble. Luz sobre luz. Blancor sobre blancor. ¿No es este el mejor elogio que puede hacerse de una poesía?

Y la que sigue casi estoy por deciros que vale más que la que antecede:

"Cuando cuentes, siendo anciana, tus amores juveniles
y reviva en tu memoria la estación de tus abriles,
sepultada entre los fríos del invierno de la edad,
un recuerdo: mi recuerdo, como flor entre ruínas,
perfumará con efluvios de purezas matutinas,
lo marchito de tu alma, lo mustio de tu beldad.

Y al influjo de mi nombre tu pasado esplendoroso,
tus encantos virginales surgirán de su reposo,
conjurados por potente é invencible evocación,
y radiarán tus miradas con resplandores de hoguera,
y exhalarán tus suspiros perfumes de primavera,
y en tu boca el primer beso repetirá su canción."

En una carta de Daniel Martínez Vigil, éste me dice: — "Entre mis muchos defectos, no poseo el de la vanidad poética. Miro á mis hijas rimadas, no con el amor de padre, sino con la aspereza ó frialdad del padrastro." — ¡Y Daniel Martínez Vigil se queja de la injusticia de los demás! ¡Él les dió el ejemplo siendo enormemente injusto con sus hijas! ¡En materias de amor, hay cosas que siempre me dejan frío! ¡El desdén, en amor, es una terrible fuerza! ¡Otros adoran á una musa que jamás se apiada y no les corresponde! ¡Este poeta, sobre cuyo pecho se estre-

mece la musa, — buscando con su boca el lugar en que late un corazón ingrato, — trata á la musa con desabrimiento y con brusquedad!

¡Injusto! ¡más que injusto! ¿No es ella la que le inspiró sus valientes redondillas *A España?*

España, pueblo - león,
en la universal historia
hay una cumbre: tu gloria,
y un fanal: tu pabellón.

Viste postrarse á tus pies,
mudos de asombro y espanto,
al musulmán, en Lepanto,
y, en Talavera, al francés.

Tiene tu raza ejemplar,
libre de todo desmayo,
por suicidio: el Dos de Mayo;
por derrota: Trafalgar.

Luces en tu altiva sien,
con castellana arrogancia,
la aureola de Numancia
y los lauros de Bailén.

Cuando convoca el clarín
á noble liza á tus hijos
surge un mártir cual Torrijos;
brota un héroe como Prim.

Ante tu invicto pendón
se prosternaron un día:
el rey Francisco en Pavía,
y el mundo que halló Colón.

¿Quiénes pueden igualar
en alteza á tus gigantes?

¡No existe más que un Cervantes
y un Rodrigo de Vivar!

Mañana, cual fuiste ayer,
serás justicia, no azote,
porque podrás ser Quijote,
pero nunca mercader!

No existe bajo del Sol
raza mejor que la ibera,
ni más gloriosa bandera
que la del pueblo español!"

Esa musa, tan desdeñosamente tratada, es también la inspiradora de un soneto que se titula *El Grifo:*

Sueño con un demonio ilimitado;
con un poder de omnímoda grandeza;
con una obra de ejemplar belleza;
con un ángel rebelde no domado.

No es soñar el soñar con lo menguado;
no es vivir el vivir en la bajeza;
no se esplende el ideal en la vileza,
ni hay lavas en el cráter apagado.

Espíritu, que vives de ilusiones;
que sueñas con laureles inmortales,
y odias lo torpe, lo vulgar, lo muerto,
tienes la majestad de los leones,
el vuelo de las águilas caudales
y el furor de los tigres del desierto."

Como siempre odié las ingratitudes, quiero poner de manifiesto y en pública picota la consumada por este poeta de numen firme, de fraseo ardiente, de imaginación rica y pensamiento alto, encantando al lector

con algunas de las gentilezas y profundidades de sus *Minucias:*

El óleo laico

Que el beso es lo más puro y santo de la vida,
lo prueba este aforismo, debido á un hombre sabio:
si el beso es de la madre, la frente queda ungida;
si el beso es de la amada, ungido queda el labio.

Poesía y realidad

Cuando os gasten los años con su roce
será verdad lo que creéis un sueño:
lo mejor del amor no está en el goce;
lo mejor del amor es el ensueño.

Los trágicos

La vida del artista que adora la belleza
por la belleza misma, con noble y puro afán,
ofrece de Alighieri la trágica grandeza,
ó tiene de Leopardi la trágica tristeza,
ó el trágico destino de Guy de Maupassant.

En marcha

Á veces, vagueando por el mundial sendero,
de voces misteriosas escucho este clamor:
—¿A dónde te diriges, incógnito viajero?—
Y digo á los que quieren saber mi derrotero:
—Quizás vaya al Calvario; quizás vaya al Tabor.

Vórtices y vértices

En las simas: lodo, larvas y tinieblas;
en las cumbres: copos, alas y arrebol.
En las almas - simas: fango, muerte y nieblas;
en las almas - cumbres: cielo, vida y sol.

Voz del alma

En la noche pavorosa de mis duelos infinitos,
como náufrago doliente que socorro pide á gritos.
articula sus querellas mi cansado corazón;
y en mis labios se resume, como síntesis suprema,
algo amorfo, indefinido, que es plegaria y anatema,
que es apóstrofe y sollozo, que es hosanna y maldición.

Es claro que no pretendo daros á conocer del todo al poeta, como tampoco entendí daros á conocer del todo al orador. Daniel Martínez Vigil es muy posible que esté en lo cierto cuando me dice en la carta citada antes:

"Los folletos en que se contienen varios discursos míos no son, créalo usted, la parte mejor de mi pobre oratoria. Esta habría que buscarla en los trabajos de mi improvisación cotidiana, en las explicaciones de mi cátedra libre, en mis disertaciones sobre tópicos de filosofía, literatura, historia ó ciencias del Derecho, que constituyen las materias objeto de mi enseñanza, y en cuya labor verbal, de veintitrés años de duración incesante — ¡después se dice que son charlatanas las mujeres! — está toda mi obra de expositor."

Ahora, sí, ya sabéis todo lo que yo quiero que sepáis, señores jurados. Fallad en conciencia, pero entended que yo también soy, he sido y seré un poquito orgulloso. Vuestra opinión no modificará la mía. Yo no me cambio, yo no me doblo, yo no soy viento, yo no soy junco, yo no soy ola, yo no soy multitud. Por más que me digáis, en vuestra sentencia sin apelación, ese hombre es doctrina, ingenio, bravura, sinceridad, virtud. ¿Qué es un rebelado? ¿Qué es fuerte en pasiones? ¿Qué su soberbia es grande? Justamente, dada su idiosincrasia, en lo que reprocháis, en lo que no

entendéis, en esos sacrificios y en esas altiveces, está el origen de su talento. Debajo de ese talento hay un corazón. ¿Qué se indigna? ¿Qué sangra? ¿Qué solloza? Por eso resplandece. Lo que no sangra y lo que no se indigna, es un corazón putrefacto ó servil. Dadme un laurel. Yo tengo esa cabeza en que depositarle. Honrándola, os honráis y nos honráis. ¡Enseñad á las muchedumbres á no ser ingratas! ¡Pequeños, diminutos, irreverentes, olvidadizos, postraos alguna vez ante el Ideal!

IV

Daniel Martínez Vigil es un estoico á lo Marco Aurelio y un pesimista á lo Schopenhauer.

Para ser un verdadero discípulo de Zenón le sobra la agresividad, que es la característica de su numen de forma impecable, como columna de pórfido labrado á cincel.

Para ser un filósofo á lo Schopenhauer le sobra la virtud de su vida, porque el maestro alemán, del que ya hablaremos, vivió vida muelle, les tuvo á las viruelas y á los ladrones un miedo infantil, cuidó de los marcos con harpagónica solicitud, y anduvo en amores, poco recomendables por su lujuria, en Hamburgo y en Dresde, en Berlín y en Venecia.

En cambio, si nuestro poeta se aparta de los estoicos por carecer de la impasibilidad con que éstos miraron todos los bienes y males de la vida, se acerca á los estoicos por el empeño con que proclama que la virtud es el producto de las victorias de la voluntad sobre la pasión ciega. — La virtud es un fin en sí misma, nos dicen los estoicos. — Yo cuido mi virtud, que es el fin de mi vida, — nos dicen el poeta y el orador, muy capaz de abrirse las venas valientemente como Lucano

y Séneca, aunque no imite, en lo palaciego de sus costumbres, á los que poco á poco se desangraron entre la música de los sollozos de Pola Argentaria y Paulina Pompeya.

Pedidle firmeza, mucha firmeza; pero no le pidáis insensibilidad y resignación á Daniel Martínez Vigil. Esas virtudes no son las virtudes del que escribió *La grey de Epicuro*. Aquello, ya os lo dije, es hermoso, enormemente hermoso. No insistiré sobre la fuerza de las invectivas. Cada bordón suena como una bofetada. Cada desprecio se me figura puntapié de cíclope. Lo que decir quería es que el último verso de la estrofa inicial es un grito trágico, un grito que sale del fondo del alma, como el grito que forman los versos finales de la estrofa última es una maravilla de comprensión por lo amargo, lo terrible y lo verdadero. El arte no siempre ha de ser un árbol florido, oculto en cuyas hojas lanza sus cavatinas un ruiseñor. El arte es también colérico apóstrofe, que espera vibrando, vibrando cada vez con más furia, á las justicias de lo porvenir. Ellas, las purificadoras y las incorruptibles, recogerán el grito. ¡Soy la sátira y me llamo Juvenal! ¡Soy el yambo y me llamo Barbier! ¡Soy la junción de la sátira con el yambo y respondo al nombre de Víctor Hugo, el Víctor Hugo de la parte épico-bufónica de *Les quatre vents de l'Esprit!*

Á este estoico, para ser estoico, le falta la virtud de la tranquilidad. Siente demasiado. Es demasiado batallador. Él mismo nos confiesa que, apenas se notó con felpaje de plumas en las rémiges aquilinas,

Ímpetus y ansias sentí
De ave audaz y luchadora.

Hablemos del filósofo á lo Schopenhauer. Digamos que el pesimista tampoco nos parece completo. Hay

mucha esperanza en esa lobreguez. Ese abismo despide mucho resplandor. El mundo, para ese hombre, no es una simple representación que se verifica sobre los tablados de la inteligencia. La realidad, para ser hombre, no es ilusoria. Ese hombre, que ha sentido más de una vez los ósculos salubrificadores de la alegría, duda de que la vida sea un perpetuo é insaciable dolor. Cree sí, como su maestro, que toda fuerza en acto es una voluntad activa. Cree sí, como su maestro, que las metamorfosis de la voluntad son la causa y el origen de todos los fenómenos que la fuerza produce. Cree sí, como su maestro, que la voluntad es el substratum del mundo de los fenómenos á que asistimos y del mundo de los fenómenos que nos convulsionan. Cree en todo esto y es atológico, porque no puede ver, por lo mucho que sabe, una idea innata en la idea adquirida de Dios. Perfectamente; pero aquí concluye la semejanza. Schopenhauer espera que la desilusión nos hará odiosa la voluntad, la sed de vivir, y que buscaremos en las quietudes del nirvana índico el último refugio contra el mal invencible y la pena incurable. Su discípulo, por lo contrario, cree en la victoria de la voluntad, nos empuja á cuidarla con esmero probo, apela al porvenir como á un vindicador seis veces augusto, y clava las banderas de la virtud sobre las ruinas de la torre feudal de las turpitudes espirituales. Schopenhauer funda su doctrina sobre la piedad, originada por la conciencia de lo idéntico de la pesadumbre de nuestro ser; y su discípulo canturrea sus odios hacia lo malsín, cuya naturaleza, no por ser humana, es de la misma naturaleza de los que tienen los ojos encendidos por la luz que sale de las ciclópeas rémiges, tendidas en vuelo, del infinito Bien y la casta Hermosura y la eterna Verdad.

Ese culto, ese endiosamiento, esa fe en la pujanza de la voluntad, es la constante preocupación de nuestro poeta:

"No cejes, corazón mío,
en la lid por lo ideal;
mantén tu invencible brío....
sé siempre, corazón mío
implacable para el mal.

Alma mía, sé altanera
con el vicio ó el error;
sé con el bien justiciera....
alma mía, sé bandera
en las justas del honor.

Estoico espíritu mío,
en tus luchas sé tenaz,
sé indomable, sé bravío....
aun muerto, espíritu mío,
nunca descanses en paz!

Rotas las terrenas vallas,
el espíritu - adalid,
en los eternos Walhallas,
gana póstumas batallas,
como el cadáver del Cid."

A cada instante oigo decir, á los que no lo entienden, que el más alto de nuestros decadentistas tenía el refinamiento quintaesenciado de la forma, el impecable dominio del verso. Esto no es tan verdad como afirman algunas ignorancias métricas, si la forma es lo que yo presumo y la perfección es lo que yo supongo. En cambio, con arreglo á lo que yo aprendí de ritmo y de rima, el impecable ó casi impecable, en cosas de acentuación y de consonancia, es este poeta

de que voy tratando, que une lo pulido á lo enérgico, la bravura á la concisión, el numen á la casticidad. Sus tropos no necesitan violentar el lenguaje. No asuena y consuena jamás en los finales de la misma estrofa. Conoce bien la música de lo agudo y lo llano, no permitiéndose el lujo pecaminoso de las inarmonías ni aun en los momentos de inspiración más recia. Pronuncia con verdad, sabe gramática y se me ocurre que algunas horas le dedicó al latín, lo que no me parece que le perjudique. La etimología, en nuestro lenguaje, tiene importancia suma. Ved lo que acontece con la voz *exilio*. Unos decimos *exilar, exilado*, — lo que es un yerro. Otros escriben *exiliar, exiliado*, — lo que es más grave aún. Procediendo la voz castellana del verbo *exilio, exilis, exilire*, debiéramos decir *exilir* y *exilido*, de conformidad con el idioma y con el concepto. *Exil - ire, exil - ir, exil - ido*. Algo, entonces, de utilizable para la pluma y para la lira tiene la melodiosa lengua de Horacio, de Plineo y de Marcial.

Ese hombre, además, no es un enamorado del arte por el arte. Ese hombre, como ya habéis visto, es un devoto del arte por la idea. Hace perfectamente. Escuchad á Guyau: — "El fondo vivo del arte, que debe transparentarse siempre bajo la forma, está constituído por de pronto de *ideas*, después de *sentimientos* y de *voluntades*. La palabra no puede nada sin la idea, como el diamante mejor tallado no puede brillar en una obscuridad completa sin un rayo de luz reflejado por sus facetas: la idea es la luz de la palabra. La idea es necesaria á la emoción misma y á la sensación para impedirles ser triviales y usadas." — "La masa de las sensaciones humanas y de los sentimientos sencillos es sencillamente la misma á través del tiempo y del espacio. Si se ha vivido treinta años, con una concien-

cia bastante afinada, en un rincón no muy aislado del mundo, puede contarse con no sentir ya sensaciones radicalmente nuevas, sino solamente tintes no conocidos hasta entonces, novedades de pormenor." — "Lo que crece para nosotros á medida que avanzamos en la vida, lo que constantemente crece para la humanidad en general, es mucho menos la masa de las *sensaciones* brutas que la de las ideas, de los conocimientos, que son los que obran sobre los sentimientos." — "El arte por el arte, la contemplación de la pura forma de las cosas acaba siempre por conducir al sentimiento de una monótona Maya, de un espectáculo sin fin y sin objeto, del cual no se saca nada. Sólo la inteligencia puede expresar en una obra exterior el jugo de la vida, hacer que nuestro paso por el mundo sirva para algo, asignarnos una función, un papel, una obra mínima cuyo resultado tiene, no obstante, probabilidad de sobrevivir al instante que pasa."

Daniel Martínez Vigil no se satisface con que le digan que es una buena máquina de sensaciones. ¿Para qué? La sensación se gasta. El rastro de la sensación pronto desaparece, como el rastro de la estela del buque en el mar. Cuanto más aguzado es el registrador de sensaciones, más pronto se anula ó sistematiza su facultad, como cuanto más aguzada es la punta de un lápiz, más pronto se consume ó se quiebra. La sensación finísima es un producto de la juventud, que desaparece con la edad viril. El poeta concluye con el hombre hecho, cuando el poeta tiene á sus sensaciones no inteligenciadas por musas protectoras. Tratad de prepararos para ser fecundos en todas las edades de vuestra existencia. Lamartine ha dicho, hablando de Musset: — "Viva la juventud; pero con tal que no dure toda la vida." — Y Lamartine agrega: — "Hay, en las familias vegetales, árboles y arbustos de

doble flor, cuya savia jamás se anuda en frutos, porque el lujo excesivo del florecimiento agota estas plantas, cuyo objeto se diría que es adornar la tierra con lo vistoso de su arco iris, procedente de los risueños colores que ostentan las aterciopeladas praderas, los cármenes salpicados de flores, los bosques movedizos." — Los ingenios, que todo lo piden á la sensación, no maduran jamás, como esos árboles y esos arbustos de que habla Lamartine. Confiando en una juventud eterna, que no logran nunca, se olvidan de prepararse para la madurez. Cantan siempre, sistematizando sus sensaciones primaverales, como cantaban en su crepúsculo matutino, sin profundizar todo lo que de verídico encierra esta máxima de La Rochefoucauld: — "Le plus dangereux ridicule des vieilles personnes qui ont été aimables, c'est d'oublier qu'elles ne le sont plus." — Claro está que, hablando de este modo á las mocedades ensoberbecidas por su exceso de sensación, yo también olvido otra de las máximas que leí en las obras del mismo príncipe de Marcillac: — "Peu de gens sont assez sages pour préférer le blâme qui leur est utile à la louange qui les trahit."

Daniel Martínez Vigil sabe que la sensación se gasta con el tiempo y el uso, en tanto que el cerebro crece en ideas con la lectura, el hondo meditar y el correr de la vida. El sentimiento, pero inteligenciado y convertido en voluntad, tiene que ser, entonces, el fin del arte para Daniel Martínez Vigil.

Como toda voluntad es activa, — si es voluntad firme, — y como todo sentimiento inteligenciado se traduce ó resuelve en ideas educadoras, — si el sentimiento es noble, — el numen de Daniel Martínez Vigil entra en las batallas de la realidad, viviéndola donde debe vivirla, en el medio nativo, que es el único medio en que su numen puede ejercer un influjo ci-

vilizador. Si el arte es un fenómeno de sociabilidad, como con justicia dice Guyau, el arte tiene un valor y un objeto social, valor y objeto que se enlazan lógicamente con el valor y con el objeto del núcleo humano que los produce, como la loma nuestra y el aire nuestro y la luz charrúa producen y verdean las ramas del ombú.

Oid á Daniel: — "Creo que antes de ver si la paja del griego entuerta los ojos ajenos, no está de más comprobar si la viga del francés, pongo por caso, no ciega los ojos propios.

"Sáleme al paso, como para justificar mi aserto, el prurito muy puesto en boga de los que, oriundos de estas tierras, sin previo conocimiento del idioma natal é incapaces, por lo tanto, de justipreciar las innúmeras bellezas del habla castellana y de explotar el venero inagotable de su áurea literatura, por necia ostentación de eruditos á la violeta, ó por despampanar al prójimo, chapurrean el francés como un criollo, ó lo escriben como una marisabidilla, y hacen alarde de gustos galicanos y de refinamientos y acicaladuras de Lutecia.

"Para tales gentes, para los que lo extranjero, por el mero hecho de ser de afuera, vale más en todo caso que lo indígena, hay que ser alondra francesa, canario hamburgués, ruiseñor italiano, jilguero andaluz, cualquiera otra especie de ave canora de la ornitología europea, antes que ser zorzal americano y, sobre todo, antes que ser calandria nativa.

"¡Oh rebaño panurguiano, tu prole, como la descendencia de David, será eterna!"

Daniel Martínez Vigil entiende sin duda, como yo entiendo, que el numen criollo debe ser avispa ávida de los zumos de las flores criollas, para transformar los zumos que extrae de sus cálices fraganciosos en

mieles de belleza, virtud y verdad. Eso no impide que nos deleitemos con las flores refinadísimas en que suctan los azúcares de su inspiración las sabias y zumbonas abejas de otros países, pues el mucho conocer y el mucho estudiar no ofende á la musa que nació en membrillares donde silbean el alma dulce de la calandria y el espíritu bélico del cardenal. De todos modos, lo cierto será siempre, si miro á sus estrofas, que este bardo gusta del arte por la idea, por la idea que vive en perpetua batalla defendiendo á lo azul de los asaltos de lo malsín. Bien hecho. La existencia es milicia, el alma es un soldado, la guzla es una espada de damasquina hoja, el poeta es un hombre, y el hombre tiene el deber augusto de la solidaridad con la multitud que lucha en torno suyo por el rápido advenimiento de lo porvenir. Los indiferentes, los solitarios de las torres marfílicas del ensueño, los que sólo viven para los goces y para las penas de su vida interior, llevarán siempre, siempre, sobre sus espaldas el sello que les puso desdeñosamente la castigadora musa del Dante.

Lamartine ha dicho en la carta-prefacio de sus *Recueillements poétiques:*

— La labor social es un trabajo diario y obligatorio para todos los hombres que participan de los riesgos y beneficios de la sociedad. — Y Lamartine agrega: — Cuando el divino Juez nos coloque ante nuestra conciencia, al fin de nuestra corta jornada terrestre, nuestro mérito escaso, nuestra debilidad, no serán una excusa para nuestra inacción. Inútilmente le responderemos: "No éramos nada, nada podíamos, fuimos tan sólo un grano de arena." Él nos replicará: "Yo había puesto delante de vosotros, de vuestro tiempo, los dos platillos de una balanza en que se pesaban los destinos de la humanidad: el bien se encontraba

en el uno y el mal en el otro. Es indudable que no fuísteis sino un grano de arena; pero ¿quién os dice que el grano de arena no hubiese hecho que la balanza se inclinase del lado del bien? Teníais un cerebro para observar, una conciencia para elegir y debísteis poner el grano de arena en uno ú otro de los platillos. En ninguno lo colocásteis. Nada os importó que el viento se lo llevara. No supísteis ser útiles ni á vosotros mismos, ni á vuestros hermanos." — Y Lamartine concluye con esta frase: — "Yo no quiero, al morir, hacerme este triste reproche de egoísmo."

¿Me diréis, para defenderos, que el poeta no cree en el divino Juez? Os engañáis. Cree en un juez tan iluminado, y tan inflexible como el celeste juez en que creía Alfonso de Lamartine. Ese juez se llama conciencia, solidaridad, simpatía hacia los otros hombres, orgullo de no vivir confinado en su cáscara entre espíritus que viven generosamente para el progreso. ¿Espíritu? ¿Alma? ¿Cómo? ¡El alma no existe para esa musa! — respondéis aún. También os engañáis, señores solitarios. El alma existe para ese numen, aunque el alma en que cree tampoco sea el alma en que creía el melodioso autor de *Jocelin*. Esa alma, que se sabe solidaria en la labor común de su pago y su época, es una chispa del alma universal, que seguirá labrando lo porvenir cuando esa luz se apague, como sigue labrando músicas el bosque donde un viejo zorzal cerró para siempre los ojos y el pico. Escuchad á esa musa, para comprenderla y avalorarla:

> "Si el alma es luz, del éter ha surgido;
> si es fuego, de los soles ha brotado;
> si es nieve, de las cumbres ha bajado,
> y si es amor, del cielo ha descendido."

¿De qué cielo? ¡Responde tú, oh santa naturaleza!

¿Qué mejor cielo que ese laboratorio donde los soles, los grandes soles que manipulas tú, tejen las horas y labran la armonía de la creación? ¡Alma, á vivir luchando, á honrarte á ti misma, hasta que vuelvas al taller de soles de donde has salido!

"Por extraña aberración
se adhiere al oro la escoria,
va la envidia tras la gloria,
y en el diamante hay carbón."

Así canta el poeta de que me ocupo. Así canta su musa. Perfectamente. Eso nos obliga á luchar por el bien. ¡Espíritu, que al encarnarte admitiste carbón y escoria en tus altitudes, que cuando llegue la hora de volver á la fragua inmortal, seas sólo puro diamante y oro sin mezcla, por haber quemado el carbón y la escoria en las ardentías de las batallas por el porvenir, que será hermosura magnificente y bondad infinita!

Es claro que el arte por la idea es un arte triste. También lo es el arte deseoso de exprimir sensaciones individuales. Entre las dos tristezas, la tristeza egoísta es la menos merecedora de compasión. Su dolor no me duele. Sería ridículo que me interesara por un dolor que, replegado en sí, cierra los oídos de sus entrañas á los sollozos del dolor universal. El dolor de uno, convertido en rima, sólo me interesa cuando es un reflejo del dolor de todos, como en las amorosas de Enrique Rivera ó en los humorísticos dejos campoamorianos en que se desangra el numen de Alfredo Zuviría. Éstos también aman el arte por la idea. Son filosóficos, siendo personalísimos. El primero canta el amor sin ventura, romántico y febril hasta la médula de los huesos. El segundo, más hondo, mucho más hondo, parece que se ríe, parece que se burla, pa-

rece que juega con los amargores de la realidad. Es la tragedia vestida con cascabeles. Esquilo transformado en Tribouilet. Sófocles convertido en Teodoro de Banville.

Rivera y Zuviría son dos sinceros, dos hombres, que expresan lo que sienten de distinto modo, de muy distinto modo, pero que no se desgloban de la masa y que no creen constituir un universo aparte. Zuviría es un continuo chispeo. Sus faroles apagados no están apagados. Son faroles japoneses, de forma rara y matices múltiples, que oscilan sobre el baile de la existencia, poniendo de relieve lo cómicamente lúgubre de la danza de las realidades, en cuyos giros todos nos movemos como las figuritas mecánicas de Holden. Rivera, menos original y sin desplantes de irónica filosofía, no nos canta quereres quintaesenciados, de ensueño y de excepción, sino quereres que todos hemos sentido y que á todos nos hicieron llorar en las horas doradas de la juventud, cuando leíamos á Espronceda y á Byron y á Musset.

El arte por el arte no florece en la generación poética que se honra con el nombre de Daniel Martínez Vigil. Aquel arte fué arte de sentimientos y arte de ideas, no arte de matices de sensación confusa, como arte apropiado á nuestra estirpe y á nuestro sol, que no toleran tules en el sentir ni toleran brumas en el brillar, porque el sol brumoso no sazona el trigo ni el sentir velado es aquel sentir que pobló de fantasmas el cerebro de don Quijote é hizo saltar las paredes del corazón brioso de Diego Mansilla.

Justo es, dado lo que antecede, que admire al hombre y al intelectual. Si mis rodillas han perdido la habitud de doblarse, mis manos aun conservan la gozosa costumbre de aplaudir. Y aplaudo largamente á ese espíritu — avispa que, incrédulo y estoico, deja,

entre la música de sus estancias, una gota de la miel del valor para sus nietos.

Daniel Martínez Vigil es un cerebro múltiple. Contiene infinitas cosas en sus celdillas. Los cajoncillos de su inteligencia están atestados y la muerte tendrá mucho que curiosear en aquel tesoro. Sabe de rimas, de historia, de derecho, de ciencia filosóficas y naturales. Sabe de todo y de todo habla, ó escribe, con exactitud su galana elocuencia. Oid lo que nos dice sobre el papel asignado á las universidades por la cultura de nuestro tiempo:

"Uno de los defectos capitales de la enseñanza — tanto primaria y secundaria como superior — que se da en nuestras escuelas, en nuestros institutos y liceos y en nuestra Universidad, es que se atiende especialmente á la *instrucción* y poco ó nada á la *educación*, cuando es un postulado, trivial por lo repetido, que si ella ha de llenar los dos fines contenidos en su naturaleza, debe ser *educativa* al par que *instructiva*, porque si sólo cumple la segunda finalidad y desdeña ó pospone la primera, podrá formar hombres sabihondos, pero inmorales, y es bien sabido que la inmoralidad es mucho peor que la ignorancia.

"Quienes persiguen propósitos de teleología pecuniaria están en el caso de considerar la cultura del espíritu como un medio adecuado de hacer fortuna ó de medrar con una carrera profesional; pero, eso no es, ni puede ser, la cultura del alma: eso será su cultivo y su explotación. La verdadera, la única cultura del espíritu consiste en enriquecer los valores morales, en acrecentar los poderes de la inteligencia y del sentimiento y, conjuntamente con ellos, el poder de la voluntad, orientada hacia el punto cardinal del bien, en atención á que, en el sentido elevado y filosófico, instruirse no equivale á amasar riquezas

y dar satisfacción material al egoísmo, sino en pensar alto, en sentir hondo y en obrar con rectitud."

Agrega luego, después de afirmarnos que del mismo modo piensan Renán y Spencer y Le Bon:

"Se me contesta que la misión universitaria es conferir grados, sin tener para nada en cuenta la honestidad de la conducta de los graduados.

"Los que así hablan olvidan que, si de la Universidad han de salir los ciudadanos principistas que se estrenan en la vida pública cayendo de bruces, primero, y buceando, después, en los fangales de la política casera; si de ella han de surgir abogados explotadores, médicos usurarios, ingenieros agiotistas y bachilleres sin conciencia; si de ella han de proceder los aventureros profesionales que, en busca de los placeres auríferos, hacen una California de la sociedad en que viven; si de ella ha de brotar una juventud cuyo lema en la vida sea el consejo irónico de Horacio: *virtus post nummus,* antes el dinero que la virtud; si de ella ha de salir con la cabeza enriquecida por las verdades de la sabiduría, pero con el corazón seco como un fruto marchito; los que así hablan olvidan, repito, que, si en el ser humano la inteligencia vale mucho y vale también mucho el sentimiento, vale muchísimo más que ambos la voluntad, porque si el talento y el amor son fuertes y admirativos, sólo el carácter es invencible y respetable.

"Oportuno es recordar que, por encima de Voltaire y de San Francisco de Asís, está Catón, y que, como decía Montesquieu, si las monarquías se fundan en la gloria, las repúblicas se basan en la virtud.

"La honradez insospechable, la moralidad neta, la hombría de bien proverbial, requiérense sobre todo en el ejercicio de ciertas carreras que ocasionan en el espíritu de las personas que á ellas se dedican, una

capitis diminutio que, entre los entendidos, se designa con el nombre de *deformación profesional.*

"Si es exacto lo que Garófalo nota sobre heterogeneidad de conductas dentro de una misma sociedad — puesto que las hay para cada clase, para cada asociación y para cada partido — nadie negará que el universitario, así como tiene una modalidad especial para juzgar y raciocinar, como resultado de la adaptación de la mente al medio en que se desenvuelve, así también debe tener una forma típica, *sui generis,* de procederes éticos, como efecto de su correspondencia con el ambiente en que ha vivido psíquicamente. En virtud de ello, frente al tipo lombrosiano del delincuente *à nativitate,* ha colocado Tarde el tipo del abogado nato, el tipo profesional."

Vedle sosteneros, en Mayo de 1913, que las constituciones, los grandes códigos de las patrias, deben estar de acuerdo con la índole, la experiencia, los hábitos y las necesidades del país en que actúa el legislador:

"Para reformar un Código político, siempre que su modificación sea indiscutible é indiscutida, es no solamente necesario tener muy en cuenta la índole y las peculiaridades de la nación á la cual rige, sino también el momento histórico en que la reforma va á emprenderse y los puntos ú objetivos que con la reforma se persiguen. Porque reformar por reformar, por el prurito de establecer innovaciones ó de operar cambios, es tan ilógico, tan temerario y tan absurdo como querer alterar por puro capricho, antojadizamente, la ley de vida de un organismo sano, en pleno florecimiento de vitalidad y robustez. Todo lo que se haga, todo cuanto se emprenda con desconocimiento ó violación de ese triple aspecto de un principio axiomático en Derecho Público, carecerá de solidez;

echará, si á arraigar llega, raíces rastreras, superficiales y desmedradas, que ganen en vicio lo que pierden en vigor y profundidad, como las de esas plantas que, sin fortaleza en la raigambre, al más leve embate del viento yacen por tierra, — y será lo que se haga y emprenda facticio y pasajero, en mérito á que pasada la causa perturbadora, con ella caducará la obra efímera y deforme.

"Los interesados en la empresa de la reforma constitucional, — es decir, el Presidente de la República y los que siguen sus inspiraciones ó simpatizan con sus doctrinas y procedimientos gubernativos, — olvidan ó ignoran que, según el aforismo de Mackintosh, las Constituciones no son hechas á modo de un artefacto ó de una manufactura, sino que se hacen por sí mismas, como resultado natural de las aspiraciones, de los antecedentes, de la educación, de las tendencias, de las ideas, de los sentimientos, de la colaboración en común de individuos, partidos y agrupaciones; en una palabra, de la totalidad de factores super - orgánicos que caracterizan el alma nacional.

"Son, pues, los pueblos los que elaboran lenta, gradual, orgánica, evolutivamente sus leyes fundamentales; los que sienten la necesidad de promulgarlas con arreglo á sus exigencias; los que la dictan de acuerdo con lo que anhelan; los que las traducen en fórmulas positivas, y hacen de ellas la más segura garantía de sus libertades, la fuente originaria de sus derechos, el sostén legal de sus instituciones, la base inconmovible de su estabilidad social. Y porque las Constituciones arrancan de lo más íntimo, típico y sustancial de una nación; porque no son efecto de las especulaciones y devaneos de los utopistas y visionarios; porque nacen, como de una placenta, de la entraña popular, es por lo que puede existir pue-

blo de tanta cultura política como el inglés, desprovisto de carta fundamental escrita, bastándole los usos, las *convenciones constitucionales,* según el tecnicismo de los tratadistas, el derecho consuetudinario, el ejercicio de la soberanía por su Cámara de los Comunes, libérrimamente elegida por la masa electoral, para saber lo que se ajusta ó no á la pauta constitucional, si no articulada en un cuerpo de leyes, trazada con rasgos perdurables en la contextura psíquica y política del anglo-sajón."

He citado con abundancia y no me arrepiento. Este autor, como la mayoría de nuestros autores, ha diseminado lo que producía en pequeños opúsculos, como un árbol que esparce sus hojas á todos los rumbos sacudido con violencia por la pamperada. Reunir las hojas, las que entendí que nacieron más cerca del corazón del ñandubay charrúa, fué mi propósito, aunque bien sé que muchas de las verdes viajeras volaron más allá del camino que hice buscándolas, ansioso de tejer cariñosamente con lo eterno de su lozanía, una corona de juventud para su creador.

Es indudable que este estoico no conoce el triste placer de la resignación. Es indudable que no ha meditado todo lo que debía sobre este pensamiento que hallo en *Le jardin d'Épicure* de Anatole France: — "El mal es necesario. Si el mal no existiese, el bien no existiría. El mal es la única razón de ser de lo bueno." — Es indudable que la piedad, la piedad irónica, la piedad que se burla de los malvados de un modo benévolo y dulce, no es una virtud para Daniel Martínez Vigil. Este nunca nos diría, como nos dice France: — "El espectáculo de los títeres me ha confirmado en la idea de que el mal es necesario al bien y el diablo á la belleza moral del universo." — No hago un reproche. Apunto una falla, que para mí es una

cualidad. El Dios de Coulevain, el que entiende que se necesitan lobos y corderos para la armónica hermosura de la creación, me parece un monstruo. Todas estas sutilidades sobre la armonía no me hacen efecto. Son vetusteces. Ya hablaba de ellas San Agustín en *La ciudad de Dios*. Yo, el materialista, pienso de otro modo. Cuando las palomas, que persigue el milano, encuentran deficiente la obra divina, estoy con las palomas. El que permitió á Cristo que se encarnara, debió hacer estéril á la madre de Judas. La mía, cuando le dije esto, dobló la cabeza. ¡Y mi pobre madre, mi madre castísima, mi madre inolvidada, lloró pensando en la pena de las madres que engendran involuntariamente tigres de dos pies, ante la cruz del que esparció el grano de las misericordias junto á las aguas azules del Tiberiades!

Es indudable que nuestro rimador se queja también de la parte que le destinaron en la heredad común. ¿Hace mal? No lo sé, porque su grito me parece profundamente humano. El mismo France dice: — "Ignoro si, como enseña la teología, la vida es una prueba. En todo caso, es una prueba á la que no nos sometemos voluntariamente. Las condiciones no han sido reglamentadas con bastante claridad. La prueba, en fin, no es igual para todos." — Confesemos que esto, tampoco es una alabanza para las justicias y las piedades de lo Absoluto.

Me diréis, por último, que el orador es por demás soberbio. Me permito dudar de vuestra modestia. La modestia, por lo común, es una de las muchas máscaras del tartufismo. France dice también: — "He hallado, en los sabios, candores infantiles, y cada día tropiezo con ignorantes que se creen el eje del mundo. ¡Ay de mí! Cada uno de nosotros se imagina ser el

centro del universo. Es la ilusión colectiva. El barrendero público no escapa á ella. Ella se descubre en sus ojos, cuyas miradas, redondeando en torno suyo la bóveda celeste, le colocan en el justo medio del cielo y de la tierra. Es posible que este error se halle un poco quebrantado en aquellos que meditaron mucho. La humildad, que es rara en los doctos, es más rara aun en los ignorantes."

Por eso, acaso, hay un poco de humildad en la soberbia de Daniel Martínez Vigil.

No sé si el retrato es perfecto. Dudo que lo sea. Es difícil entrar en el huerto cerrado del corazón del hombre. ¿Es, ese huerto, un jardín arcádico ó un matorral fangoso? A juzgar por los frutos y por las flores, que cuelgan desbordantes sobre las tapias, juraría que el huerto es un fecundo y hermoso jardín. Lo juraría con confianza y seguridad. No ignoro, no, que La Rochefoucauld dice: — "Para conocer las cosas con exactitud, es preciso conocer sus detalles, y como éstos son casi infinitos, nuestros conocimientos siempre son imperfectos y superficiales." — Por eso detallé cuanto me fué posible. A vosotros, dadas las pruebas, os toca dictar el fallo definitivo. Justo es, sin embargo, que tengáis presente, antes de sentenciar, dos pensamientos del mismo La Rochefoucauld. El primero enseña: — "Hemos hecho una virtud de la moderación para poner un límite á la sed ambiciosa de los grandes hombres, y para consolar á las mediocridades de su poca fortuna y de su escaso mérito." — No me digáis, entonces, que el poeta y el orador no son moderados. Yo no necesito que me consoléis.

El segundo pensamiento dice: — "La simplicidad afectada es una delicadeza impostora." — Ese pensamiento necesita una sentencia que le complete, ó mejor, que le aclare. La hallaréis en el mismo príncipe

de Marcillac. Escuchadla: — "La humildad no es, por lo común, sino una sumisión fingida de la que nos servimos para someter á los otros. Es un artificio del orgullo que se rebaja para elevarse, y aunque el orgullo se transforma de mil maneras distintas, nunca se disfraza mejor y más engañosamente que cuando se oculta bajo el aspecto de la humildad." No digáis, entonces, que ese hombre es soberbio. Prefiero el orgullo franco á la humildad fingida. El león me parece más noble y más digno de estima que el zorro y la culebra. Ese hombre tiene garras. Dejadle ser león. Tartufo me repugna. Es verdad que Tartufo asqueaba á su padre. Molière, el buen Molière, el triste Molière, el Molière engañado por la Bejard, dicen que miró siempre con un poco de cólera repulsiva á Tartufo.

Ya concluyo. Es posible que este estudio descontente á los lectores y al retratado. Lo sentiría, no por la opinión que al retratado pueda merecerle, sino por haber impedido, con mi torpeza, que los lectores estimen, en lo mucho que valen, la virtud cívica y el cerebro fuerte de Daniel Martínez Vigil.

Concluyamos. Toda la generación, cuyo espíritu trato de escudriñar, fué pródiga y fecunda; tened en cuenta que, — año más, año menos, — es la generación de Reyles, de Blixen, de Pérez Petit, de Bernárdez, de Víctor Arreguine, de Eduardo Ferreira, de Carlos y Daniel Martínez Vigil.

La historia, el derecho, la política, el diarismo, las consonancias, el romance naturalista, la censura estética, el cuento campuzo, el decir tribunicio, el afán filosófico, lo que el vapor nos trae y lo que el medio engendra, aquella juventud de todo se satura y todo lo revuelve en sus enormes ansias de verdad y de renovación. Tiene siempre los brazos extendidos hacia

el lugar del cielo en que nace la aurora, para recibir con júbilo, en sus manos abiertas, al pensamiento que acaba de nacer, á la hermosura que cambió de traje, á la vida que vuelve modificada de una de sus continuas excursiones al país rejuvenecedor de la inmensidad.

Lo utilitario la roza, golpea sobre sus ensoñares, pasa victorioso sobre sus deliquios y la dice que el mundo del hoy no es el romancesco mundo del ayer; pero lo utilitario no puede conquistarla de un modo definitivo, y aunque alguno de los que van en la caravana se extravíe ó flaquee, persisten en el espíritu de la caravana el amor del arte y el sentimiento de la dignidad, como virtudes tonificadoras que nunca quedarán deshechas y enredadas en los matorrales del camino áspero.

Si Reyles es un ingenio aristócrata, si Pérez Petit es un luchador terco, si Víctor Arreguine es una rebeldía fosforescente y si Daniel Martínez es un desafío á lo impuro, Eduardo Ferreira es una bondad suave y Samuel Blixen es una enorme misericordia. Los que no desertan, que son los más, podrán hacerle al naturalismo las concesiones artísticas á que el naturalismo tiene derecho y podrán hacerle á la spenceriana filosofía el sacrificio de la religiosa fe de su infancia. A esto se reduce la concesión, porque ni al naturalismo ni á la filosofía han de sacrificarles su rectitud moral, el oro en que está engarzado el rubí de su inteligencia de periodistas, de críticos, de tribunos ó de creadores. Así Reyles despide á la política, dándole un puntapié soberbio, cuando advierte que la política es sólo el arte de medrar con engaños; así Arreguine prefiere las amarguras de la expatriación á las servidumbres de la pedigüeña y almibarada cortesanía; así Víctor Pérez Petit se goza en el probo

alejamiento de lo oficial, al ver que la puerta de lo oficial, construída para dar paso á la pequeñez, le obligaría á que encorvase sus fuertes espaldas, y así Daniel Martínez Vigil vive en la pobreza, con su pluma, de forma de látigo, y con su lira, que suena como el laúd de bronce de Díaz Mirón, azotando á la pobreza con el octosílabo de Ruskin:

I might endure; but did not dread.

Es indudable que el naturalismo, — ese naturalismo que influyó en la historia, en el teatro y en la novela de la última mitad del siglo diez y nueve, — influyó también en los ingenios de que me ocupo. Lo irreal, — que no es lo ideal, — aparece poco, cuando aparece, en las obras de Reyles, en la labor de Blixen, en los volúmenes de Pérez Petit, en los cuentos de Bernárdez, en las críticas de Eduardo Ferreira y en los yámbicos sonorosos de Daniel Martínez Vigil.

Todo lo que estos númenes engendran tiene vida de realidad, y no vida de ensueño, pues, rimen ó proseen, calor de vida práctica, de verdadera vida circula por sus obras. Objetivos, por lo común, son los más de ellos, y el más personal de todos, el último citado, es en la palestra de lo vulgar, en los combates de cada día, en el campo de los conflictos que sacuden el medio donde su voz se escucha, en el escenario de la vida práctica, que reparte mandobles á lo efímero y á lo malsín, como un buen caballero en desigual batalla con una pandilla de salteadores. ¿Acaso la virtud es irreal? ¿Acaso la virtud es una ilusión? La virtud existe, y el numen quiere salvar á la virtud de los menguados que la martirizan, como Perseo salvó, de las asechanzas de un monstruo marino, á la virgen hermosura de Andrómeda.

No me cansaré de repetirles á mis lectores que yo

no escribo para los literatos de profesión ni para los doctos de universidad, pues estos libros son, á lo sumo, libros destinados á divulgar lo que la historia de las letras nacionales le dice á mi ignorancia. Trato, sí, de preparar el medio y esclarecer las almas para que la crítica venidera, la crítica luminosa y grande, encuentre al público, á ese público con el que dialogo cotidianamente, capaz de comprenderla en toda su amplitud. Trato, también, de que lo nuestro se vaya apreciando en su justo valor, esforzándome por que resalten las perfecciones que en lo nuestro descubro, sin que se me oculte que ese propósito ha de chocar con muchas esquiveces y no pocas inquinas, porque aun las ceguedades de la pasión de bando y nuestra falta de fe en lo propio no nos permiten ser justicieros con desapasionada y civilizadora benevolencia. En los diamantes de nuestras minas, en las piedras preciosas de nuestra joven intelectualidad, vemos las fallas y no los brillos, vemos lo turbio y no lo resplandeciente. Solemos confundir al hombre con su obra, y si le perdonamos á la bohemia sus irregularidades, que no siempre son dignas de piedad, jamás le perdonamos al ingenio viril, por probo que sea, el que contraríe nuestra opinión y no esté de acuerdo con nuestra conducta. Somos implacables con la independencia honrada, y benignos, suavemente benignos y misericordiosos, con los que nos dejan libre el camino del triunfo, suicidándose para la vida práctica, para la tiranizadora vida social, en sus estériles y malsanos anhelos de parecerse á Verlaine ó á Oscar Wilde.

Como yo no separo el arte de la ética, como para mí el arte tiene una misión moral, como para mí el artista es un hombre con carga de deberes, no comparto las compasiones interesadas del sentir colec-

tivo, y sin negar el valor estético de las obras sean de quien fueren, simpatizo mucho con los ingenios de carácter probo y con las liras de ideal civilizador. Me angustian, pero me angustian sin enamorarme ni conmoverme, los númenes incautos y vanidosos que, cuando principien á encanecer, unos á otros se aplicarán, con incurable pena, este bordón del satírico Persio:

Et sibi jam seri vitam ingemuêre relictam.

Si la crítica fuera lo que debe ser, un mentor generoso y experimentado, la crítica debiera combatir el yerro en que incurre, por lo común, la mocedad que se consagra al arte. Esa crítica, entonces, sería menos pródiga en alabanzas con el ingenio que olvida que el honor es exactamente igual para todas las profesiones y todos los oficios, porque, como ya dije, el ingenio es hombre y el hombre es, por mucho que se encumbre, el ciudadano de una patria grande ó pequeña, el hijo de un hogar con aristocráticas ejecutorias ó modestas virtudes, ¡un diente de la rueda maravillosa que hace que el universo gire sobre el eje del bien, de la esperanza, del diamante irradiador de lo azul sin fin!

Por eso siempre que una virtud, que un escritor que ha sabido mantener entera la dignidad de su oficio de iluminado, cruza por mi camino, me saco el sombrero, y, al alabar su obra, procuro que se vea la honradez de su vida. Con mi saludo al hombre, inclino mi cabeza ante el altar del arte, donde amorosa esplende la musa sacrosanta de lo bueno y lo bello, del porvenir augusto, de la eternal aurora que deslíe apiadada un poco de su luz en mi corazón, para decirle con reverencia y con regocijo: —¡Te han calumniado! ¡Tú no eres la bacante que nos carcome,

sino la mujer casta, la compañera fiel, la esposa dulce que nos consuela, nos engrandece, nos purifica y nos da valor para que nunca claudiquemos del ideal! — Y sube á mis labios, dirigido á la musa en que siempre adoré, el grito de Propercio: — ¡Vivo, soy tuyo; después de muerto, te perteneceré!

Hujus ego vivus; mortuus hujus ero.

Y es por eso, porque tiene carácter austero y numen evangelizador, que me he detenido con complacencia en el estudio de Daniel Martínez Vigil.

CAPITULO X

Carlos Martínez Vigil

SUMARIO:

I. — El hombre y la obra como acumuladores de energía. — Virtudes que el diarismo criollo aun no puede tener. — Un párrafo sobre el idioma. — En la intimidad. — La política y la juventud. — Á quiénes aludo. — *Cave ne cadas.* — Algunos pensamientos.
II. — *Apuntes de mi cartera.* — Lo que de las sentencias dice Camus. — El idioma español y la Pardo Bazán. — Párrafos de un editorial de Carlos Martínez Vigil. — Lo que significa el trabajo para mi espíritu. — Un pensamiento de La Bruyère.
III. — Una carta de don Agustín de Vedia y un comentario de Daniel Martínez Vigil. — Mi opinión sobre los partidos. — La libertad y la disciplina. — La tolerancia. — Discurso pronunciado en el "Victoria Hall".
IV. — *El problema nacional.* — La política y los partidos. — Sus inconvenientes. — El por qué expongo mis sentires al juzgar los ajenos. — Lo que necesitamos. — La faz sociológica de la cuestión. — Gobernar es poblar. — Gobernar es también instruir. — La educación del pueblo. — Fin de este capítulo.

I

Leo en una correspondencia de Doménico Oliva:

"Digamos toda la verdad. Á los grandes críticos se les pide algo más que crítica, mucho más quizá: se les pide emoción y se les pide vida, y también palpi-

taciones de anhelos y de esperanzas. La crítica por la crítica puede compararse á la serpiente que muerde su propia cola: es como un círculo cerrado que hay que pasar por encima si se quiere seguir andando."

Paréceme que las condiciones que el autor italiano le exige á la crítica, deben encontrarse en todas las labores literarias de algún valer. — ¿En todas? — Sí, ciertamente; en todas, desde la poesía hasta el periodismo y desde el teatro hasta la novela.

En los trabajos, ó si queréis en los alumbramientos del espíritu, no deben faltar nunca el aire, el agua y el bosque, — es decir, excelsitud muy asoleada, sentir muy espontáneo y fecundidad virgen, profundamente virgen en sus cadencias y floraciones.

Sembrar anhelos y sembrar esperanzas es misión tonificante y civilizadora, muy civilizadora y tonificante. Leo en Pierre de Coulevain: — "Monumentos, obras artísticas, libros de ciencia y novelas son, en el sentido restricto del vocablo, acumuladores ó baterías de electricidad psíquica." — "En efecto, todos ellos son acumuladores destinados á conservar la vida y á renovarla, antorchas que encienden otras antorchas, y mantienen y propagan el fuego sagrado. Cuanto más perfecta es una obra tanto más eficaz y duradero es el acumulador." — "Y ahora que pienso en ello, ¿acaso no son las criaturas, hombres y brutos, acumuladores, más ó menos potentes, de vida superior ó inferior? Los muertos mismos, santos, héroes, poetas, artistas, ¿acaso no transmiten á la humanidad grandes corrientes de energía?"

Ahora os explicaréis el por qué simpatizo con los periodistas que se asemejan á Carlos Martínez Vigil. Ellos han comprendido que la misión de la palabra escrita es transmitir corrientes de moralidad pública y de valor civil, esparciendo todo lo tendiente á le-

vantar el nivel del hombre y los ideales de la multitud.

¿Qué las flechas, á veces, van más allá del blanco? ¿Qué el estilo es, á veces, acre y no retórico? Fuerza es que así la flecha gire y el estilo nazca dada la premura nerviosa de la labor, dadas las iracundias de nuestra política y dada la capacidad media de los lectores con que vivimos en cotidiana comunicación. Smiles ha dicho que la virtud de la paciencia es una hermosa virtud. Smiles ha dicho que el imperio de sí mismo no es sino una de las muchas formas del valor. Smiles ha dicho que el triunfo, igual en la política que en los negocios, se debe á la moderación mucho más que al talento. Y Smiles, para probarnos lo que antecede, nos habla de Hampden, Cromwell, Wáshington, Wordsworth y Faraday.

Está bien, muy bien; pero Smiles, que vive y muere entre anglosajones, es un pacífico moralista y no un batallador de la prensa diaria. Samuel Smiles trabaja sus libros entre un montón de libros, acariciado por el relumbre suave y el olor á leño de su vieja estufa; pero no trabaja artículos de actualidad política ó financiera al correr de la pluma, febriciente y apasionado, entre odios que le amenazan, y muchedumbres que le enardecen, y vivezas criollas que le desvían.

Es indudable que Smiles tiene razón. La jovialidad natural es un atributo que la naturaleza sólo concede á sus favoritos. Es linda la mirada que luce de placer, de filosófica mansedumbre, de piadosa alegría. Es linda y merecedora de ser envidiada. Todos quisiéramos, más por egoísmo que por virtud, ver sólo el lado bello de los seres y de las cosas, como Smiles asegura que le acontecía á Sidney Smith. Todos quisiéramos ser pacientes, laboriosos y alegres como Galileo, Descartes, Newton, Euler, Robinson, Abauzit, Laplace y Adansón. Es claro

que Smiles sólo los retrata en un buen instante de su conciencia, en un instante escogido oportuna y deliberadamente; pero los diaristas, aunque sean doctos, no ejercen de sabios que sólo se preocupan de resolver problemas más ó menos transcendentales, como el geómetra Euler, el filósofo Abauzit, el botánico Adansón y el físico Faraday. El diarista tiene que explotar la nota de lo mundano, de lo pequeño, de lo transitorio, manipulando con cóleras y ambiciones terrestres, como un domador puesto entre víboras y panteras, para esparcir un poco de virtud activa y de verdad práctica en el suelo movedizo que le circunda, suelo de almas que, muchas veces, es más violento y más infecundo que las olas del mar. No les pidáis, entonces, jovialidad y moderación á los diaristas, pues sería exigirles peras al olmo, rosas y jazmines al ñandubay durísimo; pero pedidles, porque tienen la obligación de hacerlo, que actúen á modo de acumuladores de electricidad psíquica, transmitiendo corrientes de honradez y denuedo á la multitud que ilustran con su prédica esperanzada. Y acumulador de energías espirituales ha sido siempre, desde que se inició en las tareas del periodismo, nuestro Carlos Martínez Vigil.

Ese periodista, nacido el 14 de Agosto de 1870 en San José de Mayo, y que es jurisconsulto desde 1901, ha sido poeta, escritor didascálico y maestro de gramática, distinguiéndose por lo sólido de su erudición y por lo castizo de su decir. Celoso amante del cervantesco idioma, nos dice al ver como atentamos á su hermosura los que aquí le escribimos con pretensioso desembarazo y galas hibrideces:

"Cuando veo tanta decidida admiración por lo extranjero, tal empeño en connaturalizarlo, tanto desdén por lo propio y legítimo, acude á mi memoria el ejem-

plo de aquel mastín de que nos habla Juan Owen, que acariciaba al adúltero y ladraba al amo de la casa.

"Seamos celosos guardianes del idioma que nos ha tocado en suerte en el reparto del destino, en la seguridad de que él es digno de sacrificio tamaño. La lengua castellana es demasiado armoniosa, demasiado elocuente, demasiado grande para que, inconstantes, la sacrifiquemos en las aras de una moda pueril.

"En la lengua castellana viven y vivirán eternamente la rotundidad y armonía inimitable del autor del Quijote, la casticidad de Moratin, el chiste de Bretón y de Larra, la elocuencia de Donoso Cortés y la corrección y exquisito gusto de Jovellanos y Bello. Ella alentó los más esforzados paladines del pensamiento; hablando en ella se sintieron grandes; por ella, en fin, cultivándola y cuidándola con religioso respeto, elevaron sus nombres venerandos á las cumbres excelsas de la inmortalidad."

No me negaréis que esto está escrito con donosura, con unción y de perfecto modo. Yo no me ocuparía del periodista, si el periodista fuera únicamente un escritor de nervio y de combate. Me ocupo de él con justiciera solicitud porque ese periodista es un literato, como era lógico que lo fuera quien se iniciaba con los párrafos que anteceden en el arte dificilísimo de escribir. Quiero agregar que si el literato me complace y deleita por las razones que luego expondré, el hombre, el espíritu, lo que no es humo y ansia de vanagloria, me deleita y complace por lo modesto, por lo leal, por lo laborioso, por el desdén que le inspiran las burlas, por lo endulzado de su partidismo, por la independencia de sus procederes, por la seriedad con que observa la vida, y por la constancia con que prosigue su valerosa predicación.

Tal vez le juzguen de distinto modo los que sólo

le ven profetizando en el trípode de sus editoriales. Yo le he visto en la intimidad y donde el público no nos escuchaba, donde el alma se abría como una flor bajo la luz hechizadora de la confianza, y puedo juraros que el alma era hermosa como un jazmín de perfume exquisito y de nacáreos tintes, como el gorjeo de la calandria y como las plumas del siete colores. El puchero de la política nunca huele bien, y es un error, un tremendo error, juzgar siempre y á todos los políticos con apasionamientos de secta ó de grupo, pues no hay que confundir á los políticos de buena fe con los mercaderes de la política, con los pescadores de empleos y dignidades en el turbio mar de la cosa pública, con los que transforman el odio atávico de las pobres masas en una escalera por la que sube la ambición sin idealidad, sin alas condóreas, sin sueños azules, sin nada de humano y misericordioso.

Estos últimos, por jóvenes que sean, no tienen frescura. Los vientos de la codicia y de la esclavitud le secaron el corazón. El interés vil de sus aspiraciones y la eterna mentira de sus palabras han desnudado de flores y de nidos su cabeza espiritual. Su única experiencia, su deseo insano de llegar pronto, han sido la hoz de que nos habla la célebre elegía de Tíbulo:

Hic viridem durâ cædere falce comam.

No creáis en los hombres que están perpetuamente al lado del poder. No creáis en los hombres que, sin haber vivido y llevando todavía untada la boca por la miel materna, preconizan las virtudes del orden, del respeto al más fuerte, y miran con odio á las tempestades salubrificadoras de la libertad. Desde los veinte hasta los treinta años, por lo menos, la juventud sana, la juventud fuerte, la juventud sincera, la juventud

pura es un corcel que resiste á la espuela y la brida, encontrándose más cerca de Vergniaud y Demoulins que del grupo de los que victorean al hipócrita Augusto y al tiránico Cromwell.

Cada edad tiene su lógica y su destino. La primavera es explosión de savia. Hay mucho sol y mucho azul en la primavera. La primavera no entiende de corduras. La primavera es un pájaro arisco que sabe que el amor está en la selva libre y no en la jaula improcreadora. Es á modo de bosque enmarañado que deja crecer, — á despecho de la reflexión interesada y de la madurez desilusionadora, — todas las especies de arbustos de flor, como ocurre en aquellos bosques donde crecían, según la cuarta de las églogas de Virgilio:

Errantes hederas passim cum baccare tellus,
Mixtaque ridenti colocasia fundet acantho.

Insisto. Necesito insistir en lo que antecede. Escuchad.

Voy bajando de la cumbre de la montaña, el estío se fué, el sol quedó en la cima, las sombras me rodean y la noche se va extendiendo en mi corazón. No me placería presentarme cargado de odios ante el tribunal de lo porvenir. Hablo á la juventud; pero con serena imparcialidad y con muy hondos deseos de justicia. Claro está, entonces, que sólo aludo á los insinceros; á los engendrados para la ergástula; á los que sienten la necesidad de regordearse en la servidumbre, como el jabalí siente la necesidad de hocicar en el barro. Yo ya sé que La Rochefoucauld dice: — *La haine pour les favoris n'est autre chose que l'amour de la faveur.* — Yo no me ocupo de los favoritos. Señalo una enfermedad de mi tiempo, sin preocuparme mucho ni poco de las personas. Mi pequeñez no puede

ni quiere gritar: — ¡Tú mientes! ¡tú apostatas! ¡tú te has vendido! — Tengo, pues, el derecho de que se me crea cuando aseguro que los maniquíes, sobre que corto el sayo de mis censuras, no tienen apellido ni nombre de pila. Mis maniquíes son vicios y no individualidades viciosas, pues estas últimas no merecen otra recordación que la gran piedad del anónimo, — del anónimo que sepulta á todos los andrajos, andrajos de cuerpo y andrajos de alma, en lo fosa común del público desdén. Los otros, los que yerran creyendo acertar, los que no suben mintiéndose á sí mismos y mintiendo al país, los que no se enclavan con gozo y para siempre en la corona de asteroides de nuestras tiranías, deben agradecer al historiador que fustigue el embuste y se encolerice con los antifaces, sabiendo que no es el historiador, y sí la conciencia de cada uno, la que divorcia al fecundo grano de la paja inútil, la que da premios é impone castigos, pues como afirmaba el satírico ingenio de Juvenal,

Patitur pœnas peccandi sola voluntas.

No hay que confundir, pues, la sinceridad política con la política de los elogios y las zalemas. La segunda no merece respeto alguno y sus apasionamientos son estrujones á las ubres de la vaca de lo oficial, en tanto que la primera, que casi siempre vive entre penurias y parquedades, se llama veracidad, deber, valor, sacrificio, juventud del alma, vuelo impetuoso hacia lo porvenir. Es claro, y ya lo dije, que si el periodista independiente de que me ocupo hiciese caso omiso de la literatura, yo haría caso omiso de su persona, aun cuando siempre es bueno esparcir semilla de virilidades donde el poder se goza en la castración de los caracteres y en el estrangulamiento de las virtudes. Por dicha, para mí, ese sembrador es un sembrador

de retóricas galas que escribió rimas y habló de estilo. De las primeras escuchad la que lleva por título *Cave ne cadas:*

"La humanidad á comprender alcanza,
En el mar de la vida turbulento,
Que es cada acto infantil una esperanza,
Y cada acción senil un desaliento.

Mas, cual Anteo que recoge abajo
Vigor para arrostrar la cruda guerra,
El hombre, que nació para el trabajo,
Se enardece al contacto de la tierra.

No desmayar! no desmayar! La vida
Vale fuerza, poder, ardor, combate.
Para mí es un mortal que se suicida
El que en la triste adversidad se abate.

No hundir la noble frente entre lo impuro
Por no ver del triunfar la hora cercana!
¡Siempre se muestra el cielo más obscuro
Cuando viene el claror de la mañana!

Quien es honrado, altivo, diligente,
No se somete á yugos ni cadenas,
Y es cada pensamiento de su frente
Vibrante pabellón en las almenas!

De este mundo al pisar la encrucijada,
Hay que aprestar los vírgenes aceros.
¡La vida es una lucha despiadada
De lobos disfrazados de corderos!

Hay que sufrir, en lucha gigantea,
Los amargos y rudos sinsabores.
Cobarde no es quien teme la pelea:
Es cobarde quien huye los dolores.

No hay que temer el mundanal barullo,
Sino pelear con ínclitas bravuras,
¡Por algo lleva el hombre con orgullo
La frente dirigida á las alturas!

La vida no es para quien gime y llora;
La vida no es para quien sufre y calla.
¡Hay que aturdir al mundo hora tras hora!
¡Hay que aplacar á gritos la canalla!

Con la virtud por única trinchera,
Valientes combatamos mucho, mucho....
¡Hay que pelear al pie de la bandera
Hasta quemar el último cartucho!"

Esto es bello y viril. Está bien sentido y está bien labrado. ¿No os parece así? Escuchad, ahora, algunos pensamientos que en su prosa hallé. Esa prosa es fluida y sabe pensar.

—"No parece sino que hubiera una cantidad determinada de placer y de dolor distribuída en el mundo. Mientras unos ríen, otros lloran; mientras á éstos azota el vendabal de la desgracia, acaricia y orea la frente de aquéllos el aura balsámica de la felicidad. La dicha de hoy es el pedestal en que reposa la desdicha de mañana, y las lágrimas que semejaban eternas, se ven trocarse de súbito en benéfico y alentador rayo de luz. Lo que se dice de los individuos es aplicable á las naciones, fehacientes testigos del inevitable vaivén. No parece sino que hubiera una cantidad determinada de placer y de dolor distribuída en el mundo. Por eso, cuando las contrariedades me agobian, ó la fortuna me sonríe, atempera la intensidad de mis sentimientos la consideración altruísta del ajeno placer y del ajeno dolor."

—"Para que la obra de nuestros ilustres antepa-

sados sea lo que ellos quisieron que fuera; para que nuestra nación goce de la plenitud de sus derechos, libertades y prerrogativas, y ocupe el sitial que le corresponde entre los pueblos civilizados de la tierra, una cosa es menester: que, así como ellos fueron capaces, con sus heroísmos y sus virtudes, de darnos una patria independiente y libre de todo extraño poder, nos mostremos dignos herederos de sus glorias inmarcesibles, obteniendo para la tierra que los vió nacer el goce de aquellos derechos y prerrogativas en cuya ausencia, sin cuya conquista, ningún pueblo puede jactarse, con propiedad y fundamento, de haber roto las ominosas cadenas de la tiranía y salido de las garras infamantes de la opresión."

— "Hasta ahora ha sido patrimonio de nuestros compatriotas el valor que desprecia la vida y que desafía la muerte, — cualidad en que el hombre jamás excederá al gallo de pelea. Urge sustituir ese valor primitivo y brutal, por el valor consciente requerido por las exigencias de la presente época, y que es indispensable para sufrir con estoicismo los reveses de la fortuna, para no prosternarse ante el vicio y no cejar en el esfuerzo generoso hacia el bien, para dominar las pasiones y no contaminarse con la injusticia, para no desmayar en presencia de los cada vez más asiduos é inteligentes afanes que demanda el progreso, para ostentar un nombre honrado, que sea incorruptible y firme como una roca ante las continuas y falaces instigaciones del mal."

— "Maestras que tenéis por misión augusta la formación del corazón y del espíritu de las generaciones nuevas, inculcad á vuestros jóvenes educandos la idea del respeto, porque nos devora el monstruo asolador de la anarquía; formad ciudadanos que antepongan á todo interés sectario ó de bandería la sagrada reli-

gión de la patria; predicad para ello el amor, porque el odio es nuestra ruina y nuestro vilipendio; oponed á la marcha siempre creciente del egoísmo, edificantes ejemplos de desinterés, de generosidad, de abnegación; persuadid á la niñez de que sólo son miembros útiles á la comunidad aquellos que rinden constante y fervoroso culto á esas deidades perennemente hermosas que se llaman la verdad, la justicia, el bien y la virtud."

Carlos Martínez Vigil, que fundó *El Orden* en 1898 y que fué uno de los que dirigieron la *Revista Nacional* desde 1895 hasta 1897, ha colaborado en casi todos los diarios y revistas montevideanas, mereciendo plácemes sinceros de la crítica docta por sus opúsculos *Sobre el lenguaje* y por sus *Ligeras nociones de acentuación ortográfica.*

II

Carlos Martínez Vigil ha publicado dos obras, con más médula que extensión. La primera, aparecida en 1900, es un folleto de 52 páginas, que se titula: *Apuntes de mi cartera;* la segunda, aparecida en 1905, es un folleto de 50 páginas y se titula *El problema nacional.* Los *Apuntes* forman una colección de pensamientos unas veces ingeniosos y otras profundos, la mayoría de los cuales me sería gratísimo transcribir. La falta de espacio me lo prohibe. Selecciono, al correr de la vista y de la pluma.

— "No depende el valor de las armas, ni de la perfección de las armas: la liebre y el conejo, en extremo cobardes y tímidos, poseen colmillos dobles en una de sus mandíbulas."

— "El estilo remontado y florido es fácil, facilí-

simo para los que no tienen nada que decir, sino lucir una vagueación etérea. No lo es tanto para los que tienen que ascender con el fardo pesado de innúmeros pensamientos. Diríase que estos últimos necesitan á la vez la ligereza sutil de las ondinas y las fuerzas poderosas del Hércules legendario."

— "Para ser útil á un país no basta ser bueno, no basta ser ilustrado, no basta ser sincero, por muy extraño que esto último parezca. Para ser útil un ciudadano á su país se necesita entre ambos la estrecha, la íntima correspondencia que se establece siempre entre la semilla que se siembra y la tierra que cariñosamente la envuelve y la fecunda."

— "Las gentes que miran desde afuera el oficio este de escribir para el público, suelen figurarse que citas y pensamientos originales se ocurren á uno en un santiamén. Los que estamos en el secreto, los *confiteros* que diría Daniel Muñoz, sabemos que no todo en los trabajos que el escritor ofrece á sus lectores es producto de la inspiración y obra del momento. No pocas veces, por el contrario, una frase atildada ó un párrafo hermoso y grandilocuente, nos trae á la memoria el manuscrito antiguo de apuntes ó el socorrido librote de pegaderas."

— "El toque de escribir bien sobre un asunto dado suele consistir en dominarlo por completo; en saberse contener el autor dentro de los límites prescriptos por la naturaleza del tema, y en tratarlo con apropiado estilo, no sólo por ser el conveniente al asunto, sino también por ser el que el autor con habilidad maneja. Si el artista rebasa imprudentemente estos límites y sale por cualquier concepto de este campo, jamás hará obra buena que merezca, justicieramente, elogios de los contemporáneos y el perdurable recuerdo de la posteridad."

— "En las luchas cruentas de nuestra historia no hemos salido jamás de una revolución sino para entrar en otra. Diríase que, después de lograda nuestra independencia, no nos ha sido dado abandonar la fratricida espada, á semejanza de aquel soldado español que, tras combate reñidísimo con los heroicos araucanos, no pudo desprender durante largas horas la endurecida mano, de la lanza que con singular denuedo había manejado en el combate."

— "Fácil es conservar la reputación y el buen nombre haciendo de apóstol de una infecunda castidad política que consiste, como ciertas obligaciones civiles, en no hacer. Lo difícil es entrar á la lucha, y salir ileso; meterse en la "sucia cocina de la política", y no retirarse manchado; vivir, no despreciar nada de lo que es honesto, y no contagiarse, siendo hombre, pero hombre en la acepción que quería Terencio, no permaneciendo uno ajeno á nada de lo que es humano. Cualquiera conserva sin suciedad las uñas en su raíz; no todos, ni con mucho, las llevan limpias en las puntas."

— "Como los estados de los cuerpos en la naturaleza, cuatro son las clases de hombres: sólidos, con forma propia: éstos piensan por sí mismos; líquidos, que toman la forma que piden las circunstancias; gaseosos, que, ligeros como el humo, se inflan y expanden naturalmente, y etéreos, que se caracterizan por estar en todas partes y no dejar huellas en ninguna. Conozco muchos de las tres últimas categorías y muy pocos de la primera. Pero los sólidos, con ser menos y ocupar menos espacio, nos incomodan más."

— "Ni Víctor Hugo con su *Marion Delorme,* ni Alfredo de Musset con su *Rolla,* ni Alejandro Dumas (hijo) con *La Dama de las Camelias,* han logrado "rehacer una virginidad". Han confirmado, por el con-

trario, con sus tentativas, que de tejas abajo la irrevocabilidad es el carácter dominante en materia de honra."

— "He leído en las Partidas, que los sabios antiguos.... "non tovieron que era cosa con guisa nin que podiese seer con derecho dar un home á otro lo que non oviese." (Part. 2, tít. 21, ley 11.) Y esto, que era cierto en la caballería, es una verdad de aplicación diaria en la literatura. Para juzgar de las obras del ingenio humano y darles el valor merecido, es necesario poseer talento y participar de sus múltiples propósitos. No es dable á las inteligencias vulgares ponerse al unísono con el genio, ni al necio con el discreto, ni al ignorante y vulgar con el sabio. Ni da ni quita reputación el que quiere, sino el que puede. Y hay en literatura, como los ha habido en la caballería, gigantes descomedidos y soberbios que han desobedecido el precepto de ser armados caballeros, convencidos de que no existía en el mundo quien fuese digno de ponerles las armas ni de darles la pescozada y el espaldarazo."

— "Hay una idea que alienta y vigoriza á todas las ciencias que tienen un objeto viviente. Mirada hasta hace pocos años como una teoría puramente especulativa, apenas existe ramo del saber humano al presente que pueda prescindir de ella por completo. Aplicada primitivamente á las ciencias físicas y á la historia, ha ocasionado el olvido, creciente de día en día, de todo principio rutinario y abstruso del antiguo filosofismo. Hoy, en historia natural, ha echado por tierra el dogma de la inmutabilidad de las formas de la vida; en psicología y fisiología, borrado diferencias quiméricas; en química, allegado lo inorgánico á lo orgánico y unificado la ciencia; en historia, destruído la uniformidad de las épocas; en lingüística, dado im-

pulso prodigioso á la ciencia y prestado ayuda inmensa á la erudición; en política, hallado la solución al problema de los fines del Estado; en las artes, sustituído muchas fórmulas *à priori* sin sentido con verdades deducidas de los hechos; en sociología, derecho, astronomía, física, moral, en cuanto ha sido aplicada, evidenciado que el orden del Universo no es más que una serie de mudanzas y proclamado en todas partes el triunfo de la razón y de la naturaleza. Esta teoría, esta idea, esta doctrina, que así lo ha mudado y trastrocado todo, tiene por autor un filósofo digno de ella: Heráclito, y un nombre respetado: la evolución."

Yo no diré que estas sentencias ó períodos, que tanto da, tengan todas y cada una de las condiciones que á los períodos ó sentencias exige el aristotélico retoricismo de Camus ó Sánchez. Es indiscutible que las sentencias ó períodos que anteceden son, como manda la preceptiva, "locuciones que tienen su principio y su fin dentro de sí propias, siendo tales su índole y su extensión que se pueden comprender de una sola ojeada." — Es indiscutible que su autor sabe cuándo debe emplear el estilo cortado, que se constituye con proposiciones breves y en sí completas, como también sabe cuándo debe emplear el estilo periódico, que se constituye con varios miembros encadenados y que no se cierran hasta el fin del sentido. Camus nos dice que esta última manera de componer es la más pomposa, musical y elocuente, siendo esta última manera de componer la que emplea con frecuencia mayor el aticismo docto de nuestro Carlos Martínez Vigil. Es indiscutible, de la misma suerte, que este autor, muy ducho en cosas de gramática, no incurre jamás en el defecto de las ambigüedades ni se equivoca nunca en la difícil colocación de los relativos, causa principal de aquellas ambigüedades pecaminosas. Es indudable,

en fin, que este estilista pulcro, atento á la unidad en que reside la hermosura del período ó de la sentencia, trata con empeño de que alguna cosa ó personalidad dominante la rija desde el principio al fin, no acumulando en ella cosas ó seres sin conexión por el indebido abuso de los paréntesis ó circunstancias de poco fuste. Y no insistiré, pues me parece redundancia insistir después de lo que dije de la casticidad que noto en el ingenio de que me ocupo hasta cuando escribe al correr de la pluma, casticidad que nace del amor y el respeto que le infunden la castellana lengua, de la que escribe la sapientísima Pardo Bazán:

— "La lengua castellana es realmente bellísima, entonada, caudalosa, noble, donosa, concisa, lapidaria, maliciosa, desenfadada, gráfica; y si así no fuese, no se ufanaría de tan excelsos escritores; y si el alma y el corazón de la raza no la sintiesen en ella en graves y hondas palpitaciones, no pudiéramos contar tan maravillosos místicos, tan grandes novelistas, tales dramáticos, tales oradores. El instrumento no puede ser sino magnífico, cuando suena de diversos modos y siempre admirablemente." — Y agrega doña Emilia: — "Todo lo posee la lengua castellana, la virtud de hacer suyos y marcar con propio sello los elementos extraños y de acarreo que se aglomeran en ella, restos de idiomas antiguos traídos por invasores, conquistadores y emigrados, y los que más tarde ingresaron, como las muchas palabras arábigas ya incorporadas para siempre á su tesoro. En esta lengua tan castiza, ó que así se presta á escribir castizo, existe un aluvión de voces célticas, fenicias, hebreas, góticas, italianas, tudescas, griegas, que con su energía y fuerza ha absorbido, y lleva ya como parte integrante, no como cuerpos extraños." — Y doña Emilia añade: — "Puede un gramático experto analizar el mecanismo

de un idioma y revelar en él encantos que el profano apenas estima, ó no percibe de un modo tan claro y racional; pero hay en las lenguas caracteres que aprecia y siente todo el mundo, y, por eso, más allá de la perfección gramatical, ha sido ensalzado el castellano por cualidades y virtudes que, si bien se mira, son las que demostró en grado eminente la raza, ó que al menos supo afirmar y ejercitar en momentos culminantes de su vida histórica." — Y concluye la novelista insigne: — "Así es que el habla, saturada de elemento popular y caballeresco, impregnada de fe cristiana, porque la religión era una fuerza nacional inmensa, incalculable, adquiere esas propiedades que no ha perdido, aun cuando en los primitivos textos resalten con un vigor y una juventud, que en épocas más cultas no todos los escritores sabrán ostentar ni conseguir. El habla, en sus comienzos, cuando sale de la ganga de latinidad ya bastardeada, se hincha y fructifica impetuosamente con el aporte de palabras y giros populares, que revelan su procedencia en la gracia é ingenuidad de su estructura: contribución de labriegos, de trashumantes, de cabreros y ganaderos, de zagales, honderos y cosecheros de miel, vocablos de majada y gañanía, voces montañesas y también de costa, donde los marineros no han olvidado lo que les enseñaron los colonizadores de antaño, los navegantes y mareantes de ogaño; y todas las necesidades de la vida de esta gente laboriosa y pobre, y todos los sueños y candores de su imaginación sensible, y la guerra continua, que los lleva á comarcas que nunca hubiesen visitado, y la íntima, rebelde y ardiente personalidad ibérica, que surge bravía y al mismo tiempo recogida y seria, á ganarse su primacía en la historia, buscan su expresión adecuada, y ayudan á formar el léxico tan fresco y tan salado y tan natural

del Berceo y del buen Juan Ruiz, arcipreste de Hita, nuestro Rabelais."

Estoy segurísimo de que Carlos Martínez Vigil sabe todo eso mejor que yo. Rica en su sintaxis, flexible en su construcción, graciosa en sus modismos y hecha para lo trópico, para lo figurado, para la armonía y la grandilocuencia, la parla de que nos servimos es instrumento que suena bien entre las manos probas del periodista independiente y desinteresado. Dije que sonaba bien hasta cuando ese periodista escribe al correr de la pluma, y para demostrarlo, me contentaré con reproduciros una parte del editorial que, ocupándose de la Constitución, ese ingenio dió á luz el 25 de Agosto de 1907 en la primera de las columnas editoriales de *La Tribuna Popular:*

"Han transcurrido ochenta y dos años desde aquel inolvidable día, en que, en medio al estruendo de las armas y al fulgor de las batallas, aquellos ilustres varones declararon la independencia del suelo en que habían nacido, — á la sazón casi todo bajo el dominio extranjero, — confiando, más que en el poder, siempre efímero, de la fuerza, en la decisión de sus voluntades, en la firmeza y serenidad de sus ánimos, en el aliento de sus corazones y en su patriotismo desinteresado y ejemplar.

"En aquella fecha, ya un tanto lejana, quedó sellada definitivamente la independencia nacional; pero, ¿hanse realizado también los vivos anhelos, las ansias vehementes, los ensueños ardorosos de nuestros mayores, exteriorizados en la histórica acta y confirmados y ratificados plenamente luego en la Constitución?

"Aunque sea doloroso el decirlo, y sufra el patriotismo al reconocerlo, es justo confesar que no: hay que declarar bien alto que si hace cerca de una cen-

turia gozamos de amplia y total independencia con relación á las demás naciones de la tierra, no disfrutamos en lo interior absolutamente de libertad política, ni nos es dado hacer uso de aquellos derechos y prerrogativas en cuya ausencia, sin cuya conquista, ningún pueblo puede jactarse, con propiedad y fundamento, de haber roto las ominosas cadenas de la tiranía y salido de las garras infamantes de la opresión!

"La soberanía en toda su plenitud existe radicalmente en la nación, dice el artículo 4.° de nuestra carta magna; pero, de hecho, están subvertidos los principios cardinales del sistema representativo - democrático de gobierno que hemos abrazado, y uno de los poderes del Estado, el Ejecutivo, delegado como los otros dos, ha usurpado á los ciudadanos la facultad de elegir sus representantes y utiliza la fuerza que la ley colocó en sus manos para hacer respetar el derecho, y las influencias de que legítima é ilegítimamente dispone, en atentar contra el derecho, contra la libertad y contra la misma ley.

"El pueblo no elige sus diputados, ni ejerce, en general, sino de nombre, los derechos de la ciudadanía activa. Las Cámaras, que debieran ser la representación genuina de la voluntad popular, continúan siendo todavía, para mengua y descrédito de nuestras instituciones, simple expresión de la voluntad omnímoda del jefe del Estado, cuyo poder, constitucionalmente excesivo, aumenta día á día, merced á la inmoralidad reinante, á las debilidades y flaquezas de los ciudadanos, á la falta de cívico valor. Por suerte, no participan de esta mortal decadencia ni de este visible atraso, los intereses intelectuales y materiales de la República.

"Mil veces hemos intentado romper las ligaduras

que nos atan á semejantes prácticas, tan fundamentalmente contrarias á las que informan la democracia y deben regir en una república, ora por medio de la acción lenta de la evolución, ya por los procedimientos violentos y radicales de la guerra, y otras tantas nuestros esfuerzos patrióticos se han estrellado contra la muralla inexpugnable que oponen á toda benéfica reacción los egoísmos personales, las pasiones y los intereses sectarios; prueba evidente de las ondas raíces que tiene el mal, confirmación plena y acabada de que es perfectamente aplicable á la marcha política de las sociedades la verdad que respecto de los progresos en la naturaleza, sentó en una sentencia vulgar á fuerza de ser repetida, un insigne filósofo y pensador del siglo XVII."

Bien dicho. Muy bien dicho.

Esta queja, que es la queja constante de todos los hombres de buena fe, está expresada con viril energía y en fino castellano, aunque la fuerza del pensamiento se preste poco á las donosuras almibaradas de la dicción. Es natural que para conocer á un hombre de prensa no basta conocerle sólo en su estilo diario, sino que es imprescindible conocerle también en las modalidades de su sentir y de su razonar. En estas últimas sobre todo. Voy á tratar, pues, de hacerlo sin omitir citas, de acuerdo con el plan que sigo en mi labor, aunque me aspen los que jamás han de convenir en que yo soy una imparcialidad que pasa serenamente sobre las facciones y los espíritus. Ya he dicho que me voy; que soy un melancólico sobreviviente de la edad romántica; un rezagado del tiempo en que vibraba la lira de del Busto y en que se sonreía la juventud misericordiosa de Samuel Blixen. Ya he dicho que me voy, que nada quiero, que á nada aspiro, que nada aceptaré, que mi trabajo no es ansia de inmor-

talidad, y sí un reposo en la última etapa de mi viaje hacia la noche eterna. El trabajo es una constancia que me doy á mí mismo de que he sido hombre, hombre hasta los tuétanos, hombre hasta las cachas, hombre que conocía y conoce aún que no se puede pasar por el mundo mirando con cobarde indiferencia á la humanidad que lucha ardientemente por la conquista de lo porvenir, por la conquista santa de lo ideal.

Muchas veces he pensado en la verdad que encierran estas palabras de Roosevelt:

"La pobreza es una cosa amarga; pero no es tan amarga como la existencia vivida agitada y de flacidez física, moral é intelectual á la cual están condenados todos los que eligen malgastar sus años en la más vana de todas las vanas persecuciones, — la persecución del puro placer como un fin suficiente. El hombre voluntariamente ocioso, como la mujer voluntariamente estéril, no tienen ningún puesto en una sana, robusta y vigorosa comunidad. Aun mucho más; el grosero y odioso egoísmo que cada uno de ellos adopta, destruye hasta su propio y miserable objeto. Exactamente como la más feliz de las mujeres es la que tiene y cría muchos hijos vigorosos, el más feliz de los hombres es aquel que ha trabajado, con afán y con éxito, en su obra de vida."

Mi fe en el trabajo se agranda más cuanto más voy entrando en lo que llamaba *pigra senecta* la musa de Tíbulo. Esa fe será la última é irrevocable fe de mi vida.

Quiero, al entrar en la sombra, que mis muertos queridos salgan á recibirme sin desdén en los labios y sin ira en los ojos, diciéndome los unos que están satisfechos de lo que hice del nombre que me dieron, y los otros diciéndome que no se arrepienten de la amistad que á mí les unió desde las horas azuladísi-

mas de su amanecer. Por eso, sólo por eso, y sin bajas adulaciones; por eso, sólo por eso, y sin preferencias de bandería sectaria ó de círculo literario; por eso, sólo por eso, por respetarme y por cariño á los que ya no son, me repito incesantemente esta sentencia de La Bruyère: — *"Sentir le mérite, et, quand il est une fois connu, le bien traiter, deux grandes démarches á faire tout de suite, et dont le plupart des grands sont fort incapables."* — Como yo no siento grandeza alguna en mí, no puedo permitirme lo que no tiene excusa ni aun en los grandes de que nos habla la musa filosófica de La Bruyère.

III

Carlos Martínez Vigil, que ha sido oficial segundo de la Biblioteca Nacional y miembro de la Dirección de Instrucción Pública, comentaba el 16 de Julio de 1908, este párrafo de una carta dirigida por Agustín de Vedia al señor don Juan Antonio Zubillaga: — "Sus reflexiones finales son muy acertadas á mi juicio. Toca usted también una cuerda sensible. ¡ Siquiera estas preocupaciones internacionales tuvieran la virtud de levantar el espíritu de nuestros hombres, dar nueva dirección á las ideas, extinguir, atenuar ó dignificar las pasiones y fortalecer los vínculos de la nacionalidad! El partidismo es ciego é implacable muchas veces. Es necesario que se levante ahí alguna personalidad que una, á la firmeza necesaria de carácter, un grande espíritu de tolerancia, y que cuente entre las dotes del estadista la que consiste en armonizar todas las fuerzas, encaminándolas á grandes fines, menospreciar los detalles y los golpes que se asestan en la lucha diaria, y hacer prevalecer sobre

todas las cosas los grandes intereses de la patria. Se han revelado muchos hombres enérgicos y batalladores. Necesitamos hombres hábiles en el gobierno difícil de estas democracias turbulentas. El que más se levante sobre el espíritu de partido, ese será el mejor, porque tendrá una noción más clara de los deberes de su posición y atraerá la mayor suma de esfuerzos para encaminarlos hacia la grande obra."

Oigamos, ahora, lo que sobre estas líneas escribió Carlos Martínez Vigil en las columnas editoriales de *La Tribuna Popular:*

"Las ideas que acaba de expresar el señor de Vedia, — con la indiscutible autoridad que prestan á su palabra sus talentos preclaros, sus reconocidas dotes de estadista, su experiencia de la vida pública, el conocimiento que posee de los hombres y de las cosas nacionales y hasta su misma condición de ausente, que le permite juzgar los asuntos de la patria desde un punto de vista superior y con la tranquilidad y serenidad de un imparcial testigo, — deben ser muy meditadas por los ciudadanos que en este momento difícil de nuestra existencia se hallan al frente de los destinos de la nación, y los cuales, como muy bien lo ha expresado el señor Zubillaga en la carta á que más arriba hacemos referencia, por las superiores atribuciones aceptadas y asumidas, serán los supremos responsables de los intereses de la patria, en su época y ante la posteridad.

"Adormecidos los hombres del Gobierno con los cantos de sirena de la adulación interesada y mareados con el vértigo de las alturas, — tanto más explicable en ellos si se recuerda la facilidad con que han trepado á las más altas posiciones y la rapidez con que se han convertido en dueños y dispensadores de empleos y prebendas, — acaso no sean capaces de atri-

buir á las declaraciones formuladas por el ilustre estadista su verdadero significado y valor; pero lo que dice el señor de Vedia no puede mirarse como un voto individual y aislado, sino que debe considerarse como la expresión más pura del patriotismo, como la voz de la patria, acongojada por el triste y doloroso espectáculo de sus presentes infortunios.

"Efectivamente, el partidismo entendido en la forma cruda é intolerante en que se le ha entendido en el último lustro, no solamente es una aberración y un contrasentido, no solamente es una mentira calculada para obtener determinados fines, sino que es una rémora puesta á todos los progresos nacionales. Así lo entendía don Manuel Herrera y Obes hace ya medio siglo; así han razonado y así razonan los hombres sinceros y capaces con que en todo tiempo ha contado la República.

"La intolerancia ha servido y puede aún servir en nuestros días — un ejemplo reciente lo demuestra — para la felicidad personal de un hombre; puede ser un instrumento de primer orden para escalar las más altas posiciones políticas, como lo decía aquel otro gran espíritu que se llamó Domingo Aramburú; pero la intolerancia erigida en sistema de gobierno, en inspiradora de actos, en señaladora de rumbos, si en lo pasado ha constituído una gran desgracia, en nuestros días reviste todos los caracteres de una pública calamidad.

"Medio país no puede ser dueño de todo el país; la mitad de los ciudadanos de la República no puede gozar eternamente de las ventajas del poder y privar á la otra mitad de sus derechos y de las prerrogativas comunes. Eso se ha hecho; eso se hace todavía, desgraciadamente; pero es tal el absurdo que entraña, la injusticia que implica, la violencia á que obliga, las

resistencias que levanta en el corazón de todos los buenos hijos de la patria, que está llamado á desaparecer, como algo manifiestamente opuesto á los intereses de la civilización moderna.

"El partidismo es ciego é implacable: mas hay una cosa peor que el partidismo, con todo el cortejo de calamidades que invariablemente lo acompaña: es la explotación partidista, es la mentida ostentación de sentimientos que no se poseen, es el cálculo ocupando el lugar de la pasión, es la conveniencia personal creando y fomentando situaciones calamitosas y reviviendo el espíritu de nuestros viejos bandos. Aquello fué, al fin y al cabo, una cosa respetable; fué el producto de los tiempos; fué el fruto de la época: estaba abonado por la sinceridad. Lo que hoy ocurre es peor que eso, es infinitamente peor que eso, porque causando los mismos desastrosos efectos que si fuese real y verdadero, sale de los labios para afuera dejando intacto el corazón.

"Tiene muchísima razón el señor de Vedia: necesitamos en el gobierno hombres de carácter y tolerantes, que sepan armonizar todas las fuerzas, encaminarlas á grandes fines, menospreciar los detalles y hacer prevalecer la justicia y los grandes intereses de la patria; hábiles en el difícil manejo de la cosa pública; que se levanten sobre el espíritu de partido, y, con la clara noción de sus deberes y responsabilidades, atraigan la mayor suma de esfuerzos para encaminarlos hacia la grande obra. Eso constituyó en todo tiempo una necesidad nacional; pero su necesidad se advierte mucho más ahora, cuando falta el carácter, cuando priman la intolerancia y la pasión, cuando prevalecen sobre todas las cosas los intereses de círculo, cuando se subordinan los más sagrados intereses á la conveniencia de una camarilla que se

siente feliz con la ilusión candorosa de que, por medio de la fuerza de que dispone, va á hacer inacabables su predominio y su poder."

Comentemos rápidamente.

Yo, que no creo en los partidos refractarios al voto y á la tolerancia; yo, que entiendo que sólo debe servirse á los partidos cuando los partidos son una idea resplandeciente y una voluntad proba; yo, que jamás he de hacerle á los partidos el holocausto de mis convicciones, confundiendo la disciplina con la servidumbre y el vínculo amistoso con la complicidad desmoralizadora; yo, que me dije siempre que los partidos son un útil de perfeccionamiento y no un redil donde los pastores amontonan para esquilarlas á las ovejas; yo, que me voy, no hubiera expresado con más bizarría ni más altitud las verdades que acabo de transcribir. ¡Sí, cincuenta veces! ¡Necesitamos purificar el medio! ¡Gobiernos sin divisa y partidos que voten es lo que quiere nuestra cultura! ¡Se debe odiar al error, vencido ó triunfante; pero la derrota no significa aborrecimiento hacia el adversario ni desdén por los recursos que nos ofrece la legalidad, hasta cuando la legalidad es un burdo mentir! ¡No debe transigirse con el poder que estrangula al derecho, con el poder que pisotea nuestra libertad, con el poder que se burla de lo que juró en sus apurosos afanes de subir; pero el odio al poder, enorme y santísimo, no significa que todo lo rojo sea condenable, que haya impurezas en todo lo rojo, que lo rojo no sea capaz de honorabilidad y de excelsitud, porque nacidos de vientre de mujer son blancos y bermejos, cabiendo en vientre de mujer siembra de virtudes y floración de cánceres! ¡Las camarillas no son agrupaciones de índole nacional, como los partidos, y no hay que confundir el aborrecimiento hacia las cama-

rillas desquiciadoras con el aborrecimiento hacia los grandes partidos históricos! ¡Estos últimos, con la tradición que los vivifica y con los ideales, que el progreso va incesantemente purificando, constituyen aun la patria con sus glorias, sus pesadumbres, sus hábitos, con todo lo mejor y con todo lo más pujante de la raza, de la estirpe, de la eterna y querida y atormentada nacionalidad! ¡Hagamos más suave la tradición; vivamos menos con el espíritu de lo que fué; engrandezcamos los programas de cada núcleo con emulación noble; fiemos un poco más en la eficacia de las ideas y en las virtudes del civil empeño; no nos desprendamos insanamente del derecho al voto, acostumbrando á la multitud á desertar del culto salvador de la ley, y veamos en la patria, en la magna máter, en la madre augusta, en la madre inmortal, la única inspiradora de todos los propósitos de nuestra vida!

Como se ve, yo no trato de ocultar lo que escondemos en la bolsa de nuestra espalda, — *manticœ quod,* nos diría Catulo. ¿Á qué mentirnos hipócritamente? Ninguno ignora que por esas ansias de dominación, que extravían á los partidos, y por esas sedes de encubramiento, que extravían á la juventud, nuestras llanuras están cubiertas de cruces y fertilizadas con riego de sangre, pudiendo aplicarse á nuestro país aquellos versos que la musa de Horacio consagró á Roma:

Quis non Latino sanguine pinguior
Campus, sepulcris impia prælia
Testatur, auditumque Medis
Hesperiæ sonitum ruinæ?
Quis gurges, aut quæ flumina lugubris
Ignara belli?

Hagamos ya que, hasta dentro de la disciplina partidaria, el rojo y el nacionalista se acostumbren á ser ciudadanos libres y hombres honestos. La disciplina no puede obligarme á votar por lo que no es probo, por lo que no es limpio, por lo que es incultura ó torpeza, porque mal puedo admitir, como partidario, las incorrecciones y las mediocridades que rechazan mi corazón y mi mentalidad. Del mismo modo, y en materia institucional, cuando estoy seguro de la verdad que aprendí en los libros y comprobé en la historia, yo no puedo sacrificar la verdad verdadera á la ignorancia ó á la cobardía de los explotadores de la multitud, porque mi verdad vale lo que no valen, en esa circunstancia, la disciplina absurda y el partido extraviado. La disciplina no es un dogal. El partido no es un ídolo azteca. Al hacerme nacionalista ó rojo, yo no he renunciado á las ventajas que me proporciona mi ilustración, ni juré olvidar que la virtud es el fundamento de las democracias, como Montesquieu dice en *El espíritu de las leyes.* Amad al partido por sus ideas; pero no sacrifiquéis vuestras ideas, cuando son lógicas y experimentadas, al mayor número, haciéndoos cómplice de los extravíos y las claudicaciones de los vocingleros, de los que tienen una argucia y una moral para cada caso. ¡Seguid á Catón; nunca á Tayllerand! ¡Seguid sobre todo á vuestra conciencia, viendo en ella un escudo contra la calumnia, como hizo de su conciencia un escudo y una irradiación la republicana virtud de Milton!

Para Montesquieu, la virtud política es el resorte motriz de las repúblicas, debiéndose entender por virtud política, el amor de la patria y el de la igualdad. Las multitudes, de que están formados nuestros partidos tradicionales, poseen esa virtud que era, se-

gún los oradores griegos, la más sólida de las bases de la democracia. En tanto que el partido socialista, el partido avanzado, el partido oleócrata, tiene en poco á las patrias, ocupándose preferentemente de manufacturas y de finanzas y de salarios, los partidos de ayer, nuestros viejos partidos, siguen sacrificándose por la virtud política con el más estoico de los desintereses y con la más abnegada de las obstinaciones. La multitud, que los constituye, es buena y respetable. Sus directores son los que la extravían. Por eso la prefiero, bermeja ó blanca, á las multitudes del socialismo. Estas me parecen una ambición, y aquella me consta que es un ideal. La virtud política consiste, principalmente, en preferir el interés público al propio interés. El interés público, para los socialistas, no es nada más que un interés de clase. La democracia socialista no es una democracia, desde que no es el resorte de la virtud política el que hace que funcione su mecanismo. Leed, para convenceros de los desastres á que conduce la ausencia de esa virtud, el libro tercero de la mejor de las obras de Montesquieu.

No renunciéis nunca á la tolerancia. Á veces el enemigo no es el adversario tradicional. Á veces el enemigo es la disciplina. La tolerancia nos permite ser justicieros. Empezad siendo justicieros, para poder ser inflexibles con el error, venga de donde venga y vaya donde vaya. Sed tolerantes hasta juzgar, y sed inflexibles después de haberos trazado un rumbo. Gritadles, si os injurian: — ¡Yo soy la razón! — Contestad, si os rechazan: ¡El mundo es grande! — Responded, si os abandonan y os desmonetizan: ¡Yo soy el porvenir!

Acepto, pues, lo que á favor de la tolerancia nos dice Carlos Martínez Vigil. Su modo de pensar, que se deduce sin dificultades de lo transcripto, se echa

de ver mejor todavía en el discurso que pronunció en el Primer Congreso Periodístico, celebrado en 1907 y en el "Victoria Hall" de Montevideo:

"Señores delegados: Señoras y señores:

"El Comité Organizador del Congreso Periodístico, cuyo acto inaugural celebramos con el concurso desinteresado y entusiástico de todos vosotros, que sois el reflejo fiel de la opinión pública, me ha encomendado la á un tiempo grata y honrosa misión de daros la bienvenida y de manifestaros las razones en que fundamenta su oposición al proyecto de ley de intendencias del Poder Ejecutivo. He aceptado complacido esa designación; y al dar cumplimiento al patriótico cometido, y comparar mi escaso valimiento con lo elevado y grande del asunto que nos congrega, siento vacilar mi espíritu y flaquear mis fuerzas, que nunca escatimé á la causa de la justicia y constantemente puse al servicio de la libertad del pueblo.

"En el seno del Comité Organizador, como acontecerá en el de esta asamblea, señores delegados, acaso no exista uniformidad perfecta y absoluta de opiniones por lo que respecta á los detalles de la organización municipal, — tal vez haya discrepancias nacidas de la dificultad que siempre ofrece el poner en práctica las teorías y amoldar los principios al objeto siempre variable y movedizo de la realidad: pero yo os lo aseguro lleno de patriótico orgullo en cuanto al Comité, y lo espero confiado y tranquilo por lo que toca á cada uno de vosotros en la representación que investís, que no hay más que un solo juicio para apreciar el referido proyecto, y que nuestra convicción arraigada y profunda es que él es violatorio de los preceptos y, sobre todo, del espíritu de la Constitución, desconoce los fueros comunales y los principios

sobre que reposa el gobierno municipal, es antidemocrático y consiguientemente contrario al régimen de nuestras instituciones, aumenta inconsiderada é inconsultamente las atribuciones excesivas y desproporcionadas del Ejecutivo, adopta las formas de una centralización mecánica y burocrática de todo punto reñida con el interés nacional, y concluiría si la complacencia ó la debilidad de la mayoría del Cuerpo Legislativo lo convirtiera en ley — con los restos de autonomía municipal salvados del naufragio de las libertades públicas.

"Bajo cualquiera de esos aspectos que se le considere, él es merecedor de la más enérgica repulsa por parte de los ciudadanos y digno de la protesta viril y honrada que significa y comporta este espontáneo, este brillante, este reconfortador resurgimiento de las energías nacionales, deprimidas en todos los órdenes de la actividad por un centralismo absorbente y suicida que, en su afán de atropellarlo todo, de acapararlo todo, no trepida en arrebatar á los municipios el derecho de manejar sus propios intereses, que es absolutamente indispensable para que los hombres cumplan su fin y su destino, y la libertad, que es, según el recto sentir de un célebre legislador de Esparta, el mayor bien de las sociedades civiles y políticas.

"Señores: La base de la sociedad es la familia; el conjunto de familias constituye los municipios; la reunión de éstos forma esa entidad superior que se llama Estado. Cada uno de estos organismos tiene y debe tener su función y esfera propia; cada uno de estos organismos cumple su fin y realiza el objeto de su existencia, á condición de que conserve la libertad de sus movimientos. Ninguno debe desaparecer en obsequio de los otros. Necesita el hombre de

la libertad para la administración de sus intereses privados y de familia, y también la requiere y la demanda para el manejo y buena marcha de aquellos otros de cuya propiedad ó provecho participa en el círculo, aun restringido, pero más vasto, de la localidad en que reside. Cuando esto no sucede; cuando no hay una autoridad independiente, intermediaria, con autonomía propia, entre el individuo y el Estado, queda el primero, débil, desarmado, indefenso, á entera merced del poder central omnipotente. Falta el órgano encargado de la representación y defensa de los intereses y de los fueros comunales; no existe el poder municipal, que es la base del poder político que ejerce el Estado, y desaparece la autonomía de las localidades, que es, como lo decía hermosa y exactamente el historiador Montley, la sangre misma de la libertad!

"Posee todo organismo dos vidas, por decirlo así: una local, otra general; una que lo pone en relación con los intereses inmediatos; otra más amplia y contentativa, que se refiere á los intereses generales de la sociedad. En virtud de lo primero, cuida el hombre de su conservación, bienestar, tranquilidad y cultura, y á mérito de lo segundo, poseen los ciudadanos, deben poseer los ciudadanos en una república democrática, el derecho de tomar parte en la constitución de los poderes públicos. Cuando las autoridades centrales se mantienen dentro del círculo de sus atribuciones legítimas y dejan á los municipios su libertad de acción, las localidades prosperan, porque está demostrado, señores, que así para los individuos como para los pueblos no hay otras obras sólidas y duraderas que aquellas que llevan á cabo espontáneamente y por su solo esfuerzo, mediante el empleo de su inteligencia y de su libertad; pero cuando, como acontece en el caso que motiva el presente plebiscito, el Es-

tado, so pretexto, falso y calumnioso, de incapacidad de los departamentos para dirigirse á sí propios, y so color de amor á sus progresos, arrebata atentatoriamente lo que la Constitución consagró, tenemos una realidad bien triste bajo apariencias seductoras: tenemos recubiertos con el manto de la libertad, la esclavitud y el despotismo.

"De la verdad y exactitud de estas conclusiones, que olvida ó desconoce el Gobierno de la República, ofrecen claro é irrebatible testimonio la ciencia constitucional, los pueblos todos de la tierra, nuestra tradición y nuestra historia.

"Preguntad á la ciencia, y ella os dirá que el centralismo mutila la personalidad del hombre, mata toda iniciativa fecunda, rebaja y enerva las actividades de los pueblos y produce en todo el organismo social una especie de somnolencia administrativa, que acrecienta el vicio — que habría positiva y urgente conveniencia en combatir — de esperarlo todo de los gobiernos; y que por el contrario, la fuente inagotable de donde surgen poderosas y triunfantes las instituciones republicanas, es el municipio independiente.

"Preguntad á los pueblos, y ellos os contestarán que la historia de sus adelantamientos locales es la historia de sus luchas por la libertad; que una larga cuan dolorosa experiencia les ha enseñado que no hay felicidad verdadera ni progreso estable sino á condición de que el poder político del Estado no se inmiscúe para nada en la administración de los intereses comunales, y que sólo á esta condición los ciudadanos se preocupan de su fomento, por una especie de egoísmo. ¡Bendito egoísmo, señores, que transforma á todos los hijos de un pueblo en factores eficientes de su cultura, de su adelanto, de su prosperidad!

"Preguntad á la tradición, y ella os responderá que nuestras actuales Juntas derivan en línea recta de los antiguos Cabildos, que constituyen para nosotros un timbre de honor y de gloria; que en el Cabildo Abierto de 1797 el vecindario de Montevideo, como lo recuerda un autor nacional, tomó parte en las discusiones y deliberó con los cabildantes desde los impuestos hasta las obras públicas, desde la higiene hasta la nomenclatura de las calles de la ciudad; que en 1806 el mismo Cabildo, consagrando la ruptura entre Liniers y Elío, separó para siempre á los orientales de los argentinos y dió el ejemplo en América de la primera junta de propio gobierno; que en 1815 don Juan María Pérez, tribuno improvisado del pueblo, seguido de un numeroso grupo, llega hasta el Cabildo y pide nueva elección de cabildantes, consagrándose de esta manera el derecho del municipio á intervenir en la elección de los ciudadanos encargados de velar por sus libertades y de manejar sus intereses, y — para decirlo todo de una vez con un notable publicista de América — que del seno de esos Cabildos brotó la chispa revolucionaria y desde lo alto de su humilde tribuna proclamóse más tarde la soberanía del pueblo!

"Interrogad á nuestra propia historia, y ella os enseñará que los hombres pensadores de todos los tiempos y los estadistas más eminentes con que ha contado la República han convenido siempre en la necesidad de descentralizar el poder; que en ese pensamiento se inspiró una de nuestras honradeces más puras y uno de nuestros talentos más preclaros: don Bernardo Prudencio Berro, para proyectar la autonomía de las Juntas Económico - Administrativas, que tan indispensable les es para que puedan desarrollar eficazmente su acción bienhechora; y si me fuera dado en este instante de evocaciones patrióticas citar un ejemplo

demostrativo de lo que importa, en otro sentido, la consagración decidida á la causa de la libertad comunal, os recordaría complacido que aquel espíritu austero, aquella virtud sin mácula, aquel varón ejemplar que se llamó don Joaquín Suárez adquirió sus aptitudes para la vida pública é hizo el aprendizaje que lo habilitara para ejercer el mando supremo de la nación, en el desempeño del cargo de cabildante del departamento en que vió la luz primera.

"Señores delegados:

"Al declarar inaugurado, en mi carácter de Presidente, el Primer Congreso Periodístico de Montevideo, formulo votos fervientes y sinceros por el éxito final de sus gestiones, que coloco bajo la égida de vuestro saber y de vuestro patriotismo, y saludo en la persona de vosotros á la honrada, á la altiva, á la digna, á la culta prensa independiente de la República!"

IV

Y paso á ocuparme del segundo de los folletos á que aludí, del folleto que lleva por título *El problema nacional.* — Este folleto obtuvo el segundo de los premios adjudicados en el certamen que el 12 de Abril de 1905 se celebró en la sala de la dirección de *La Tribuna Popular.*

El folleto se subdivide en siete grandes parágrafos ó capítulos: Consideraciones generales; — Guerras y caudillos; — Faz política; — Faz sociológica; — Faz económica; — Faz moral; — y Conclusiones.

Dejo hablar á Carlos Martínez Vigil:

"Los males del país son muchos y hondos. Son, en cierto modo, orgánicos, y sería un grande error creer

que se van á curar con panaceas. El carácter nacional tiene defectos graves, que es menester corregir, y virtudes, que hay que encaminar y dirigir convenientemente. Somos, como los españoles nuestros padres, impetuosos, altivos, inconstantes, imprevisores. La lucha ha sido hasta ahora nuestra más amada deidad, nuestra preferida tarea, nuestra preocupación favorita; pero no la lucha de los comicios, sino la lucha en los campos de batalla; no la lucha de las ideas, del trabajo, de la ciencia, sino la lucha por el personal predominio en que han desempeñado papel principal, cuando no exclusivo, las pasiones. Hemos tenido, indiscutiblemente, el valor militar, que conduce á la gloria; pero no el valor cívico, que funda las instituciones y hace felices los Estados. Hemos peleado como leones en defensa de nuestros ideales; pero no hemos sabido consolidar la paz pública, bien elemental y primero, sin el cual todos los beneficios de la civilización y del progreso son efímeros. El caudillaje es nuestra tradición y la guerra civil nuestra política."

Y agrega:

"Política, social y económicamente, somos herederos de los hombres del tiempo de la conquista. Parte de nuestro derecho y de nuestro régimen administrativo es genuinamente colonial; nuestros dogmas políticos no tienen ese carácter: el código fundamental reposa, en general, sobre los principios liberales de la Revolución Francesa. He ahí algo que explica parcialmente nuestro eterno desasosiego, el secreto de las continuas violaciones de la Constitución y el porqué de nuestras luchas, entre las exigencias encontradas del pasado colonial y las avanzadas prescripciones que informan nuestro régimen político. Poner de acuerdo ambas influencias; ajustar los principios á la realidad de las cosas; aproximarnos, en lo posi-

ble, á la observancia fiel de las prácticas de la libertad, es una necesidad perentoria, á que — contando naturalmente con el tiempo, factor indispensable en todas las obras colectivas que han de llevar el sello de la estabilidad — deben hallar solución acertada los ciudadanos que tomen sobre sus hombros la tarea grande y eminentemente patriótica de reformar la Constitución del Estado."

Conformes en todo.

No vaya á creerse que Carlos Martínez Vigil atribuye exclusivamente los males del país á la bondad ó maldad de nuestras leyes. La bondad ó maldad de la ley nace del modo de interpretarla más, mucho más que de la ley misma. Más que en su texto, la ley es dañina ó benefactora por la práctica de la ley. Alberdi ya nos lo había enseñado. Montesquieu dice: — "Le peuple tombe dans le malheur lorsque ceu à qui'il se confie, voulant cacher leur propre corruption, cherchen à le corrompre." — Una ley moral, cuando se aplica con deshonestidad y con injusticia, puede ser origen de no pocas inmoralidades. Casi siempre es culpa del magistrado lo que atribuímos á insuficiencias ó errores de la ley. Los pontífices máximos de nuestros partidos, que confunden la disciplina con el esclavaje, han hecho que las masas no sepan servirse de la libertad. Faltos de la costumbre de pensar por sí propios, nuestros partidos no pueden ser libres como puede serlo un ciudadano inglés. La autoridad es necesaria á los que viven junto al poder ó lejos del poder. ¿Qué sucede á las masas de los dos bandos? Recordad otra frase de Montesquieu: — "La liberté même a paru insupportable à des peuples qui n'étaient pas accoutumés à en jouir. C'est ainsi qu'un air pur est quelquefois nuisible à ceux qui ont vécu dans des pays marécageux."

Nuestra política es desastrosa. El presidente no puede ser el presidente de todos los orientales, porque sube al poder en los hombros de un grupo y con el corazón henchido de agravios. No sabe sobreponerse á la enemistad que le inspiran los que le combatieron y gobierna para el grupo que le engendró, convirtiéndose cada presidencia en una oligarquía terrible y ceñuda, que nada garante y nada construye. Los partidos, sin programas diferenciales ó sin diferenciales principios de acción, poco difieren de los que batallaban por un hombre ó un odio en los primeros días de nuestra historia. Aún siguen siendo personalistas, aún marchan al acaso, como en las sociedades embrionarias que piden á un régimen vigoroso la estabilidad necesaria para resolver el problema de su formación. Carecemos aún de municipalidades autónomas, aún aspiramos á la representación proporcional á que nos da derecho nuestra ciencia jurídica, nos desagrada la igualdad en el orden impositivo, y como si lo que antecede no fuera bastante, ninguno de nuestros núcleos ciudadanos, como dijimos ya, tiene un programa de principios propio y excluyente que encauce, vigorice y haga práctica la acción común de los que le forman y le componen. La tolerancia, madre de la armonía, y fundamento de la nación antepuesta al partido, no existe en los grandes núcleos históricos, que fruncen el ceño cuando se les predica aquella virtud, causa de la grandeza de los anglosajones, como si el abismo que los divide fuera abismo de ideas y no de intereses. Como en esos grupos no hallaréis distintos móviles de acción ó profundas distancias de ideal, no podéis pedir á esos grupos el carácter, la fuerza, la individualidad que pueden notarse en el católico dogmático, crédulo, ó en el socialista de convicciones firmes. Nuestros grupos históricos son obstinados, he-

roicos, exaltadísimos, y muy del pago, como llamas que agita el viento de la pasión; pero no tienen la energía que nace de la idea, sino la energía que nace del propósito de sobrevivir y de prevalecer. Niegan el sol y el agua al adversario tradicional, para concederlo y tolerarlo todo al cofrade político, siempre que el cofrade político no se aleje jamás de la caravana que latiguea la disciplina. Con tal que el rebaño camine al mismo trote, poco importa que en el rebaño se aglomeren los lobos y los corderos, los gavilanes y las palomas. El caso es ser masa, multitud, falange, autoridad temida en el poder y resistencia ardiente en la llanura. — ¡No queremos ideas! ¡No queremos programas! ¡No queremos apóstoles! ¡Somos un interés y debéis servir á nuestro interés! ¡Á nosotros nos basta ser azules ó rojos! ¡Á tí debe bastarte, para ser patriota, con que te apelliden rojo ó azul! — ¡Y así vivimos desde que empezamos á vivir nuestra vida de libres! ¡Así vivimos coronados con la corona de víboras que la antigüedad puso en la cabellera de las Euménides!

Esto no impide, como ya hemos dicho, que nuestros partidos tradicionales, con todas sus cegueras, sean aún el cerebro y el alma de la nacionalidad. Reformarlos, no suprimirlos, es lo que importa. Reformarlos para que sean útiles á lo porvenir.

No faltará quien diga que me ocupo de mis sentires más que de los ajenos. Tal vez; pero no es eso lo que me propongo. Trato de reflexionar sobre lo transcripto, aumentando sus líneas fundamentales y exprimiendo sus generosos zumos. Trato de unir la potencia de mi acumulador á la potencia de los otros acumuladores de vida, para que el fenómeno de la transubstanciación sea más rápido y más completo. Trato de sembrar ideas, muchas ideas, todas las ideas que recojo durante la

lectura ó meditando sobre lo leído, lo que me permite darme cuenta de lo que valen el autor y la obra, desde que sé que el valor de éstos puede medirse por el número de ideas civilizadoras que nos sugieren. La Bruyère ha dicho: — "Quand une lecture vous élève l'esprit, et qu'elle vous inspire sentiments nobles et courageux, ne cherchez pas une autre règle pour juger de l'ouvrage: il est bon et fait de main d'ouvrier." — Esta regla nunca os engañará. Debió meditar mucho sobre lo que leía Juan de La Bruyère.

Y la obra de Carlos Martínez Vigil, aunque se resienta de lo virulento de nuestra política y de lo grande de nuestras ciudadanas desilusiones, nos infunde siempre cívicos corajes y altos sentires, obligándonos á pensar en algo superior á nuestras egoístas preocupaciones de índole personal. Tropezaréis á cada instante, en las páginas del jugoso folleto de que me ocupo, con la necesidad de propender á la evolución de los partidos, á fin de que sea progresiva su marcha por nuestra historia, haciendo de la reforma constitucional, á que aspiramos todos, un medio de ayudar á esa progresión fecunda y moralizadora. Es necesario que "los poderes públicos sean la expresión fiel y exacta de la voluntad nacional." — Es necesario mejorar la composición de la legislatura, que el pueblo no elige, porque el resultado de ese mejoramiento, "será mejorar las leyes, ennoblecer la honrosísima misión de dictarlas, y propiciar inmensos y transcendentales bienes á la masa social." — Es necesario evitar la demasiada frecuencia de los actos electorales, porque el término de los períodos en que el poder se ejerce y el poder se cambia "es de todo punto insuficiente para que un mandatario realice las promesas de que están atestados los programas presidenciales

y desarrolle los planes y obras útiles que con tanta facilidad se conciben y ofrecen en la llanura." — "Es necesario que los partidos se eduquen y purifiquen, transformándose en partidos de ideas." — Es necesario no echar en olvido la reforma judicial, á fin de que la justicia, sobre ser verdadera justicia, "sea pronta y barata". — Es necesario suprimir, en nuestro régimen político y en nuestro sistema tributario, el centralismo absorbente que nos perturba, por ser "fatal á los progresos institucionales y al reinado de la libertad." — "Evolucionar en ambos sentidos, haciendo menor el centralismo político y menor el centralismo económico, sería servir la causa de la libertad y del nacional progreso", porque "la fórmula de la división fisiológica del trabajo es tan exacta en biología, como en sociología y en administración."

Y Carlos Martínez Vigil agrega:

"Pero hay algo que reclama mayor urgencia que todo ello; existe una necesidad más sentida que las enumeradas hasta aquí, y á la cual he hecho ligeras referencias al comenzar este trabajo. Esa necesidad apremiante es la de morigerar el imperio de las pasiones, de templar y encalmar los odios partidistas, de añadir á nuestras luchas bravías y cruentas un poco de ese espíritu generoso y humanitario que las suaviza y hace tolerables, que posibilita entre los ciudadanos el avenimiento y la reconciliación y al cual, pese á la demagogia y á la anarquía en boga, se halla reservado el porvenir de la patria.

"La tarea no es fácil. Los hábitos que han echado raíces hondas y se han vuelto una segunda naturaraleza, ha dicho con razón el ilustre venezolano, don Andrés Bello, no son susceptibles de extirparse sino por el lento proceder de los estímulos indirectos.

"La política es la medicina de los Estados, agrega

el doctor don Mariano Moreno, y nunca manifiesta el magistrado más destreza en el manejo de sus funciones, que cuando corta la maligna influencia de un mal que no puede evitar, corrigiendo su influjo por una dirección inteligente que produzca la energía y fomento del cuerpo político.

"Seremos respetables á las naciones extranjeras, exclama — hablando de su país y asentando una observación perfectamente aplicable al nuestro — no por riquezas, que excitarían su codicia; no por la opulencia del territorio, que provocaría su ambición; no por el número de tropas, que en muchos años no podrán igualar á las de Europa: lo seremos solamente cuando renazcan entre nosotros las virtudes de un pueblo sobrio y laborioso; cuando el amor á la patria sea una virtud común, y eleve nuestras almas á ese grado de energía y de constancia que arrostra las dificultades y que desprecia los peligros.

"No se fundan, ni es posible consolidar las nacionalidades sin alguna dosis de patriotismo, y no hay patriotismo sin templanza y transigencia generosas. La tolerancia y la conciliación son entre nosotros más necesarias que en ninguna otra parte. En primer lugar, las contiendas de los partidos en otras naciones se desarrollan en la prensa, en el folleto, en la tribuna del club: en condiciones tales, la lucha no reviste los caracteres horrorosos que acá, donde el hábito arraigado durante los setenta y tantos años que contamos de vida independiente enseña á dirimir las disidencias políticas por medio de las armas en los campos de batalla. Luego, cuando existen partidos de ideas el exclusivismo se explica y halla su compensación y aun su justificación en la para nosotros ambicionada conquista, quizás aun distante, de la alternación de los partidos en el poder."

Carlos Martínez Vigil, al estudiar el problema sociológico, promulga que debe tratarse de que aumente la ola de sangre y de energía que nos manda la Europa. Piensa, como Alberdi, que gobernar es poblar. ¿De cualquier modo? No. El transporte debe ser de buena semilla. Es necesario que la mayor población signifique, no sólo mayor población y mayor consumo, sino también mayor tarea y una influencia beneficiosa sobre nuestras pasiones. Si lo que viene es digno de ser asimilado, lo que viene será el mejor aliado de nuestro engrandecimiento y nuestra independencia.

No nos engañemos. Gobernar es poblar; pero poblar con tino. James Bryce, en el último tomo de *La République Américaine,* reconoce lo grande del poder de disolución de las instituciones, las costumbres y las ideas norteamericanas sobre los elementos que les envía constantemente Europa. Bryce nos afirma que es sorprendente la semejanza que puede advertirse, á pesar del embrujado influjo de la herencia, entre los norteamericanos indígenas y los hijos de sus colonos irlandeses, alemanes ó escandinavos. Bryce, no obstante lo que antecede, confiesa que el influjo de la inmigración europea, más que en determinados matices del carácter nacional, debe buscarse, bajo el punto de vista económico, en la rapidez del desenvolvimiento agrícola de ciertas regiones, y bajo el punto de vista político, en los muy poco felices frutos con que se manifiesta en la vida pública de las ciudades, en las explosiones de violencia con que actúa en todos los distritos mineros, y en la forma violentísima de que se sirve de las igualdades ennoblecedoras del sufragio universal. Por estas razones y por el carácter de inferioridad de la inmigración llegada en las dos últimas décadas, inmigración en su mayoría de origen eslavo, el problema de que me ocupo principia tam-

bién á inquietar á los yanquis, lo que explica las leyes que allí se dictan para impedir la intrusión de estos elementos desfavorables y perturbadores, que se van convirtiendo en una carga y en un peligro para la comunidad entera y para la democracia misma. Calcúlese, entonces, lo que sucedería entre nosotros si resolviésemos sin tino problema tan magno, teniendo en cuenta que ni nuestra idiosincrasia ni nuestras costumbres pueden ejercer sobre la inmigración el disolvente influjo que sobre la inmigración ejercen las instituciones y las costumbres de los Estados Unidos.

Esbozo ideas. No insisto ni las extiendo. Otros lo harán. Á mí me sobra con apuntarlas. Y sigo citando á Martínez Vigil:

"Este nos indica que necesitamos subdividir racionalmente ó mutualizar racionalmente la propiedad. No mentir á los otros ni mentirnos á sabiendas á nosotros mismos. Sin eso la colonización y el asimilamiento no serán lógicos ni factibles. Las colonias fueron un medio de expansión comercial para los antiguos. El fenicio y el cartaginés, gracias á las colonias, sembraron de ciudades, hoy opulentas, las costas encantadas del Mediterráneo. Portugal, cuando la navegación abrió nuevos horizontes á las viejas razas, hizo lo mismo sobre las riberas, ricas en perfumes y en verdor y en luz, de África y de Oriente. El colono de ayer conquistó por medio de las armas ó se impuso por el mayor nivel de su cultura; pero en la actualidad el problema es otro, porque el inmigrante de hoy no es el colono antiguo, sino el hombre de trabajo que beneficia el suelo y funde su alma con el alma gigante de nuestra América. Favorecerle sin humillarle ni descastarnos; abrirle nuestras puertas no como á un invasor, sino como á un futuro compatriota nuestro;

buscar el modo de que nos beneficie al beneficiarse; hacer que la sociedad, que hemos constituído intervenga en su vida, para que se ligue á esa sociedad y le entregue sus hijos con placer, á fin de que esa sociedad se los apropie amorosamente desde la cuna; pedirle, para fundirlo á nuestra substancia espiritual, lo mejor de su modalidad étnica, y darle á su progenie lo mejor de nuestra étnica modalidad, este es el problema y el problema no puede resolverse sino despacio, con lentitud, con patrióticas previsiones y con honradas sinceridades, donde el suelo es poco, la libertad grande, la legislación amplia, mucha la inquietud y lo que llega exiguo, pobre y heterogéneo.

"Se requiere también, indispensablemente, para obtener nuestro mejoramiento, una de estas dos cosas: ó traer de Europa, contratados, elementos de excepcional valía, ó enviar jóvenes á ella con el fin de que allá adquieran los conocimientos y experiencia cuyos resultados luego han de esparcir entre nosotros, apercibiéndonos así al combate á la manera de aquellos romanos antiguos que visitaban las escuelas de Atenas para prepararse á las luchas de la tribuna y de la libertad.

"Una ú otra cosa debe realizar el Estado en cumplimiento de su misión secundaria de contribuir en su esfera al perfeccionamiento social. Nadie progresa sin el trato con los que saben más, está probado. Chile debe en gran parte sus grandes adelantos en muchas ramas de los conocimientos humanos, á haber traído, especialmente de Alemania, un gran número de elementos que han contribuído á su mejoramiento de manera poderosa. La Argentina parece haber optado por el otro arbitrio, sin que ello implique haber descuidado por completo el de la República trasandina. Prácticamente, uno ú otro recurso es necesario, des-

pojándonos para ello de algo de nuestra quisquillosa vanidad, que nos impulsa con frecuencia á preferir lo malo propio, sin esfuerzo, al bien que con sacrificios nos puede venir del exterior.

"Caso típico es el que ofrece el Japón, que en un lapso no mayor de treinta años nos presenta el espectáculo alentador de una nación que se transforma por completo y se coloca, en muchas manifestaciones del humano saber, á la altura de los pueblos que imita. Para obtener resultados tan grandes y patrióticos le ha bastado enviar durante ese tiempo elementos propios á las naciones más avanzadas (Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos), estudiar sus instituciones, darse cuenta de sus progresos en las diversas esferas de la actividad y del pensamiento y desentrañar, asimilándose lo asimilable, el secreto del engrandecimiento nacional. Y téngase presente que el Japón es actualmente uno de los pueblos representativos del porvenir, por su acendrado patriotismo, por su plasticidad etnográfica, por su amor á la ciencia, por su intensa cultura, por su adaptabilidad progresiva."

Pienso lo mismo. La superioridad de los otros, una vez conocida, nos puede ser útil. Leed á Montesquieu. Éste nos dice que lo que más contribuyó á que los romanos se adueñaran del mundo, es el que habiendo combatido sucesivamente con todos los pueblos, siempre renunciaron á sus costumbres cuando tropezaban con costumbres mejores. Rómulo muda el escudo argio, que era pequeño, por el escudo, de mayor amplitud, de los sabinos; y las legiones cambian, más tarde, su espada usual, que cortaba poco, por la espada española. Roma se apropió, para cumplir su misión histórica, de las viejas artes del jinete númida, el flechista cretense y el hondero balear. La ciudad eterna, sin el

escudo que robó á los sabinos y sin la espada que robó á los iberos, no hubiese conseguido vencer á los galos. Lo dice Montesquieu.

Sólo un reparo haré. Necesito hacerlo. No deben enviarse á Europa, con pretexto de perfección, á los hijos de los legisladores ni de los funcionarios con pingüe sueldo. Esto no es democrático, no es probo y se presta á injusticias. ¡Ayudad, premiando al que se educa entre sacrificios, y no á los hogares que ya viven á expensas del Estado!

Y sigue Carlos Martínez Vigil:

"Una de las peores tendencias que se agitan en el seno de nuestra sociedad es el afán desapoderado por la obtención de los empleos públicos, perseguidos como fin y no como medio de realizar aspiraciones más altas. La empleomanía es nuestro flagelo. Desde los jóvenes que salen de la escuela, hasta los viejos que por cualquier causa abandonan sus medios normales de vida, todos sueñan con cargos oficiales, á tal punto que no parece sino que los ciudadanos en el país no persiguieran otro ideal que conseguir un puesto rentado.

"El mal es viejo y conocido, pero hay que señalarlo y no debemos perderlo de vista. Hacer que la juventud persiga como fin los empleos públicos, es embotar sus facultades nacientes, es matar toda iniciativa fecunda, es hacerla impotente para toda otra labor, es circunscribir y cercenar los ideales de la vida, que deben ser nobles, puros, generosos y grandes. Así se han formado en lamentable y nunca suficientemente condenado olvido de lo porvenir, generaciones enteras que han temblado ante la pérdida del empleo, ante la sola posibilidad de entregarse al propio esfuerzo del trabajo libre, que ejercita y desarrolla los músculos, hace vivaz y activa la inteligencia y tanto y tan efi-

cazmente contribuye á mejorar al hombre y á proporcionarle el máximum posible de poder y de felicidad."

Supongo que, ahora, no me acusaréis de sacrificarlo todo á mis ideas. Me limito á transcribir, sin comentario alguno, lo que me parece digno de reflexión. ¿Acaso necesitan comentarse las líneas que siguen?

"Para mí, es de una evidencia que rompe los ojos la necesidad de propender á la disminución de los impuestos que pesan sobre la producción, la propiedad y el trabajo, y dificultan y entorpecen la vida, en vez de tender á aumentarlos. Nuestros Ministros de Hacienda no hallan comúnmente más recurso para restablecer el equilibrio en los presupuestos, que multiplicar indefinidamente aquellas cargas, como si pudieran crecer día á día los desembolsos sin que paralelamente sean mayores las ganancias.

"El primero de los resultados que se palpan por efecto de los excesivos impuestos aduaneros es el contrabando, que, con las dádivas de los gobiernos, constituye la base de más de una fortuna. El mal que apunto es menester combatirlo valiéndonos de medios directos é indirectos. Directamente, apelando al recurso de una más severa fiscalización en la renta; indirectamente, fijándose una mayor asignación á los empleados, y con especialidad á aquellos que, obligados á recorrer extensas zonas, faltos de control é interviniendo en operaciones de importancia, hallan recompensados sus servicios con sueldos mezquinos, insuficientes de todo punto para atender á las más apremiantes necesidades de la vida.

"La consecuencia del aumento inconsiderado de los impuestos ha sido el encarecimiento de la vida y el advenimiento de un estado de cosas cada vez más incompatible con el bienestar. Verdaderos estadistas habrían advertido ya que un régimen que acarrea con-

secuencias tales es malo, es pésimo, y que recursos cuyo resultado inevitable es alejar la inmigración, que busca anhelante, por natural tendencia, la fortuna y la dicha, deben dejarse de lado, por fatales al progreso y opuestos al rápido crecimiento de la población, que debe perseguirse con incesante afán, como una de las primeras y más urgentes necesidades nacionales.

"Y todos esos impuestos se multiplican con frecuencia, con perjuicio evidente para el país, con el fin de costear las sumas que demandan los empleos públicos, no pocos de ellos innecesarios, aumentando los gastos improductivos y fomentando el militarismo, ó, más bien dicho, el pretorianismo, como si todo ello fuera necesario y no implicara un derroche y un retroceso."

Escuchad aún:

"Nuestra enseñanza pública, patriótico es confesarlo, se resiente en la parte educativa. En nuestros establecimientos, por regla general y sin que ello implique desconocer en absoluto los inmensos progresos en la materia realizados — se descuida esa faz principalísima, como basta á demostrarlo por sí sólo el hecho grave de que el discípulo que sale de la clase no halla frecuentemente luego más regla moral que el miedo de los castigos. Sustituyamos este temor con el respeto, y hagamos crear vínculos poderosos, duraderos, eternos, entre el niño que sale de la escuela y el hombre que le sobrevive.

"No recuerdo que autor ha dicho que el cerebro de las masas europeas consiste en una especie de estratificación; que él contiene infinidad de capas superpuestas, las cuales impiden la aparición de las tendencias primitivas del hombre en todos los órdenes y de las ulteriores que van quedando atrás en el pro-

ceso evolutivo. Así, nadie discute en las naciones de Europa acerca del parricidio, ni del incendio, ni del robo, ni del asesinato. ¿Por qué? Porque esas manifestaciones no coexisten ni pueden coexirtir bajo una sociedad regularmente organizada, ni son compatibles sino con un estado de atraso y de barbarie. Fueron quedando atrás, en las capas más inferiores, asilo obligado de los sentimientos primitivos. Hay en el hombre enteramente civilizado y moral *cosa juzgada*, como se diría en términos jurídicos, respecto de la calificación que esos actos merecen y del juicio á que se hacen acreedores los que los realizan. Entre nosotros, aun entre algunos elementos superiores de la sociedad, se oye hablar como de cosa buena del asesinato político. Falta que una moralidad más perfecta, y una más completa educación, releguen á las capas inferiores del cerebro ideas semejantes y que los ciudadanos no discrepen en la apreciación de hechos cuya realización constituye una inmoralidad ó un crimen.

"La fundación de muchas escuelas, y la ayuda y cooperación decidida de las familias, apresurarán la marcha de las cosas y harán que no retarde el advenimiento de los beneficios positivos de la educación popular, en que algunos no confían ni creen, en virtud del relativamente pequeño resultado que se ha obtenido en la práctica después de la reforma implantada por el inmortal José Pedro Varela, sin echar de ver que factores de progreso social como el de la educación son indirectos, y requieren para que sean visibles á los ojos de todo el mundo los progresos que aparejan, la acción del tiempo, que es indispensable en las cosas humanas, y especialmente en las obras colectivas; tanto más indispensable, cuanto más sólidos y duraderos han de ser los resultados. Este mismo

pensamiento expresa Spencer cuando dice que todo efecto permanente tiene que ser producido con lentitud.

"No hay que desesperar de la educación, ni tampoco forjarse la ilusión de que va á remediar en un día los males arraigados en la sociedad durante muchísimos años. El verdadero patriotismo aconseja ver las cosas como son, como la realidad las ofrece, como los hechos las presentan, sin enervantes escepticismos ni optimismos falaces."

Y agrega Carlos Martínez Vigil:

"Parece que ignoramos que la educación popular es el fundamento más sólido sobre el cual pueden reposar las libertades públicas, y que cimentar la primera y más efectiva de las fraternidades sociales es proporcionar educación al pueblo. La generalidad de nuestros estadistas parecen no entender de estas cosas. Van á los Ministerios, á las Cámaras, á la Presidencia de la República, con completa indiferencia y despreocupación por estos problemas, que serán más adelante, como lo son ahora, de resolución ardua y difícil; pero que nos darán, una vez estudiados y resueltos, con la clave de nuestro porvenir, la explicación del secreto de nuestros grandes males.

"La política que inspire á nuestros hombres de Estado, tiene que ser esencialmente educativa.

"La principal gloria de Rivadavia consistió en haber colocado la moral en la región del poder como base de su fuerza y permanencia, y en comprender que la educación del pueblo es el elemento primordial de la felicidad y engrandecimiento de las naciones. Y lo que hizo Rivadavia en la Argentina, hizo, en gran parte, Balmaceda en Chile.

"La obra es ardua y tiene que ser lenta. No es tarea fácil conjurar los males cuando entre ellos vivimos,

advertir nuestros errores y corregir nuestros defectos; porque, como lo dice un proverbio japonés destinado á hacer ver las dificultades de percibir las faltas propias, el pie del faro está obscuro."

Sigo copiando:

"En Norte América se les dice á los niños que su lugar está en la primera fila, y se les ponen ante sus ojos los ejemplos que suministran tantos hombres ilustres como deben en aquella nación su gloria y su fortuna á su propio esfuerzo, á fin de que los observen, mediten acerca de ellos y concluyan por imitarlos, en la firme persuasión de que tienen el derecho y el deber de hacerlo; se les dice que si no edifican castillos en el aire, no tendrán jamás castillos en la tierra; que el puesto de la juventud está en la cima; que los hombres que estiman su libertad y su independencia no encuentran en los puestos públicos su felicidad; que los mejores monumentos no son los que perpetúan la gloria de lo pasado, sino los que se levantan en glorificación de lo porvenir; que los hijos deben ser más sabios y más felices que sus padres; que es preciso que el niño realice su educación; que los frutos de la lectura no dan la muerte sino la vida; que lo que hace la fuerza de un pueblo es el espíritu, es la voluntad de sus hijos; que todo ciudadano debe empezar por respetarse á sí mismo; que el amor á la patria y el acatamiento á la ley son los deberes primordiales y esenciales del patriotismo; que el fin de las instituciones políticas es la libertad; que quienes han dado carácter y grandeza al pueblo yanqui no son los guerreros sino los obreros; que hay que tener los músculos en buen estado y el valor y la decisión de ser grandes."

Carlos Martínez Vigil no se engaña. La hora es solemne y el tiempo vuela. Esas agitaciones, que cru-

zan el mar de la multitud, presagian la llegada de un mundo nuevo. Se cumple otra vez el verso de Virgilio:

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.

Preparemos el porvenir. El porvenir debe ser claridad meridiana. Todos los hombres del futuro deben ser libres y todos deben saber pensar. El beneficio de la instrucción es bueno que ya llegue hasta los núcleos menos poblados de nuestra campiña. Donde haya quince niños debe haber un maestro. Que fulgure, sobre todas las cunas, un abecedario. — El abecedario es un sembrador. Una letra aprendida es una cadena rota. Que el niño aprenda á respetar el árbol y el nido, á querer al perro y al buey. Cuanto más sepa, si á la acción de instruir se une la de educar, será más digno, porque conocerá mejor lo que le impone el culto de sí propio. El culto de sí propio forma el carácter y la probidad. Una rectitud ilustrada es una honradez valiente y un valor tolerante. No lo olvidéis y fundad escuelas; pero antes de fundar escuelas haced maestros. El maestro es el sacerdote de hoy, como la escuela es el templo de ahora. El maestro debe ser un pastor de almas, un misionero en las tierras incultas de lo que aprende á deletrear. No es maestro, aunque tenga título y cátedra, el que no cultiva el cerebro y el corazón. Enseñar á leer es mucho; pero enseñar á vivir lo mejor de lo leído es muchísimo más. Sembrad el campo, en que el gaucho se siente morir, de escuelas que hagan del gaucho un rival del colono europeo. Haced con los niños, que nacen á la sombra del ombú con calandrias, lo que han hecho los Estados Unidos con la niñez de Cuba y de Puerto Rico.

Copiamos aún y por última vez:

"La religión budhista enseña que todas las acciones

humanas tienen su premio ó su castigo en esta vida. Es el mismo pensamiento positivista, puesto en obra por la raza anglo-sajona, según el cual el hombre es quien forma su destino con los procederes de su conducta y con los actos de su propia existencia.

"Á la costumbre nacional de esperarlo todo de los gobiernos es menester que suceda la fecunda iniciativa individual; nuestro temperamento y nuestra idiosincrasia tienen que ser reformados por la acción lenta y reivindicadora de la escuela primaria, y el espíritu de la reforma tendrá que inspirarse en la necesidad de dar nervio y vida al carácter nacional, de infundir confianza en la propia acción y de estimular el personal esfuerzo, á fin de desarraigar el hábito que lo hace esperar todo de los que mandan ó de los favores de la providencia, de los clamores de la oración ó de las caricias de la suerte y atribuir á las rogativas y á los rezos la benéfica lluvia, el aumento de trabajo y de ganancia y el premio mayor de la lotería.

"Convenzamos á nuestros conciudadanos de que ellos son árbitros de su destino y dueños de su porvenir; de que en sus manos está lo mismo la felicidad privada que ansían, que el hacer rica y feliz á la patria, y de que para ello no hay más recurso verdaderamente eficaz que la educación, función augusta si jamás la hubo, destinada á producir sus efectos desde la humilde choza del labrador hasta el hogar del más alto magistrado."

Carlos Martínez Vigil plantea otras cuestiones en su libro de propaganda ennoblecedora, resolviéndolas con una claridad que nos parece digna de encomio y de respeto. Es que la preocupación constante de nuestro bien y de su propia estima le agranda los ojos, permitiéndole almacenar en ellos mucha luz del fu-

turo. Es que el periodista y el escritor no tiene por ideal el medro suyo, sino la cultura y la dicha de su nacionalidad joven, vigorosa, inexperta y á la que se siente vinculado por lazos de amor puro. Es que desdeña los triunfos fáciles; la ascensión encorvada y sin esfuerzo; la victoria que denigra y no enaltece, porque es el fruto de la medianía sin dignidad y no tiene otra ambición que la de asegurarse la parte que le toca del gozo de vivir. Es que sabe que, como ha dicho Roosevelt, el carácter es la más necesaria de las virtudes de los pueblos y de los individuos; pero no el carácter sin actos ni ideas, sino el carácter culto y activo, tanto en el ejercicio del bien hermoso, como en el tesón para rechazar lo que considera servil y degradado.

Dos cosas, pues, caracterizan á Carlos Martínez Vigil: como escritor, el lenguaje castizo, y como hombre, la entereza proba. Las dos me placen. La médula, en nuestro mecanismo óseo, está rodeado de un líquido claro como el agua de roca. El pensamiento, en la literatura, debe estar rodeado de un lenguaje transparente como el agua de manantial. Unid á esto, y comprenderéis lo justo de mis alabanzas, que la pluma y la vida de Carlos Martínez Vigil tienen por objeto fundamental y transcendentalísimo la prédica y la práctica de la Etnología.

¡El carácter! ¡Qué difícil y precioso es tenerlo! Leed á Smiles. Leed lo que Laboulaye nos dice de Wáshington.

CAPÍTULO XI

De otras orientaciones del espíritu

SUMARIO:

I. — La prosa de Zorrilla. — Sus muchos bordados. — Su claridad. — Citas de *Resonancias del camino.* — Espiritualidad y grandeza de su estilo. — Su prosa es ritmo y metáfora. — No le place lo práctico. — Nuevas citas. — El arte, la fe y la patria. — Trozos del discurso á Lavalleja. — Dos párrafos del discurso á Juan Carlos Gómez. — No es un antinómico ni un luchador. — Es siempre un artista. — Lo que enseña. — Inmortal en vida. — Justas causas de esa glorificación. — De la prosa. — En que se distingue del verso. — Cualidades de la prosa. — El estilo epistolar. — Cartas familiares. — *La Epopeya de Artigas.* — Resumen.

II. — De la retórica aristotélica. — Objeto y asuntos de las oraciones deliberativas. — La doctrina es la base de la elocuencia parlamentaria. — De la acción oral. — De la elocución. — La tesis y las pruebas. — Del exordio. — De la defensa y el ataque. — Un libro de Aulard. — Mirabeau. — Maury y Barnave. — Los oradores de 1888. — Sus nombres. — Párrafos de Bauzá. — Párrafos de Herrera. — Un paréntesis. — Costumbres legislativas.

III. — Las cátedras de latín. — Su supresión. — Lo que dijeron Herrero y Espinosa, Izcua Barbat, Bauzá y Luís Melián Lafinur. — Evaristo Ciganda. — Cómo se preparó para la elocuencia. — Su aspecto físico. — Su voz y su ademán. — Algo acerca de sus discursos. — Como político. — De la abstención. — Fin de este volumen.

I

Hablemos de la prosa de Juan Zorrilla de San Martín. El poeta del indio enfermo y la virgen cristiana; ese poeta de numen católico, pero también de numen

guaraní y charrúa, es un arquitecto de los más excepcionales. No es un geómetra riguroso; no es un enamorado de la proporción y de la medida, como el arte griego. Á Zorrilla le place el arte gótico, el arte medioeval, con sus bordados, su fauna, su flora, sus ángeles minúsculos, sus decoraciones monstruosas y apocalípticas, que van subiendo y van afinándose como para espiritualizar la pesadez grisácea de la materia. Ornar, ornar siempre, obedeciendo á las concepciones más caprichosas; pero de modo que, como en el arte ojival, las puntillas de piedra, los lirios de piedra, los dragones de piedra, los santos de piedra, tan sólo sirvan para que resalten y para que triunfen las leyes soberanas de la ponderación. Por eso, á pesar de lo complicado de su galanura, es indecible la claridad, la bella claridad de la prosa de Zorrilla de San Martín.

Demostremos. Transcribamos. Copio. Dice Zorrilla:

"¿Qué sé yo de dónde y cómo vienen, ó de dónde y cómo salen una idea, una inspiración, una forma artística, producto de mi mente? Ni lo sé ni me importa saberlo, con tal que ellas salgan, y salgan mías, con sangre de mis venas, calientes con su circulación. Brotaron acaso de otras mil ideas absorbidas quién sabe dónde, y por lo tanto olvidadas, como la miel se forma de mil flores ya marchitas ó podridas; fueron hijas de sensaciones fundidas con lecturas; de dolores diluídos en crepúsculos; de sonidos inarticulados mezclados á otros articulados: palabras, ritmos del alma, ritmos de las cosas, *lacrimœ rerum*. Todos esos primeros elementos desaparecieron en el laboratorio del espíritu; se combinaron en equivalentes misteriosos, y dieron ser á una nueva substancia luminosa: la nueva idea, la forma nueva. Todo hombre es nuevo si no es hombre reflejo, simple refracción." — "Si no

se escribe, bien ó mal, en el momento en que se debe escribir; cuando se siente que algo, más ó menos confuso, se mueve dentro de uno mismo; si no se escribe entonces, á título de que se escribirá después con mejor disposición y mayor reposo, adiós idea, adiós poema, adiós impresión. Estos hijos de la sombra son tenues y frágiles al nacer; no son de luz; parecen sólo vibraciones de la sombra misma: dejar de vibrar es para ellos desvanecerse, volver á la nada. ¡Cuántos poemas han pasado así por mi mente! ¡Cuánto libro de historia viva, de arte, de tantas cosas!" — "Es preciso mucho genio, es decir, mucha energía en la sensación y en el afecto, y, sobre todo, en la aplicación de la voluntad á ellos, para producir la forma artística espontánea; pero si algo puede remedar á aquél en ese sentido, sólo puede ser la rapidez en dar forma á un movimiento del alma antes de que la confusión la invada. Por la mayor ó menor premura con que esa confusión se apodera del espíritu humano podría acaso juzgarse del grado de inspiración del hombre. El genio es la ausencia de esa confusión: él se ve siempre á sí mismo con precisión, se oye con claridad. Por eso la soberana belleza es la suprema sencillez: la frase bíblica, Homero, Fidias, la línea arquitectónica ó el desnudo griegos."

Demostremos mejor. Transcribamos más. Copiemos aún. Dice Zorrilla:

"Se incurre, evidentemente, en un error cuando hoy, al hablar de objetivismo ó realismo artístico, se supone que el gran artista objetivo ve bien el objeto exterior y lo reproduce. No, no es eso precisamente: es que el gran artista ha visto bien el reflejo del objeto en su alma, *se ha visto bien á sí mismo*, y nos ha presentado, con fidelidad y en noble forma,

la conjunción de la naturaleza con su espíritu. Esto es arte." — "La gimnasia directa del cerebro, la esgrima del corazón, no han sido descubiertas, ni lo serán jamás por la ciencia." — "Cuando se piensa, vibra la masa cerebral, como cuando Sarasate ejecuta una de sus celestes melodías vibran las cuerdas de su violín; pero vibrar las cuerdas de ese violín colgado en la pared no es brotar la dulce melodía del artista, como estremecerse el cerebro recién muerto del genio, no es nacer la madre idea." — "¡Cuidado, que no afirmo que haya fidelidad absoluta en la comparación! La unión de Sarasate con su violín no es la *unión substancial* del pensamiento y el cerebro; pero es indudable que, para obtener celestes melodías, no basta saber fabricar ó componer violines: es necesario tener Sarasates." — "En pintura, el color por sí sólo es el arte, como lo es el sonido en música. Un pintor español no es español por la escena ó el motivo que pinta, sino por el color vivo que derrama en el lienzo; una mancha, una impresión, vale á veces más que un cuadro, y, muy á menudo, el primer apunte de un artista es muy superior al gran cuadro que nace de él. Es que en la mancha de color está sólo el pintor y todo el pintor, el poeta del color expresivo; después vienen la indumentaria, la historia, las costumbres, las exigencias de taller, la misma poesía como arte universal; y la intensidad de la belleza color se va ofuscando. Luz más luz, suele ser obscuridad."

Vuelvo á leer, después de copiarle, el último párrafo. Pienso y me pregunto: ¿no sucederá lo mismo con el primer apunte de una oda, de un poema, de un drama, de una sinfonía? ¡Quién sabe!

La pluma de mi poeta, con ser tan clara, todo lo magnifica, poniendo en todo lo pío, lo reverente, lo monjil, lo espiritual, lo infinito, lo estático, lo sacra-

mente épico de su alma porfiadísima de devoto. Devoto ¿de qué? De Dios; pero es porque Dios, para Zorrilla, equivale á Hermosura. Es que Dios, para Zorrilla, quiere decir Arte. Así, del mismo modo que la flecha con que rematan las torres góticas se pierde en las nubes, los personajes de nuestro cantor en las nubes se esconden á los soplos de las músicas rémiges de su musa, y dejan de ser hombres, para ser figuras de retablo antiguo ó de estatua ecuestre, Colón y Zavala, Lavalleja y Artigas, Mitre y el opisbal Mariano Soler. Es un orador de justo renombre y altísimos quilates. La prosa es, en sus manos, como cera blandísima; pero esa cera, por daltonismos de su fantasía de seráfico caprichoso, se deshace en columnas magnificentes, donde esculpen sus dedos, con amor cálido y amor profundo, los diablescos monstruos y la flora maravillante que puso en sus iglesias el arte gótico. Todo es epopeya para ese cantor de lo que ha pasado para no volver: Colón en el convento, Mitre en el ataúd, Lavalleja esperando la caballada en el suelo arenoso del sauzal bendito, Artigas en sus notas á los cabildantes y monseñor Soler peregrinando hacia Palestina. Aquella prosa casi nunca es prosa. Aquella prosa es casi siempre ritmo y figura, acorde y metáfora, lo que le ha permitido legar á los pósteros las páginas esculturales y fascinadoras de su ya justamente glorificada *Epopeya de Artigas*.

En vano le hicieron ministro diplomático y en vano le han pedido que firme los billetes del Banco de la República. Lo práctico le estorba, lo práctico le pesa, lo práctico le araña como á los niños el almidón del cuello dominguero. Le dieron un sillón en la legislatura, y no oyó á los que hablaban de cosas financieras; pero transfiguró su sillón en púlpito, para predicar á los infieles del racionalismo las parabóli-

cas piedades del Evangelio. Era joven, activo, batallador y muy ilusionista, creyendo firmemente en la milagrosa virtud de la bandera de Constantino, el bridón de San Jorge y el sable de Santiago. Bueno es decir que jamás tuvo los sectarismos de algunos liberales que yo conozco. Era un civilizado, que no pensó en tragarse masones y heréticos, como esos liberales se tragan mentalmente, en todos sus almuerzos, dos curas y tres monjas. Era un civilizado; pero, sobre todo, era un poeta cuando escribía versos y era un poeta cuando hablaba en prosa. Tal vez por eso, por ser poeta y por ser un poeta apasionadísimo de lo que fué, pasa por París sin ver lo que de humano tiene París, y visita á Roma como si Roma aun fuera la ciudad batalladora de los Gregorios. Oid:

"León XIII, alto, pero algo agobiado y muy delgado, muy fino, se alzó del reclinatorio en que oraba, vestido de su sotana blanca y su esclavina, preparándose á reproducir el Eterno Sacrificio. Se lavó las manos al pie del altar y, revestido de las rojas vestiduras de nuestro rito, comenzó la misa. Yo oía por primera vez su voz." — "Es clara, enérgica y solemne. Su invocación á la Santísima Trinidad, al alzar la mano hacia la frente para santiguarse, se difundió en medio del mayor silencio. Veinticinco ó treinta personas estábamos en el oratorio, y todas, como yo, esperaban seguramente ansiosas el sonido de su oración." — "Siempre he hallado una belleza incomparable, aun artísticamente apreciadas, en las fórmulas de la misa, *alma máter* de las bellezas inagotables de los libros sagrados." — "La solemnidad de sus primeras palabras, introducción como ninguna del gran poema eternamente vivo, siempre me eleva el espíritu y me conmueve." — *"Entraré en el altar de Dios"*, dice el sacerdote al pie del ara santa, con serenidad de

cielo sin nubes sobre el mar. "¡Entraré en el altar de Dios." — Y el pueblo contesta llamando á Dios *alegría de su juventud:* "Al Dios que alegra mi juventud." — "¡Cómo se definen los dos espectadores del gran sacrificio!" — "El sacerdote que lo anuncia, que avisa al pueblo que va á subir al altar; el pueblo que reconoce al Dios que espera, y lo reconoce como soberano autor de la alegría pura y santa, de la alegría juvenil!" — "Eso, que siempre es grande y hermoso, dicho por León XIII resonó en mis oídos como el toque á silencio de un ejército invisible. Sus primeras palabras sonaron como seres vivos: agitaban las alas." — "El Papa dice las oraciones lentamente y vocalizando con claridad; su voz tiene ciertas inflexiones, cierto ritmo característico: fatiga de vigorosa ancianidad, solemnidad de sumo sacerdote, dulce amargura, quejido de espíritu agobiado que se desahoga, expansiones enérgicas de consuelo y de esperanza. Parece que, cuando le va á faltar el aliento para terminar una frase, arroja una gran cantidad que tiene comprimido en el pecho, para renovarlo en una fuerte inspiración que le hace alzar la cabeza con movimiento casi convulsivo."

Seguid oyendo:

"Terminada la misa de acción de gracias, recibe el Papa, sentado en su sillón, á las pocas personas que han sido invitadas á su misa. Un cardenal anuncia á los que van llegando. — Afable, sencillo é ingenuo, me tomó la mano que conservó entre las suyas, mientras permanecí arrodillado á su lado. — Me hablaba en francés con acento expresivo. Sus ojos verdes azulados, miran con intensidad de joven; y, como se abren en una cara de una palidez mate, semejante á la de un mármol de excavación con finas grietas azules, parece que están solos, desprendidos, como un desentono en una mancha tímida de color, y que con-

centran en sí toda la luz de aquella vida. Porque el color de la tez no excluye en el varonil anciano la fuerza de concentración de los músculos; no es su cara una cara impasible y fría: es viva, movediza, enérgica. Los músculos de la sien tienen un movimiento especial hacia los ojos que, por esa contracción, brillan más en lo hondo. Si no fuera irrespetuosa la palabra, yo diría que me había parecido ver algo de picaresca jovialidad en los puntitos de luz que se movían en la transparencia de los ojos de León XIII. — Su nariz fuerte, saliente, no es aguileña; pero da rasgos de águila al conjunto de la cara, y descansa firme sobre una boca grande y expresiva, muy italiana, muy elástica, que parece seguir en sus movimientos directamente la intensa vivacidad de los ojos. — El paño blanco de su sotana cae en pliegues amplios y duros desde la rodilla, como sostenido interiormente por un punta, como si allí dentro no hubiera más que un armazón vacío; no se siente el músculo, no hay allí más cuerpo que el indispensable para sostener y mantener, como una antorcha, la luz de la cabeza. — La cadena de oro de la cruz pectoral que cuelga de sus hombros, parece demasiado pesada para éstos, al caer á lo largo del pecho. — Sus manos, de dedos largos, son también, como el rostro, pálidas y frías; cuando descansan sobre la sotana blanca, parecen las manos de un convalesciente. Al sentir su contacto prolongado en la mía, mientras sus penetrantes ojos azulados buscaban hacia abajo mi mirada con afable interés, yo experimentaba, francamente, un escalofrío que no se parecía á ningún otro. Ningún otro hombre puede producirlo."

"San Pedro es el Panteón de la gloria, es el baluarte de la Iglesia militante, y el esplendor en la tierra de la triunfante. — El Coliseo es la calavera de la Roma

antigua, dominadora del mundo por la fuerza y la sangre. En él concentró su gloria, su poder, todos sus triunfos, todos sus vicios y crueldades, cuando, ya sin misión en la tierra, porque la cruz se había alzado en el Calvario, no tenía más anhelo que el de la sangre y la matanza en la fiebre de su feroz agonía. — La antigüedad no había conocido un circo ó anfiteatro igual; los siglos posteriores no han tenido otro que pueda compararsele. — Llenaban cien mil personas, ávidas de muerte, su hemiciclo. Allí estaban los sacerdotes y las vírgenes romanas pidiendo sangre; allí los nobles y los plebeyos. Los esclavos no eran hombres; las mujeres no eran personas; los gladiadores eran músculos y sangre organizados para divertir muriendo. — El emperador Tito lo inauguró con cien días de fiesta. Mataron entonces en la arena cinco mil fieras y diez mil hombres cautivos: quince mil piezas capaces de dolor, es decir, de placer para el pueblo. — Millares de seres humanos lanzaban gritos de rabia cuando un hombre, que había recibido un buen golpe, no sabía corresponder á él muriendo con elegancia y rapidez, sin larga agonía que descompusiera su actitud de muerto. — El deleite del dolor ajeno era el nuevo y supremo placer de aquel pueblo. — Se iban contando las heridas recibidas por el gladiador, y, al verlo caer, se exigía su muerte rápida, que no quedase en él el más mínimo aliento de vida al ser arrastrado al *Spoliarium*. — Otras veces el pueblo gozaba viendo huir por la arena, aterrorizados, á los infelices indefensos, ó viéndolos correr alrededor del circo buscando en la lisa pared un sitio, que no encontrarían, donde trepar ó esconderse, hasta que las fieras los destrozaban. Entonces aplaudía alborozado el pueblo - rey vencedor. — Y tras eso aparece el mártir cristiano en la arena. No huye, no se queja, no

mata; sonríe y muere invocando á Jesucristo y compadeciendo al César. — La luz del cielo alumbra el anfiteatro, y envuelve en una sola claridad al mártir y á la fiera: pero deja en la sombra á la multitud que vocea."

¿Estáis cansados? — No. — Entonces continúo mis citas.

"Romeo y Julieta no son la lucha de familias rivales: son el amor irrealizable en la tierra. Shakespeare quiso infundirlo en su poema; y si, como fueron las rivalidades de dos familias veronesas, hubiera sido cualquier otra circunstancia la que se interpusiera entre los dos amantes, el mismo espíritu esencial hubiera tenido el poema, el mismo amor lo anunciaría, la misma alondra anunciaría la aurora en el jardín de Julieta, y la misma luna alumbraría la escala flotante en su balcón. — Accidental es también el desenlace, como sucede muy á menudo en los dramas del genio que mata á *Hamlet* con un estoque envenenado, y cumple fielmente en *Macbeth* el vaticinio de las brujas. — La muerte de Romeo en la tumba de Julieta no es la de Werther: éste sí es el funesto poema del suicidio, del crimen que nace en el pensamiento y en la primera falta y, no reprimido entonces, toma cuerpo y termina en la muerte. — Gœthe, en Werther, desarrolla una tesis falsa y funesta: desconoce la imputabilidad *virtual* de las acciones humanas; rompe el hilo moral que ata los efectos á las causas. — Shakespeare, en Julieta, da vida á un lirio, le hace exhalar su perfume, y lo troncha porque llega la noche, porque fué formado sólo para vivir mientras la naturaleza sonríe. — ¿Cómo, pues, no visitar la patria de Julieta? ¿Cómo no preguntar, aun teniendo la seguridad de ser engañado, dónde estaría aquel jardín que cruzó Romeo como una sombra, mientras la blanca

figura de su esposa se dibujaba en el balcón y su voz lloraba? — ¿Quién no ha visto alguna vez iluminada su alma por la luz que alumbraba el jardín de Julieta? — ¿Quién no ha sentido en ella el canto de la alondra y las vagas claridades de la aurora, que se reproducen de vez en cuando en nuestra vida como fragmentos de músicas lejanas, traídas por el viento? ¿Quién deja de tener veinte años eternamente en algún rincón del corazón? ¿No son éstos los que me han hecho detener en Verona sólo á buscar la casa de Julieta? — El frente de la de los Capuletos se conserva aquí con todo su carácter. — Sobre la puerta, en una plancha de mármol, se lee la siguiente inscripción: — *Queste furono le case dei Capuletti d'onde uscì la Giulietta per cui tanto piansero i cuori gentili e i poeti cantarono.* — ¿Verdad que es un pequeño poema? — Pasando por el ancho pórtico, y bajo el antiguo escudo de los Capuletos que cierra el arco, se llega al gran patio. ¡Hay en él una cuadra de caballos y de mulos, con su olor á estiercol y todo su séquito de porquerías! — Oh, no, digo violentamente al hombre que nos sirve de guía. ¿Y el jardín? ¿Dónde está el jardín? ¿No había un jardín detrás de esta casa? — Oh sí, seguramente; mostraré á usted el sitio en que estaba; pero ahora la mitad es el mercado, y la otra mitad el teatro filarmónico."

No os quejaréis por sobra de erudición ni por exceso de estética trascendental; pero ¿están tan bien dichas y suenan tan bien estas cosas que parecen sueños!

Oid una nota tomada por Zorrilla en Toledo:

"La arquitectura, si es un arte, es á mi sentir, el arte soberano; es la epopeya de las artes plásticas. En ella desaparece por completo la personalidad *hombre,* y aparece *lo maravilloso.* Una fuerza invisible y miste-

riosa es la que va modificando paulatinamente, al través de los siglos, las líneas arquitectónicas; las va agrupando en torno de núcleos desconocidos, y formando así los estilos que aparecen definitivos cuando menos se piensa, sin autor personal, elaborados sólo por el tiempo, brotados como flores de la primavera de un invierno de siglos. — Por eso casi he puesto en duda que la arquitectura fuese realmente un arte: porque el arte supone un artista personal, tiene siempre algo de subjetivo; y los grandes tipos arquitectónicos son obra de la humanidad en marcha al través del tiempo, vestigios de su paso. No son visiones del genio, estremecimientos inesperados del cerebro, voces repentinas de la obscuridad, como la inspiración literaria ó musical, sino obra lenta y paulatina, como las grandes conquistas de la ciencia. Una línea arquitectónica no es el trazo de un genio, es el trazo de la trayectoria de un astro."

Oid otra nota tomada por Zorrilla en Lourdes:

"La razón humana es el pequeño movimiento de inspiración; la fe es el espíritu de Dios que, como el oxígeno del aire en nuestra circulación, penetra en nuestra alma en torrentes de luz y vida, nos trae mensajes misteriosos, evidencias que se abren como flores que revientan al sol, claridades australes que surgen del horizonte. — No hay proporción posible entre la fe y el esfuerzo por creer puramente humano. — Si quieres saber por qué se cree, comienza por creer, y lo verás. — Si no tienes fe, pídesela á la Verdad y la obtendrás; pero no pretendas crear tú mismo la Verdad en tu alma como un efecto de las operaciones de tu mente. — Dios es la Verdad, y no puede ser un efecto, porque es la causa de las causas. — Pedir la fe á Dios, á la Verdad increada; pedirla con humildad y confianza y sin descanso, es el concurso que el hom-

bre puede aportar al acto de creer. Pretender tener la fe, es decir, pretender tener á Dios en el alma, por el simple raciocinio, sería suponer que Dios es una creación del hombre."

En mis transcripciones trato de que conozcáis no sólo la forma, sino también el espíritu de Zorrilla. Si sólo conociéseis su forma, su numen seguiría siendo un secreto para vosotros. Hago lo que la abeja; me paro en cada planta del jardín. Admiro el color, el perfume, el dibujo; pero, en verdad de verdades, es el néctar lo que especialmente me preocupa. Y digamos ya que ese gran cantor de la fe y del arte, es igualmente un gran cantor de la patria y la bandera. Oidle decir en la ciudad de Minas, junto á la estatua ecuestre del heroico capitán de los Treinta y Tres:

"Lavalleja está por fin en los estribos, señores; ahora sí, saludemos la aurora de la Agraciada. Lavalleja está por fin á caballo; ahora sí, por fin, tenemos patria. El héroe no se apeará de él en tres años. Ese caballo es el mismo, señores, que acaba de ser sofrenado entre nosotros por la mano pujante del hijo y del sucesor de Artigas. Ha llegado hasta aquí, conduciendo orgulloso su preciosa carga de gloria, después de haber recorrido por todas partes las colinas de la patria, sembrando por todas ellas las victorias; él sintió las espuelas de su jinete en los primeros choques que despejaron el campo á la legión heroica para introducirla en la patria, que abría los ojos resplandecientes en que llameaba la aurora; él oyó el relincho del caballo de Rivera, cuando el que debía ser el héroe del Rincón y de las Misiones, vino á unir sus armas y su corazón al corazón y á las armas del jefe de los Treinta y Tres; él condujo á Lavalleja, bajo una lluvia torrencial, á deponer su espada ante la majestad de la ley, sin cambiarse sus ropas empa-

padas, y cubierto del barro del camino, en la memorable asamblea de la Florida; él oyó, relinchando de júbilo, el clarín de Sarandí; él salvó nuestras fronteras, y penetró con su jinete al corazón del territorio enemigo, para escuchar allí alborozado las dianas de Ituzaingó; y él nos lo ha conducido, señores, hasta aquí, vencedor no sólo del espacio sino también del tiempo, vencedor de los desdenes, de las ingratitudes, de los envenenamientos de la historia, para que ese jinete de hierro estremezca nuestro corazón al desenvainar la espada de Sarandí, y al hacer rodar sobre nuestras cabezas, como un trueno musical, ese grito rechinante que brota de sus labios modelados por el fuego: *¡Carabina á la espalda y sable en mano!* — Y ahí, quedará, señores, y quedará para siempre envuelto en el nimbo de la perdurable apoteosis; arraigado en las entrañas de nuestra tierra, cuya vida circulará por las arterias de ese bronce sagrado y melodioso; erguido en los estribos, y alta, muy alta la frente, para que todos veamos en ella el sitio en que fué tocada por el dedo del viejo Artigas: la unción de la patria, la predestinación luminosa de la gloria. — Artigas se alzará en Montevideo con los ojos clavados en el Cerro, dominador de nuestro Atlántico; Rivera debe levantarse allá, en la frontera, mirando siempre hacia el Norte, hacia el linde verdadero de la patria, á que él se aferró muchas veces, y que sólo abandonó rugiendo; Lavalleja quedará aquí, en el centro, junto á su cuna. Dejémoslo aquí, señores, dejémoslo aquí. — Y los fulgores de esas tres espadas se cruzarán al través de nuestro sagrado territorio, como los fuegos de inexpugnables baterías combinadas; como las luces de faros - estrellas que alumbrarán nuestra ruta, si alguna vez cae la noche sobre el alma de los orientales; como los vértices del cuadro que debe

formar nuestro Uruguay, el día en que el alma de la patria vuelva á tocar á llamada en el viejo clarín de Sarandí."

Ved, por último, como recibe los restos mortales de Juan Carlos Gómez en los muelles de nuestra Montevideo:

"Las patrias, señores, se forman, más aún que del conjunto de sus hijos vivos, del de sus grandes hijos muertos; y es indudable que la nuestra, cuando ha sentido ó siente esa necesidad imperiosa que experimentan todos los pueblos de mostrar su abolengo y sus riquezas de gloria heredada, ha pronunciado y pronuncia, al lado de otros nombres luminosos, el nombre de Juan Carlos Gómez.

"Bien lo recordamos los hombres de mi generación: el día en que él murió en su voluntario ostracismo, se hizo un largo silencio en nuestra tierra; hubo sensación de pánico y de vacío en muchas almas; pareció que, en aquel día, había menos luz en el cielo de la patria.

"Y sin embargo, hacía ya mucho tiempo que Juan Carlos Gómez vivía lejos de éste su país natal; vivía pobre.... tan pobre, que, según lo dijo Sarmiento al arrojar tierra argentina en su sepulcro, el pan era para él tan caro en sus últimos años, en medio á la prosperidad de Buenos Aires, como en 1846 en el destierro de Chile; tan pobre, que, según él mismo lo afirmaba, sólo conocía el valor de una onza de oro por el trabajo que le costaba el ganarla. Vivía olvidado como hombre político: nadie contaba con él; su voz vigorosa de tribuno se había extinguido á lo lejos en una queja melancólica; se dijera que, de tiempo atrás, se sentía con sueño de morir; que su sangre se marchitaba en el árbol de su vida; que su corazón estaba muerto ya por algunas partes....

"Pero vino la muerte, señores, la última, y quizás la única grande amiga de los grandes; vino la muerte, y, al dar su golpe en el corazón del luchador cansado, del prócer olvidado, produjo un extraño restallido, como si su maza hubiera dado sobre un escudo, como si su aliento gélido, al penetrar en las arterias exangües del prócer mudo, hubiera hecho sonar un largo toque de atención en un clarín invisible y sacro.

"Se despertaron entonces los hombres y las memorias; se encendieron en el aire las estrofas casi olvidadas del bardo; se oyeron resonar sus antiguos gritos de combate; se animaron las frases melodiosas llenas de gérmenes que había sembrado por el viento; y, como si el fondo negro de la muerte nos revelara lo que estaba en primer término y que mirábamos sin ver, vimos surgir y proyectarse sobre esa obscuridad sideral, una noble y pálida figura que nos miraba desde lo infinito de sus grandes ojos azules, inmóviles, llenos de pensamientos y de recuerdos. Todos reconocieron entonces en esa forma melancólica, envuelta en una clámide blanca y coronada de mirto, una de esas creaciones graníticas, perfecta y definitivamente modeladas por la historia, y hechas expresamente para ocupar el escabel y el doselete de piedra que les está reservado en los marmóreos intercolumnios del templo cívico."

Hallo en el mismo discurso sobre Juan Carlos Gómez:

"Un escritor argentino nos ha dado un símbolo conmovedor de esas caídas de los seres alados desde las cumbres luminosas. En las costumbres de los gauchos montañeses, dice, existe lo que ellos llaman *remontar el cóndor*. Al cóndor prisionero le vacían los ojos con una punta de hierro ardiente, y luego lo sueltan. Con majestuosos aletazos, el cóndor ciego se levanta en

una línea recta, perpendicular al suelo, y vuela, vuela hasta perderse de vista, siempre derecho, como temiendo chocar con invisibles montañas, siempre derecho, buscando la luz.... Y cuando llega á alturas irrespirables, no pudiendo vencer las tinieblas que lo rodean, pliega las alas, baja la cabeza, y se desploma.... Va á caer sobre el punto de partida.

"Así ha caído, señores, Juan Carlos Gómez, en nuestros brazos, en brazos de todos sus conciudadanos, desde la altura de su ideal. Y es precisamente una gran parte de ese ideal generoso de paz, de fraternidad, de luz celeste, el que hoy realiza el pueblo oriental, al recibir unido, y en forma de apoteosis, ese puñado de polvo sacro. Hemos glorificado hasta ahora, como hemos debido hacerlo, á nuestros guerreros heroicos: hoy abrimos el panteón, para dar entrada en él al héroe del pensamiento; hemos puesto otras veces sobre la urna cineraria de nuestros grandes, la bandera nacional que soportaba el peso de la espada circundada de laureles calcinados por el rayo; hoy, señores, colocamos también sobre ese féretro la bandera, pero sólo para recibir lo que no pesa, porque tiene alas; una pluma, una toga, una lira, una rama de mirto fresca todavía, resonante todavía de los armoniosos acordes del bosque sagrado de que fué arrancada. Es la segunda grada en la escala ascendente del culto de los héroes."

Ya conocéis á Zorrilla de San Martín. Así es en sus discursos, y así es en sus recuerdos de colegial, y así es en sus estancias alemanescas, y así es en el relato de sus viajes, y así es, sin pretenderlo y sin advertirlo, en los libros que escribe sobre nuestra historia. Mucha luz, pero poca hondura. No fué nunca profundo. Es un epidérmico. ¿Acaso se necesita más, cuando se lleva en el alma una chispa de las esencias

platónicas, para ser poeta y ser orador? Zorrilla no rastrea jamás las raíces lejanas y las contingencias posibles de las cosas. Como su espíritu es un canto, una armonía, una curva de fulguroso iris, no congenia con lo complejo, lo antinómico, lo que suena á lucha, lo que tamborilea á golpes de maza. Una negación es un sufrimiento, un contraste es una batalla, y no hay batalla sin víctimas, como no hay incendio sin residuos carbonizados. El poeta debe huir de las negaciones y de los contrastes, porque la lira se ha hecho para enternecer, unir y consolar. Zorrilla, en cambio, sueña y sueña mucho, lo que no es poco. Es siempre un artista, lo que me parece divino y envidiable. Pasa por la vida hipnotizado por la orquesta que canta en su espíritu, zorzal que se columpia repicando en un fragante ramo de las acacias del bosque de lo azul. Su prosa pintoresca, lumínica, redondeada, grácil, fosforescente, derrocha filigranas, siembra primores, tiene agujas y ojivas como los santuarios del medioevo. Su prosa es una sembradora de suntuosidad y de exquisitez, parece las casullas de damasco y oro de una fiesta pascual, é imita á los órganos que se desangran, por todas sus trompetas, pregonando las dianas de las alegrías de la Resurrección. ¿No os parece bastante? ¿Decís que poco enseña? ¿Aseguráis que no vigoriza? Sois unos ingratos. Reconocedlo. Os enseña á hablar el idioma de la hermosura. Os hace fuertes en el culto del país. Os retempla el alma en la fe del pago. Os da el sentimiento, el gozo, la visión de la belleza intangible é inmaculada. Os pinta los montes de la patria, poniendo en sus copas un verdor veronés. Saca á vuestros héroes de su sepulcro, los perfuma con el sándalo de la gloria, y los hace vagar por vuestras orillas, dando á las aguas de vuestros ríos los tonos que una ondina colocó en la paleta de Larra-

vide y dando á los verdores de vuestra flora los tintes hallados en vuestros sauzales por el juvenil pincel de Pallejá. Evoca á lo pasado con un laúd más dulce que el laúd del cantor que reveló á Sigfrido el encantamiento que aprisionaba, entre resplandores, á la virgen y rubia belleza de Crimilda.

Es un inmortal, antes de que le acuesten en cinco pies de tierra, lo mismo que Rodó. Y es un inmortal por derecho legítimo, por ley de conquista resplandecedora. Es un inmortal que ha asistido á su propia consagración en vida, como asistió á su entierro, vivo y aun verde, Carlos de Gante. Es que ese hombre encarna toda una época, y es que ese bardo llena con su gloria el tiempo á cuyos monstruos adormeció su lira. Es que ese narrador hace de su prosa un arpa; de sus cuadros, visiones; de sus héroes, marmóreas esculturas; de su filosofía, antorcha en que se quema el óleo de la fe; de los cármenes nuestros, un altar en que ríen los capullos del jazmín eucarístico del amor acendrado. ¡Es que ese prosador es la leyenda, la nacional leyenda, la leyenda nativa, la que pasa triunfante por el hoy y triunfante se hunde en el futuro incierto, para alumbrar las horas del futuro con la luz que destellan las llagas que empurpuran el pecho musculoso de los sableadores de nuestra Iliada!

Ese hombre es una gloria de todos los partidos, de todo el país. Yo le hubiera enviado á las fiestas de Cádiz. Él, allí, hubiera hecho resurgir, agrandándolas, las figuras de Argüelles y de Jovellanos. Él, allí, hubiera hecho resonar el nombre de Deán Funes y el nombre preclarísimo de Moreno. Él, allí, hubiera hecho recordar el brío de Lisperguer, del quiteño Mejía y el peruano Feliú, á quien llamaban los congresales el Mirabeau de América. Él, allí, nos hubiera honrado y se hubiera honrado, si es posible

que pueda aspirar á más honras, con su decir que tiene todos los arabescos y todas las unciones del arte gótico. Él, allí, hubiera dicho que un Zufriategui representó en las cortes inolvidables al Cabildo de la ciudad de Montevideo, haciendo restallar, con las hermosuras del decir castellano, las listas azules y las listas blancas de la bandera en donde esparce sus refucilos empurpurados el sol del Uruguay. Por eso, por criollo, por charrúa, por nativo, porque es de aquí, porque escribe del pago admirablemente y habla del terruño con majestad, quiero y admiro á la prosa de nuestro Zorrilla.

La etimología de la palabra *prosa*, — vocablo que quiere decir helénicamente expresión derecha, — debe buscarse en un término del latín antiguo, en el término *prorsus*, más que en el hebraico y eufónico término de *póras*. La prosa, que es la expresión correcta y ordenada del pensamiento, está libre de todo cálculo de sonsonete y libre también de todo cálculo de medida silábica. Así la prosa se distingue de la poesía por la no ligazón de pies y por la ausencia de las consonancias, perfectas ó imperfectas, á que obedece el hablar en verso; pero la prosa tiene, también, sus propiedades características, que son, aunque no se manifiesten ó se utilicen á un mismo tiempo, la claridad, la precisión, la fuerza, la elegancia, el donaire, la pompa, el brillo, la armonía y el movimiento. No es más difícil, aunque nos lo parezca, escribir en verso que escribir en prosa, pues, por lo mismo que la prosa admite menos libertades, más nos obliga á cuidar, con fina solicitud, de sus galas, de su casticidad, de su soltura, de su graficismo, de su fortaleza, de su concreción y de sus propósitos. Se dice que para ser poeta se requiere que el mecanismo del oído interior se halle encordado á modo de lira, y á mí se me antoja que

para ser prosador de mérito se necesita que el mecanismo del oído interior se halle enflautado á manera de órgano. No citaré, para probarlo, los nombres de Fernando de Rojas y Mateo Alemán, ni me valdré, para convenceros, de los nombres de Pérez de Hita y Miguel de Cervantes; pero sí haré uso y reminiscencia del nombre, para mí bien querido, de fray Luis de Granada, el dominicano cuyos sermones recuerdo aún y el místico que me hizo llorar, en horas de colegio barcelonés, con la lectura de lo suave y lo dulce y lo tierno y lo musical y lo pictóricamente imaginativo de sus sacras arengas. Si no habéis leído sus meditaciones, haceos el servicio de leer la octava, la novena y la décima. Ellas os probarán todo lo que tiene de armónico y de patético la prosa castellana. No citaré tampoco, aunque mucho reforzarían mi aseveración, las judaicas magnificencias de Donoso Cortés, ni me valdré tampoco, para salir triunfante, de los períodos rutiladores de Emilio Castelar; pero sí haré argumento de lo que dije sobre la prosa homérica y los patrios discursos de Juan Zorrilla de San Martín.

No muy rico, poco profundo, casi aniñado, me pareció éste en el libro de notas de sus viajes. Tampoco me plugó, ni más me aficionó, en las páginas de su *Huerto Cerrado*. No desconozco que en sus *Resonancias del camino* son de leerse los apuntes que dedica á Toledo, ni desconozco que en su *Huerto Cerrado* cinceló con primores la figura sacerdotal de Mariano Soler. Á pesar de eso quedóse aletargada mi admiración y quedóse sin orientes mi sed de aplaudir hasta que tropezaron mis ojos de miope con las conferencias y los discursos que editó Barreiro, creciendo mi estima cuando á luz salieron los ditirámbicos y sonorosos y varoniles y muy poéticos capítulos de su in-

mortal *Epopeya de Artigas*. Estos dos bellísimos y últimos volúmenes en prosa, — nuestro trovador ya no quiere rimar estancias, — afirmaron y robustecieron mi seguridad de que los prosadores y los tribunos, dignos de loa, también tienen su musa, musa que teclea á capricho é inspiradamente sobre un órgano afinado é inmenso de cien mil trompetas. No es labor de desecho, y así lo reconozco, ninguna de las labores de nuestro Zorrilla; pero no lo encontré tan profundo y elocuente como yo esperaba en las narraciones de lo que vió en Europa y al ensalzar las cristianas virtudes del pastor sapientísimo de Montevideo. El primer libro, sobre todo, me desorientó. No podía, en verdad de verdades, satisfacerme. Faltaba médula de león, faltaban claridades de porvenir, faltaban yambos combatidores, faltaba sociológica sabiduría, faltaba hasta la pomposidad de los decires á que es tan dado nuestro primer épico y nuestro primer lírico, en aquellas notas, en aquellas cartas al correr de la pluma sobre París y Roma. No, no era aquello lo que aguardábamos, porque hasta el creyente y el demócrata nos sabían á poco, hasta el creyente y el demócrata carecían de visiones apocalípticas y de proféticas vislumbranzas al pasar por la Roma de los Gregorios y al pasar por el París de Luisa Michel; por aquella Roma de los césares á lo Tiberio y de los pontífices á lo Médicis; por aquel París donde aún sufre la apasionada juventud de Musset y donde aún truena la labia relampagueadora de Mirabeau. Esperábamos más, sino sobre París, al menos sobre Roma, sobre la Roma de los leones rugientes de Nerón y sobre la Roma de los filosóficos estoicismos de Marco Aurelio; sobre la Roma artística de León X y sobre la Roma ascética de Sixto V; sobre aquella Roma en que las odas horacianas aun deben cantar cimbrando los claveles de la

plaza de España, y en que todo el pretérito de la liturgia parece dormir, como la princesa del castillo encantado, cuando el sol de la tarde se deshilacha en lloros convulsivos de luz zafirina sobre las cúpulas que rematan la mole arquitectónica de San Pedro.

Y no podía servirle de disculpa al poeta el epistolar carácter de su libro. Por el contrario, pues por lo mismo que se trataba de confidencias y de expansiones en que era dadc verter sin recelo el alma, el creyente y el demócrata tenían ocasión para tronar en contra de la impiedad y de la injusticia, abriendo sus alas por el éter fantasmagórico de lo porvenir. Harto, por otra parte, se echaba de ver que aquello no eran cartas de familia, que aquello fué escrito para ser publicado, pues el estilo, aun el estilo más puro y brillador, es en las cartas familiares menos retórico, más impaciente y no tan cuidadoso del orden. Ó la labor de lima dejó muy poco del texto inicial, ó es fuerza reconocer que no es epistolar, — epistolar de carácter íntimo, — lo que copio á continuación:

"No se exija, pues, al poeta que hable como los hombres; no se espere de él la reproducción de lo que ven y sienten y piensan los demás. Él viene precisamente á decirnos lo que aun no se ha oído; él, con un verbo nuevo, hace un desgarrón en el velo sagrado que cubre el misterio; con un adjetivo melodioso y extraño agujerea la bóveda negra que nos oculta la luz, y deja allí una nueva estrella que nos revela la existencia de otros sistemas siderales." — "La idea que todos tenemos de Virgilio se ha ido formando paulatinamente en nuestro espíritu como una estrella. Comienza en una nebulosa blanca, tenue como una nube: en los versos idílicos latinos que aprendimos de niños, sin entenderlos, y que traducíamos, palabra por palabra, poniendo números en ellos para orde-

nar la oración. Recuerdo mis libros viejos; ¿qué se habrán hecho? Permanece así ese nombre mucho tiempo en nuestra alma, sin avivar su luz, hasta que nuestro ambiente literario va adquiriendo oxígeno: la nebulosa de la niñez comienza á condensarse, á brillar, á convertirse en astro. La crítica elevada nos descubre el horizonte, y vemos entonces brillar en él, allá en un extremo, solitaria y pálida, la estrella de Virgilio, como una mirada amiga." — "Las campanas de la ciudad suenan á lo lejos por el occidente; y, de lo alto de los muros negros que me rodean, salen volando en todas direcciones bandadas de cuervos que pueblan el aire con sus chirridos; unos salen gritando, no sé de dónde, y forman en el viento una asamblea estrepitosa que, al parecer, protesta ó riñe; otros vuelven en silencio, y se meten en sus mechinales como si se retiraran despechados de la reunión aérea; otros se posan en el borde dentellado del muro exterior formando largas hileras de puntos negros, ó se distribuyen aquí y allá en los escalones más altos de la gradería, en las puntas de los pedazos de escombro. No cesan de chirriar. Las campanas, á lo lejos, suenan, de vez en cuando, como voces tristes. La luna está en lo alto del cielo, rodeada de una aureola; pero la luz que alumbra el circo, no es luz de luna. Aunque sólo es la debilísima del crepúsculo, aun predomina sobre la del astro. Yo espero la noche, que es el día de las ruinas; espero el silencio que hace perceptible su lenguaje débil; quiero oirlas hablar á ellas solas. Los cuervos se dormirán." — "En cambio, todas esas líneas curvas, esos arcos, esas naves, esas bóvedas que se apoyan mutuamente, esas arcadas poderosas, aun esas columnas griegas empotradas en muros, todo eso no es griego. Grecia apoyaba el nítido dintel en la columna esbelta y firme: las ideas de

elegancia y las de ornato se identificaban con las de solidez y resistencia en la noción pura de belleza que era el alma de su arte jamás superado. Después, en Roma, la columna deja de ser esencialmente soporte, para ser sólo ornamento; la resistencia queda confiada al arco, á la bóveda, hijas de Etruria aunque de sangre asiática. Sí: todo eso es Etruria, Italia primitiva que se impone á Roma bárbara, su señora, y se viste después con la clámide griega. Etruscos fueron los primeros arquitectos y los primeros escultores y hasta los primeros dioses de Roma. No creo en la existencia del cuarto orden arquitectónico, que, con el nombre de toscano, se ha atribuído á Etruria. El toscano es un dórico corrompido; pero el arco y la bóveda, que son sin duda etruscos, constituyen la médula, los huesos y los nervios de los colosales organismos greco-romanos, cuyo tipo admiramos en ese coliseo. En él se ve á Roma tomar la arcada y la bóveda, refundir los órdenes griegos para vestirlos y ornamentarlos, dar bases á la columna dórica, modificar las volutas, combinar el estilo jónico con el corintio para formar el compuesto, y amontonar todo eso con inaudita pujanza en los anfiteatros que construye para sus tigres, en los arcos triunfales que eleva para sus césares, ó en los panteones bajo cuyas cúpulas abriga sus dioses. Roma no concibe, pero hace esclava á la tierra y engendra en ella. Su misión era esa: formar, de todo el mundo antiguo, un inmenso bloque que quedará abandonado en el desierto. Una simiente, que caerá del cielo, arraigará en sus grietas y, al brotar el árbol, hará saltar en pedazos el bloque abandonado, y el mundo resucitará de entre las ruinas." — "Nápoles y Montevideo tienen mucha luz; pero son dos luces diferentes. La de Montevideo es casi blanca, muy fresca; la de Nápoles es amarilla y cálida. Montevi-

deo es todo blancura; surge del mar en primer término, como si fuera una piedra cincelada. Por la mañana, brota de la claridad de la aurora fresca, impregnado del agua salada, como si el alba fuera la irradiación de la blanca ciudad. El cerro que termina su pequeño golfo, despierta conjuntamente con la ciudad, y el agua color de esmeralda refleja la luz desde el primer rayo. Por la noche todo se duerme al mismo tiempo: se ennegrece el agua porque se apaga el cielo; y las estrellas y las luces de la ciudad comienzan juntas á brillar y caer sobre el mar tranquilo en chorros de luz trémula, hundidas en su esmalte negro. Montevideo es el tipo de la sencillez, de la ingenuidad en la belleza natural: se traza con una línea, se anima con un tono. Los sentidos descansan allí y los pulmones respiran con libertad, como si se viera el origen sano de todos y cada uno de los átomos de aire que llegan á ellos. Nápoles es mucho más extenso, más complejo. Su luz es brillante, de raza meridional; pero parece antigua, algo cansada. Si pudiera concebirse una luz nebulosa yo la encontraría aquí, como encontraría una frescura caliente en las aguas azules de este hermosísimo golfo, si esas frescuras existieran. Nápoles parece tendida muellemente desde hace tiempo á orillas del golfo. Montevideo está de pie, acaba de posarse allí donde está."

Si el lector, como supongo, es hombre de buen gusto, no me reprochará el manjar que le ofrezco. ¡Qué pulidez, qué flexibilidad, qué claridades, qué variaciones, qué armónica dulzura, qué gracia en el estilo! ¡Zorrilla ha leído lo que escribiste en la celda de tu ermitaje, oh suave y extraña y tierna y melancólica musa de Becquer! ¿No es verdad, oh musa mora y germánica, que el estilo familiar, por lo común donairoso y conciso, no es sino la franca y sin-

cera efusión de los sentimientos que comunicamos á una persona ausente, debiéndose esas cartas distinguir, sin faltar á las reglas del decoro, por lo ingenuas y lo naturales y lo sencillas, estando en pugna con su llaneza, todos estos tropos, todas estas calológicas disquisiciones y todos estos afeites literarios, que tanto abundan y que tan bien nos saben en *Resonancias del camino?* Yo así lo aprendí, oh musa gitana y nórtica, en un pequeño libro de don Félix Sánchez y Casado. Paréceme también que he leído en Blair que el primer requisito de las cartas es que su estilo sea natural y sencillo, siendo el segundo que su estilo no sea muy esmerado, sino limpio y correcto. Creo que Blair agrega que "ninguno de estos requisitos excluyen la viveza y el ingenio, siempre que no parezcan estudio, que se usen á tiempo y que no se prodiguen." Y, ahora que me acuerdo, creo haberlo visto prácticamente en ciertas epístolas — y eso que no eran del todo familiares, — de cierto romano que se llamó Cicerón, de cierto inglés que se llamó Pope, de cierto gentílico que se llamó Voiture y de cierta francesa que se llamó madame de Sevigné. Está claro, pues, que para familiares les sobra todo y para transcendentales algo les falta á las fecundas, elegantes, sentidas y muy armoniosas disquisiciones de Juan Zorrilla de San Martín.

No haré, en cambio, ninguna índole de reclamos por lo que toca á la *Epopeya de Artigas*. Antójaseme que la obligación del historiador no es sólo, como dice Hugo Blair, "recordar la verdad de los hechos para la mejor instrucción de los hombres". Antójaseme que cuanto más alto, más vivo y más elocuente sea el lenguaje del historiador, más resaltarán los personajes y el medio en que actuó su influencia, siempre que el adorno y la elegancia, la brillantez y el arte se

hermanen bien con la dignidad y la exactitud que requiere la historia. Si el historiador debe conservarse fiel á la verdad de los hechos, porque no hay nada más odioso que mentir á sabiendas por lucro ó fanatismo, el historiador puede y debe, al referir ó comentar los hechos, servirse de todos los dones que le dió la natura y que el estudio robusteció, porque sólo debe hablarse á los pósteros con un lenguaje digno de la inmortalidad. El asunto de la *Epopeya de Artigas* — que por limitarse á cierta época y circunscribirse á ciertos acontecimientos americanos, permite al escritor conservar fácilmente la unidad histórica, — es de aquellos asuntos que condicen con lo pictórico y que no están reñidos con lo elocuente, porque el orden y la claridad ganan y no se amenguan con la vida y el interés que el autor supo darles á los caracteres y los sucesos. En la *Epopeya de Artigas,* — cuyo título acepto como un hermoso hallazgo, — el autor no sólo pretende instruir, sino que también quiso exaltar nuestra simpatía por el blandengue heroico, gozándose en los detalles más distintivos y vigorosos de aquella personalidad mesénica y de aquellos lustros huracanados. Blair podrá decir lo que quiera sobre lo prolijo que en pormenores es Maquiavelo, como podrá decir lo que quiera sobre lo prolijo que en pormenores es Guicciardini, así como también podrá decir lo que quiera sobre la galanura y pomposidad de Bentivoglio, porque el detalle es preciso y es necesaria la galanura, en la historia particular, para que el lienzo resulte amplio y adquiera tonos de universal ejemplo, siendo historias particulares lo que Maquiavelo escribe de Florencia, Bentivoglio de Flandes y Guicciardini de la Toscana. Y que no me engaño en estas apreciaciones dícelo bien claro el renombre adquirido por la crónica que de los denuedos catalanes

y aragoneses escribió Moncada, crónica que se cita, más que por su enseñanza y su exactitud, por el brillo de sus pinturas, por el alcance de sus sentencias, por el movimiento de sus descripciones y por la sonora rotundidad de sus pulidas cláusulas. Es indudable que Zorrilla ha hecho mal callando las fuentes de que tomó sus datos; pero es indudable que Zorrilla hizo bien poniendo las brilladoras armas de su estilo, todas sus armas con reflejos de sol y timbres de cristal, al servicio del héroe y de la montonera que adoraba en las listas de su estandarte, porque así lo que viene verá á lo que fué como á visión augusta y hablará de lo que pasó con voces de himno. Zorrilla, á mi ver, estaba en lo cierto al escribir en el prólogo de su libro: — "¡La Belleza! ¡La divina Harmonía! Yo la he llamado en mi auxilio, y ojalá que no en vano, al escribir estas lecciones. Hube de buscarla, inconscientemente primero, al sólo predisponer mi espíritu al estudio, por aquello de que quien vió una vez á Helena no puede vivir sin ella; pero he recurrido también y muy especialmente, al amparo de la potente diosa, para no defraudar la esperanza de los que han creído que yo podría transmitir, á otros corazones, la pasión de la Patria, reflejada en el mío, con respecto al héroe cuyo monumento vamos á erigir."

¡La pasión de la Patria! — Esto lo dice todo. Zorrilla no sólo se propuso historiar. Zorrilla se propuso, principalmente, mantener vivo un culto apasionado. Como ese culto era no sólo culto de verdad, sino que era también culto de hermosura, fué preciso que la hermosura contribuyese á la obra de perpetuación. Y digo que era culto de hermosura, porque el amor de la patria, como todos los amores, cree con ardentía en la belleza física ó espiritual del objeto amado,

que en esta ocasión á los sacrificios por la libertad, á los holocaustos por el derecho, á los martirologios por el porvenir, reune las seducciones que nacen del territorio nuestro, del territorio virgen que se extiende en cuchillas esmeraldadas y praderíos engramillados, cuchillas y praderíos á cuyos pies ó en cuyos confines los montes balancean sus floridas copas ó los arroyos cantan su canción de cristal. Nuestra historia, como Zorrilla dice, ya estaba escrita antes de aparecer su relato epopéyico; pero faltábanos una historia de nuestra historia que condensase, inmortizándola con su estilo retórico y elocuente, — "la tradición nacional, el conjunto de imágenes amadas, y de emociones sentidas, y de nombres pronunciados, y de líneas y colores y expresiones preferidos, cuya comunidad constituye, más aún que el territorio, y hasta más que la raza y la lengua, la entidad moral que el hombre llama Patria." — Y Zorrilla agrega: — "Respetuoso de mí mismo; depositario de una misión que me ha parecido casi sagrada, he procurado dar lo que he juzgado que de mí se esperaba: hacer desaparecer mi propio yo, hasta donde puede ser compatible con la sinceridad, á fin de que la Patria toda entera piense y sienta en mí, se escuche á sí misma, se reconozca en mis palabras, y las halle dignas de vincular su pasado con su presente, y de animar el bronce que legaremos á los futuros hombres." — Expuesta así, la empresa era audaz; pero como á la victoria le place que la violen, como la fortuna se enamora de los osados, la fortuna y la victoria han bendecido la labor de Zorrilla. Éste ascendió á la cumbre. Se bañó en el sol de la última cima. Descifró lo que dicen las pamperadas al romperse en las copas de los yaribáes y al cimbrarse en las ramazones de los ombúes viejos. El alma de la tradición se hizo carne en la prosa del más poeta de

nuestros poetas, y desde entonces la patria tiene el himno que los pósteros rezarán en su altar, enflorecido y embalsamado por japoneses capullos de guayacán montés y por rojos capullos de ceiba charrúa. Y no se extrañe si, al hablar de la prosa del poeta nuestro, hablo de himno armonioso. La prosa también obedece á la ley del número. Dice Paul Bourget: — "El vulgo se imagina que la prosa es más flotante que los versos y que no se desenvuelve siguiendo un ritmo. No hay nada más falso que esta creencia. Una frase bien hecha da á cada palabra una colocación tal, que no podría translocarse una simple conjunción, sin que el efecto del conjunto disminuyese." — El himno nació grande, reverente, sincero, expansivo y canturreador. El caudillo vive su vida de leyenda en el himno; y en el himno viven su vida de leyenda las muchedumbres de chiripá; y en el himno brillan los trabucos toscos con luz de leyenda; y la leyenda mueve, en el himno, ponchos y lanzas; y de leyenda parecen, en el himno, los gramillares que la bravura tiñó de rojo, y las corrientes que el sacrificio tiñe de punzó, y las lomas en que el clarín llama á los amaneceres que tiñen de púrpura nuestro cielo, siendo de leyenda el bridón que relincha antes de morir, los moribundos que estrujan con sus labios á la tricolor, los chajáes que delatan el camino del pórtugo, los ranchos que se incendian con crepitaciones de cólera santa, y las mujeres, vestidas de harapos, que hacen hablar el verbo del martirio al puñal y á la tercerola. ¡Todo es de leyenda, siendo todo veraz como la historia, en el himno consagrado al blandengue por Juan Zorrilla de San Martín!

Zorrilla nos describe el teatro de la lucha. ¿Cómo extractar lo que dice del pago? Tomo, para muestra, unas líneas: — "Ese paisaje no imprime carácter al

territorio: la montaña no cierra ni recorta sus dilatados horizontes sin orillas; la vegetación arbórea natural es escasa. La región de los árboles gigantes americanos, como la de la montaña excelsa, está más arriba de la línea divisoria entre España y Portugal, en la región que se acerca al trópico, en la zona brasileña, en que crecen los palmares y los bananeros resonantes, y se produce el café y el algodón y el añil. En la tierra que observamos, la colina granítica, envuelta en su mantillo vegetal, produce el trigo y el maíz como en región alguna del mundo; las flores del peral y del manzano y del durazno, importados de Europa, anuncian sus primaveras de sol fresco y coloreado con vigor. La flora indígena es escasa: árboles y arbustos tortuosos y de frutos agrios en su mayor parte, que no cobran las proporciones de los tropicales. Ellos bastan, sin embargo, para formar, con los matorrales y las enredaderas salvajes, largos bosques impenetrables, sobre cuyos árboles pequeños emergen, de trecho en trecho algunos colosales, en que anidan águilas. Pero esos bosques crecen siempre á lo largo de los arroyos y ríos, y se extienden más ó menos en sus márgenes y en su confluencias, según es más ó menos rápido el declive de las colinas en cuya convergencia corre el agua entre árboles y marañas. Si hay allí una llanura, las aguas que permanecen forman el *bañado*, el extenso pantano cubierto de juncos y plantas acuáticas, en que anidan los patos innumerables, se levantan las bandas de garzas blancas como nubes del poniente, pasean las cigüeñas, nadan las nutrias, y lanzan los chajás sus gritos estridentes. Fuera de esos bajos en que se deposita el humus arrastrado por las lluvias al borde de las corrientes, no existen arbolados naturales; las colinas y los valles son el dominio exclusivo de la gramínea ras-

trera é invasora, salpicada de trecho en trecho por el cardal de flores azules, ó por el matorral de chircas verdes. Alguno que otro ombú solitario se levanta en la cumbre de las lomas: manchones de palmares, copiosos y agrupados los unos, ralos y dispersos los otros, dan su nota original en las costas atlánticas ó á orillas del Uruguay. Pero todo esto es accidente: el perpetuo ondular de la colina, de un vermellón verde característico, es lo que imprime su sello á la tierra; los horizontes se ensanchan y se renuevan, modificando la línea curva de las lomas elásticas que se reproducen sin cesar; aparecen y se levantan las nuevas en la convergencia de las que descienden en primer término, suben y bajan, ondulan en el espacio, como enormes turgencias de senos núbiles que respiran dormidos. Muchas de estas feraces colinas, las más extensas, son achatadas: una larga meseta ó llanura se ofrece á la vista, una vez escalada la pendiente; una llanura granítica exuberante de vida vegetal; un lago verde de brillante inmovilidad fecunda." —Y después:—"La fauna indígena no era más rica que la flora arbórea. Los seres cálidos que habitan innumerables las regiones tropicales; las fieras; los reptiles deformes; los habitantes de la misteriosa selva mediterránea, en que cuelgan los racimos enormes que destilan los azúcares hipnóticos, en que se enrosca el boa, y cantan los suntuosos pájaros extáticos sus himnos al sol, no hallan en esta región su ambiente propicio. Aquí la calandria y el zorzal cantan á la aurora; el águila traza en el aire su espiral silenciosa; el terotero lanza gritos de guerra ó de sorpresa; el venado, de pie sobre la loma, recorta su silueta delicada sobre los amplios horizontes de larguísimos crepúsculos anaranjados; el avestruz recorre las llanuras; el carpincho sale del río á pastar en la orilla; la perdiz

llena el viento de los temblores musicales de sus alas." —

Este es el escenario. La descripción no puede ser más gráfica, más elegante, más sentida y más sincera. En la parte interior, la roca endurecida por el fuego plutónico. El limo pampeano sobre la roca; sobre la roca, las capas que se deben á la acción de la lluvia y del agua que corre; sobre la roca, la tierra laborable, pegadiza y feraz. Más altos, bien altos, el cerro granítico con un ombú en la cúspide, ó las sierras crestadas envolviéndose en perfumes de claveles del aire, como novias que se atavían para recibir el ósculo primero del sol. La tierra es así tan pronto negruzca, como amarilla, como aladrillada, como de verdes de terciopelo. Los gramillares en los sitios hondos; en las pendientes, el trébol con pupilas; los invasores médanos en las costas atlánticas. Subiendo hacia la cumbre, el helecho en la grieta, la chirca de esmeralda, el tembetarí de aromosa flor y el espinillo añoso, fragante, de corta altura. El ópalo, el topacio, la amatista, el mercurio, el silex, el mármol policromo, la piedra de labrar, dentro de sus vetas, tentando la afanosa codicia del explorador y libres ya de los gnomos que los custodiaban, libres de los enanos de barba blanquísima y luenga que han muerto al morir los héroes y las deidades de la mitología nórtica.

El suelo parece una respiración. Mórbidas curvas, como un tórax que sube y que baja á impulsos del deseo. Altos y planicies en serie interminable. Todo ondulado, todo ondulado, todo ondulado. El trigo aquí, el pastizal más lejos, la cuchilla allá, para volver, subiendo y bajando, á la cuchilla, al pastizal y al trigo. En lo más hondo de los barrancales, la cicuta blanca, y en lo más agudo de las eminencias, nidos de halcón. Los cerros, cónicos. Una meseta róquea, y á

veces con humus, sobre cada cerro. En todas partes las manchas, rojas ó negras, del traje de la res, y desprendiéndose de todas estas cadenas de cuchillas, cantando su canción en todos los ramales de este ajedreo de alturas, los ríos azules en que nadan la ánguila y el surubí, el pacú y el dorado. Á lo largo de las costas oceánicas ó en las orillas de las corrientes de dulce caudal, las lagunas elipsoidales, con sus algas y con sus camalotes, en donde la cigüeña y la espátula, el flamenco y el cirujano duermen al sol ó alisan las plumas de su vestido. Como marco de los ríos y de los arroyos, la espesura virgen, los montes queridos, las frondas nativas, donde se mecen, á los balances de las pamperadas, el guayabo y el molle, el guayacán y el sombra de toro, el coronilla y el verde laurel, en cuyos ramajes brillan los siete colores del naranjero, redobla el cardenal de copete rojo, luce su cota de vermellón subido el pecho colorado, entona la calandria sus himnos á la luz y zumban bravamente las avispas guerreras del camoatí. Son brujos, de la flora, la calaguala y el cambará, la marcela y el apio cimarrón, por cuyos claros pasan, sin detenerse, la cruz y la coral, en tanto que en el aire, cuando el día se aleja, la torcaz y el churrinche, el arrullo y lo indómito, vuelan á todo vuelo dirigiéndose al monte. ¡Oh la patria! ¡El maíz rubio, el ceibo incendiado, la gramilla jugosa, el ñandubay fuerte, la res carnuda, la oveja mansísima, el río corredor, la ondulación constante y feraz, los hombres sin miedo y el hogar con virtud y el escudo sin mancha! ¡Oh la patria, la patria es la musa y el laúd de la inmortal *La Epopeya de Artigas* de Juan Zorrilla de San Martín!

Después de habernos descripto el territorio, Zorrilla trata de las ciudades, como núcleos de zona ó de región, ocupándose luego de la independencia conti-

nental, para decirnos que, hijos y productos de su propia tierra, Wáshington y Artigas "creyeron en la pubertad del pueblo americano".—Y Zorrilla, después de describirnos el escenario y analizar el medio, nos habla con transporte del héroe y sus propósitos. Homero se acurruca, para cantarle, en la tienda de Aquiles. El retrato del precursor es un retrato de cuerpo entero. Corrección, firmeza, colorido, elegancia, sentimiento, amplitud, fidelidad, arte, ¿qué más queréis? Es Rubens pintándonos el combate de Hércules y la hidra. ¿Recordáis la historia del Inmortal? Nacido en 1764 y educado bajo la férula de los monjes del convento de San Francisco, su padre le dedica al acarreo de ganados y al acopio de cueros, lo que le pone en pugna con el charrúa indómito y el fronterizo depredador, adobándole el músculo y el carácter para la vigilancia, el riesgo y la resistencia. El cuerpo de blandengues le revista en sus cuadros desde 1797, y pasa de teniente á capitán en menos de trece años, siempre despierto y sobre los estribos, siempre al sol y al aire, siempre en batalla con el malón indígena y el bandidaje torvo, lo que le da prestigio en las llanadas y renombre en las lomas. La invasión inglesa le ve luchar en las playas del Buceo, en el contrario choque del Cristo, en los godos baluartes de Montevideo, hasta que en 1811 ofrece sus servicios á la Junta de Buenos Aires. No es un locuaz; no sabe reir; por sus pupilas vaga un misterioso ensueño; el viento levantado por su capote huele á zarzal nativo; el són de sus espuelas se alarga y va á morir en unas muy distantes lejanías. Entra, meditabundo, en los entusiasmos de la revolución. Lleva, en la frente, una arruga, un pliegue, un signo profundo. Es la arruga trágica, la arruga fatal. La que pusieron, en sus creaciones,

Sófocles y Esquilo. Está en Prometeo. Prometeo la tuvo también. En la Calera de las Huérfanas repite y agranda el grito de Asencio, grito que se convierte en grito de júbilo y de gloria al triunfar los nativos en los lances del campo de las Piedras.

Hecha esta aclaración, oid ahora á Zorrilla:

— "No os describiré la batalla, mis amigos artistas con el tecnicismo militar; eso anda en los libros, y yo no escribo un libro. El terreno es allí ondulado; el que ya conocéis como característico del Uruguay; pequeñas colinas; los horizontes abiertos; el cielo azul. El arroyo de las Piedras, festoneado de bosques, aparece y desaparece en el fondo de las colinas como una cinta verde. Los orientales miramos ese campo, mis bravos artistas, como cosa de simplicidad homérica; cuando lo recorremos con infantil soberbia, creemos en nosotros mismos.

"Artigas triunfó en las Piedras; dió á la revolución su primera victoria en el Plata, muy superior, por sus proyecciones y trascendencia, á la brillantísima que hemos visto obtener por el ejército auxiliar hace pocos días en Suipacha, allá en el Alto Perú.

"En Suipacha se luchó media hora. Todo el día se combatió en Las Piedras; hasta la puesta del sol. Artigas reveló en esa función de guerra las condiciones de un gran capitán, como las reveló en el resto de sus campañas. Pero yo tengo empeño, mis bravos artistas, en no haceros ver en él al general. Hay muchos generales. Y Artigas es Artigas.

"No: no pongáis á nuestro héroe en la batalla como en su principal teatro de acción: no lo pongáis ni aún en el momento en que, muerto su caballo por un casco de granada, y siendo el blanco exclusivo de toda la infantería enemiga, avanza á pie, para mostrar á sus

soldados la inmunidad que comunica el valor, y señalando con su espada el sitio desde donde lo mira intensamente con sus ojos negros la victoria.

"Artigas no mandó muchas batallas: eso es un accidente de su persona. No era un lancero. Su gran valor era proverbial; pero todo hombre, por el hecho de serlo, tiene el deber de ser valiente. Artigas tenía un deber muy superior á ese: el de revelar á los hombres su mensaje.

"¿Queréis, sin embargo, verlo un instante en el campo de batalla, una vez por todas siquiera, aquí en Las Piedras? Miradlo en el momento en que, ya entrada la tarde, Posadas, el jefe enemigo, que ve á su alrededor 97 de sus soldados muertos y 61 heridos; que se encuentra envuelto por todas partes por los patriotas triunfantes, y se siente desmoralizado, hace levantar bandera de parlamento. Tan estrechado estaba, que es Artigas personalmente quien, envainando su espada, le intima á voces que se rinda á discreción, prometiéndole su vida y la de todos. Así lo hizo el bizarro jefe español. Pero Artigas no recogió personalmente la buena espada de aquel hombre de bien, leal á su patria y á su rey. Como tributo de hidalgo respeto, envió á un sacerdote, al capellán don Valentín Gómez, á recoger como objeto sacro aquella espada.

"Posadas se entregó á discreción, con 22 oficiales y 342 individuos de tropa. Del resto de su ejército, una parte quedaba postrada en el campo; la otra se dispersó. Las pérdidas de los patriotas fueron 11 muertos y 23 heridos. En poder de Artigas quedan 462 prisioneros, con sus jefes y oficiales, y cinco piezas de artillería, armas, municiones y bagajes.

"Para juzgar de esas cifras, mis queridos artistas, es necesario que las consideréis con relación al teatro de la acción. Son muy grandes. La batalla de San

Lorenzo, primera resonante victoria de San Martín, el gran capitán americano, se libró entre 200 ó 300 hombres por ambas partes. Y es un fasto glorioso de la revolución de América.

"Notemos un rasgo final de este combate, que consuela las congojas provocadas en el espíritu por la ejecución de Liniers y la de los vencidos de Süipacha: ni una gota de sangre manchó las manos del vencedor de Las Piedras. Artigas personalmente defendió á los fugitivos, é hizo de ello siempre un título de honor; lo consigna expresamente en el parte de la victoria. Después de la batalla, se verificó el canje de los prisioneros, el primero realizado en América, de acuerdo con las leyes de la humanidad, y de la guerra. La humanidad, mis queridos artistas, fué el rasgo característico de ese hombre de bien. Nadie lo superó en esa virtud; muy pocos lo alcanzaron. En esta acción de guerra, como en todas, sin una sola excepción, el héroe oriental pudo incluir su victoria entre sus buenas acciones." —

Después de Las Piedras, Artigas se apresura y acampa en el Cerrito. Es necesario aislar al crustáceo de bronce de Montevideo. Rondeau se une al blandengue y asume la dirección del sitio. Un armisticio liberta á la ciudad del vigoroso asedio de las llanuras. El viejo león respira al alejarse el yaguareté joven. Aquí comienzan los disentimientos de Artigas con la Junta. ¿Por qué abandonar la causa de los orientales, concediendo un respiro á la causa real? En tanto que nosotros no quebrantemos nuestros grilletes, caminarán con grillos los pies de América. Artigas refunfuña, y se retira con rumbo al Ayuí. Su pueblo le sigue. Con él se van todos los que tienen ensoñares de patria. El blandengue sabe que ésta será. ¿Cuándo? La fecha jubilosa es el secreto de lo porvenir. Sarratea

lo intriga. Alvear acrece la desunión. Rondeau, iniciado de nuevo el cerco de la ciudad por imprudencias de Vigodet, triunfa de los españoles en el Cerrito. El clarín de Roncesvalles toca á infortunio. Depuesto Sarratea, Artigas vuelve á figurar entre los sitiadores. Se le recibe con dianas y cañoneos. Es que con él retorna la esperanza del pago autónomo. Cinco mil nativos siguen al héroe. El sol ríe en sus lanzas y en sus tercerolas. El aire se embalsama con zumo de aromos antes de susurrar en los guiones de sus compañías. Estamos en 1813. Se reune el primer Congreso oriental. La Junta rechaza á sus diputados. Es que su dogma es el dogma confederativo. La Junta es centralista. Aquellos diputados van á proponerle la libertad religiosa y civil; la autonomía de cada región en lo que atañe á los asuntos propios; el fraccionamiento de la autoridad pública en tres poderes; el sable sometido á la ley inviolada. La Junta no gustó de las instrucciones. Creía en lo útil y civilizador del imperio de la ciudad. Tras algunos andares, Artigas se retira del sitio y Posadas pone á precio la cabeza de Artigas. Nadie la toma. Seis mil pesos es poco por aquella cabeza. Con seis mil pesos no se compra un país. Artigas le declara la guerra al Directorio. Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba aclaman al blandengue. Las crines abrojosas de su caballo, vistas á la negrura de aquellos tiempos, parecen cegadores hilos de sol. Alvear sustituye á Rondeau. Vigodet capitula. Montevideo se rinde. España se va. Dorrego derrota á Otorgués, y Rivera derrota á Dorrego. Pensad en Guayabos. Allí se siente la mano pesada de Lavalleja. Montevideo vuelve al dominio de Artigas. Otorgués la trata con brutalidad. Barreiro la administra con recta virtud. Y entramos en las negruras de la invasión. ¡Ya resuena, á lo lejos, el paso de las tropas de Araújo Correa!

Y bien, nos batiremos. Aún quedan trabucos y quedan dagas. Córdoba le ha regalado á Artigas un sable de honor. Aún ese sable tiene cortadores los filos y la punta sin mella. Los portugueses cuentan con Pueyrredón. Nosotros con Latorre. Curado y Silveira no saben lo que ocultan la vincha, el gacho, el tirador, el chiripá y el poncho del montón nativo. El lazo va muy lejos y apresa bien. Invadiremos. La ofensiva es el plan mejor y el más acertado. Mitre, más tarde, lo reconocerá. Pronto. Á la frontera. Al suelo del contrario. Corred á las Misiones. Vencimos en Santa Ana. Nos vencen en San Borja. Y ¿qué? ¡Andresillo, el charabón hercúleo, luchará bravamente hasta que lo sepulten en un calabozo de Río Janeiro! ¡Hasta que no lo maten, Sotelo luchará! ¡No desesperemos, porque, después de todo, el porvenir pertenece al astro de Artigas! ¡Sus principios se harán carne en las muchedumbres del continente y resplandecerán en la legislación del mundo colombiano, porque aquellos principios son de república y de democracia, porque aquellos principios son los principios de las instrucciones de 1813!

Oid ahora á Zorrilla:

—"¡Las instrucciones del año XIII! Ellas son, mis amigos artistas, el milagro de aquel momento histórico. Una conjuración de las cosas, más que de los hombres, las ha tenido ocultas hasta ayer no más, á pesar de la gran difusión que en su tiempo recibieron. Fueron halladas en los archivos de la Asunción, en copia refrendada por el mismo Artigas, hacia el año 1867; se publicaron por vez primera en 1878. Los historiadores, amigos ó enemigos de su autor, han escrito sin conocerlas. Advertid, sin embargo, la claridad que proyectan sobre la misteriosa figura de ese hombre singular, ó, más bien, la luz de pensamiento que as-

cienden en el núcleo de su sombra, que aparece así como una nube iluminada.

"Recordad que estamos á principios de 1813. Si tuviéramos tiempo de recordar las distintas regiones de América en ese momento, y darnos cuenta del estado de la revolución, ese estudio nos sería verdaderamente útil. El sol de Mayo se ponía en todas partes; el triunvirato de Buenos Aires, sin pensamiento ni propósito fijo, andaba á tientas, tropezando en las tinieblas, buscando ó esperando al hombre que no aparecía. En la Asamblea Constituyente brillaban resplandores inconsistentes y fugaces. Don Bernardo Monteagudo, por ejemplo, que allí aparece como el genio del nuevo espíritu y sucesor de Moreno, acabará renegando del principio republicano; esa Asamblea Constituyente no constituirá nada, porque no tiene fe firme; no declarará la independencia, ni mucho menos; está atada á la antigua metrópoli por el espíritu tradicional monárquico; no quemará las naves; las calafateará para el probable regreso al puerto de salida; hará reformas importantes, pero reformas en el organismo español. No hay que hacerle cargos por eso; era lo natural, lo humano. El genio autóctono no estaba allí; allí no había más que reflejos de espíritus remotos.

"Artigas, más vidente que sabio, dicta entonces sus instrucciones; traza en ellas, con la misma seguridad que Jéfferson y Wáshington, las cifras del evangelio republicano. No son ellas una opinión; son una evidencia, un grito imperioso, una intimación de luz que brilla en las tinieblas. Son su porvenir, armado de todas armas, que aparece en el presente, como una sombra iluminada que es preciso obedecer.

"Esas instrucciones son la primera y la última palabra del hombre de Mayo; en ellas está su visión:

la visión que veréis siempre á su lado, llevándolo de la mano." —

Después viene el Congreso de Tucumán. Fué en Mayo de 1816. El Congreso nos entrega á la Lusitania. Entre tanto Artigas funda la escuela que dirige el fraile José Benito Lamas, y hace que Larrañaga inaugure la biblioteca donde se amontonan los libros de don José Manuel Pérez Castellanos. Ya el territorio tiene su bandera y su escudo, un escudo de hierro y una bandera cruzada de este á oeste por una lista roja, lo que no impide que los pórtugos nos derroten en San Borja, en Ibiracohay y en Corumbé. Nuestro desastre sigue en el Higuerón, se agranda en India Muerta, y más tarde, un año después, en Enero de 1817, en los potreros verdosos del Arapey y en las orillas espinosas del Catalán, quedando convertidas en pavesas y en soledades nuestras Misiones. Montevideo se rinde. El Cabildo se enloda. Artigas se agiganta. Latorre ruge. Lecor se venga en las familias de los montoneros. La resistencia dura cuatro años. El de 1819 concluye con las dianas de Santa María. El de 1820 empieza con el contraste de la Quebrada de Belarmino y con los negros lutos de la hecatombe de Tacuarembó. Nuestro Artigas pasa á Entre Ríos. Choca con Ramírez. Le vence en las Guachas. Es vencido en la Bajada del Paraná. Se hallan de nuevo el jaguar y la onza una, dos, tres veces y al fin, el blandengue, se asila con su sueño luminosísimo y con sus trágicas desventuras en el Paraguay. ¡Sólo le queda Ansina! La patria está muy lejos, tras de las selvas vírgenes, tras de los ríos anchos, tras de las yerbas altas, donde se pudren las carnes de los héroes de Catalán y de Tacuarembó!

Este es el asunto. Este es el poema. Este es el drama. Zorrilla lo hace revivir con su prosa que es

cincel, y paleta, y teclado, y octava real. La epopeya está planeada maravillosamente. Cada lance en su puesto. Cada estatua sobre su pedestal. Á cada júbilo, su aleluya. Á cada gran dolor, su luctuosa elegía. Sobre cada muerto, una cruz. Sobre cada sacrificio, un trozo de bandera. Á cada cuadro, el tinte correspondiente. Á cada perspectiva, la altitud apropiada. ¡Y sobre todo esto, victorias y desastres, un arco de laurel y una curva de roble con refucilos anaranjados de sol charrúa, de nuestro ardiente y fecundante y prodigioso sol!

Me es imposible seguir al épico. No se condensan dos tomos, que forman alrededor de nuevecientas páginas, en algunas carillas. Carezco de espacio, no de placer ni de voluntad. Básteme decir que Artigas llena los dos gruesos volúmenes, que toda la sublime canción pindárica es para nuestro Artigas. Ante él desaparecen los hombres y los hechos, empequeñecidos y calcinados por su imagen y por su idea, porque Artigas es la carne y el alma de Mayo. La idea sobre todo, porque es todo idea, es todo evangelio, es todo génesis de lo que vendrá, es todo profecía deslumbradora, el blandengue de Zorrilla de San Martín. Pasó el montonero, se ha evaporado el acuchillador, el capitán apenas se deja ver en las estrofas de aquel gran himno en que se canta la gran visión del asilado del Paraguay. Esto es la originalidad y el mérito de la obra. Revelar al héroe bajo una faz nueva. Poner un pensamiento, un pensamiento de luz olímpica, centelleando en torno de la lanza del vencido estoico y hacer que ese pensamiento, ese pensamiento enorme, ese pensamiento por ninguno pensado en su edad, santifique todos sus actos, todas sus victorias, todas sus rebeldías, todos sus desastres, todas sus amarguras, todas las tenebreces de su destierro y todas las

flores que el patriotismo pondría en su sepulcro. Leed los capítulos que se llaman *Artigas, El pensamiento de Artigas, El carácter de Artigas, El corazón del héroe, El milagro heroico, El hermano de Wáshington* y *El rey Lear* si queréis comprender el propósito que ha guiado la pluma de Juan Zorrilla de San Martín.

En cuanto al estilo, tiene todas las claves, todas las notas, todos los tonos: sublime y sencillo, grandilocuente y parco, varonil y tierno, entusiasta y meditabundo, enajenante y aleccionador, porque el héroe no se merecía menor y porque no podía hacer otra cosa el poeta que ha escrito *La Leyenda Patria*. Otros habrán sido más historiadores. Ninguno ha pintado lo grande con mayor grandeza, ha hablado de la patria con mayor dulzura, ha llorado con más intensidad los sufrires del héroe, y ha entrevisto con más claridades el secreto providencial que se anidó en los pliegues de su bandera republicana. ¡Zorrilla es inmortal, porque es inmortal, y porque será el libro de lo porvenir, y porque pasará de generación en generación, mientras la patria sea, *La Epopeya de Artigas!*

II

Dijimos que Juan Zorrilla de San Martín fué legislador. Lo fué, en efecto, y de una muy notable legislatura.

Antes de ocuparnos de aquel conceptuoso cónclave, consiéntanos el lector que le recordemos lo que acerca de la dialéctica dice Aristóteles, completándose así lo que aprendimos en las obras de Cicerón.

Pertenece la oratoria parlamentaria á lo que el retórico estagirano llamó género deliberativo, siendo la exhortación y la disuasión los medios empleados en

este género de elocuencia. En las oraciones deliberativas, el orador trata de que resalten los beneficios que reportaría la sanción de lo que sostiene, empleando su ingenio en rebatir lo dicho por sus adversarios, lo que le permite utilizar de un modo accesorio todos los recursos de que los otros géneros orales se sirven, hablando de lo justo y lo injusto como el género judiciario, ó de la belleza y la fealdad moral como el género demostrativo.

El orador no debe hablar sino sobre aquello que conoce bien. Si se trata de finanzas, es justo que conozca no sólo la índole y la cantidad de las rentas nacionales, sino también los gastos superfluos y los gastos precisos de la administración, para que el equilibrio económico se mantenga y afirme, siendo útil al disertante estudiar, además de las prácticas de su propio país, las experiencias que se han efectuado en el extranjero. Si se trata de la paz y la guerra, es imprescindible que el orador no ignore á cuanto alcanza el ejército de la nación, los mejores medios para acrecerle, lo que se hizo en las guerras pasadas, y en qué condiciones se realizaron las luchas pretéritas, debiendo preocuparse, si quiere acertar, de los recursos bélicos con que cuentan los países limítrofes, á fin de mantenerse en concordia y en amistad con los más poderosos. Es claro que no debe desconocer los anales guerreros de las naciones semejantes á su nación, porque las mismas causas producen lógica y necesariamente los mismos efectos. Por lo que atañe á la subsistencia, al intercambio de los productos, á lo que se relaciona con la industria y con el comercio, el orador perderá sus cláusulas si desconoce lo que el suelo nativo da y lo que forzosamente tenemos que pedir á la importación, así como también en qué consisten y á cuánto ascienden las cosas que exportamos,

para no aceptar transacciones poco beneficiosas y para mantenerse en buena armonía con las naciones mercantiles que con la nuestra tratan. Debe, en fin, ser docto en cosas de legislación, porque "es en las leyes que reside la luz del país". Por esto es necesario que el orador aprenda cuántas y cuáles son las formas de gobierno, las ventajas é inconvenientes de cada forma, los gérmenes destructivos ó conservadores que cada forma encierra dentro de sí misma. Casi todos los gobiernos perecen por sobra de flacura ó de soberbia, y "la democracia se debilita no sólo por escasez de brío finalizando en el régimen oligárquico, sino también por exceso y abuso de tensión". Es útil, pues, para actuar de legislador, no sólo que se comprenda la forma de gobierno que conviene á la patria, por la consideración de los tiempos pasados, sino asimismo, la forma de gobierno que conviene á las patrias ajenas, á fin de conocer las leyes de que éstas se sirven y poderlas avalorar en los combates deliberativos. De todo esto trata Aristóteles en la reputada traducción de Emilio Ruelle.

Todo esto es infantil; pero todo esto demuestra que la doctrina es una necesidad imprescindible de la oratoria parlamentaria. El que no estudie y el que no sepa, nunca será orador deliberativo. Sin embargo, no basta poseer á fondo la materia de nuestro discurso. Es necesario hablar como se debe, con arreglo á cada situación y en armonía con todas las circunstancias. En primer lugar debe cuidarse, siguiendo el orden natural del discurso, de los hechos en sí; después, de la manera dispositiva de su enunciación; y, por último, de lo más importante, de lo más preciso, de lo que ejerce mayor influencia, de la acción oratoria. Esta acción reside en la voz, que será ya fuerte, ya débil, ya media, según deba ser para exprimir cada

estado de alma. Es necesario, pues, al ocuparnos de sus entonaciones, tener en cuenta lo que se relaciona con la grandeza, la armonía y el ritmo. Así el orador necesita, en resumen, de la hipocrítica, del arte del juego escénico, porque los discursos seducen á la barra más por la expresión que por el pensamiento. Fuera de esto, y aun por encima de esto, "el mérito principal de la elocución consiste en la claridad". La metáfora, que todos empleamos en la conversación; el engranaje de las sílabas, de las voces, de las cláusulas de modo que produzcan un sonido grato, y principalmente el uso de términos que sean de nuestro idioma, son virtudes y necesidades del orador. "Es necesario hablar en griego", dice Aristóteles.

La elocución será apropiada á la conveniencia, si ella traduce bien las pasiones y las costumbres, en justa correlación con el tema tratado. Existe la justa correlación á que nos referimos, cuando se habla artísticamente en las cuestiones de importancia transcendental, cuando no se habla con solemnidad en los asuntos de secundaria índole, y cuando no se objetivan las cosas ordinarias con floridos nombres. Una elocución apropiada hace verosímil lo que narramos ó sostenemos. Creemos, al oirle, que el orador nos dice la verdad, cuando se expresa como nosotros nos expresaríamos en un caso análogo al suyo. Por la misma razón aceptamos la pompa del decir en circunstancias poco comunes, porque el entusiasmo y la pasión tienen también su lenguaje natural y propio. La elocución tampoco debe hallarse desprovista de ritmo. En los discursos sin ritmo, las frases no concluyen, parecen detenerse, no sugestionan y no persuaden. Un discurso sin pausas finales, bien características, es fatigoso y poco aprenhensible. "Todas las cosas están determinadas por la ley del número, y el ritmo

es el número aplicado á la elocución", dice el filósofo de Estagira.

Si á cada género oral corresponde un diferente modo de decir, todos los discursos, sea cual fuere el género á que pertenezcan, están formados por dos partes principalísimas: la exposición de la tesis primero, y después la demostración de la tesis expuesta. En todo discurso, judicial ó deliberativo, existe la proposición y existe la prueba. "Los argumentos opuestos al adversario entran en aquello que llamamos prueba, porque la controversia es el desenvolvimiento de las razones que favorecen al orador, y, por consiguiente, forman parte de las pruebas demostrativas." La edad moderna piensa, en esto, como pensó Aristóteles. Agreguemos que, según Aristóteles, el exordio, la discusión contradictoria y la recapitulación forman parte del género deliberativo, género en que también aparecen en ocasiones la acusación y la defensa, aunque no con los mismos caracteres que en el género judicial. — "El exordio, con que empieza el discurso, es como el prólogo en poesía y como el preludio en el arte de la flauta." — El exordio, en los discursos deliberativos, puede referirse á la persona del orador, á los sentimientos de los oyentes, al asunto de que se va á tratar y á las condiciones del adversario. El primero y el último de estos exordios se destinan, por lo común, á mantener ó á destruir una acusación. El procedimiento no debe ser el mismo en ambos casos. Cuando se trata de destruir una acusación, es ineludible y es imperioso empezar demostrando lo inconsistente é injusto de los cargos que se nos imputan, á fin de ganarnos la simpatía y la voluntad de la asamblea y del país entero. En cambio, cuando se trata de lanzar ó de sostener un reproche de delito ó de no sapiencia, aunque la acusación se inicie en el exordio,

es útil dejar lo preciso de las imputaciones para incluirlas oportunamente en el cuerpo del discurso, á fin de grabarlas mejor y con más brío en la memoria ya inflamada del auditorio. Aristóteles dice después: — "Los argumentos que se dirigen á las personas de los oyentes están destinados á la conquista de su benevolencia ó tienen por fin excitar su atención. Otras veces tratan de que el auditorio fije su interés sobre un punto dado, ó de que el auditorio desatienda una faz del asunto en debate." — "Según cual sea el propósito del orador, así serán los medios de que éste se valga para instruir. El orador tratará de aparecer honesto, porque el auditorio rodea con su simpatía á la probidad." — "El auditorio gusta de lo importante, de lo que le toca directamente, de los hechos asombradores y de todo cuanto le causa placer." Es preciso, pues, que el exordio le inspire la idea de que el discurso va á tratar de estas cuestiones. Sin embargo, cuando se quiere debilitar la atención del auditorio, "es útil sugerirle que el asunto tiene nimia importancia y que en nada se relaciona con sus intereses." — "Los exordios de las arengas, ó sea exordios deliberativos, brotan de la misma fuente de que salen los exordios del género judicial. Debe usarse de ellos lo menos posible, puesto que el auditorio ya sabe de lo que se trata y el asunto que se discute no exige preámbulo de ninguna clase, á menos de que lo requiera lo que el orador va á decir ó va á responder sobre su persona ó sobre las personas de sus contradictores, ó á menos que el auditorio no le de al problema el grado de importancia que le atribuímos, sino un grado de importancia superior ó inferior al que le asignamos." — "El exordio es preciso cuando hace falta rechazar una acusación, promoverla y engrandecer ó disminuir las cosas." — "El exordio, en fin, es necesario como

ornamento, porque cuando el exordio no existe, el discurso tiene las apariencias de una obra realizada sin arte."

En las arengas debe tratarse principalmente sobre la posibilidad ó no posibilidad de que los hechos hayan sido ó sean, sobre lo justo y sobre lo útil del proyecto en litigio, sobre la importancia real ó supuesta de lo que está en cuestión. Los ejemplos son apropiadísimos á las arengas, debiendo advertirse "que arengar es más difícil que pleitear, porque en el primer caso uno se ocupa de lo futuro y en el segundo de lo pretérito." — "Los augures lo sabían bien, como lo ha dicho Epimenides de Creta." — Á veces es útil interrogar á nuestros impugnadores, á fin de llevarles de pregunta en pregunta, á la demostración de la absurdidad de lo que sostienen. — "La pregunta es útil, principalmente, cuando el adversario dice cosas contradictorias ó paradojales." — "Es útil también cuando sólo podemos responder, á la aserción avanzada, de una manera sofística." El gracejo no siempre es aceptable, "siendo preferible la ironía á la bufonada." — "Hay comicidades que convienen á un hombre libre y hay comicidades impropias de él, siendo preciso que el orador se preocupe de no utilizar la comicidad sino cuando lo consienten las circunstancias." — Una vez dispuesto el auditorio á la benevolencia; una vez probada la verdad de nuestros decires; una vez relatados claramente los hechos, y una vez apreciados los hechos en su justo valor, "es preciso agitar las pasiones del auditorio, que no son otras que la piedad, el miedo, la cólera, el odio, la envidia y la emulación." — ¿Qué queda? Lo único que queda es recapitular los argumentos, recordando lo dicho por nosotros y por nuestros impugnadores, de modo que el auditorio vea palpablemente que hemos cumplido todas las prome-

sas ofertadas en el exordio. Es retórico concluir el discurso con una frase breve, cortada, rotunda, sin conjunciones. — "He dicho; me habéis escuchado; sabéis la verdad; resolved." — Aristóteles nos ofrece como modelo esta frase de Lysias. Lysias clausura así su célebre discurso contra Eratóstenes. Creo inútil decir que alrededor de lo que antecede se desenvolvió la oratoria en Grecia, en la patria de Isócrates y Pericles y Gorgias.

Ya estudiaré más tarde las enseñanzas que nos ofrece la elocuencia de nuestros días. Cada cosa á su tiempo. — Todo es aprender, — como decía mi padre sapientísimo. — Lo aprendido no estorba, — solía agregar aquel hombre de libros con su franco decir. Y eso es lo que pretendo inculcarle á la juventud de mi pago y mi época, desde que yo no escribo para los doctos. Eso es lo que yo quiero que acepten como verdad los hombres leales de este tiempo de investigación filosófica y de fe científica. Sin arte y sin práctica, es decir, sin reglas y sin aprendizaje, no hay lauros ni victorias en la tribuna. ¡Sabedlo, sofistas adocenados! ¡Oidlo los que creéis que se puede tratar de lo que se ignora con lengua de oro!

Se habla mucho de Mirabeau. La gente piensa que lo ha dicho todo cuando pronuncia la palabra genio. El genio es, para la muchedumbre, una adivinatoria holgazanería. Es el oráculo de Delfos; pero con las orejas del rey Midas. Acierta porque es brujo, como el oráculo; pero si perdiese su virtud de brujo, sería un pollino como el rey de la fábula. Este error es enorme y es enormemente perjudicial. Oid lo que Aulard, el erudito y concienzudo Aulard, nos dice en el primero de sus dos tomos sobre *Les orateurs de la Révolution:* — "Mirabeau se hallaba preparado para la carrera oratoria como ningún hombre lo estuvo jamás.

Las condiciones de universal saber reclamadas por los antiguos, las reunió como nadie en 1789. Su lectura era prodigiosa, gracias al número de los años que duró su encierro. Los libros no le fueron interdictos ni en el castillo de If, ni en el fuerte de Joux, ni en el torreón de Vicennes. Los pidió y los obtuvo de todas clases: novelas, historias, panfletos y periódicos, así como tratados de geometría, de física, de matemáticas entraron á montones en su celda, y si alguna vez se intentó prohibírselos, lo irresistible de su elocuencia sedujo y convenció á sus carceleros y á sus guardianes. Lejos de estar aislado, por su cautividad, del movimiento ideológico de su generación, permanece en contacto perenne y constante con el desarrollo intelectivo de su época." — "Los libros que publica atestiguan una aún mayor diversidad de estudios: el comercio, las finanzas, el magnetismo, el agiotaje, las prisiones, la economía política, los cuadros estadísticos, todos los asuntos que estuvieron de moda hacia fines del siglo diez y ocho, todos hasta la literatura obscena, fueron abordados por él, que todos los trató con estrépito, con escándalo, victoriosamente. Nada ignoró de lo que interesaba á sus contemporáneos, asimilándose con tanta rapidez lo aprendido que pudo creerse que lo sabía desde la cuna." — "Directa ó indirectamente, todo lo que lee y todo lo que escribe sólo va á servir para perfeccionar sus naturales aptitudes para la elocuencia. Todos sus libros son como discursos, y no escribe una frase que no sea hecha para ser declamada, leída en alta voz, siendo orador hasta en sus cartas confidenciales á Sofía."

Aulard nos habla también del abate Maury. Es un hombre de letras. Es de origen humilde. Es violento, tempestuoso, imprudente, sin tacto, un poco cínico, un poco teatral, de largas espaldas y corpulencia her-

cúlea. Algunas de sus expresiones se han hecho célebres por lo concisas y por lo cortantes. Es clásico el molde de su dicción, clásico á lo Salustio. Interrumpe y pregunta frecuentemente, resumiendo todas las debilidades de la argumentación adversa en un rasgo incisivo. Lee. No improvisa como Barnave. Fué un niño sublime. El cardenal de Luynes, que le dió las órdenes, quedó maravillado de sus respuestas. Predica en la corte, y el rey le concede un grueso beneficio. La Academia le nombra en reemplazo de Pompignan. Carece de dignidad, de carácter, de elegancia y de unción; pero "sabe ética, filosofía, literatura, economía política, derecho constitucional y derecho administrativo." Y todo esto lo sabe á fondo, lo sabe bien, lo sabe á conciencia, como un profano, como un profesor en cosas del siglo é intereses del mundo. Cazalés es más moderado, más caballeresco y de más elocuencia nativa. Su frente es anchurosa. Su busto es atlético. Tiene arada la faz por las uñas de la viruela. Sabe menos que Maury y mucho menos que Mirabeau; pero cita con gusto y tino á Montesquieu, que también place y seduce á Sieyes, un clérigo enamorado de Descartes. ¿Y Barnave? Es también un retórico y un erudito. Entra en el foro á los diez y nueve años. Es elegante, frívolo, buen mozo y hábil conversador; pero se entrega, á pesar de su aparente frivolidad, — "á des lectures et á des écritures inmenses". — Barnave es un patriota sincero, aun cuando no resiste á una sonrisa de María Antonieta. Improvisa rápidamente, asombrando y seduciendo al auditorio. — "Se le consideró como un virtuoso incomparable, como un tribuno dotado de una facultad extraordinaria é imposible de adquirir por el estudio." — "Fué más tarde, fué marchando sobre sus huellas, fué en virtud de su iniciativa, que se llegó á otro ideal de la elo-

cuencia parlamentaria, ideal menos ornamentado, menos de convención, pero más accesible y al mismo tiempo de más altura." — Mirabeau habla con elogio, el 16 de Junio de 1789, de la juventud y de los talentos de Barnave.

¿Conocían la retórica aristotélica los hombres de 1888, los que se sentaron en la misma legislatura en que se sentó nuestro Juan Zorrilla de San Martín? Si no la conocían, la practicaron; pero es muy posible que la conociesen dada la índole de su retoricismo universitario, que necesariamente debió tener por númenes predilectos á Demóstenes y á Cicerón.

En aquella asamblea nos encontramos con Izcua Barbat, que nos parece un monje benedictino por lo empeñoso; con don Carlos María Ramírez, del que ya escribí con regocijo lo substancial; con Mendilaharzu, caballero cortés y cuyo decir tiene mucha hermosura; con Melián Lafinur, siempre ceñudo y agresivo siempre con los arribistas de cráneo hueco; con don Martín Aguirre, cuya palabra influye y cuya opinión pesa en los debates; con el consejo probo é iluminado del doctor don Juan José de Herrera; con la enciclopédica sabiduría de Manuel B. Otero; con la oratoria aún sin competidores de Francisco Bauzá; con el brío púgil y la gracia ateniense de Aureliano Rodríguez Larreta; con la rectitud vasca de don Pedro Carve y con el jopo característico, con el jopo ministerial de Julio Herrera y Obes, voz é intelecto que bastarían para que nos detuviésemos con delectación en los anales de la legislatura de 1888.

Allí se desenvuelve, también, la fácil y galana elocuencia de Zorrilla de San Martín. Yo no puedo historiar, detalladamente, todos y cada uno de aquellos debates. De serme posible me detendría en el entablado el 5 de Junio. Tratábase de derogar la ley

inconstitucional que permitía el ingreso de los oficiales de alta graduación en la legislatura. Herrero y Espinosa quiere que el estudio del proyecto se aplace. Zorrilla de San Martín se opone al aplazamiento. Se opone igualmente el doctor Luis Melián Lafinur. El doctor Herrero reconoce la inconstitucionalidad de la ley de 1885. Lo mismo opinan sus contradictores. La ley es precisa. Eludir el debate, es dejar en pie un error del pasado. Bauzá interviene:

"Desde luego diré, que el aplazamiento no resuelve ninguna cuestión, y que en los casos como el presente, las empeora.

"¿Qué es la ley que estamos discutiendo, según la opinión de una mayoría bastante determinada ya?.... Es una ley inconstitucional, ó que tiene á lo menos visos de serlo. ¿Qué adelantamos con aplazarla?.... Prolongar la inconstitucionalidad.

"Puesto el punto en discusión, es necesario que tenga una solución inmediata. Ó la ley es inconstitucional, y estamos en el caso inmediato, perentorio de abrogarla; ó no lo es, y entonces, que prosiga. Pero aplazarla, no quiere decir que nos declaremos por una opinión ó por la otra, sino que, á pretexto de no sé qué razón de un orden político que tampoco comprendo, debemos dejar las cosas como están.

"Yo, que nunca he hecho profesión exagerada de principios constitucionales, pero que tengo la conciencia de que soy constitucionalista en la expresión política y racional de la palabra, creo que no hay otra norma de Gobierno posible que el cumplimiento riguroso de la Constitución del Estado.... —*(Apoyados).*

".... tenga los defectos que tuviere y sean cuáles fueren los inconvenientes de detalle y de momento.

"Se habla de los países republicanos que llevan la delantera en el mundo: los Estados Unidos, Chile,

tal vez la República Argentina ahora. Pero yo pregunto: ¿á qué deben esos pueblos el estado en que se ven? ¿es al cumplimiento de la Constitución, ó á la violación de ella?.... ¿Qué es lo que constituye la grandeza de los Estados Unidos?.... ¿Son acaso sus presidentes, intrínsecamente hablando, mejores que los nuestros? ¿son sus hombres de otra forma de carne y hueso que nuestros hombres?.... No, señor: es que cumplen de buena fe la Constitución; es que anteponen á sus pasiones los preceptos de la ley; es que marchan por la senda que la Constitución les ha marcado, enseñándole al pueblo cómo debe cumplirse y siendo ellos los primeros en cumplirla.... —*(Aplausos en la barra).*

"No hay política honrada fuera de la Constitución, y es mentira que ningún interés legítimo choque contra ella.... —*(¡Bravos! y aplausos en la barra).*

"Soy el primero en reconocer, lo he dicho, lo he escrito y lo he repetido en este recinto, que pudo ser impolítico en su tiempo no dejar entrada á los militares en el Cuerpo Legislativo; y mañana, si me alcanza la vida, cuando se discuta el proyecto presentado por el diputado señor Herrero y Espinosa, y si me toca en suerte ser representante, seré de los diputados que pugnarán para que entren los militares á la Asamblea. Pero entre esas aspiraciones mías y el precepto constitucional vigente, creo, como hombre honrado, creo, como ciudadano, que estoy en el deber de cumplir el precepto constitucional."

Y Bauzá continúa:

"Me parece que lo más correcto es, no sólo rechazar la moción de aplazamiento, sino votar la derogación de la ley. No se puede gobernar con mistificaciones; no se puede estar diciendo á cada rato al país, que estamos dispuestos á cumplir la Constitución de la

República, y después echar el cuerpo atrás de la manera que se quiere hacer, á las cuestiones constitucionales.... — *(Apoyados).*

".... La moral política es contraria á eso; la dignidad del Cuerpo también lo es.... ¿Se ha cometido un error?.... Pues es más grande decir, hemos errado, que no insistir en él, por tal de salvar la responsabilidad en nombre de la patria.

"Los hombres políticos (y yo soy uno de ellos) tenemos muchos errores; pero no hay que avergonzarse de ellos, mientras no hayan contribuído á herir la moral pública, no hayan contribuído á estafar al país, no hayan contribuído á derramar la sangre de nuestros hermanos. Pero estas veleidades del momento, en que por conveniencias accidentales se abre la puerta á una personalidad transitoria, pueden confesarse, porque al fin y al cabo serán errores acumulables á la página política del individuo, pero que nunca denegarán sus condiciones individuales y sociales.

"Parto del principio de que la ley fué un error; y partiendo de ese principio, me parece que ya que se ha tocado el asunto, es preciso resolverle de una vez. Todas las medidas de prudencia, que á mi juicio son muy discutibles en este caso, debieron haberse adoptado antes: si se creía que la ley iba á ponernos en conflicto, se hubieran apersonado los que han hablado aquí, á los miembros de la Comisión de Legislación y les hubieran dicho con franqueza lo que pensaban á este respecto; pero traída aquí la ley informada, discutida, comprometidas las opiniones, ¿cómo es posible que ahora dejemos que se retire aquello que de todos modos tiene que resolverse más tarde, aquello que no es tolerable que subsista contra las opiniones claras de la Constitución y contra las opiniones individuales de los mismos que sostienen el

aplazamiento?.... porque no es tolerable, repito, que subsista una ley que arroja por tierra toda la legalidad y toda la claridad del precepto constitucional que es anterior á ella." —

Me place la franqueza y la bravura con que está defendida la verdad soberana. Si el Código Fundamental no es una vana fórmula, ninguna ley, á pretexto de interpretar sus disposiciones, puede sancionar ó admitir principios que lo desvirtúen ó que lo violen casuísticamente.

Le toca su turno al doctor Aguirre. Una legislatura no debe deshacer lo hecho por otra legislatura en materia de interpretaciones al Código patrio. De no ser así, los principios constitucionales no tendrían duración, ni fijeza, ni limpidez. Se modificarían período á período, como faros de luz intermitente. Si la legislatura de 1885 usó como debía de sus facultades, es forzoso que sus sucesoras respeten sus fueros. Si delinquió, ha debido acusarse á sus miembros por falta de sapiencia ó de rectitud. Así se expresa el doctor Aguirre.

No me place la tesis. Es algo sofística. La hallo de ocasión. En primer lugar, como dijo el señor Vázquez, se enjuicia á uno ó varios representantes ó senadores: pero no se enjuicia, porque no es lógico ni es hacedero, á una legislatura entera. En segundo lugar, como dijo Bauzá, no se derogan las leyes interpretativas del Código Magno, pero sí las leyes que adulteran ó anulan la Constitución. ¿Qué hacer entonces? Lo probo, lo honrado, lo que salva el derecho. Suprimir la ley que estrangula á la ley, como se hizo justicieramente, sin discusión alguna, el 21 de Junio de 1888.

En este mismo mes se discutió el proyecto para la construcción del puerto y ferrocarril de la Colonia. La construcción había sido acordada á los señores

Buratovich y Lacaze. El Poder Ejecutivo se opone y habla en nombre del Poder Ejecutivo don Julio Herrera y Obes. La Comisión de Fomento afirmaba que la empresa constructora no exigía sacrificio ni grande ni pequeño al Estado. El Ministro de Gobierno, ó mejor Julio Herrera, responde valiéndose á cada paso de un cuento de Musset. El cuento del mirlo, pintado de blanco por un charlatán, y al que la lluvia devuelve su color primitivo.

— "Es una ley psicológica que se manifiesta en todos los actos de la vida: no hay espectáculos públicos más concurridos que los gratis, aunque sean detestables.

"Pero ya lo he dicho y lo repito: en materia de negocios es siempre necesario desconfiar de esta clase de pichinchas; no porque la carestía sea una prueba de la bondad de las cosas, sino porque en materia de negocios sólo los insensatos emplean sus capitales para no recoger lucro de ninguna clase, ó venden las cosas por menos de lo que les cuestan.

"¿Cómo es creíble que una Empresa comercial que busca empleo lucrativo para sus capitales, ofrezca construir un puerto para la Nación sin pedir nada en cambio, nada que represente el empleo lucrativo de los capitales enterrados en aquella obra?....

"Lo que pasa es, que en todas cosas existe *lo que se ve y lo que no se ve,* como decía Bastiat.

"Lo que se ve, es la generosidad aparente: lo que no se ve, son los lucros reales, ocultos cuidadosamente bajo las flores retóricas de la propuesta.

"Y en esto no hago un reproche á los proponentes, porque esto es natural, esto es lo sensato: porque si se presentase una Empresa comercial ofreciendo construir una obra pública, sin pedir nada en cambio, nada absolutamente, habría que desconfiar mucho, ó de la

bondad de juicio, ó de la seriedad de la propuesta que se presentaba á la Honorable Cámara.

"Veamos, pues, qué es lo que pide esta Empresa desde luego, que no pide nada.

"Pide: los terrenos submarinos que se ganen sobre el río; el monopolio de la carga y descarga de los buques que entren al puerto, la exoneración de derechos de puerto, clasificados de derechos de fondeadero, á los buques que entren al Sauce, durante 25 años, la construcción de un ferrocarril que, arrancando del Sauce, vaya á emplalmar en San José; y en resumidas cuentas, y en los hechos verdaderos, la propiedad del puerto que va á construir.

"Convengamos que para una Empresa que no pide nada, no es poco pedir."

Sigamos oyendo al satírico y al razonador:

"Recordemos ahora que se trata de un puerto de profundidad para buques de ultramar de 20 pies de calado, de un puerto de *relache,* en el cual los buques van á estar exonerados de los derechos que pagan en los demás puertos de la República, con un ferrocarril para llevar sus productos á toda la República; de un puerto que va á ser el foco de un gran movimiento comercial, el núcleo de una importante ciudad, que no solamente va á matar á todos los puertos circunvecinos de aquella parte del Uruguay, sino que va á hacer competencia temible al mismo puerto de Montevideo, pues es seguro que los buques que hoy vienen á este puerto para mandar sus mercaderías á campaña, irán con frecuencia al puerto del Sauce, en condiciones ventajosas al de Montevideo, para hacer allí el depósito de sus mercaderías y mandarlas por el ferrocarril á todos los puntos de la República.

"Calculemos ahora qué valdrán los terrenos de la bahía de este puerto.

"No se necesita grande esfuerzo de imaginación para darle un valor ínfimo, que no puede ser menor de cuatro ó cinco pesos vara; y entonces tenemos que esas cuarenta manzanas representarían un valor de dos millones de pesos.

"El Ferrocarril del Sauce á San José son noventa kilómetros, que están calculados, por los estudios que se han hecho ya para los otros ferrocarriles, á tres mil libras por kilómetro, es decir, doscientas setenta mil libras ó sean un millón trescientos mil pesos.

"De modo que los terrenos pagarían el ferrocarril y dejarían un excedente de setecientos mil pesos, el que bastaría para pagar las obras del puerto, que son de valor ínfimo, según los mismos proponentes, y un excedente todavía en metálico.

"Y no es esto sólo: esos terrenos submarinos no representan el valor en numerario que les he dado; representan también el monopolio de la carga y descarga, porque es claro que siendo los proponentes los únicos propietarios de los terrenos de la bahía, ellos solos tendrían el derecho de construir muelles y hacer la carga y descarga; cosa que expresa bien claro la propuesta al decir, que de acuerdo con el Poder Ejecutivo se establecerán las tarifas para la carga y descarga; condición que importa reconocer el monopolio que van á ejercer en el puerto; y este monopolio sería á perpetuidad, y puede calcularse lo que representaría.

"Al llegar aquí, creo sinceramente que el *mirlo blanco* ha perdido gran parte de su níveo y extraordinario plumaje y que va corriendo peligro de no dejarnos entre las manos sino su negra y elegante cola. — *(Aplausos en la barra).*"

Rodríguez Larreta le sale al encuentro. Dice que es muy probable que los contratistas no hagan la obra

si no se les conceden veinte de las manzanas que le quiten al río. Herrera se sonríe, se esponja y responde:

"¡Ah!.... ¿el negocio está en que se den á ojos cerrados los terrenos?.... ¿si se abren los ojos, ya no hay negocio?.... Pues, señor; el argumento es fuerte contra la teoría que ha expuesto el señor diputado: porque entonces quiere decir que esos terrenos que se piden en cambio valen más que las obras, puesto que á los contratistas no les conviene recibirlos una vez apreciados, una vez valorizados...."

Y agrega:

"No sé por qué razón no ha de haber puerto si el Estado paga las obras por lo que valen, y ha de haberlo, si el Estado entrega los terrenos, sin saber su valor, aceptando el regalo que importaría la demasía en el costo de esas obras.

"No: es que esos terrenos, además del valor que representan en sí, que es considerable, representan el monopolio de la carga y descarga del puerto. Ese es todo el negocio, es el verdadero negocio de este asunto: y por eso es que recibidos los terrenos en pago, como eso haría derogar el monopolio que les acuerda el mismo artículo del proyecto, el negocio desaparece.

"Pero creo que el Cuerpo Legislativo no puede aceptar el proyecto en la forma que viene; es decir, de dar á ojos cerrados terrenos que no sabe lo que representan, y recibir obras que tampoco sabe el valor que cuestan, en cambio de un proyecto que determina que se paguen las obras por lo que valgan, con terrenos que se sabe lo que importan; es decir, que se ponga el Estado en condiciones distintas de cualquier particular: porque cualquier particular, cuando se le propone un negocio, lo primero que pregunta es: ¿qué me da y qué me pide?.... Y en este caso se

quiere que el Estado no sepa ni cuánto vale lo que le dan, ni cuánto lo que él da.

"Si no hay negocio pagando el Estado las obras por lo que valen, quiere decir que este asunto envuelve algún secreto que es necesario aclarar; es decir, que el *mirlo blanco* no es tan blanco como el señor diputado lo presentaba." —

Aquel debate duró varias sesiones. En él intervinieron Ramírez, Bauzá, Aguirre, Otero y muy especialmente Rodríguez Larreta, del que luego hablaré. La controversia, que es interesantísima y aleccionadora, duró varias sesiones, empezando en la tarde del día 9 y terminando en la tarde del 16 de Junio de 1888.

Hagamos un paréntesis. Todos aquellos oradores improvisaban. Ninguno leía. Su facilidad, notable en algunos, era en otros más aparente que verdadera. Todos ellos conocían á fondo el asunto de que trataban; todos ellos habían meditado su improvisación; y casi todos ellos dejaban caer, á lo largo de sus discursos, algunos párrafos aprendidos de memoria. Fueron soberbios y también irónicos; pero sin descender al compadrazgo y á la bufonada. ¿Lagardére? Bueno. ¿Moreira? Nunca. Aceptaban la sátira varonil de Percio y el epigrama punzante de Ausonio. ¡Jamás se les pudo confundir con Tony!

Nuestro recinto parlamentario carece de acústica. Los oradores, que quieren ser oídos, no lo consiguen sin esforzar la voz. No se le dispuso en forma de media luna, y como el reglamento indica que el que habla debe dirigirse á la presidencia, una parte de los que escuchan no ven el gesto ni la mirada del que perora. La barra, que se hacina en las gradas, del fondo del recinto, oye menos las voces y ve menos las facies de los tribunos. Esa barra, si se exceptúa en los días de días, está casi desierta, siéndole prohibidas todas las

manifestaciones de agrado y de reprobación, lo que no impide que, en los días de días, esa barra estimule ó castigue á sus representantes con el aplauso ardiente ó el murmullo colérico. Se ríe y se silba, aunque esto último muy de tarde en tarde. Es, por lo general, un silbido aislado. La barra era mayor y más tumultuosa en 1888. Nuestra elocuencia, que tiende á la política práctica, es cada vez menos declamadora, y ya era poco declamadora en el tiempo aquel. El sentimiento de la realidad se imponía entonces, como se impone hoy, en que todos sabemos que la economía política, con sus datos numéricos y con sus estadísticos testimonios, es una fuerza terrible en los debates. No hay orador parlamentario, digno de este nombre, si ignora la ciencia de las finanzas; pero, como todos los extremos son malos, se ha dado en lo peor, destruyendo hasta lo que había de recomendable en la leyenda de los hombres de 1873 y de 1888. Bueno es decir que el derrumbe comenzó con Tajes. Se acrecentó después. En la actualidad el ideal está abandonado, se mira con desprecio lo azul, el arribismo todo lo gangrena, no se busca la autoridad que nace del desinterés probo, y las grandes pasiones, las pasiones que resplandecen con la luz del denuedo y del sacrificio, no inflaman la dicción de nuestros tribunos. Eso no obsta para que se alardee de guapo y reñidor. El denuedo de hoy, que no tiene denuedos, es una simple y baja matonería. Así se interrumpe más zafiamente que en 1888. Se descuida el lenguaje, que se atildaba con pulcritud en 1888. Se tiene á gala ser cortesano, cuando ni los cortesanos más cortesanos querían serlo en 1888.

Es que algo de bueno tiene la retórica. Obliga á ser paciente. Obliga á escuchar con la esperanza de una justa retribución. Por lo pronto y en primer lugar, la retórica hace más difícil la intervención de

las nulidades en las cuestiones de interés transcendente. En segundo lugar obliga á fingir, cuando no nos infunde por auto-sugestión, sentimientos de modestia y altura y cortesía. En tercer lugar la retórica, cuando no es excesiva ó inoportuna, cuando está de acuerdo con la magnitud del tema ó con lo borrascoso de las circunstancias, contribuye al prestigio de las asambleas, aumentando el interés y el amor de las muchedumbres hacia los debates legislativos. En cuarto lugar obliga á los diputados y á los senadores dignos de serlo, latigueando á los perezosos con el favor que obtienen los activos, y exigiendo de todos los que se baten en la controversia una lógica, un orden, un buen decir, un argumentar alto, una fe convincente y un ansia de victoria que no son posibles sin un previo y real análisis del asunto en cuestión. Y por último la retórica, creando la costumbre del pensar con método y del decir con arte, solidifica la práctica de la discusión, la hidalguía del trato, la amplitud del conocimiento, la rapidez en el imaginar, el poderío de la memoria y el ingenioso modo de salir con laureles de la polémica. Es claro que el abuso es un yerro imperdonable, y que jamás debe abusarse del retoricismo; pero también es una verdad palmaria que todas las condiciones que el público aplaude en el orador son condiciones retóricas, desde que la retórica exige que el orador "posea bien y de antemano el asunto, distinguiéndose por el rico caudal de sus materiales y de sus pruebas", y desde que la retórica exige igualmente que el orador "esté persuadido de la eficacia de lo que propone, guardándose de los peligros de su propia impetuosidad". — ¿No es, asimismo, la retórica la que nos dice, que el orador debe ser sincero, porque "sólo el corazón puede responder al corazón", y no es ella, asimismo, la que nos afirma que el orador

nunca debe olvidar "aquello que exigen el decoro del tiempo, del lugar y del carácter"? — Sí, es la retórica, puesto que estos preceptos son los preceptos textualmente predicados por Hugo Blair.

La ausencia de la barra obedece, pues, á razones estéticas y á razones morales. No es un secreto nuestra falta de fe en el sistema representativo. Estamos hartos de las mayorías militarmente disciplinadas. No nos seduce un salón de sesiones al que hay que subir entre polizontes y soldados de línea. No es así como se llega al salón deliberante de una república democrática. Viciadas las fuentes de la elección y asesinado el voto por el poder cesáreo del Ejecutivo, resultan viciados los diplomas y asesinada la autoridad de la Asamblea.

Hay, sin embargo, otra causa que explica aquella ausencia de la muchedumbre. Es la mucha publicidad de que gozan nuestras sesiones. Estas se leen extractadas en todos los diarios, y se leen con todos sus detalles en el órgano oficial que las registra antes de que el libro las almacene y las perpetúe. El cuerpo de taquígrafos traduce los discursos y los pasa después á cada orador, para que éste los lime, permitiéndose los cambios de forma y siendo mal vistos los de concepto. Esta práctica, que reputo abusiva, favorece el prurito de hablar de los que no nacieron para la elocuencia parlamentaria, y hace negligentes á los oradores de buena ley. El público, por todas estas causas, no aporta la fuerza de su opinión á los legisladores, no influye en los discursos con el prestigio de su presencia, no es el protector de la dignidad ni es guardián de los fueros de sus representantes. Las voces ó las nuevas, que salen del recinto, se juzgan fríamente, sin entusiasmo, sin que el público las reciba palpitante y ansioso. El espectáculo tampoco vale

mucho visto entre telones. Gentes de buena fe, pero que no se atreven á resistir al medio; gentes de buena fe, que luchan y se debaten en el vacío, como un zorzal dentro de los cristales de la máquina pneumática; gentes de buena fe, obligadas á elegir entre el descenso de la dignidad y la pérdida de la posición. Primando é imponiéndose, jóvenes que son viejos y viejos que tienen todas las incongruencias de la juventud, jóvenes que se doblan á manera de juncos y viejos que no saben morir ejemplarmente en la mediocridad. En todos, ó en casi todos, el miedo á la vida, el miedo al trabajo, el miedo al dolor, y en todos, ó en casi todos, la sed de goce, la sed de influencia, la sed de figurar en el grupo de los favoritos de la fortuna. Es indudable que la ambición es la espuela y el látigo de la política. No hay hombre político sin ambiciones. Perfectamente; pero la ambición de llegar por el propio esfuerzo, por la gloria adquirida con el buen decir y el mejor hacer, por el voto libre de la multitud sana, por el carácter que no se enerva y por el nombre que se engrandece, por la fe en lo integérrimo del propósito y en lo incorruptible de la probidad, es la única ambición laudable en las repúblicas y en los imperios. Eso es lo que quiero que sepa la juventud. Eso es lo que sabían los oradores más preeminentes de 1888.

Más tarde me ocuparé de los reglamentos de la legislatura. De la falta de jefe que se nota en sus grupos. Del papel de las comisiones. De la carencia de plataformas diferenciales en los partidos. Básteme decir, por ahora, que el lenguaje parlamentario no se ha enriquecido con estos derrumbes de rectitud, puesto que todas sus fórmulas parecen hechas para dar seguridades á la mediocridad uniforme y sin rumbo azulino, que no usa de textos que la iluminen y siente

por los tropos un inmenso desdén. Antes, en las cantinas de la legislatura, figuraban los licores más ó menos finos. Ahora sólo se tiene derecho al the, al café, ó al zumo de limón con azúcar y agua carbonatada. Bien hecho. Los oradores no necesitan exacerbarse con la pólvora enloqueciente del alcohol. Era un gasto inútil y perjudicial. Era un gasto abusivo y poco dignificante. Justo es decir también que antes, como ahora, el peso de la labor parlamentaria caía exclusivamente sobre unos pocos, no siendo mayores la asiduidad y el celo de antaño que la asiduidad y el interés de ahora. Y justo es decir, para evitar que el futuro calumnie al hoy, que si la mayoría de nuestros legisladores se mueve esclavizada por los caprichos del poder elector, ninguno de sus miembros vende su voto ó vende su recato á empresa mercantil ó industrial alguna, lo que parece poner de manifiesto que lo que corrompe es la soberbia presidencial, la costumbre de que el poder nos haga el sol y la lluvia, el miedo vergonzoso á encontrarse sin padrinos en la batalla. ¡Es la sombra de Augusto! ¡Es la usurpadora vanidad de Cromwell!

Augusto y Cromwell podían menos en 1888. Los oradores más influyentes se encontraban en la oposición ó sabían resistir con bravura los caprichos cesáreos. Julio Herrera encontró con quien medir sus armas bien bruñidas. Bauzá, Ramírez, Carve, Espinosa, Mendilaharzu y Melián Lafinur, para no citar otros, no siempre obedecieron al influjo de aquella ondina platense. El carácter no estaba, entonces, divorciado del saber ó de la elocuencia. En el recinto se repetía lo que se opinaba en los corredores y en la biblioteca. Hoy, por lo común, en los corredores se opina bien y en el recinto se vota mal. Todas las luces, entonces, marchaban juntas. La luz del verbo

buscaba el apoyo de la luz moral. Se tenía á gala ser hombre probo; pero serlo de veras, serlo hasta el sacrificio del favor y de la fortuna. Es verdad que, en aquellos días, se inició el descenso. Santos se encontró solo y combatido por todas las clases universitarias. Después se empezó á desesperar de la resistencia, á transigir con la necesidad, á ceder ante el hecho consumado. La conciencia resbaló poco á poco, muy lentamente, y en el tiempo de que me ocupo comenzaba recién la metamorfosis dolorosa. Y se habló con acierto en aquella legislatura. Se habló con primores y ardientemente. Se habló con ingenio y con cortesía. Se esgrimió el lenguaje como un florete, aunque ya se miraba con despectivo ceño á la retórica. ¡Como si hubiese algún orador que no fuera retórico! ¡Como si no fueran retóricos todos los oradores! ¡Como si no fuera retórico, tal vez sin quererlo, el caudal aletazo de Martín C. Martínez!

Tratábase de conceder una fuerte pensión á la viuda de un diputado inútil, de un casi anónimo, y una pensión igual, pero mucho más justa, á la viuda del teniente coronel Benjamín Olivera. Muchos intervinieron en el debate. Oid lo que dijo Aureliano Rodríguez Larreta:

"Para mí, tiene razones especiales el señor Olivera para que su viuda sea acreedora á una pensión, y es, porque considero que solamente con respecto al señor don Benjamín Olivera, hay servicios relevantes. Pero creo que si se intenta votar una pensión á la viuda de este militar, la Cámara debe tener la decisión, la franqueza, la lealtad de decir el motivo por qué se la da; pero no confundir á este señor entre un grupo de peticionarios que no tienen derecho á pensión, para acordar *en bloc*, á la gruesa, pensiones.

"El señor Olivera era ayudante del general don

Leandro Gómez, en Paysandú; y en mi concepto, como ciudadano, ese es un servicio relevante que hace acreedora á su viuda, para que no quede completamente desamparada, á una pensión pequeña, de 50 ó 60 pesos.... — *(Apoyados)*.

".... Ese es el único servicio que tiene, que merezca un premio por parte del país.

"En cuanto á los demás, no me consta que los tengan, y por consiguiente, negaré mi voto en general al proyecto, y sólo asentiré á un proyecto sustitutivo que se presente después, acordando la pensión de 50 pesos á la viuda del sargento mayor don Benjamín Olivera."

Y Rodríguez Larreta añadió en la sesión del siguiente día:

"Votar, señor Presidente, á la viuda de un diputado, que no tenía más servicios al país que seis meses de ejercicio de un puesto con una remuneración excepcional é inmerecida, votarle una pensión como la que se propone, es una iniquidad, es usurparle al país su dinero para regalarlo á los amigos ó á la familia. — *(Signos de aprobación en la barra)*.

".... Y presentarlo, para hacer pasar esa resolución indebida, al lado ó mezclado con pensiones relativas á individuos que alguna consideración merecen del país, es cometer también un acto digno de la mayor condenación.

"El diputado señor Aguirre, y algunos otros que lo acompañan, es notorio que por razón de compañerismo (por espíritu de partido, que no condeno, porque es muy aceptable en el caso, y que por el contrario, aplaudo) cree que la viuda del comandante don Benjamín Olivera es acreedora á una pensión por los servicios de su fallecido esposo; pero ninguno de ellos ha tenido la suficiente altivez cívica para decir cuáles

son los servicios del comandante don Benjamín Olivera; y creen que es acto digno, y decoroso, el hacer pasar la pensión de su amigo por escotillón y á escondidas. Yo ya lo dije el otro día, y lo repito hoy: sólo votaría la pensión al comandante Olivera, porque el comandante Olivera fué ayudante del general Leandro Gómez en la defensa de Paysandú...

"Si la viuda, señor Presidente, del comandante Olivera se hubiera presentado á la Cámara y hubiera dicho que su esposo tenía esos servicios; que después de la guerra del 65, por sus opiniones políticas, se vió obligado á abandonar el país, y que permaneció algunos años emigrado; que después ha sido, durante toda su vida, su preocupación incesante el interés nacional; que en casi todos los movimientos políticos que han ocurrido en el país, en los últimos veinte años, ha ocurrido con el concurso de su persona, y que sólo debido á haber sido adverso, á haber militado en un partido contrario á aquel que gobernaba en la República, ha sido la causa de que no recibiese sus despachos de sargento mayor hasta hace dos años, la Cámara, en cuyo seno existe una mayoría del partido contrario de aquel en que militó el señor Olivera, le habría votado una pensión, porque lo ha hecho otras veces; y esa justicia debo hacer á la mayoría de esta Cámara, que no ha procedido por espíritu de partido y que no ha distinguido jamás entre orientales, á unos de otros.... —*(Apoyados).*

"Señor Tavolara. —¡Así me gusta oirlo hablar! ¡Ahora sí ha hablado bien!....

"Señor Rodríguez Larreta. —Yo hablo la verdad."

Transcribo lo que antecede, no por su forma, sino por su fondo: es un rasgo de entereza patriota sellado con un rasgo de habilidad parlamentaria.

Tratábase, en la misma legislatura y en otra oca-

sión, del premio acordado por una ley del año 1835 á los jefes y oficiales de la Independencia. Se pretendía que la ley alcanzara á las viudas y á los hijos de aquellos héroes. Carlos María Ramírez se opuso. Tratábase de una ley de reforma, que era al mismo tiempo una ley de retiro. Sólo los oficiales reformados tenían derecho á aquella compensación. Los que no se reformaron, y dieron de baja en aquel entonces, no podían ni debían reclamar el premio en debate. Y Carlos María Ramírez empezó diciendo:

"Mi posición es aparentemente desventajosa, porque los partidarios del proyecto invocan y pronuncian palabras muy sonoras y que responden á muy nobles sentimientos. Con todo, siento muy tranquila mi conciencia; creo que está de mi parte la verdad legal, la verdad de los hechos, y el interés del país sanamente entendido."

Y Carlos María Ramírez, después de historiar los orígenes de la ley y los pormenores de su articulado, agregó con justa y ardiente entereza:

"Ahora bien: ¿cómo puede sostenerse, después de conocer estos antecedentes, que los descendientes de los jefes y oficiales que no se retiraron, que no se reformaron, tienen opción al premio, que no podía obtenerse sino después del retiro y á condición de la reforma? ¿Cómo se puede sostener que es de derecho estricto que esos descendientes de los servidores de la Independencia, habiendo sus causantes gozado de su sueldo toda su vida y ellas mismas gozado de pensión y viudedad, según sea el caso del reclamante, tienen derecho á la vez para exigir el premio, cuando las leyes y las discusiones de esas mismas leyes claramente establecen: que habiendo goce de sueldo y derecho á trasmitir pensión, no había opción al premio de la reforma?.... Me parece que esto no es dis-

cutible en el terreno legal, en el terreno de la justicia estricta. Es absolutamente evidente que la Nación no debe el premio de la ley de 1835: lo debía á los que se reformaron, y lo pagó en la forma que pudo, á los descendientes.

"Á los que no se reformaron, á los que trasmitieron pensión, no les debe semejante cosa, por más que sea mucha la gratitud del país respecto á esos servicios.

"Planteada así la cuestión, comprobado que se trata de un acto de generosidad y de munificencia, yo digo: ¿la generosidad y la munificencia se ejercen en ningún país del mundo á favor de los descendientes de sus servidores, válidos y tal vez acaudalados? . . . . No, señores; los actos de generosidad que traducen la gratitud pública, se ejercen en favor de las viudas desamparadas, del huérfano desvalido, del valetudinario que no puede afrontar las fatigas de la lucha por la vida.

"Además, para acordar actos de munificencia, es necesario tener en cuenta las condiciones del Tesoro público, es necesario tener en cuenta las sumas que esos actos de munificencia van á importar y á hacer gravitar sobre el Erario, y es para fijar aproximadamente esa suma, que yo pedí á la Cámara recabara del Poder Ejecutivo ciertos informes, que han sido remitidos, aunque no tan completos como hubiera sido de desear.

"Estamos discutiendo el artículo 1.° que se refiere únicamente al señor Zufriategui, cuyo causante fué indudablemente una de las figuras brillantes de la Guerra de la Independencia, pero que no quiso reformarse en 1835.

"No se reformó, gozó de sueldo hasta los últimos días de su existencia, verdaderamente gloriosa, y trasmitió pensión á su viuda, y supongo que á sus

hijos. La Nación cumplió, respecto de él, todo lo que estaba contenido en las leyes del país.

"Si el señor Zufriategui tiene derecho á reclamar el premio de 1835, aunque su señor padre no se reformó, todos los descendientes de los servidores de la Independencia tienen el mismo derecho."

Y observe el lector que se trataba de Zufriategui, uno de los iniciadores de la revolución de 1825, el que mandaba el ala derecha del ejército patriota en el choque lacedemonio de Sarandí. Y observe el lector que se trataba de Pablo Zufriategui, el jefe de una de las divisiones que más brillaron y que mejor cumplieron en Camacuá y en Ituzaingó!

Y Carlos María Ramírez terminó diciendo:

"Cuando veo á esta Cámara ocupada en decretar centenares de pensiones graciables y ocupada en discutir este proyecto que va á imponer al país una erogación que importa más de un millón de pesos, me hace el efecto de una Asamblea que está fuera de su atmósfera, que no tiene ojos para mirar el horizonte que la rodea, ni sensibilidad para sentir los movimientos que hacen temblar el suelo!

"Yo tengo fe en el porvenir de mi país. Sé que la prosperidad ha de renacer y que hemos de volver al progreso en que nos encontrábamos hace muy poco tiempo; pero esto sucederá á condición de que no se agreguen errores á los errores, que no vayamos de desorden en desorden, de imprevisión en imprevisión; que sepamos poner coto á estas generosidades irreflexivas, imprudentes, que no tiene ninguna nación del mundo, ni la nación más rica, ni la más próspera.

"Estas pensiones graciables, este proyecto de ley que importa conceder de golpe trescientas ó cuatrocientas pensiones graciables, pagándose veinte años adelantados de una sola vez, minan profundamente

la confianza pública, hacen creer al país que los Poderes del Estado no se dan cuenta de la situación, ni tienen la conciencia ni las aptitudes necesarias para resolver las dificultades que nos rodean.

"Los que se empeñan en hacer pasar á todo trance este proyecto, no se dan cuenta de que vendríamos á quedar ya fuera del régimen que nosotros mismos hemos procurado establecer. Por el artículo 1.° se establece implícitamente que estos premios deben ser pagados en Deuda Amortizable; y nosotros acabamos de dictar una ley por la cual se cierra le Deuda Amortizable.

"¿En qué deuda pagaría el Poder Ejecutivo estos créditos?.... ¿ni con qué derecho podemos nosotros decirle al Poder Ejecutivo que eche sobre alguna deuda nueva estos créditos cuantiosos, cuya sanción no responde á ninguna necesidad, á ninguna razón de justicia, y mucho menos se concilia con las circunstancias aflictivas del país?

"Á mí me parece que los sostenedores del proyecto no pueden ni aun invocar el sentimiento siempre respetable que despierta el recuerdo de los servicios y de las glorias de la Independencia. Si nos fuera dado evocar sus sombras, yo creo que ellos vendrían á este recinto á decirnos que cuidemos mejor el patrimonio que ellos constituyeron con su heroísmo y sus sacrificios; que nos pongamos en guardia contra las sugestiones ingeniosas y sutiles del interés particular, y que ya que las virtudes guerreras son de poca utilidad en esta época, sepamos tener bastante virtud cívica para defender el Tesoro público, harto enflaquecido, con energía inquebrantable.

"Por mi parte, en la actitud que asumo en esta cuestión, afrontando muchas odiosidades y muchas antipatías, tengo conciencia de haber ejercitado un acto

que será uno de los más honrosos de mi vida pública, y el más satisfactorio para mi conciencia de ciudadano y de legislador.”

Se trataba, otra vez y en la misma legislatura, de aumentar la pensión á que tenían derecho las hijas del doctor Ambrosio Velazco. El doctor Luis Melián Lafinur se opuso y dijo fundadamente:

“Yo me opongo, señor Presidente, á esta pensión; y quiero llamar la atención de la Honorable Cámara sobre la falta de base que hay al conceder esta enorme pensión de 200 pesos. Yo me explico que pida gracia especial quien no tenga pensión por la ley, ó á quien la ley le dé una pensión tan exigua que no baste para satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida. Pero este no es el caso de la sucesión del doctor Velazco. Las personas de su familia que han de optar á la pensión, son dos señoritas, que por la ley tienen 135 pesos mensuales; porque desde que se ha establecido que es la cuarta parte lo que en el caso corresponde, la cuarta parte del sueldo que gozaba el finado padre de ellas, es claro que son 135 pesos, puesto que él, como miembro del Superior Tribunal de Justicia, ganaba 540.

”Yo pregunto: ¿con 135 pesos no pueden vivir dos señoritas, aun de la mejor esfera de nuestra sociedad? Yo creo que sí.

”Ahora, si se entiende que el deber del Estado no es atender necesidades, sino atender el lujo, el boato, el buen vivir, eso es otra cosa. Pero en ese punto estoy completamente distanciado de la opinión de la Comisión de Peticiones.

”Yo creo que estas señoritas han tenido una suerte feliz al encontrarse con que por derecho propio tienen una pensión tan crecida, de 135 pesos.

”Aumentársela, me parece que es algo que no co-

rresponde; y si tomamos en cuenta razones de equidad, mucho menos. Esta Cámara les ha votado á las hijas de uno de nuestros Constituyentes 50 pesos mensuales: cualesquiera que sean los servicios que haya prestado el doctor Velazco, en manera alguna pueden compararse con los que prestaron los que constituyeron nuestra nacionalidad en los preliminares de nuestra vida política, tan agitada y azarosa como fué, según lo sabemos todos."

Así se defendían los dineros públicos en 1888. Hoy llevamos nuestra generosidad hasta pagarles una larga estadía en Europa á los que quieren enceguecer á Europa con sus condiciones de dramaturgos de Sud-América. ¡Hay que crearles un público sabio y un medio aparente á los que olvidan, como olvida la legislatura, el medio y el público para que escribió sus obras inmortales Williams Shakespeare!

¡Qué error! ¡Qué error tan craso y tan estérilmente dispendioso! ¡Como si, para practicar y para aprender, no nos bastasen y nos sobraran los grandes intérpretes que nos visitan, los muchos teatros con que cuentan las dos capitales platenses, y los libros, los libros á montones, en que se nos dice hasta lo más trivial sobre el genio, las obras y la técnica de cuantos escribieron y escriben para el teatro! ¡Como si, en fin, el teatro nuestro, el teatro de aquí, el nacional teatro, no debiera sacar sus asuntos, sus costumbres, sus pasiones, sus tipos, su atmósfera, sus modos de vida, sus caracteres diferenciales, del estudio gráfico y psicológico de nuestros tipos, de nuestras pasiones, de nuestras costumbres, de nuestro aún no explotado ambiente social! ¡El arte es un sacerdocio, una votiva renunciación, y el que se consagra al arte en una patria nueva, debe tener todos los heroísmos del apostolado, dedicarse á su medio, luchar pensando en los

que vendrán, y convencerse de que, hoy por hoy, el país debe pensionar únicamente á sus electricistas, á sus agrónomos, á sus ingenieros, á los que tienen algo útil que aprender fuera del país, dejándose de rivalidades con Marquina y Bernstein, que son el producto de muchas generaciones de ingenios á lo Calderón y á lo Racine!

Ahora hemos dado en la perversa práctica de discutir las pensiones y las regalías en sesión secreta. Antes se acordaba una pensión de cincuenta pesos á los hijos menores de Spíkerman. Hoy todo son méritos y excelsitudes, servicios relevantes y generosos. Una cuarteta, una mazurka, un entremés, un salto mortal, se nos antojan un cheque contra el erario. Don José Zorrilla, en 1883, se hallaba muy pobre. No le era dado asistir á los banquetes ni á los saraos por el deslustre extremo de su levita. Castelar, que era diputado, propuso que le concedieran una pensión. Dijo, en su discurso, que bien se merecía esa muestra de gratitud el cantor "de los himnos magníficos de la epopeya de nuestra historia", agregando después: — "Yo compadezco muy de veras á aquel que no siente resonar en sus oídos los cuartetos de *La tempestad* cuando resuena el trueno en los espacios; yo compadezco sentidamente á aquel que llegando á Toledo no vaya á contemplar el Cristo de la Vega con la mano todavía bajada en la cuestión de aquellos legendarios amores; yo compadezco al que no ve en los machones de aquel puente los baños de la Cava todavía viviente, y no recuerda las grandes estrofas de la rota del Guadalete; yo compadezco al que no ve en Granada, en Sierra Nevada ó en la Alpujarra, cuando el sol se pone tras las montañas de hoja ó tras de los alicatados de la Alhambra, el poema de la reconquista nacional, que se dilata de tal suerte que luego descubre nuevos

mundos, y si hubiese sido posible, aquellos héroes engrandecidos por Zorrilla hubieran conquistado hasta las estrellas del cielo." — La legislatura tuvo grandes aplausos para el orador; pero no concedió al poeta la pensión pedida, á pesar de que los versos de aquel poeta, como el orador dijo, "constituyen algo que se identifica con el espíritu inmortal de nuestra patria." — ¿Qué pasó entonces? Pasó que un grupo de damas selectísimas, un grupo de damas de la nobleza española, se cotizaron para ofrecerle una pensión de cincuenta pesos al numen pobre y envejecido. Y la legislatura victoreó á las damas que ponían á cubierto de la necesidad los últimos y gloriosos instantes de Zorrilla!

III

Hablemos de otras cosas más dulces al espíritu que nuestro modo de entender el arte de premiar. Digamos que ya se trató de la supresión de las cátedras de latín en la legislatura de 1888. Oid una parte de lo que dijo Herrero y Espinosa:

"Las lenguas vivas se enseñan en los establecimientos universitarios, principalmente las lenguas que se hablan en mayor extensión en el mundo, para hacer que el alumno estudie con facilidad libros y textos escritos en esos idiomas, y que no existen en el de ellos, y como medio de ilustración del mismo alumno. Las lenguas muertas tienen otro objetivo: llevan principamente al conocimiento del propio idioma.

"El idioma castellano, es sabido que en su mayor proporción deriva del latín, y que responde mayormente en lo que respecta á la construcción, á la sintaxis.

"La historia de una lengua cualquiera, va íntimamente unida á la historia y al desarrollo de una nacionalidad. Así, por ejemplo, en la lengua española ó castellana, estudiada con detención, es posible rehacer con facilidad toda la historia de la península ibérica. Existen en ella palabras de origen latino, palabras de origen gótico, de origen griego, de origen árabe, dejando cada idioma su precipitado (como diría el diputado Granada) en la formación de la lengua sonora y rica que hablamos. El 60 por ciento de las palabras españoles son de origen latino, el 10 por ciento es griego, el 10 gótico y los 10 restantes árabe: tal es el cálculo del Padre Sarmiento, repetido por Fignor en su admirable obra *Historia de la literatura española.*

"Ahora bien; no es el español la única lengua que ha tenido su origen primordial en el latín; el francés, el italiano, el portugués y el romano, son lenguas de origen latino en su gran mayoría. ¿Facilita ó no facilita el estudio de la lengua latina para el conocimiento de estas lenguas que se derivan todas de un mismo tronco?.... Me parece que es indiscutible.

"Aun las mismas lenguas de origen sajón tienen una proporción. sino tan grande como la que he enunciado respecto de la lengua castellana, lo bastante para que en las naciones donde se hablen, se consagre un estudio especial al idioma latino.

"Por otra parte, el estudio de estas lenguas y de los autores clásicos, ya dentro de ellas, á quienes el diputado señor Barbat, en el informe de la Comisión, considera superiores á los latinos, y que llama *lenguas romances,* ¿á qué deben ese mismo nombre, sino á su origen de la lengua que hablaban los romanos?.... Tanto es así, que en la guerra de la reconquista de los españoles contra los árabes, el nombre que daban los

árabes á los españoles era el de *romis*. Y bien: suponiendo (lo que no concedo) que los autores de las lenguas romances tengan la importancia superior á los clásicos, que afirma la Comisión de Legislación cuando dice que modelos por modelos, valen tanto y tienen más interés los de las lenguas romances, ¿cómo habrían de desdeñarse, si las fuentes de los mismos autores de las lenguas romances, están en esos autores clásicos, el estudio de cuyo idioma la Comisión de Legislación quiere suprimir de la enseñanza universitaria?....

"Es sabido, señor Presidente, que los autores á que sin duda se refiere la Comisión de Legislación, brillaron en la época conocida en la historia por el *Renacimiento.*

"Y esa palabra ¿qué quería significar?.... El *Renacimiento,* no es una palabra sin sentido: quiere decir, la resurrección de una tradición de arte y de ciencia perdida, está en los autores clásicos, en los autores griegos y en los latinos. ¿No tiene importancia para el hombre el estudio de los autores clásicos? La Comisión de Legislación no lo niega, pero dice, que se pueden leer traducidos en los idiomas modernos, tanto en lo que se refiere á libros únicamente literarios, cuanto en lo que se refiere á libros científicos."

El mismo orador agregaba más tarde:

"¡Pues qué, señor Presidente! ¿el espíritu nuevo nos puede dar mayores ideales dentro de las formas republicanas, que aquel gobierno ideal de amor, de la República de Platón, ó que los gobiernos intermedios y las formas prácticas de Gobierno concebidas por Aristóteles?.... —*(Apoyados).*

"*Señor Melián Lafinur.* — República con esclavos.

"*Señor Herrero y Espinosa.* — República con escla-

vos; pero los Estados Unidos, hasta el 65, señor, los tuvo....

"*Señor Melián Lafinur.* — No es la mejor recomendación.

"*Señor Herrero y Espinosa.* — República con esclavos fué hasta el 65 los Estados Unidos.

"Naturalmente, señor Presidente, que el hombre no retrograda, que la humanidad avanza; pero también es cierto que no debemos tener la soberbia de creer que hemos resuelto todos los problemas sociales; los hemos recibido como herencia preciada, como lo dije anteriormente, llenos de todos los defectos, pero también señalando todos los ideales de la humanidad; nos hemos acercado á las formas prácticas y hemos satisfecho el espíritu de todos esos grandes hombres de la antigüedad. — *(Apoyados)*.

"*Varios señores Representantes.* — ¡Muy bien!....

"*Señor Herrero y Espinosa.* — Lo sé, y lo vuelvo á repetir, señor Presidente, que el latín no es una materia indispensable para ser médico, para ser abogado, para ser ingeniero; yo sé, como lo decía en la sesión pasada, que para curar enfermos, que para defender pleitos, que para hacer cualquier obra de mecánica, no se necesita el conocimiento del latín. Pero yo sé también, que la ciencia y el arte no son valores tan depreciados en el mercado moral, que necesiten depreciarse por los pueblos, yo sé que la ciencia y el arte forman parte del capital social de los pueblos; y por eso me opongo á que el latín se borre de la enseñanza universitaria; porque es borrar el espíritu de la enseñanza práctica, que es el espíritu del arte tradicional.

"*Varios señores Representantes.* — ¡Muy bien!...

"*Señor Herrero y Espinosa.* — ¡Nada vale la ciencia y nada vale el arte!.... Y sin embargo, señor Presi-

dente, quiero hacer á la Cámara, para terminar por el momento, una reminiscencia literaria que demostrará hasta qué punto la ciencia y el arte sirven para mantener la vida de un pueblo y para obrar con eficacia en sus destinos.

"En el primer tercio de este siglo, señor Presidente, un pueblo, escaso por su número, y subyugado durante una larga serie de años por un conquistador cruel, se debatía inútilmente por conquistar su independencia, invocando la tradición de su lengua, de su ciencia y de su arte. Durante tres veces, sus esfuerzos fueron sofocados por la fuerza del conquistador, y durante tres veces volvieron á los campos de batalla los hijos de la Grecia moderna, disputando al conquistador la independencia de la patria, en nombre de sus grandes tradiciones.

"La Europa, conmovida por sentimientos románticos, como el que inspiraba á las Cruzadas en la Edad Media, no pudo soportar por más tiempo aquella lucha, y el espíritu de tres grandes pueblos se unió para ayudar á aquellos defensores de un pueblo, rico en tradiciones artísticas. Y cuando la Independencia de la Grecia se consumó, señor Presidente, no se satisfacía una obra de fuerza, se satisfacía aquel espíritu grandioso de los hombres que señalaron las rutas que todavía están abiertas al arte, y que la humanidad sigue en la época moderna; porque el ideal, como los grandes objetivos, se pierde en lo infinito, y la humanidad los busca eternamente."

Quiero decir, antes de continuar, que yo pienso en un todo como pensaba Herrero y Espinosa. Yo entiendo que, en la enseñanza de las letras, no se puede prescindir del latín y del griego, "cuyo valor educativo y auxiliar de las lenguas modernas y aún de las ciencias, no se puede desconocer", como bien nos dice

el doctor Joaquín V. González en sus *Universidades y Colegios.* — Yo entiendo, como entendía Gladstone, que el estudio del latín es inapreciable como disciplina mental, y entiendo que el que estudie el español, lo mismo que el que estudie el francés, mucho llevará por adelantado si estudia el latín, por poco que lo estudie y por mal que lo sepa. Ved lo que nos dice Remy de Gourmont:

"El francés es una lengua transparente á través de la cual se ve claramente el latín original, como al través del agua clara de un lago se ven las hierbas y los guijarros del fondo. Más aún, no es una lengua que procede del latín, es el latín mismo modificado lentamente según su pronunciación."

Izcua Barbat le respondió á Herrero y Espinosa:

"¿Vamos á estudiar Derecho Constitucional en los antiguos, señor Presidente?.... ¡Pero ni las monarquías existían en la antigüedad! Realmente, no existía más que la absorción de todos los Estados por uno solo; la unificación de todos los países en una sola rama, venciendo á todos y sujetándolos al yugo del Imperio Romano!

"¿Qué puede darnos, en Derecho Constitucional, la antigüedad, cuando no existía la República, ni las democracias modernas, ni las monarquías constitucionales?.... No digo nada de los sistemas electorales, de los sistemas de representación de minorías, que son apenas de ayer, de eso no hay que hablar; pero en Derecho Constitucional, yo le preguntaría al señor diputado, que es catedrático en la materia, ¿qué va á enseñar á sus alumnos en materia de Derecho Constitucional que pueda sacar de los antiguos?.... ¿irá á reunir en la plaza pública á todo el pueblo, como se hacía en Atenas, para que deliberase y condenase al ostracismo á un ciudadano porque se le an-

tojase?.... ¿irá á reorganizar los principios, y á darles las teorías de Derecho Constitucional que practicaban los griegos ó tenían los romanos?.... No, por cierto; no serían esas las enseñanzas que el señor diputado les daría.—*(Aplausos en la barra).*

".... porque no puede ser; porque nos agitamos en un medio ambiente completamente distinto del medio ambiente en que se agitaban los griegos y los romanos, porque los hombres de hoy son total y completamente distintos de los antiguos.

"Y si del Derecho Constitucional pasamos al Derecho Internacional, sería irrisión decir que los antiguos podrían darnos algo de Derecho Internacional, cuando no existía la base, que son las naciones: si no existían naciones, entidades independientes é iguales, mal podría haber derechos entre sí, mal podría haber Derecho entre esas naciones; y además, el Derecho Internacional es de origen moderno (y está diciéndolo la palabra), data del siglo XV, cuando existían nacionalidades. En esa época, el Derecho Internacional se reducía al derecho de la fuerza, al derecho del más fuerte, á llevar (y eso cuando se respetaba la vida del vencido) á llevar, conjuntamente con la soberanía de las naciones, todos los despojos y atarlos al carro del vencedor; eso era el Derecho: el saqueo del mundo por Roma. Ese es el Derecho Internacional Privado que podemos estudiar en Tito Livio ú Horacio."

Y añadió Izcua Barbat:

"Resumiendo, señor Presidente, diré, que el estudio del latín, creo que he demostrado, que lejos de ser ó de constituir una disciplina mental, por este concepto es inferior á cualquier otro género de conocimientos; una disciplina mental, porque no hay conocimiento alguno en el hombre que no le produzca alguna utilidad, y que, como decía Solón, siempre son

útiles, porque hasta el último momento de su vida había aprendido algo; que bajo este concepto, es inferior á otros estudios, pero que es perjudicial, porque lejos de desarrollar las facultades superiores del espíritu, desarrolla una sola, con perjuicio de las demás; que trae el desarrollo de la memoria irracional, si se me permite la palabra, en vez del desarrollo de la memoria racional que proporcionan los otros conocimientos; que lejos de servir para la disciplina del carácter, es un serio obstáculo, porque habitúa á los jóvenes al imperio de un dogmatismo que comienza por unificar las inteligencias y concluye por unificar las voluntades; que como lengua madre, el estudio del latín no es de extrema utilidad para conocer la lengua castellana, porque no es más que un factor solamente de ésta; que como factor, hay conveniencia en conocerlo, pero que hay otros factores también que habría conveniencia en conocer, porque han contribuído á la formación de la lengua castellana; que es inútil, por consecuencia, obligar al estudio de una lengua completa, cuando apenas entra como factor en el desarrollo de esa lengua; que aun entrando como factor en el desarrollo de la lengua, las raíces ó las palabras derivadas de ese origen, son hoy completamente distintas de las de la lengua madre; que en consecuencia, los alumnos las conocerán mejor estudiándolas en su propia lengua, que no en la primitiva de que derivan; que las autoridades clásicas, lejos de ser modelos para los estudios literarios, son más bien inconvenientes por los falsos ideales que producen en los jóvenes, y porque estando traducidas la mayor parte de ellas por especialistas, no necesitan tener el original á la mano; que los estudios literarios necesitan más bien de los clásicos modernos, de los arquitectos de la lengua, de los que han contribuído á la formación de ésta, que

no de los clásicos antiguos; que en materia de ciencias, los conocimientos que produce son insignificantes; y por último, que en los países europeos hasta ha sido abolido en algunos, y en otros tiende á desaparecer, y sobre todo en los países americanos.

"Esto en cuanto á la refutación analítica que me propuse hacer al señor diputado. Pero decía que podría hacerse una refutación científica, tomando los argumentos del señor diputado en conjunto, y diciendo que aun en la hipótesis, no probaba, de que fuesen exactos, no tendrían valor, porque son inaplicables á nuestro país, dado el sistema de enseñanza que impera; y á ese respecto diré cuatro palabras.

"El latín, aun en la hipótesis de que fuese necesario para el conocimiento de la lengua madre y para los estudios literarios, estudiado en la forma en que se hace entre nosotros, no produce resultado alguno: tiene que estudiarse como se ha hecho en todos los países que han sostenido la necesidad de este idioma, seis ú ocho años. Mortificar á los alumnos á tener un conocimiento inútil, incompleto y que no sirve de nada, me parece que es contraproducente. En las demás asignaturas no sucede lo mismo, porque las demás, como desarrollan las facultades por igual y armónicamente, por lo menos sirven para otros conocimientos; y sobre todo, por más que se olviden, siempre se conserva algo, porque son materias que pueden estudiarse en dos años, lo que no sucede con el latín; las matemáticas, la física, la química, la botánica, la filosofía, la zoología, la gramática castellana, los idiomas vivos, pueden estudiarse y aprenderse lo bastante para que no se olviden, si se practican; y sobre todo, como son conocimientos que desarrollan las facultades armónicamente, aun en la hipótesis de que se olvidasen, siempre habrían dejado

un resultado, que no habría dejado el estudio del latín; y que para ser lógico el señor diputado, lo que debía hacer es imponer, á la vez que el latín, el griego, porque los países que han sostenido el latín como lengua madre, sostienen el griego. Y voy más allá: en Norte América, en Inglaterra, en sus Universidades de Oxford y Cambridge, le dan preeminencia, le dan la preferencia al griego sobre el latín, porque creen que es factor primero y más cercano de la lengua moderna y de la lengua inglesa y aun de los modelos literarios....

"*Señor Bauzá.* — ¡Por eso han salido tan torpes los publicistas ingleses, por haber estudiado tanto latín y griego!

"*Señor Izcua Barbat.* — Sin embargo, se han producido hombres, como Shakespeare, Byron, como Bacon, como Gladstone y otros.... le podría citar muchos otros grandes estadistas.... — *(Murmullos é interrupciones en la Cámara).*

"En consecuencia, digo, que para ser lógico el señor diputado, debía haber también impuesto el griego á la vez que el latín, puesto que si es necesario el primero, el otro también lo es.

"Creo que he dejado....

"*Señor Carve* (don Luis). — ¿Me permite?....

"*Señor Izcua Barbat.* — Sí, señor.

"*Señor Carve* (don Luis). — Tengo entendido que Bacon escribió en latín.

"*Señor Melián Lafinur.* — Es cierto: en aquella época todos escribían en latín."

Habló, luego, Bauzá. El discurso de Bauzá fué una joya. Oid algunos de sus períodos:

"Se dice, sin embargo, que la mayoría de los grandes literatos no han conocido el latín; y al efecto se ha citado á Cervantes, Shakespeare y á otras entidades

de esa misma talla. El diputado señor Melián Lafinur, robusteciendo la cita del diputado señor Izcua Barbat, declaraba que de Cervantes afirmaba que no conocía el latín, y concluía declarando, que se había burlado del latín en sus libros. Pues yo afirmo, que Cervantes conocía el latín, y lo que es al efecto que la burla de ese idioma pudiera concurrir á hacer en cuanto á sus libros, no tienen nada que lo prueben, puesto que Cervantes, siendo hidalgo, se burló de los hidalgos, y siendo español, se burló de los españoles de su tiempo, satirizó las costumbres de su tiempo; de ahí no puede deducirse que no fuese español. Cervantes nació en una época en que el latín se estudiaba desde los bancos de la escuela; porque ni Cervantes, ni Lope de Vega, ni Quevedo, estudiaron jamás gramática castellana. Como la Honorable Cámara lo sabe, la gramática castellana ha nacido á fines del siglo pasado, y hasta entonces predominaba en las escuelas, en los Liceos y en las Universidades la gramática latina; se aprendía gramática en todos sus giros, en todas sus conjugaciones y en todos sus modismos, para pautar el castellano por el estudio de la gramática latina. Cervantes estudió los pretéritos, que bastante trabajo nos han dado á algunos, y que no lo doy, á lo menos yo, por mal empleado, y aprendió á escribir precisamente por los conocimientos profundos que tenía del latín. Y así sucedió con Shakespeare: Shakespeare conocía los clásicos latinos, y no hay más que ver sus versos para ver si están informados por la doctrina de los grandes maestros. Lo que hay es, que para estudiar esos clásicos y conocerlos, no tenían más remedio que conocer el latín, porque en su tiempo no estaban traducidos á la vulgaridad de los idiomas corrientes: ni Homero, ni Virgilio, ni Tácito, tanto poetas como prosistas; á lo sumo había alguno tra-

ducido del griego al latín, Homero y otros. De manera que forzosamente tuvieron que leerlos en latín."

Y sigue Bauzá:

"Pues bien, señor Presidente: la antigüedad ha dejado por herencia á la sociedad actual, todas las formas de Gobierno existentes....

"*Señor Herrero y Espinosa.* — Apoyado.

"*Señor Bauzá.* — .... Ese libro de Aristóteles, de que se burlaba el otro día el diputado señor Izcua Barbat, es el resumen de 70 Constituciones griegas, ¡70 Constituciones de 70 Repúblicas! lo que quiere decir que se había trabajado sobre las bases firmes para constituir el Derecho Constitucional. Que esas Constituciones estuviesen más ó menos arregladas á nuestros ideales presentes en cuanto á ciertas instituciones, no digo que no sea discutible, no digo que no hubiese esclavatura en Grecia, que no hubiese jerarquías, posiciones más elevadas: esa era una de las condiciones del mundo antiguo. Pero como muy bien respondió el doctor Herrero y Espinosa, también, hasta el año 65, había esclavatura en los Estados Unidos, y era una República: entre nosotros había esclavatura hasta el año 43, y también la hubo....

"*Señor Herrero y Espinosa.* — Y hasta el año pasado en el Brasil, que era una monarquía constitucional.

"*Señor Izcua Barbat.* — Todo el bagaje científico de la antigüedad se limitó á.... *(no se le oye).*

"*Señor Bauzá.* — Voy á decirle....

"*Señor Izcua Barbat.* — Yo desearía que se me citasen tratadistas de esa época, lo que vería con gusto.

"*Señor Bauzá.* — Voy más arriba: el señor diputado tiene una Constitución republicana teocrática en la Biblia. Ahí tenemos la Constitución mosaica; es una Constitución que se da al pueblo hebreo, un gran

pueblo, que generalmente constituía historia; no se le estudia.... *(no se le oye)*.... se le cree un mito; pero creo que fué un pueblo de millones de habitantes, cuyo monarca dominaba del Éufrates hasta el Tigris, que conquistó las siete octavas partes del Asia y que tuvo un comercio universal, y hasta se le atribuye haber descubierto tierras muy próximas á la América. Este fué el pueblo que gobernó hasta los primeros reyes, que tenía dos Cámaras, el Consejo de los Ancianos y el Popular, que yo llamaría Cámara de Representantes y Cámara de Senadores; que tenía Presidente de la Suprema Corte de Justicia, que se llamaba con un término.... que ahora se me escapa; en fin, que tenía todas las formas de un Gobierno republicano, hasta que después, abolido por una revolución popular, vino á ser un Gobierno constitucional monárquico con Saúl, con David y con todos los demás reyes, y que llegó á adelantar su prestigio moral y material hasta dominar las siete octavas partes del mundo antiguo, y más tarde sucumbió al poder de los romanos.

"Esa es otra fuente de Derecho Constitucional que la humanidad nos ha dejado en herencia, y de la cual el señor diputado podría hablarnos con entero conocimiento.

"Pero no es solamente en materia de Constituciones, que es muchísimo, sino en materia de Economía Política. Hoy, la Economía Política griega ha sido materia de un estudio profundísimo por los economistas alemanes, que nos han demostrado que en muchísimos casos sabemos mucho menos. El libro de Jenofonte es tan notable, que podría pasar por uno de los buenos libros de los economistas actuales; y el libro de Jenofonte trata á fondo de los impuestos militares y de los abastecimientos de las fortificacio-

nes. Los filósofos griegos también, todos ellos, tanto Platón, como Aristóteles, como Sócrates, en sus cursos de filosofía, que entonces era la ciencia universal que abarcaba todo, empezaban por las matemáticas y concluían por la Economía Política; tenían lecciones y capítulos especiales con ese objeto, y se enseñaban y se aprendían. Lo que hay, es, que el progreso moderno, nuestras necesidades, la imprenta, todas esas circunstancias, hicieron que se dividiese la ciencia en diversas ramas de conocimientos, porque no puede un hombre solo darse cuenta de la multitud de conocimientos en boga que andan en millones de libros; de ahí que se dividiese la ciencia. Hemos visto que la misma Química se ha dividido; la Geología se ha dividido en tres ó cuatro ramas diferentes, y así sucesivamente; y eso que puede decirse que son ciencias que se han desgajado ayer de la ciencia madre; y mañana se habrán subdividido aún más esas ramas, porque el hombre, en su inteligencia, no puede perseguir sino un filón de la sabiduría, y llega á conclusiones determinadas en cierta esfera, y no puede extenderse á la generalidad de los conocimientos."

Y el crador añade, juntando lo ingenioso á lo transcendental:

"Otra de las grandes autoridades que la Comisión cita, es el señor Berra, que dice ser uno de nuestros primeros educacionistas. Creo que el señor Berra conoce el latín: no tengo testimonio ninguno que me lo demuestre, sino que recibió su título en tiempos en que se estudiaba muy seriamente en la Universidad y en que era necesario cursarlo.

"Ahora, respecto á sus condiciones de educacionista, tengo para mí que es profesor de grandes estravagancias: me lo demuestra el hecho de esos Apuntes de Pedagogía que tienen cuando menos mil páginas,

que inspiraron á un amigo mío el graciosísimo dicho de que, si mil páginas tenían los Apuntes, ¡cuántas tendría el texto!.... En ese texto, pues, entre las extravagancias que he visto, hay una que pretende pasar por descubrimiento, y se refiere á que los niños, los parvulillos, á los nueve meses hablan, pero hablan de una manera especial, siendo así que cuando quieren solicitar de sus padres permiso para hacer sus necesidades naturales, dicen: *ungá.... ungá....* —*(Hilaridad general en la Cámara y en la barra).*"

Antes había dicho:

"El señor Sarmiento no sabía latín: tengo revelaciones auténticas de esto, por una conversación que tuve con el señor doctor Barros Pazos, mi amigo, ex-Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la República Argentina, y que me contaba, entre las originalidades del señor Sarmiento, ésta:

"Comían ellos en Chile, un día, en casa del señor Montt, á quien el señor Sarmiento se le había puesto que él lo había hecho Presidente, y estaba triste. Le preguntó entonces Barros Pazos cuál era la razón de su tristeza, y le dijo: porque estoy solo en el diario; no tengo artículo para mañana, ni tema. Entonces le dijo Barros Pazos que sería bien que tomase un aforismo de Cicerón; por ejemplo, *nunquam minus solus quam solus.* ¿Y eso qué quiere decir? le dijo; ¡hombre! ¿qué quiere decir? ¿no lo sabe usted? Yo no sé latín; tengo una porción de citas traducidas y saco de allí y las pongo en el diario.

"Algunos años más tarde se suscitó en el Parlamento Argentino un larguísimo debate. Sale Sarmiento argumentando en latín; le corrige don Vicente López las citas hechas; otro le prueba que las citas eran mal dichas, que no convenían con las circunstancias enumeradas. Y dice: bien, señores; yo

no sé latín, pero sé como unos setenta latines.... — *(Hilaridad en la Cámara y en la barra).*"

Escuchad aún á aquel orador maravillosísimo:

"La Edad Media, señor Presidente, es la edad de los grandes progresos de la humanidad, es la edad del descubrimiento de la imprenta, del descubrimiento de la brújula, del descubrimiento de la pólvora, cuyos tres solos elementos han modificado la vida humana en sus condiciones actuales; es la edad de las Cruzadas que abrieron el comercio al mundo y trajeron á la civilización el contingente de todas las civilizaciones antiguas; es la edad de los grandes descubrimientos marítimos que se destacan por todas las costas del Asia y del África y concluyen por América; es la edad, en fin, de la Constitución inglesa, madre y carta de libertad, en que todos los pueblos modernos han aprendido la forma en que se arraiga el Gobierno constitucional; es la edad de las grandes Universidades, es la edad de las grandes fundaciones de todo género, intelectual, político y religioso, sobre cuyo capital acumulado, estamos todavía usufructuando los réditos.

"¿Qué extraño, es, pues, que en aquel tiempo de sabios y de verdaderos sabios, se enseñase la lengua por excelencia de los sabios?.... Estoy seguro que si el régimen universitario de la Edad Media existiese hoy, si los educandos, en vez de distribuir su tiempo en paseos, en diversiones y mil otras circunstancias que distraen la imaginación y el talento, lo ocupasen como aquéllos, en el verdadero sacerdocio. encerrándose allí para ser sabios, mucho más adelantarían nuestros tiempos y mucho más proficuas serían nuestras conquistas: lo único que nos salva es, que vulgarizando tan rápidamente la imprenta cualquiera idea, puede incorporarse ella con más facilidad hoy

á las inteligencias y servir más pronto sus fines; pero de seguro que si no existiese, de cierto que con nuestra sabiduría actual el mundo habría retrogradado muchos siglos...."

Y Francisco Bauzá concluye:

"De todas maneras, señor Presidente, yo soy, por esta razón y otras, partidario de la subsistencia del latín: me parece que hasta por decoro nacional debe mantenerse el estudio del latín. La razón de que en dos años no se estudia lo suficiente para poseer esa lengua, no es una razón atendible: si son poco dos años, podrían ponerse más.... *(Hilaridad en la barra).*

".... Pero yo niego.... Es claro, á los estudiantes les conviene que no les pongamos ninguno; pero nosotros, que somos más viejos y sabemos que después les ha de pesar no haber estudiado, mantenemos por eso la subsistencia.... —*(Apoyados).*

".... Si mañana se diera un papel en blanco y se pusiera en los claustros universitarios, y se dijera: escribid aquí las materias que se os van á enseñar, ¿á qué no venían dos materias en el papel en blanco?.... —*(Hilaridad en la barra.*

"Es preciso someterse á la ciencia y á la experiencia de los que no quieren hacernos un daño, sino que nos quieren hacer un bien: porque, ¿qué interés tenemos nosotros en recargar á la juventud?.... el mismo interés que tenían nuestros padres cuando á la fuerza nos mandaban á la escuela y nos mortificaban con la cartilla y con los otros adminículos que tenían los maestros de entonces, que eran un poco contundentes. —*(Hilaridad en la barra).*

"Digo, pues, que el latín es para mí una necesidad: creo que desarrolla un sentido, la memoria; que purifica y depura el gusto y que eleva el espíritu á meditaciones y conclusiones que á la larga se comprende

que vienen á ser salvadoras y no deprimentes del carácter nacional. Es otra de esas paradojas que la Comisión ha afirmado, y que no puede admitirse, que el estudio de un idioma deprima el carácter nacional. Podría deprimir el carácter nacional el estudio de la obscenidad, el estudio de doctrinas raras ó ridículas que empobrecieran el espíritu; pero el estudio de una lengua cuyas principales autoridades todavía lo son en materia científica, y que por otra parte, es una lengua bruñida, que enseña á pensar en una forma concreta, á escribir de una manera elegante, no puede por menos que levantar, siquiera literariamente, el estudio, fuera de todo ese sedimento de nociones políticas y sociales que deja en el ánimo.

"Tal es la conclusión á que llego defendiendo la subsistencia del latín. Espero, por honor de esta Cámara y también por el brillo de la Universidad Nacional, que hasta ahora no se ha distinguido ciertamente por ser un centro de ignorantes, que sea mantenida la subsistencia del latín, y así ganaremos todos.

"*Varios señores Representantes.* — Muy bien!"

Habla luego el doctor Luis Melián Lafinur. Su discurso es tan vasto como erudito. Se le aplaude frecuentemente. No piensa como Bauzá. Piensa lo contrario que Herrero y Espinosa.

"*Señor Melián Lafinur.* — He empezado por decir, que de todos nuestros literatos, el que más conservó la tradición clásica ha sido Figueroa, precisamente autor del Himno Nacional. Por eso decía: lo mismo que sucede con la vida literaria de nuestras altas personalidades, sucede con nuestras instituciones y con nuestras costumbres.

"Cuando el año 16 se abrió la Biblioteca Pública, un señor, que era el bibliotecario entonces, (no me acuerdo como se llamaba) pronunció un discurso, y

el hecho es, que en ese discurso, y á pesar de tratarse de una biblioteca y de un hombre de aquellos tiempos, no hay una sola cita de la literatura clásica; y en cambio, nos habla de Gladstone el comentador de las leyes inglesas, nos habla de la Constitución de los Estados Unidos, y nos habla del espíritu moderno que había infiltrado Napoleón el Grande como heredero de la Revolución Francesa.

"Todo este conjunto de hechos, que podrá ser más ó menos débil en algunos de los detalles, forma, sin embargo, un conjunto que puede muy bien contrastar con el precedente de la tradición europea, para establecer que nosotros tenemos también nuestra tradición en sentido inverso; porque aunque haya excepciones, esas excepciones nada significan, puesto que también en Europa las hay; y esta misma contienda en que nosotros estamos hoy envueltos, no es más que el eco de la discusión y la contienda que de tiempo atrás se sigue allí sobre esta cuestión de la enseñanza del bien.

"Se dice: perfectamente; damos de barato que todo eso sea cierto, pero el latín es una gran cosa como elemento de enseñanza para disciplinar la inteligencia, para enseñar á pensar y á estudiar; es la única gimnasia intelectual aplicable á las facultades de un niño que empieza á estudiar. Profeso una opinión completamente contraria á ésta, del estudio del latín como preparatorio de las facultades intelectuales para abordar otras materias; creo más bien que es un estudio para el joven que ya está formado, que conoce bien su idioma, que conoce la gramática castellana y que conoce la literatura del idioma en que va á hablar ó á escribir. Á este respecto voy á referir una anécdota que aunque muy conocida, tiene aplicación al caso, y cedo á la tentación de hacerla presente á mis distinguidos colegas.

"Á don Nicolás Fernández de Moratín le preguntaba un caballero un día: para adelantar algo en mis conocimientos literarios, ¿qué literatura debo estudiar? Y él le respondió: la griega y la española. El interlocutor se sorprendió porque no le hablaba de la literatura inglesa; creyó que no le hubiera entendido, é insistió diciendo: ¿y la inglesa no me convendría? Sí, señor; la inglesa y la española. Y el hombre, más sorprendido aún, le dijo: ¿y la francesa? Sí, señor; la francesa y la española. Entonces el hombre se apercibió de lo que le quería decir Moratín, que era esto: usted aprenda la gramática de su idioma; estudie ese idioma en los grandes modelos; cuando usted sepa el castellano bien, cuando usted conozca á todos nuestros grandes escritores, entonces dedíquese á estudiar á Grecia, á estudiar á Roma, á estudiar á Inglaterra; porque para usted, lo que es útil es el conocimiento del idioma en que va á actuar, del idioma en que va á hablar ó á estudiar, del idioma en que usted desea distinguirse entre sus conciudadanos.

"Esta simple anécdota probaría que la cuestión de la enseñanza de la literatura extraña con preferencia á la propia literatura, no es una cuestión nueva, y que ingenios tan sobresalientes como Moratín, aun en esta forma ocasional y ocurrente, daba la pauta por que se debía guiar la enseñanza de la juventud.

"¿Pero qué gimnasia es ésta? ¿la gimnasia de la memoria?.... Precisamente un niño va á aprender la gimnasia física que todos hemos aprendido, y llega y se le presenta al maestro: ¿qué hace el maestro con ese niño? Primero le hace hacer ejercicios muy elementales y fáciles, sin aparato ninguno; que mueva los brazos, las piernas, los hombros, el cuello; cuando ese niño ya tiene la posesión y el concepto de su musculatura, se le lleva á las paralelas, que también es un

medio de desarrollar paulatinamente las fuerzas, y las fuerzas por igual; cuando ha adelantado más, lo llevan á la escalera ortopédica, á las argollas, y por fin, lo llevan al trapecio.

"¿Pero qué se diría de un maestro de gimnasia que columpiase en el trapecio, de un brazo, al pobre niño que toma la lección por primera vez? Se diría que era un maestro que erraba el camino.

"Pues eso es precisamente lo que se hace con el latín. El latín desarrolla una de las facultades, la memoria, á expensas de todas las otras. El que empieza la educación de un niño por el latín, hace precisamente lo que haría un maestro de gimnasia que se preocupara seriamente de desarrollar un brazo ó una pierna á su discípulo.

"¿Qué sacamos con eso? Que fatigamos, que damos un desarrollo irregular, que infringimos todas las reglas pedagógicas, de que se debe empezar, de que se debe contribuir á un desarrollo gradual, parejo, paralelo, de todas las facultades; pero que no se deben desarrollar unas á expensas de las otras."

Y sigue el doctor Melián Lafinur:

"Viene ahora la parte de la moralidad que puede desarrollarse en un alumno con la lectura de los autores latinos. Esta es una cuestión en que para desarrollar mi tesis, tengo precisamente que colocarme en un terreno escabroso.

"En la literatura latina hay unos poetas mejores que otros, como sucede en todas las literaturas, y unos que le prestan más acatamiento á la moral que los otros, puesto que hay algunos que son verdaderamente obscenos, como Marcial, por ejemplo.... Pero esos vendrán después: voy á tomar por ejemplo á Tácito. Tácito, como lo decía perfectamente el otro día el señor Bauzá, es el modelo de los historiadores, es el

libro que los hombres que aman la libertad deben leer siempre: allí se fulmina en páginas inmortales á todos los tiranos que azotaron al pueblo romano; no hay palabra más dura que la de Tácito para hacer odiada la memoria de todos aquellos monstruos, de todos aquellos malvados. Tácito, con ser lo que era, con haber llegado al segundo siglo de la Era Cristiana, era un hombre supersticioso, era un hombre que pagaba tributo á la civilización en que se desarrollaban su mente y las costumbres de su época.

"Tomemos un ejemplo. Tácito, relatando en el reinado de Tiberio la predicación de Jesús, dice, que en la Judea hubo en tiempos de Tiberio una pequeña conmoción, porque había una secta abominable, llamada de cristianos, y presidida por un tal Jesucristo, que se permitía predicaciones contra los Dioses del Estado; pero que el Procónsul de Judea dió pronto cuenta de esas abominaciones y maldades, ajusticiando al hombre que era el principal responsable de ellas. Un niño lee esto, ¿y qué se le explica? ¿se le puede decir que el cristianismo es abominable y que Jesús es un malvado? No; hay que explicarle que Tácito, dado su tiempo, no podía ser un hombre liberal: con toda la elevación de su inteligencia, con toda la sinceridad de ciudadano, con todo su amor á la libertad, tenía que rendir culto á las costumbres de su época, á las preocupaciones del pueblo en que vivía; y por eso, en esa página, en lugar de dar una lección de tolerancia y de liberalismo, y de dar una buena lección, al contrario, manifiesta que cuando un hombre se atreve á pensar lo que no piensan todos los hombres de su tiempo, ese hombre debe ser ajusticiado." — *(Aplausos en la barra).*

Y sigue siempre abundoso y siempre erudito:

"El siglo de mayor desarrollo, de mayor auge, de

mayor brillo para la literatura latina, fué el siglo de Augusto: ese siglo tiene el honor de compartir con tres más las glorias de las épocas más brillantes para la humanidad, y así se dice: el siglo de Pericles, el siglo de Augusto y el siglo de Luis XIV. Dentro de ese mismo siglo, yo voy á tomar á los tres poetas más esclarecidos: á Virgilio, á Ovidio y á Horacio, los tres más esclarecidos, y alguno de ellos se pretende que es el primer poeta de la humanidad, porque hay quien cree que si Homero vale más que Virgilio como espontaneidad, en cambio Virgilio tiene sus versos en una envoltura que es mucho más elegante, más desembarazada, que tiene más ventajas indiscutibles sobre la literatura del poeta griego. No quiero hablar de Ovidio: de esos libros de Ovidio, que hasta sirven para el comercio de las obras obscenas; voy á tomar á Horacio y á Virgilio. ¿Qué le diría el maestro al discípulo que le pidiese explicaciones de por qué era que esos poetas de alma tan elevada le hacían versos á una muchacha á quien en sus orgías hacían aparecer con la copa en la mano, con la frente ceñida de mirto, para hacer más notables aquellas horas de embriaguez y de delirio? ¿qué le diría el maestro al discípulo que le pidiera explicaciones sobre aquella égloga de Virgilio, en que Parsifal aparece enamorada de un toro, y siendo objeto de los comentarios de las demás pastoras? ¿qué le respondería, cuando se le hablase de aquella otra égloga en que el pastor Coridón le hacía mal tercio á un amigo, enamorándose de otro pastor que se llamaba Alexi y que era la concubina de aquel amigo?.... El maestro tendría que decirle: esas eran las costumbres de la época; esas eran las tolerancias indecentes.... felizmente estamos en otra sociedad, que á aquellas gracias de los poetas les da nomencla-

tura entre los delitos más abominables que son objeto del Código Penal."

Y concluye:

"Yo, para esta cuestión, he tenido en cuenta y he estudiado el libro de un profesor inglés, Wilkins, que naturalmente el hombre hacía sus trabajos sin figurarse que á mí me iban á servir, ni á los que sostienen mi tesis. Él estaba haciendo sus comparaciones filológicas del latín de otras épocas: ¿y qué resultaba al hacer la comparación de muchos autores?.... Yo no puedo sino tomar un ejemplo, porque esto degeneraría en discusión académica, y he tomado á Cicerón y á Tácito.

"Pues bien: él prueba que el vocabulario de Tácito es distinto al de Cicerón, y que bien se explica que el estudiante que tenga aptitudes para traducir uno de esos autores, no las tenga para traducir el otro: trae el texto de las palabras; hay hasta vocablos que tienen una acepción completamente distinta, y no solamente distinta, sino contradictoria; que lo que significa una palabra en la época de Cicerón, significa todo lo contrario en la época de Tácito.

"Y ahora yo pregunto: ¿cuál es el molde definitivo del idioma latino? ¿dónde está? ¿dónde se encuentra, si todos esos autores, puede decirse, tienen un estilo distinto?.... Y es precisamente esto, y ese autor lo explica, lo que complica los estudios latinos, lo que los hace difíciles, lo que exige que se les dedique ocho años, y no con inteligencia vulgar, sino de un joven despejado que esté dispuesto á estudiar tres ó cuatro horas diarias.

"He entrado ya al terreno que como decía antes, ya no se puede discutir aquí: ya la cuestión para mí, después de lo que he dicho, es puramente literaria, y no debo insistir sobre ese particular. Yo he argumentado

lo que he creído que correspondía á la base de mi tesis: el latín debe suprimirse como asignatura obligatoria, porque es muy difícil de dominar, y porque el tiempo que á él se dedica, debe dedicarse á cosas más útiles, más fructíferas y más exigidas por la actualidad." —

Aquellas sesiones, ricas en substancia y ricas en verba, tuvieron dos testigos, dos estudiantes, dos estudiosos. Samuel Blixen se sentaba en el grupo de los periodistas, y Evaristo Ciganda se confundía democráticamente con la multitud. El uno, mascullando bombones, y el otro, protegiendo su robusta garganta con un blanco pañuelo de seda; el uno con su labio muy belfo, y el otro con su decir mesurado siempre, se educaban para la crítica y para la elocuencia en aquellas justas del ingenio y de la erudición. Samuel Blixen se fijaba en los hombres, y Evaristo Ciganda atendía á las frases. Samuel Blixen pesaba los espíritus, satirizando ya benévolamente sobre sus miserias, y Evaristo Ciganda se adiestraba en la música del decir sonoro, recogiendo y almacenando todo lo que hallaba de artístico en la estudiada dicción de los oradores. Blixen y Ciganda entraban en la vida con muchos ensueños, con muchas hambres de notoriedad, con muchas condiciones para sobresalir. Los dos se sentían con rémiges caudales en la inteligencia y con ardientes fuegos en el corazón. Al caer de la tarde, cuando la sombra penetraba en el recinto legislativo, cuando la penumbra crepuscular borraba los caracteres y los colores de los objetos, los dos se abismaban en la contemplación de lo venidero. ¡Se sentían atraídos por la voz de la gloria, como los paladines de la edad medioeval por la voz mentirosa de las pálidas ondinas del Rhin!

Evaristo Ciganda sobresalió después del período que

voy estudiando. San José, la región hechicera de los trigales de color de oro y de los praderíos de color de esmeralda, le produce y le cría con amorosa solicitud. Surge á la vida de la notoriedad en el último tercio de la administración del general Tajes. Asciende hasta las alturas que habita la fama bajo las administraciones de Herrera y de Borda. En 1894 fué legislador.

Es un predestinado. Es un elegido. Es un excepcional. No hablaré de sus triunfos de colegio, no hablaré de sus triunfos universitarios, no hablaré de su corta labor en el periodismo, no hablaré de su paso de ave viajera por los estrados resplandecedores de nuestro foro. Eso no me interesa. Ciganda es más que eso. Ciganda es otra cosa. Ciganda truena, como un olímpico coronado de guías de laurel y bellotas doradas, en las cumbres de la oratoria política y académica. Es allí donde la justicia de lo futuro buscará el nombre y buscará la imagen de Evaristo Ciganda.

Fué nacionalista. Surgido á la gloria en épocas de arribismo, acaso se apresuró en su afán de subir. Odió la guerra, sin ser pusilánime. Prefería á las clarinadas y á los cañonazos, las luchas del verbo, los choques de la imagen, las batallas sin lutos de la dicción. Nació á la gloria entre prestigios que enceguecían. Sus prestigios, más tarde, palidecieron. Hubo mañanas en que se encontró solo. Luchó valientemente con la muchedumbre, se desangró por volver á ganarla, quiso rehacer la popularidad de sus primeras horas, y poco á poco se dejó morir, entró en la noche de lo insondado, se tendió en el camino cubierto de espinas, y cerró la urna de ruiseñores de su elocuencia. ¡Europa, el alejamiento, la sombra del poder, el amparo oficial, abrasaron la garganta y el vuelo de aquella calandria de origen charrúa! ¡Es que era un orador, un orador

nacido para la réplica, para las turbas, para la libertad, para los tumultos de la democracia, y no un hombre de estado, un hombre nacido para el orden, para la sumisión, para el homenaje, para decirnos las doctrinas del respeto al poder y para cantarnos fríamente los credos de la fuerza, aquel hechizador de Evaristo Ciganda!

De decir afluente y de gesto clásico, la naturaleza le forjó para la tribuna, concediéndole todas las condiciones que reclama el arte maravilloso y dificilísimo de la palabra. Armóse desde pequeño y espontáneamente para su ejercicio, dedicándose al desarrollo de su memoria privilegiada y de la instintiva amplitud de sus ademanes, que pintaban mejor y con más acierto que las sonoridades más policromas de la flexible y magnificente lengua de Castilla. Así cuidó también la caja de música de su garganta con decidido empeño y desde muy temprano, como cuidan y peinan las plumas de sus rémiges los pichones del cóndor de los Andes.

Ciganda era de cabello selvático y anchurosa frente, de ojos negrísimos y simpática faz, de estatura mediana y de correctas líneas, más grueso que delgado, de hombros viriles y de robusto tórax, de movimientos siempre armoniosos y siempre gráciles, de voz melodiosísima y que vibraba á distancias muy luengas con dulces vibraciones de cristal pulido, amable hasta al herir en períodos tersos que desarmaban y sacudían el corazón.

Aquel maragato, suave y barbilampiño, conoció la modestia y la jovialidad. Tuvo pronto el ingenio, la mano franca y el espíritu noble. Dijo, muchas veces, ante el espejo y para adiestrarse, — cuando empezó á volar y en plena floración universitaria, — oraciones de Cicerón, cantos de Milton, fragmentos de las obras

de Valdegamas, trozos interminables de Castelar y hasta discursos de corte frío de Moreno Nieto. Más que el derecho estudió la historia, — la historia en Tácito y en Lamartine, — y más que á Justiniano, se aficionó á Demóstenes, á Mirabeau, á Gambetta, á Thiers y á Macaulay. Tuvo predilecciones, que le sirvieron mucho, por el modo de decir de Vergniaud, y fué, sin ser clásico, el más clásico de los tribunos de la tierra de Vázquez Sagastume, Francisco Bauzá, Julio Herrera y Obes, Carlos María Ramírez y Juan Zorrilla de San Martín.

No era un experto improvisador. No era un profundo. Pero, ¿qué importa? Ciganda sabía que en las determinaciones de nuestro albedrío toman una gran parte la imaginación y la voluntad. Ciganda sabía perfectamente que la oratoria es la realización hablada de la hermosura. Ciganda no ignoró, como muchos ignoran, que el elemento artístico es tan necesario como la dialéctica para apasionar y para convencer y para persuadir. Obedeciendo al natural impulso de sus actitudes, gustó del arrebato y de la vehemencia, distinguiéndose como pocos por su memoria flexible y oportuna, por la suficiencia seleccionada de su doctrina, por el lógico encadenamiento de sus ideas, por lo claro y castizo de su pronunciación, por su tono ascendente y sin afectaciones, por el arte en el uso de los paréntesis y de las pausas, por el gesto siempre en armonía con los vocablos y por el ademán siempre en armonía con el gesto pictórico. Así Juan Carlos Blanco, el de la verba de oro, le admiró sincero; don Agustín de Vedia le citó con elogio al hablar del terruño lejano y querido. Alberto Palomeque le tuvo en mucho, como en mucho le tuvo don Martín Aguirre. José Solari, ágil y docto en cosas de elocuencia, le amó más que á un hermano. ¡Era un encantador!

¡Era la imagen misma de la oratoria! ¡El cabello en desorden, echada hacia atrás la varonil cabeza, luminosa la frente, habladores los ojos, la boca expresiva, y el busto erguido, ora alzase las manos en señal de súplica, — ora extendiese la diestra que se agita en forma de amenaza, — ora juntase con unción los sueltos brazos sobre el pecho ansioso, como para abrazar y retener al ideal puro, — siempre y en todas partes dominó á su auditorio, siempre y en todas partes lo avasalló, siempre y en todas partes lo hizo delirar, siempre y en todas partes, lo mismo en la cátedra que en el club, lo mismo desde su sitial de legislador que entre el bullicio de las reuniones electorales celebradas en campo abierto, al aire puro, bajo el cielo libre y entre el sol de oro!

Le mandaron de cónsul á Francia y habló en la Sorbona. Caliope, que le había mecido en la cuna, le acompañó á París, y el París de los sabios aplaudió á Ciganda. Tuvo la graduación, supo escoger las pruebas, supo ordenar los párrafos, supo elegir las voces, supo inflamar los tropos. En ciertos momentos se recogía, se amansaba lo mismo que el oleaje, enarcaba las alas como el viento dormido, almacenaba toda la electricidad que se desprendía de su elocuencia, y un instante después, como si la pasión quebrase las cadenas con que su ingenio la aprisionó, aquella electricidad esparcía en tumulto de rápidas ondas, en un tumulto de ondas fuertes y musicalísimas, que en su vibrátil giro de serpientes aladas, entraban por la red de vuestros nervios convulsionándolos hasta romperlos en un clamor de interminables y estruendosos vítores. Otras veces parecía dudar, parecía vencido en su lucha con la expresión reacia, y después de una pausa casi angustiosa, os lanzaba una frase que era una centella, una cuchillada, un arrullo, una caricia, un himno, un

trozo de salve, un toque de clarín, un temblor de bandera, y aquella frase se anudaba, como una mano, en torno de vuestro cuello, estrangulándoos y estrangulándoos hasta que rompíais á llorar de júbilo, de placer estético, de rabia ciudadana, de entusiasmo patriótico, de sed de virtud. Luego, con un signo de la mano pequeña y cuidada, apaciguaba la tempestad que desencadenó, y grave, metódico, correcto, sesudo, casi doctrinal, dejaba caer las citas halladas en las lecturas de la noche antes, pero sin abandonar nunca el trípode sibilino, sin descender jamás de la montaña, sin humanizarse hasta el gracejo ó el decir impulcro, porque aquel orador, aquel gran orador, era orador hasta en sus caídas y hasta en sus descuidos, siéndolo más por la fuerza del tono y por el acorde del ademán que por la energía del pensamiento y por el brillo de la retórica, pues sonaba mejor escuchada en su trípode que leída en sosiego la canción de la musa de Evaristo Ciganda.

Su voz era un portento. Era, á la vez, de tenor y barítono. Aterciopelada, femenina, casi un susurro, casi un paso de alas, si así lo quería. Aguda, sonora, viril, imponente, órgano que ruge por sus cien trompetas, cuando lo deseaba. Y también tuvo, para no carecer de nada, las inflexiones medias, las de mayor encanto, las que á todo se avienen, las que todo lo dicen, las más propicias al razonamiento y á la persuasión. ¡Qué cosas no hizo aquella admirable voz de Ciganda! Empezaba con un ligero ruido de arroyuelo que se desliza sobre la alfombra de un gramillar. Parecía, después, encontrar unas piedras en su camino, y saltarlas tejiendo un poco de hervor. Más tarde el arroyo bajaba á saltos por una rocallosa pendiente, reforzando sus ruidos á modo de copas que se quiebran de pronto sollozando arpegios. Luego el arroyo

ya no era arroyo, sino río en furia, y el río se trocaba, á los pocos instantes, en selva que el pampero sacude con sus soplos encolerizados. Sabido es que las selvas zumban, al cimbrarse, lo mismo que el mar, y mar era al fin, en la última escala de sus períodos grandilocuentes, aquella incomparable y maravillosa voz de Ciganda. Había escondidos, en aquella garganta, muchos boyeros americanos y muchos cardenales de mi país, siendo seguro que el arcángel que espera la hora de las apocalípticas resurrecciones, está inclinado sobre la tumba en que duerme glorioso nuestro orador, para recoger el himno que saldrá de sus labios cuando las almas vuelvan á albergarse en los cuerpos de que la muerte las desalojó, á fin de acordar, con el mayor empeño, sobre la pauta de aquel himno de júbilo de la elocuencia, el himno con que todos los seres bendecirán á la infinita misericordia, esa virtud que puso la bondad de mi madre entre las virtudes que adoraba en Dios!

Oidle fundar su proyecto de ley destinando una suma para la terminación del monumento que el patriotismo de San José levantaba á la memoria del blandengue Artigas:

"Si la personalidad del general Artigas, como todas las grandes personalidades que influyen directa ó indirectamente en el período de formación de los pueblos, está todavía sujeta á controversias históricas, no por eso deja de contar con las inspiraciones de la justicia histórica de la verdadera conciencia nacional.

"Señor Presidente: ya que la circunstancia de haber expuesto muchas veces mis ideas á este respecto en el seno de las Asambleas populares, me relevan de exponerlas una vez más en el seno de la Honorable Cámara, es conveniente hacer notar, que varias veces

ha surgido en el seno del Cuerpo Legislativo y de todos los Poderes Públicos, la idea de perpetuar en el mármol ó en el bronce, las virtudes guerreras y ciudadanas de aquel ilustre patricio que, en efigie, está presidiendo nuestras deliberaciones.

"En ningún momento de la vida nacional se ha olvidado por completo la figura del general Artigas. Anterior á la formación de nuestros partidos tradicionales, su figura ha sido, sin embargo, simpática en el seno de ambos partidos, y se le ha proclamado entre las manifestaciones entusiastas de la leyenda por los hombres más distinguidos de uno y otro bando.

"Pero el propósito de perpetuar la figura del general Artigas en el mármol ó en el bronce, ha seguido la misma vana suerte que siguió el guerrero, durante su combatida existencia.

"En el año 36 el poeta Figueroa recordaba ya con admiración y con respeto al ilustre patricio. En igual sentido lo recordaba el general Melchor Pacheco y Obes.

"Durante el gobierno del general Flores, era nombrado un comisionado especial, el doctor Estanislao Vega, para recabar del Gobierno del Paraguay, en misión confidencial, los restos del primer Jefe de los Orientales, que al año siguiente eran objeto de espléndidos funerales en esta Capital, en los que intervenían la fuerza pública, todos los Poderes del Estado y los hombres más notables de los diversos partidos.

"Durante la Legislatura del año 53, se bautizó una de las villas fronterizas con el nombre del primer Jefe de los Orientales; distinción de que se hacía objeto por vez primera á una personalidad de nuestra

historia nacional; y es de advertir, que en esa Asamblea Legislativa figuraban distinguidos hombres de todos los partidos.

"No vengo, pues, señor Presidente, á establecer una excepción en nuestra legislación que no haya sido ya establecida por Legislaturas anteriores. Se distingue, por el contrario, el proyecto de ley formulado durante el Gobierno de don Bernardo Berro, por la Cámara de aquella época, se distingue por lo patriótico de sus términos, tratándose de la personalidad del general Artigas."

Ciganda pronunció varios y muy elocuentes discursos fundando y defendiendo la ley que no dejará que muera su nombre, — aquella sabia y generosa ley sobre jubilaciones y pensiones de los maestros. Oidle fragmentado, oidle al pasar, porque no me es posible recoger todo lo que dijo su verba iluminada.

El 30 de Marzo de 1895:

"Yo no conozco un deber más imperioso y más sagrado en la vida pública, que el deber de preocuparse de las generaciones futuras; y creo que cada esfuerzo tendiente á mejorar el porvenir, es un título que conquista el presente, y cada reforma auspiciosa y cada medida de perfeccionamiento de una función social es, por sí misma, por su propia naturaleza, obra noble y desinteresada, porque sus beneficios no han de recaer precisamente sobre nosotros, sino sobre aquellos á quienes toque sucedernos en las tareas del Parlamento, en la lucha de las ideas, ó en la vida sempiterna de la nacionalidad.

"Y esta es una ley sociológica, señor Presidente; ley sociológica inmutable que los gobernantes y los gobernados de todas las épocas deberían tener presente como las clases pensadoras y las clases productoras de la sociedad; porque los grandes progresos

del pensamiento y del trabajo no se han formado, señor Presidente, por generación espontánea, sin proceso anterior de desarrollo, á veces doloroso y cruentísimo; y ese conjunto de leyes, de instituciones, de industria, de literatura y de ciencias; el triunfo del vapor sobre el viento tornadizo que azotaba la vela á su capricho; la victoria perdurable de la idea sobre el músculo; de la natural espontaneidad del niño sobre el viejo dogmatismo de los tiempos medioevales; de la libre investigación individual en la enseñanza primaria ó en las Universidades; del amor del maestro sobre el terror del amo; todas esas grandes síntesis, señor Presidente, que constituyen la civilización universal, eso que levanta al siglo presente sobre los anteriores y levantará á los sucesivos sobre el presente, todo eso es una obra de aluvión en que cada individuo, cada grupo, cada nacionalidad, cada época han ido agregando los caudales de sus experiencias é instituciones; y así seguirán formándose indefinidamente mientras haya leyes sociológicas que gobiernen el movimiento de las sociedades y leyes siderales que gobiernen el movimiento de los astros, y que á la naturaleza humana sólo es dado prestar acatamiento por virtud de su naturaleza perfectible, pero finita."

En otra sesión:

"*Señor Flores.* — Las deficiencias en Francia han sido en su instrucción secundaria, nunca en su instrucción superior: en su instrucción superior ha sido realmente adelantada.

"*Señor Ciganda.* — No apoyado, señor diputado: la instrucción superior en Francia ha pasado por crisis dolorosísimas, como la instrucción secundaria, como la instrucción primaria.

"Los antiguos pedagogos, refiriéndome á los hombres de pensamiento, escritores, literatos, etc., que se

preocupaban de esto, lo han puesto de relieve más de una vez en sus obras maestras.

"El diputado señor Flores recordará que Gargantúa, á quien su ilustre autor lo hace figurar á mediados del siglo XV, era un discípulo que tenía en su instrucción todos los resabios de la Edad Media. Habiendo oído hablar su padre de que....

"Señor Flores. — Como que figuraba en ese siglo, en el siglo XV.

"Señor Ciganda. — .... otro niño, que había estudiado muy poco tiempo, poseía grandes conocimientos generales, preguntó por qué procedimiento había llegado á obtenerlos, y se le contestó que había un nuevo profesor, Ponocrates, que lo instruía en una nueva forma, y cuando se presentó el antiguo discípulo Gargantúa al discípulo de Ponocrates, dice Rabelais, el ilustre escritor francés, que el primero no tuvo manera como producirse, y se tapó la cara con la gorra.

"Fué maestro del nuevo discípulo el mismo Ponocrates, lo inició en la gimnástica, en la observación de todas las cosas; lo separó de los libros; lo entregó primero, porque la naturaleza no da saltos, á todas sus antiguas costumbres, y lo devolvió en fin, transformado á su desolado padre.

"Este es, señor diputado, el proceso evolutivo de los conocimientos pedagógicos que se revelan en el *Emilio* de Rousseau y en todas las grandes obras de los pensadores de aquellos tiempos, que en pasajes como el citado encierran la crítica más acerba de la enseñanza primaria, secundaria y superior: porque es un error suponer que la primera es independiente de la segunda, y la segunda de la tercera; forman un organismo perfecto, y cuando se pierde la enseñanza primaria, se pierde la enseñanza secundaria y naufraga fatalmente la superior.

"Así es que no estoy conforme respecto á que la enseñanza superior, que recién ha sido emancipada de los antiguos resabios al resucitar la antigua Sorbona con los trabajos de Lavisse, Buisson, Zenort, Dumont, Ferry, Duruy, Morel, Marión, etc., no estoy conforme, digo, en que la enseñanza superior haya sido inmejorable, espléndida, en Francia, en todas las épocas."

En la misma tarde:

"Señor Ciganda. — Esas inmoralidades no las presenta la Francia contemporánea; pero las ha presentado la Francia de fines del siglo pasado y de principios del siglo presente, como lo demuestro con el testimonio de sus historiadores.

"De manera que es fantasía presentar á Francia á la cabeza de las demás naciones en la instrucción pública, en todas las épocas; y en cuanto á que ha avanzado en los últimos años, lo acabo de manifestar. Eso es honroso para la Francia, pero es más honroso aún para la República Oriental, que en los mismos años que José Pedro Varela echaba los cimientos de la reforma escolar, en esos mismos años y no antes, se preocupaba con calor Francia de establecerla en la misma forma!

"Varios señores Representantes. — ¡Muy bien!....

"Señor Ciganda. — La Sorbona, señor Presidente, ha pasado también por épocas vergonzosas, (aplicando este calificativo á la enseñanza antipedagógica); y actualmente en España y en Francia los grandes pedagogistas tratan de la deficiencia de la enseñanza del Derecho en la misma Sorbona, porque es rutinaria: está basada en los preceptos que proclamaban los hombres de pensamiento de la Edad Media.... ¡Si es el proceso evolutivo!....

"Los diputados señores Casaravilla y Flores predi-

can á un convertido, si hablan de los progresos últimamente alcanzados por Francia; y ya los he historiado, aunque someramente.

"La Convención misma, señor Presidente, votó la Caja de Jubilación; pero aquellas eran leyes dictadas en momentos de revoluciones internas y de conmociones europeas; leyes que en seguida desaparecían arrolladas por el oleaje embravecido de las pasiones políticas y nunca eran llevadas á la práctica.

"Por eso Duruy, por eso Marión, por eso Lavise, grandes pensadores, han reformado arrancando su obra desde la escuela primaria hasta la Sorbona.

"Y es también el proceso evolutivo que ha seguido España, porque durante siglos, la luz que brotaba del Norte en Alemania no podía atravesar el muro de los Pirineos y no llegaba hasta las escuelas de la península Ibérica. Y es sabido que Ponce de León y Luis Vives.... Ponce de León, señor Presidente, que derrotó á la propia naturaleza, puesto que hizo hablar á los mudos, dándoles el medio de comunicar sus pensamientos, encontró enrarecido el ambiente en España, no pudo ejercer en ella sus funciones, y fué á predicar sus fecundas ideas pedagógicas á la Universidad de Oxford y á las universidades extranjeras.—*(Murmullos en la Cámara).*

"No es el primer ejemplo en la historia, tratándose de España, porque es sabido que Alemania fué la primera nación en hacer justicia á Cervantes mismo con su Quijote. Cuando aún no se había leído en España, Alemania lo traducía y lo proclamaba con el aplauso universal de la alta crítica.

"De manera, que no son refutaciones las que han expuesto los señores diputados, son simples ratificaciones de lo que yo acabo de manifestar, porque voy

con gusto al debate histórico, si se trata de historiar la pedagogía.

En otra sesión y sobre el mismo asunto:

"Me refiero, aunque esto no es de incumbencia directa de la Honorable Cámara, á la necesidad de que el magisterio privado, que es casi tan numeroso como el magisterio oficial, según los resultados de la última estadística escolar, imite este ejemplo, organice sus elementos, constituya un Directorio de las personas más distinguidas que dirigen establecimientos particulares, y provean á la creación de una caja de ahorros semejante á la que menciona Smiles en su obra moralizadora, como testimonio elocuente de la previsión de las razas del Norte entre las clases que reciben salarios más insignificantes, caja que se convertirá por el solo transcurso del tiempo en el consuelo de su indigencia y en el amparo de su ancianidad.

"Desde mi puesto de diputado, yo exhorto, pues, con ocasión de la sanción de este proyecto, que creo se la prestará la Honorable Cámara, al magisterio privado de la República á coronar esta obra en su propio beneficio.

"Con la sanción del proyecto se habrá dado un gran paso: en adelante, los servidores de la instrucción primaria del Estado, indigentes, inutilizados para el servicio, no vendrán á demandar pensiones á título vergonzante de gracia especial; harán valer sus servicios, sus derechos precisos, determinados, incuestionables, con procedimientos instituídos por la ley ante los Poderes Públicos del Estado; y es necesario que la iniciativa particular, que, no puede, sino que debe proveer allí donde no puede llegar la iniciativa oficial, corone, como he dicho, esta obra, impidiendo que se reproduzca en la República un espectáculo que

en el seno de la Cámara se ha calificado de indigno de un pueblo civilizado: el hecho de que maestros que han fortalecido el carácter y que han vigorizado la inteligencia de generaciones enteras, se vean en el triste caso de implorar de la caridad pública, de puerta en puerta, el pan de cada día, sin que sea parte á atenuar, y mucho menos á destruir la significación moral de un hecho tan anacrónico, la circunstancia honrosa de que sea nuestro pueblo uno de los más caritativos y generosos del mundo.

"Estas son las consideraciones con que creo del caso acompañar la solicitud que formulo á la Honorable Cámara para que preste su sanción á este proyecto."

Se trataba de la paz, muchas veces bendita, de 1897. La Asamblea General, discutía la patriótica convención celebrada entre los poderes públicos y el ejército revolucionario. Habló el doctor Julio Herrera y Obes. No quería agitar las pasiones, contribuyendo á la exacerbación de los enconos que enlutan nuestra historia.

"Reservo, pues, mis opiniones personales respecto del pacto que se discute, y pido á Dios que él sea en realidad de pacificación estable y verdadera para la República.

"Sólo sí, quiero consignar como acto de sinceridad de ciudadano y partidario, que la paz, en la forma y en las condiciones en que se realiza, no representa á mis ojos un fausto acontecimiento nacional ni para el partido á que pertenezco ni para el futuro institucional de la República. Apenas si puede recibirse como un sacrificio impuesto por la fatalidad de acontecimientos incontrarrestables.

"Quiero dejar también consignada como lección dolorosa, ¡y ojalá sea provechosa para los que la reciben! que la acción militar desplegada en la lucha armada y la solución que viene á tener en este Convenio de

Paz, no será nunca un timbre de gloria ni para el Partido Colorado ni para el Gobierno que lo ha representado en la dirección de la guerra y en la dirección de la política general de la Nación."

Le siguió Ciganda. Entresaco y copio lo más aplaudido de su larga arenga:

"Terminada la sangrienta lucha por medio de una convención de paz que honra á todos los orientales, es pueril, es hasta insensato preguntar cuál de los dos contendientes ha obtenido la victoria. Aquí no hay más vencedor que el pueblo soberano, ni otro vencido que el personalismo, que había ya generado tantos gobiernos inconciliables con el progreso colectivo, cuya suprema aspiración parecía ser la de reinar sobre los escombros morales, materiales y políticos de nuestra desgraciada nacionalidad, tan digna por sus tradiciones, por sus glorias, por el valor y la cultura de sus hijos, de alcanzar más altos destinos en el concierto de los pueblos libres y civilizados de América. —*(¡Muy bien!)* — *Aplausos en la barra*.

"De la filosofía política que fluye de los últimos acontecimientos, no puede deducirse lógicamente que ejercemos en este recinto la representación de un pueblo inquieto, rebelde á toda manifestación de autoridad regular y legítima.

"Nuestro pueblo es fácil de gobernar, precisamente porque no vive atormentado por el delirio de las conjuraciones tenebrosas. Sus grandes amores se relacionan con la paz, con el orden, con la plenitud del régimen institucional, con el sometimiento voluntario á la ley del trabajo, que es condición de vida en todas las esferas sociales y es condición indeclinable de progreso en todas las Repúblicas bien organizadas." — *(Aplausos).* — *(El señor Presidente agita la campanilla).*

Y continuó Ciganda:

"¿Se sostendrá acaso, señor Presidente, que el país anhelaba la continuación de la guerra como medio de restañar las heridas recibidas en ella?

"¿Acaso el buen sentido público no establece la identidad de concepto entre enemigo de la paz y enemigo de la Patria?

"Si eso se pusiera en duda, señor Presidente, bastaría recordar que todas las clases productoras del país anhelan ardientemente la paz; que todos los hombres de pensamiento proclamaron su necesidad y que hasta los mismos ciudadanos que con la continuación de la guerra hubieran conquistado glorias y honores porque se dedican á la noble profesión de las armas, esos mismos, en sus correspondencias privadas, decían desde los campamentos que estaban deseando de igual manera que sus adversarios, recibir la buena nueva de la paz para echar al aire las dianas del triunfo!

"Pero el más formidable argumento de hecho en favor de este verdadero plebiscito nacional, es el viaje del doctor don José Pedro Ramírez y don Pedro Echegaray desde el campamento revolucionario hasta Montevideo. Los habitantes de la campaña bendecían la paz, al bendecir los nombres de aquellos ciudadanos; abandonaban sus casas, donde ya empezaba á manifestarse la miseria, para ir á recibir á grandes distancias el convoy que los conducía é iban con los brazos abiertos, la voz temblando de emoción, descubierta la frente, los ojos encendidos y el pecho agitado por sacudimientos violentísimos; y cuando por la actitud de sus dignos acompañantes reconocían al ciudadano que había sido el alma del acuerdo, de ese acuerdo que tendría la virtud de restituir á sus hogares á sus padres y sus hermanos á quienes quizás ha-

brían llorado muertos después de algún combate; aquellas mujeres y aquellos niños se arrodillaban, besaban las manos y besaban las ropas del pacificador, y al perderse nuevamente el convoy dejando un fleco de humo denso sobre la cuchilla próxima, ellos quedaban pensando, en la sencillez de sus raciocinios, que no son tan malos los orientales como dicen, y que aunque se desangren en lucha encarnizada, se les puede hacer deponer las armas invocándoles cosas muy grandes y muy nobles que indudablemente deben ser gratas á la humanidad, á la Patria y á Dios." — *(¡Bravos! y aplausos en la barra).*

Y Ciganda agregó casi al concluir:

"Hay que decirlo en honor de los contendientes: salvo raras y bárbaras excepciones, ellos han tratado á los prisioneros como á los amigos, á los heridos como á los enfermos; han humanizado la guerra entre dos antiguos adversarios que, aun en épocas de paz, llegaron á revelar signos de barbarie en sus mismas relaciones sociales. Y en un país, señor Presidente, donde se han operado cambios tan radicales por efecto de los naturales progresos de la razón pública, no es imposible hacer efectiva la responsabilidad de los mandatarios, sea cual fuere su categoría y su importancia, ni es imposible tampoco evitar para siempre las calamidades de la guerra civil.

"Conseguiremos lo primero, restableciendo en todo su vigor el juicio político, consagrado por nuestra Constitución y puesto en desuso por nuestro enervamiento cívico, y conseguiremos lo segundo, garantizando honradamente las luchas del comicio á todos los ciudadanos; porque mientras haya Gobiernos que en vez de cumplir sus deberes para con la Nación, elevan á la categoría de precepto el peculado, la supresión de las garantías individuales ó el falseamiento

del voto popular, habrá revoluciones, y ellas serán otros tantos casos típicos de legítima defensa!

"El Cuerpo Legislativo puede y debe trazarse un programa político que abarque estos grandes objetivos patrióticos; y mientras eso no suceda, puede ser que se cumpla el pronóstico pesimista que acaba de fomular el señor senador por Soriano respecto al carácter efímero que pueden tener las bases de este grande acto de reconciliación; mientras eso no suceda, señor Presidente, seguirá soportando el país los mismos males que ha soportado hasta el presente, y nuestra forma de gobierno continuará siendo republicana democrática representativa sólo en el texto expreso de nuestra veneranda Constitución del año de 1830!"

Quiero agregar, antes de concluir, que en aquella legislatura de 1897 se sentaba también el doctor Alberto Palomeque, que se me antoja, según mis pobres entendederas, uno de los diputados más laboriosos, más eruditos y más elocuentes que tuvo el país. Improvisa con rapidez y con asombrosa verbosidad; estudia sin descanso y aplica con acierto lo que aprendió; es ocurrente sin grosería y es viril sin desplantes de cuchillero. Aún me place leerle, como en otro tiempo me complació escucharle, aunque no siempre me satisfagan ó me seduzcan sus opiniones acerca de las revueltas y de los caudillos. Yo entiendo que la libertad se amasa con sangre, y que los caudillos han hecho mucho por la libertad. Yo estoy orgulloso de que mi pueblo sea el más capaz de sacrificios y de heroicidades cuando la sombra de algún tirano obscurece la faz del sol de justicias de su bandera. Es más digno de estima un pueblo batallador que un pueblo que ha perdido la dignidad civil, un pueblo que resiste que un pueblo que soporta las ignominias

del hecho consumado. Pero, sea cual fuere mi modo de pensar, lo cierto y lo indudable es que por sus lecturas, por su ingenio, por su hidalguía, por su desinterés, por su locuacidad y por su lenguaje muchas veces armonioso ó galano, pocos oradores han sido más fáciles y más fecundos que el orador sin lima que lleva el nombre de Alberto Palomeque.

Alberto Palomeque fué el mentor y el amigo de Evaristo Ciganda. Por eso me alegra y me satisface unir sus apellidos y sus elocuencias.

Evaristo Ciganda, aquel orador de condiciones excepcionales, no siempre anduvo de perfecto acuerdo con el bando político en que militaba. ¿Fué siempre culpa de sus pecados aquella triste desavenencia? Yo no lo creo. Cuando Evaristo Ciganda principió á actuar, el partido nacional se había encastillado en los bastiones de cartón de los hábitos abstencionistas. Como todos los partidos que no sufragan, era un partido muerto, una influencia platónica y casi teatral. Aquella agrupación, que dogmatizaba sin practicar, vivía de los réditos de su pasado estoico, de los vislumbres que dejó en el espacio su leyenda viril, ¡su gran leyenda de abnegaciones probas y de heroísmos recios! El muerto estaba hastiado de las quietudes de su sepulcro y de lo frío de su mortaja. Ciganda surgió, más que por las tolerancias del poder elector, por el voto sincero de sus comprovincianos, que comprendían la utilidad de aquella fuerza oratoria y la insensatez de sacrificar aquella mocedad pujante á un retraimiento sin sabias orientaciones. No hay finalidades lógicas en la abstención. Ésta no debilita al adversario, si el adversario es fuerte y capaz. Solo y seguro de su victorio, el adversario sigue su camino. Los partidos caen bajo el peso de sus propios errores; pero nunca por la virtud sin virtudes y sin laureles de la abstención

de sus antagonistas. La abstención aleja del partido que la proclama á las juventudes ansiosas de ascender, como también aleja del partido que la proclama á las muchedumbres cuyos intereses están en litigio. Y estos alejamientos son razonables. La juventud no quiere encanecer cantándole inútiles epifonemas á un ideal irrealizable aún en las repúblicas mejor constituídas, y la muchedumbre entrega á otras manos menos temblonas los intereses que el grupo abstencionista dejó en abandono. Una cosa es luchar en la prensa por el bien futuro, y otra cosa es luchar en las bancas con el mal presente, porque el que lucha en las bancas es un voto contable, y el que lucha en la prensa es una opinión siempre discutible. Así Ciganda pudo, por ser legislador, lograr que se votase su ley protectora del magisterio, lo que difícilmente hubiera logrado envolviéndose en la túnica de la abstención, porque una legislatura se obstina torpemente en una ley de carácter político, pero siempre ó casi siempre logra aunar opiniones cuando se trata de leyes ajenas á las rivalidades de los partidos exacerbados. Sólo los partidos que no saben que tienen una doble acción en la legislatura, — una acción política, y otra acción más serena, más alta, más útil y más racional, — sacrifican esta segunda acción en los altares del ídolo sin brazos del retraimiento. El error de Ciganda fué otro. El error de Ciganda fué el de no desprenderse de su investidura cuando su partido levantó sus banderas marciales sobre las esmeraldades cuchillas del país. Si creyó, como dijo después de la brega y al discutirse el tratado de paz, que la revolución había sido un derecho santo, debió poner su juventud, su influjo, todas las virilidades de su corazón, al servicio de aquel derecho relampagueante. ¿Acaso es un crimen no ser abstencionista? ¿Acaso uno se plega á los partidos

para renunciar al placer y á la gloria de ser ciudadano? Todos los tratadistas que yo conozco, y conozco algunos, son adversarios de la abstención. Lo han sido en tierras americanas Aréchaga, Campos Salles y Assis Brasil.

El voto es la más alta de las funciones de la ciudadanía, y justamente la democracia ha instituído el voto como un útil para el mejoramiento de su organización. Entendiéndolo así, al voto han acudido, en horas bien precarias para su libertad, el socialismo alemán y el ansia de república de los españoles. El socialismo alemán, en una autocracia militarista, empezó teniendo dos diputados y hoy tiene más de cien. Los republicanos españoles han sufrido todas las torturas del caciquismo y de la opresión, hasta liberalizar lentamente á una monarquía de origen borbónico. Es que el voto, hasta maleado por el respiro impúdico del poder, nos acostumbra á la práctica, al respeto, al culto, á la religión de la libertad. Y si queréis saber como los partidos españoles de índole popular han sufrido más que nuestros partidos opositores de popular índole, leed los discursos que han pronunciado, combatiendo actos y señalando abusos, todos sus tribunos y evangelistas, desde Emilio Castelar á Melquíades Alvarez.

Volvamos á Ciganda.

Si la elocuencia, como quiere Camus, es el arte de la persuasión, fuerza es reconocer que nuestro tribuno fué un maestro exquisito en el arte de persuadir. No lo fué á la manera afectada, ampulosa y florida de los retóricos. Tampoco lo fué á la manera nerviosa, incisiva y cortante de los demostenianos. Tomó lo que le convenía de cada escuela, porque bueno es saber que las conoció todas y que de todas supo. En 1888, con motivo de un jury popular, se preparó para des-

lumbrarle aprendiéndose de memoria párrafos enteros de una de las arengas de Cicerón. En otra ocasión, con motivo de una festividad literaria, adiestró su estilo aprendiéndose, también de memoria, muchas de las páginas que Macaulay ha escrito sobre Byron. Premeditaba sus asuntos, no confió en lo repentino de su facundia, trabajó sus efectos, sentía las pasiones que nos inoculaba y no olvidó jamás el fin que perseguía con el hechizo de su dicción, haciendo que el estudio y el arte, la técnica y la práctica realzasen ó robusteciesen sus naturales dotes, que por grandes que fueran, resultaron más grandes por el empeño y la asiduidad con que las cultivó Evaristo Ciganda.

Ciganda, si hubiera vivido diez años más, se hubiera apartado de la política como Carlos Reyles, mirando á la política con el mismo altanero desdén con que la contemplan la mucha cordura y el envidiable enciclopedismo de Leopoldo Lugones.

Concluyamos.

Yo no sé si este libro es útil al país. Yo no sé si este libro responde á su leyenda. Yo no sé si este libro canta sus glorias. Yo no sé si este libro contribuirá á formar su carácter. Yo lo soñé bueno y fecundo como mi tierra y como mi sol. Respetad mis propósitos, sin deteneros en lo burdo del hacer del artífice. Otro vendrá que, persiguiendo la misma idea, grabará en mármoles y con letras de oro lo que yo dejo anotado en ladrillo. Lo escribí sin envidias y sin enconos. Puedo jurarlo. Lo escribí emocionado por el pensamiento de que sus cláusulas iban á cruzar el estuario, á perfumarse en los óleos de nuestras gramillas, á mecerse en el columpio de nuestras arboledas, á recibir la nevada de oro de nuestros luceros y á llamar á la puerta de vuestros hogares, que quiero bien, como quiero bien al nido del zorzal y de la calandria que

tienen en los ojos negrores charrúas. ¡De cerca y de lejos, salve al país! ¡Salve al país, que mis padres me enseñaron á amar con nobles firmezas! ¡Salve al país, en que el tero esgrime su espolón rosado y en que crece la espiga del trigo moreno! ¡Siempre y ahora, por el país y para el país! ¡Siempre y ahora á tus pies y de hinojos, patria de las esbeltas cuchillas atreboladas y de los grandes ríos azules! ¡Salve, salve cien veces, salve mil veces más, á la bandera que canta el himno de Figueroa!

FIN DEL TOMO QUINTO

ÍNDICE

ÍNDICE

CAPÍTULO VII

Pérez Petit y los modernistas

Pág.

CAPÍTULO VIII

El teatro de Pérez Petit

CAPÍTULO IX

Daniel Martínez Vigil

Pág.

CAPÍTULO X

Carlos Martínez Vigil

CAPÍTULO XI

De otras orientaciones del espíritu



